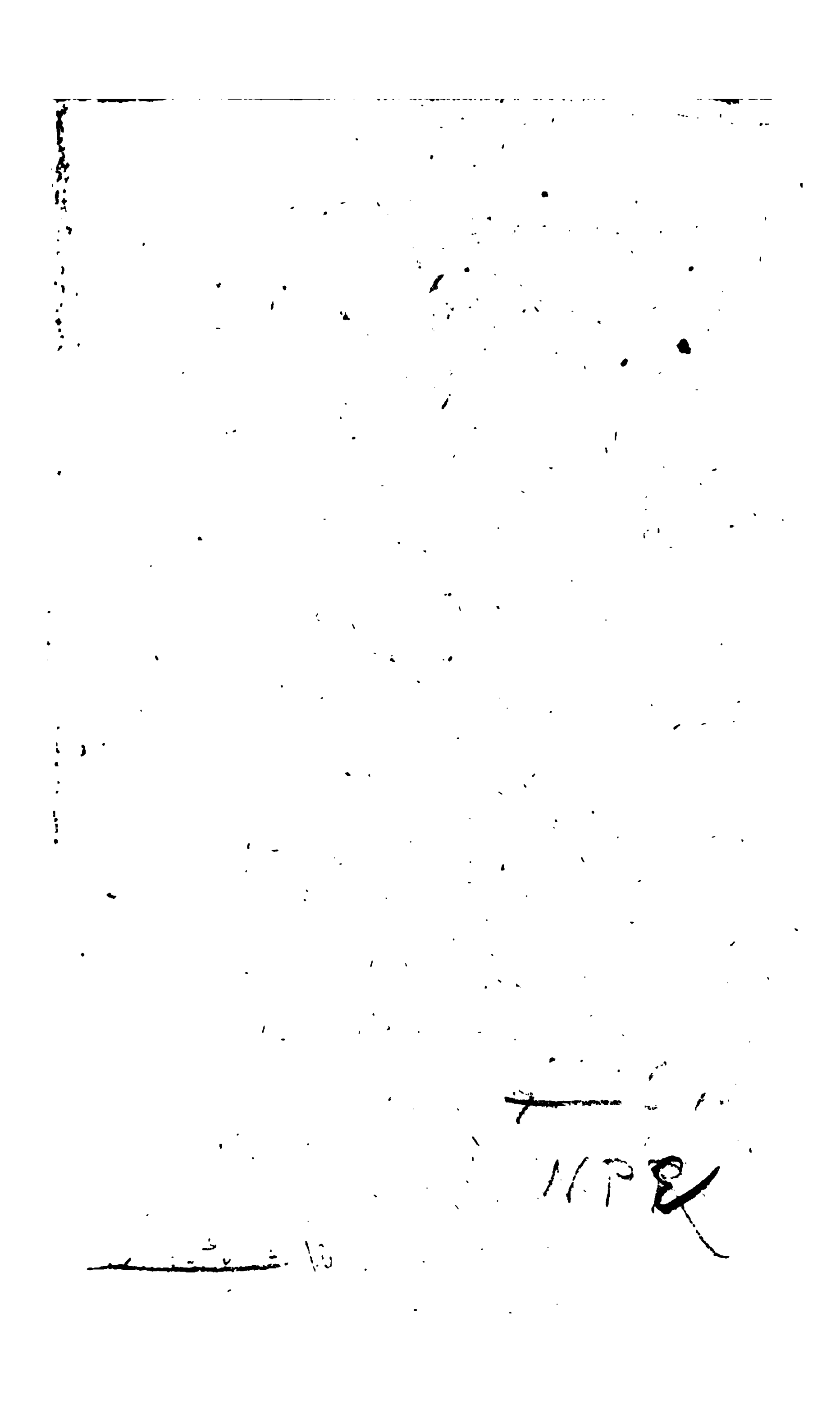

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585438 4

St. Jno. Blacker.



OBRAS
DE DON FRANCISCO
DE QUEVEDO VILLEGAS,

CABALLERO DEL HABITO DE SANTIAGO, SECRETARIO DE SU MAGESTAD, Y SEÑOR DE LA VILLA DE LA TORRE DE JUAN ABAD.

TOMO IX.



MADRID. MDCCXCI.
EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
Se hallará en su Librería en la *Aduana vieja*.
Con las licencias necesarias.

[illegible]tr Nr. 1107/06

LAS TRES ULTIMAS
MUSAS CASTELLANAS:
SEGUNDA CUMBRE
DEL PARNASO ESPAÑOL.

Dulciloquos calamos EUTERPE *flatibus urget.*

MUSA VII.

Toda pasion amorosa,
aunque es pasion, entretiene;
mas no dura, sino tiene
mucho de gayta golosa.
Su exercicio es mi argumento;
y sencilla de buen ayre,
canto de Amor con donayre
unidos gusto y tormento.

Dulciloquos cálamos EUTERPE flatibus urget.



D. Luis Paret lo dib.º — J. M.ª Texada lo grab.º

EUTERPE.

MUSA VII.

Canta Poesías amorosas, y morales.

SONETOS.

A Belisario.

I.

Viéndote sobre el cerco de la Luna
Triunfar de tanto bárbaro contrario,
¿Quién no temiera, ó noble Belisario,
Que habias de dar envidia á la fortuna?
Estas lágrimas tristes, una á una,
Bien las debo al valor extraordinario
Con que escondiste en alto olvido á Mario,
Que mandando nació desde la cuna.
Y ágora entre los míseros mendígos
Te tiraniza el tiempo, y el sosiego
La memoria de altísimos despojos.
Quisiéronte cegar tus enemigos,
Sin advertir que mal puede ser ciego
Quien tiene en tanta fama tantos ojos.

A la brevedad de la vida.

II.

¿Cómo de entre mis manos te resbalas,
O cómo te deslizas, vida mia?
¡Qué mudos pasos trae la muerte fria
con pisar vanidad, soberbia y galas!
Ya cuelgan de mi muro sus escalas,
Y es su fuerza mayor mi cobardía:
Por nueva vida tengo cada dia,
Que al tiempo cano nace entre las alas.
¡O mortal condicion! ¡ó dura suerte!
Que no puedo querer ver á mañana
Sin temor de si quiso ver mi muerte!
Qualquier instante de esta vida humana
Es un nuevo argumento, que me advierte
Quán fragil es, quán mísera, y quán vana.

Muestra lo que es una muger despreciada.

III.

Disparado esmeril, toro herido:
Fuego, que libremente se ha soltado:
Osa; que los hijuelos le han robado:
Rayo, de pardas nubes escupido:
Serpiente ó aspid con el pie oprimido:
León que las prisiones ha quebrado:
Caballo volador desenfrenado:
Aguila que le tocan á su nido:
Espada, que la rige loca mano:
Pedernal sacudido del acero:
Pólvora, á quien llegó encendida mecha:
Villano rico con poder tirano:
Víbora, cocodrilo, cayman fiero;
Es la muger, si el hombre la desecha.

A la Muerte.

IV.

Aquí del Rey. ¡Jesus! ¿y qué es aquesto?
No le vale la Iglesia al desdichado,
Que entró á matarle dentro de sagrado,
Sin temer casa Real, ni santo puesto.
Favor á la Justicia: alumbren presto:
Corran tras de él: prendan al culpado
No quiere resistirse, que embozado,
De esperar á la ronda está dispuesto.
Llegaron á prendelle por codicia,
No de la Espada ser mayor de marca;
Mas visto que la trae de sangre llena,
Preguntóle quién era la Justicia:
Desembozóse, y dixo: Soy la Parca.
¿La Parca sois? andad en hora buena.

Pinta la vanidad, y locura mundana.

CANCION.

O Tú, que con dudosos pasos mides,
Huesped fatal, del monte la alta frente;
Cuyo silencio impides,
No impedido jamás de humana gente:
Ora confuso vayas
Buscando el cielo, que las altas hayas
Te esconden en su cumbre;
O ya de alguna grave pesadumbre
Te alivies y consueles,
Y con el suelto pensamiento vueles
Delante de esta peña tosca y dura,
Que de naturaleza aborrecida,
Envidia á aquellos prados la hermosura;
Deten los pies, y tu camino olvida,
Oirás, si á detenerte te dispones,
De un vivo muerto, voces y razones.
En esta cueva humilde y tenebrosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa
Dentro en su mismo cuerpo sepultado;
Y todos mis sentidos,
Con beleño mortal adormecidos,

Libres de ingrato dueño,
Duermen despiertos ya de largo sueño:
De bienes de la tierra
Gozando blanda paz tras dura guerra:
Hurtados para siempre á la grandeza,
Al tráfago y bullicio cortesano,
A la Circe cruel de la riqueza,
Que en vano busca el mundo, y goza en
vano.
Dichoso yo, que vine á tan buen puerto,
Pues quando muero vivo, vivo muerto,
Yo soy aquel mortal, que por su llanto
Fue conocido mas que por su nombre,
Ni por su dulce canto;
Mas ya soy sombra solo de aquel hombre,
Que nació en Manzanares
Para Cisne del Tajo y de Henares.
Llaméme entonces Fabio:
Mudóme el nombre el Desengaño sabio,
Y llámome Escarmiento:
Muy célebre habité con dulce acento
De Pisuerga en la orilla; mas agora
Canto mi libertad con mi silencio:
El Lete me olvidó de mi Señora,
El Lete, cuyas aguas reverencio;
Y así le ofrezco al santo Desengaño
Mi voluntad por víctima cada año.

Estas mojadas mal enjutas ropas:
Estas no escarmentadas, ni deshechas
Velas, proas y popas:
Estos pesados grillos: y estas flechas:
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes,
Con tan tristes despojos,
Que sirven de amenazas á mis ojos,
A mi cuerpo de ñudos,
A mi memoria y alma de verdugos;
Son venturosas prendas, aunque atroces,
Que mudas, como ves, sin lengua, y muertas,
Me están al alma siempre dando voces,
De arena y agua de la mar cubiertas,
Y del llanto y licor que el alma suda
Hechas tragedia de mis males muda.
Aquí con estos bárbaros trofeos
De peregrinaciones trabajosas
Descansan mis deseos:
Aquí paso las horas presurosas
Razonando conmigo,
Y obedézcome á mí lo que me digo:
Aquí en blandos afanes
Ocupo pensamientos holgazanes,
Que andaban vagamundos
Descubriendo á sus velos nuevos mundos;
Y mi loca esperanza, siempre verde,

Que con estar tullida vive ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca viene á estar de puro cana.
Aquí del primer hombre despojado
Descanso ya de andar de mí cargado.
Estos silvestres árboles frondosos,
Los pobres frutos que este monte cría,
Aunque pobres, sabrosos,
Me ofrecen mesa franca noche y dia:
Sírvenme aquestas fuentes
De tazas de cristal resplandecientes;
Así que en esta Sierra
Los agradecimientos de la tierra
A mi labor pasada
Me sustentan la vida trabajada:
Aquestos paxarillos en su canto
Imitan de los Angeles los tronos,
Reglando con mi gusto y con mi llanto
Ya los alegres, ya los tristes tonos.
A murmurar me ayudan estos rios
De la Corte las pompas y atavios.
No solicito el mar con remo y vela,
Ni temo al Turco la ambicion armada:
No en larga centinela
De acero muestro ser como mi espada;
Ni el anima vendida,
Soy por un pobre sueldo mi homicida;

Ni á fortuna me entrego,
De pasion loco, y de esperanzas ciego,
Por cavar diligente
Los peligros preciosos del Oriente.
No de mi gula amenazada vive
La Fenis en Arabia temerosa;
Ni ultrages de mi arado en sí recibe
La tierra por ganancia codiciosa:
No de envidioso lloro todo el año
Mas el ageno bien que el propio daño.
Llenos de paz mis gustos y sentidos,
Y la Corte del alma sosegada:
Sujetos y vencidos
Los gustos de la carne amotinada;
Entre casos acerbos
Aguardo á que desate de estos niervos
La muerte prevenida
El alma que añúdada está en la vida,
Para que en presto vuelo,
Horra del cautiverio de este suelo,
Coronado de lauro entrambas sienes,
Suba al supremo Alcazar estrellado
A recibir alegres parabienes
De nueva libertad, de nuevo estado:
Aguardo á que se esconda de esta guerra
Mi cuerpo en las entrañas de la tierra.
Tú, pues, ó caminante, que me escuchas;

Si quieres escapar con la vitoria
Del mundo con que luchas,
Manda que salga lejos tu memoria
A recibir la muerte,
Que viene á cada punto á deshacerte:
No hagas de tí caso,
Pues ves que huye la vida paso á paso.
Y que los bienes de ella
Mejor los goza aquel que mas los huella.
Cánsate ya, mortal, de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoros,
Que últimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te han de dexar la plata y oro.
Vive para tí solo, si pudieres,
Pues solo para tí, si mueres, mueres.

Pinta una Monarquía estragada con pecados.

CANCION.

Tu, por la culpa agena,
O Roma, de tan gran castigo indigna,
Padecerás la pena,
Hasta que se repare la ruina
De nuestros Templos sacros,
Y el humo de sus viejos simulacros.

De darte al ministerio
 De los Dioses inmensos ha nacido
 Tu poderoso imperio;
 Y tambien de ponerlos en olvido,
 Tu daño y tu miseria,
 Y el luto general de toda Isperia.
Por verse despreciados,
 A Maneses volvieron, y á Pachoro
 De vitorias cargados,
 Y de collares gruesos con el oro
 Del Romano despojo,
 Dos veces descubriéndonos su enojo.
Quando en cruel bullicio
 Y sedicion estabas ocupada,
 El Tudesco y Egypcio
 Bien cerca te tuvieron asolada;
 Este en mar poderoso,
 Aquel en tierra, fiero y espantoso.
Los tiempos ya mortales
 De vicios, mancillaron lo primero
 Los lechos conyugales,
 Las casas, y el linage verdadero;
 Y fue el origen este,
 Que á la patria, y al pueblo dió tal peste.
Ya la virgen madura
 Los bayles de Latona deshonestos,
 Que la enseñen procura:

Tuerce todos sus miembros, y de incestos
Amores se complace
Desde que al pie la uñita tierna nace.
Despues busca los mozos
Adúlteros en medio del convite;
Y para dar sus gozos
No aguarda que la mesa ó luz se quite;
Que en público concede
Lo que secretamente dar no puede.
Y si la llama sola
Sabiéndolo el marido, el mercadante,
O de nave Española
El Maestro, que es pródigo, y amante,
Se levanta en presencia
De todos, y á su gusto dá licencia.
La juventud Romana
No fue por tales padres engendrada,
Quando de la Africana
Gente dexó la mar ensangrentada,
A Antiocho vencido,
Al grande Pirro, y Anibal temido.
Mas rústicos Soldados,
Que el campo con hazadas revolviendo,
Y de leña cargados,
Qual sus madres severas le pedian,
Volvian quando Apolo
Dá sombras, y descanso á nuestro polo.

Las vueltas de los cielos
Todo lo desminuyen; muy mejores
Fueron nuestros abuelos
Que nuestros padres: somos hoy peores:
De nosotros se espera
Sucesion, que en maldades nos prefiera.

Un hombre desengañado.

REDONDILLAS.

Pasan mil casos por mí
sin divertir mi deseo;
que no atiendo á lo que veo,
sino solo á lo que ví.

Menos que el remo en el mar,
menos que en el ayre el ala,
en mí se imprime ó señala
nuevo placer ó pesar.

Haga el miedo ó la esperanza
en mí no vista experiencia;
que en tan clara diferencia
imposible es la mudanza.

Que como mi gloria fundo
en lo mas vecino al cielo,
quanto me promete el suelo,
es infierno acá en el mundo.

Vivo en mi mal tan sujeto,
y no en humanos despojos;
aunque tampoco en los ojos
la envidia enmendó el objeto.

Mas en la parte suprema
todo es tranquilo en extremo,
donde ni accidentes temo,
ni los hay aunque los tema.

Es igualdad sin igual
todo quanto el alma vé,
y halla solo con la fé
no estar en su original.

Y no fuera facil duda,
pues en el bien que poseo
está colmado el deseo,
y nuevas formas no muda.

Otras fuentes, y otros rios
en esta region se ofrecen,
que ni en los inviernos crecen,
ni menguan en los estíos.

Y otros árboles amenos,
que siempre en tiempo oportuno
dan fruta para el ayuno,
y flores para los senos.

Estos campos Eliseos,
de tan pocos habitados,
producen anticipados

los gustos á los deseos.
¡ O codicia ! ¡ quánta risa
causa aquí ver lo que mandas!
aunque como lejos andas,
poco de ello se divisa.
Lo que aquí se determina
con hombres, no se consulta;
ni lo que de ello resulta,
en sus lenguas se exâmina.
Ni cosa alguna defiende
la vana opinion al gusto;
porque en sabiendo que es justo,
á lo demás no se atiende.
Anda la crueldad desnuda,
descubriendo á su alvedrio,
que ni tiembla en el que es frio,
ni en el que es caliente suda.
Porque con igual firmeza
no gobiernan sino dos,
ó con su propia voz Dios,
ó por él Naturaleza.

SONETOS PASTORILES.

A Lísida, pidiéndole unas flores que tenia en la mano, persuadiéndola imite á una fuente.

I.

Ya que huyes de mí Lísida hermosa,
Imita las costumbres de esta fuente,
Que huye de la orilla eternamente,
Y siempre la fecunda generosa.
Huye de mí cortés, y desdeñosa
Sígate de mis ojos la corriente;
Y aunque de paso tanto fuego ardiente,
Merézcate una yerba y una rosa.
Pues mi pena ocasionas, pues te ries
Del congojoso llanto que derramo
En sacrificio al claustro de rubies:
Perdona lo que soy por lo que amo;
Y quando desdeñosa te desvies,
Llévate allá la voz con que te llamo.

A Lisis, presentándole un perro, que habia quitado un cordero de los mismos dientes del lobo.

II.

Este cordero, Lisis, que tus yerros
Sobrescribieron como al alma mia;
Estando ayer recien nacido el dia,
De un lobo le cobraron mis dos perros.
En el denso teatro de estos cerros
Melampo aventajó su valentía:
Ya le viste otra vez con osadía
Defender á tus voces los becerros.
Conoce que soy tuyo en tu ganado,
Pues por guardarle desamparó el mio,
Y en mi pérdida estimo su cuidado.
Pues te sirven sus dientes y su brio,
Recíbele, no pierda desdeñado
Lo que él merece, porque yo le envio.

A Aminta, que imite al Sol en dexarle consuelo quando se ausenta.

III.

Pues eres Sol, aprende á ser ausente
Del Sol, que aprende en tí luz y alegria;
¿No viste ayer agonizar el día,
Y apagar en el mar el oro ardiente?
Luego se enegreció mustio y doliente
El ayre adormecido en sombra fria:
Luego la noche en quanta luz ardia
Tantos consuelos encendió al Oriente.
Naces, Aminta, á Silvio del ocaso
En que me dexas sepultado y ciego,
Sígote obscuro con dudoso paso.
Concédele á mi noche, y á mi ruego
Del fuego de tu Sol, en que me abraso,
Estrellas, desperdicios de tu fuego.

A una Fuente en que salió á mirarse Lísida.

IV.

Fuente risueña y pura, que á ser rio,
De las dos urnas de mi vista aprendes,
Pues te precipitas y desciendes
De los ojos que en lágrimas te envio:
Si en mentido cristal te prende el frio,
En mi llanto por Lísida, te enciendes,
Y siempre ingrata á mi dolor atiendes,
Siendo el caudal con que te aumentas mio.
Tú de su imagen eres siempre avara,
Yo pródigo de llanto á tus corrientes,
Y á Lísida de la alma, y fé mas rara.
Amargos, sordos, turbios, inclementes
Juzgué los mares, no la amena y clara
Agua risueña y dulce de las fuentes.

Con exemplo del invierno imagina si será admitido su fuego del yelo de Lisi.

V.

Pues ya tiene la encina en los tizones
Mas séquito que tuvo en hoja y fruto,
Y el nubloso Orion manchó con luto
Las (otro tiempo) cárdenas Regiones.
Pues perezoso Arturo y los Triones
Dispensan breve el Sol, y poco enjuto;
Y con imperio cano y absoluto
Labra el yelo las aguas en prisiones;
Hoy que se busca en el calor la vida,
Gracias al dueño invierno, amante ciego,
A quien desprecia Amor, y Lisi olvida,
Al yelo hermoso de su pecho llego
Mi corazon, por ver si agradecida
Se regala su nieve con mi fuego.

Con la comparacion de dos toros zelosos, pide á Lisi no se admire del sentimiento de sus zelos.

VI.

¿Ves con el polvo de la lid sangrienta
Crecer el suelo, y acortarse el dia
En la zelosa y dura valentía
De aquellos toros que el amor violenta?
¿No ves la sangre, que el manchado alienta?
El humo que de la ancha frente envia
El toro negro; y la tenaz porfia,
En que el amante corazon ostenta?
Pues si lo vés, ó Lisi, ¿por qué admiras
Que quando amor enjuga mis entrañas
Y mis venas, volcan rebiente en iras?
Son los toros capaces de sus sañas,
¿Y no permites quando á Bato miras,
Que yo ensordezca en llanto las montañas?

Culpa á Flor de injusta en el premio de su favor, con el exemplo de una vaca pretendida en el soto.

Es imitacion de Virgilio en las Geórgicas.

VII.

¿Ves gemir sus afrentas al vencido
Toro, y que tiene ausente y afrentado,
Menos pacído el soto que escarvado,
Y de sus zelos todo el monte herido?
¿Vesle ensayar venganzas con bramido,
Y en el viento gastar ímpetu armado?
¿Ves que sabe sentir ser desdeñado,
Y que su vaca tenga otro marido?
Pues considera, Flor, la pena mia,
Quando por Coridon, Pastor ausente,
Desprecias en mi amor mi compañia.
Ofrecióse la vaca al mas valiente,
Y con razon premió la valentía:
Tú me desprecias, Flor, injustamente.

Aconseja al Amor, que para vencer el desden de Lisi, dexe las flechas comunes, y tome las con que hirió á Júpiter, para que se enamorase de Europa.

VIII.

Amor, preven el arco y la saeta,
 Que enseñó á navegar, y dar amante
 Al rayo, quando Jove fulminante
 Bruta deidad bramó llama secreta.
La vulgar cuerda, que tu mano aprieta,
 Para el pecho de Lisi no es bastante:
 Otra cosa mas dura que el diamante,
 Dudo que la vitoria te prometa.
Preven toda la fuerza al pecho helado;
 Pues menos gloria en menos hermosura
 Te fue baxar al Sol del Cielo al prado.
Y pues de tí no supo estar segura
 Tu madre, no permitas despreciado,
 Que tu poder desmienta, Lisis, dura,

Con el exemplo del fuego enseña á Alexî, Pastor, cómo se ha de resistir al amor en su principio.

IX.

¿No ves piramidal, y sin sosiego
En esta vela arder inquieta llama,
Y quán pequeño soplo la derrama
En cadaver de luz en humo ciego?
¿No ves sonoro y animoso el fuego
Arder voráz en una y otra rama,
A quien ya poderoso el soplo inflama
Que á la centélla dió la muerte luego?
Ansí pequeño amor recien nacido
Muere Alexî con poca resistencia,
Y le paga una ausencia y un olvido;
Mas si crece en las venas su dolencia,
Vence con lo que pudo ser vencido,
Y vuelve en alimento la violencia.

Dice que como el Labrador teme el agua quando viene con truenos, habiéndola deseado, ansí es la vista de su Pastora.

X.

Ya viste que acusaban los sembrados
 Secos, las nubes y las lluvias: luego
 Viste en la tempestad temer el riego
 Los surcos con el rayo amenazados.
Mas quieren verse secos que abrasados,
 Viendo que al agua la acompaña el fuego,
 Y el relámpago y trueno sordo y ciego;
 Y mustio el campo teme los nublados.
No de otra suerte temen la hermosura,
 Que en los tuyos mis ojos codiciaron,
 Anhelando la luz serena y pura:
Pues luego que se abrieron, fulminaron,
 Y amedrentando el gozo á mi ventura,
 Encendieron en mí quanto miraron.

Significa el mal que entra á la alma por los ojos con la fábula de Acteon.

XI.

Estábase la Efesia cazadora
Dando en aljófar el sudor al baño,
Quando en rabiosa luz se abrasa el año,
Y la vida en incendios se evapora.
De sí Narciso, y Ninfa se enamora;
Mas viendo conducido de su engaño,
Que se acerca Acteon, temiendo el daño,
Fueron las Ninfas velo á su Señora.
Con la arena intentaron el cegalle;
Mas luego que de Amor miró el trofeo,
Cegó mas noblemente con su talle.
Su frente endureció con arco feo:
Sus perros intentaron el matalle;
Y adelantóse á todos su deseo.

Dice que como el Nilo guarda su origen, encubre tambien el de su amor la causa, y crece ansí tambien su llanto con el fuego que le abrasa.

XII.

Dichoso tú que naces sin testigo,
Y de progenitores ignorado,
¡O Nilo! y nube y rio al campo y prado,
Ya fertilizas troncos, y ya trigo.
El humor que sediento y enemigo
Bebe el rabioso Can á los sagrados
Rios, le añade pródigo á tus vados,
Siendo Aquario el Leon para contigo.
No de otra suerte, Lisis, acontece
A las undosas urnas de mis ojos,
Cuyo ignorado origen se enmudece:
Pues quanto el Syrio de tus lazos roxos
Arde en bochornos de oro crespo, crece
Mas su raudal, tu yelo, y mis enojos.

Con la propiedad de Guadiana, de quien dice Plinio, que sæpius nasci gaudet, *compara la disimulacion de sus lágrimas.*

XIII.

O ya descansas, Guadiana, ociosas
Tus corrientes en lagos que ennobleces,
O líquidas dilatas á tus peces
Campañas en las lluvias procelosas:
O en las grutas sedientas tenebrosas
Los raudales undosos despareces;
Y de nacer á España muchas veces
Te alegras en las tumbas cabernosas.
Emulos mis dos ojos á tus fuentes
Ya corren, ya se esconden, ya se paran,
Y nacen sin morir al llanto ardientes.
Ni mi prision, ni lágrimas se aclaran:
Todo soy semejante á tus corrientes,
Que de su propio túmulo se amparan.

Habiendo llamado á su Zagala, Aurora, pide á la del Cielo que se detenga para ver en ella el retrato de su misma Zagala.

XIV.

Tu, Princesa bellísima del dia,
De las sombras nocturnas triunfadora,
Oro risueño, y púrpura pintora,
Del ayre meláncolico alegria:
Pues del Sol que te sigue, y que te envia,
Eres flagrante y rica embaxadora:
Pues por enoblecerte llamé Aurora
La hermosa sin igual Zagala mia:
Ya que la noche me privó de vella,
Y esquiva mis dos ojos, piadosa
Entretenme su imagen en tu estrella:
Niégale al Sol las horas; no envidiosa
Su llama, que tus luces atropella:
Esconde en tí su radiente nieve y rosa.

A Fili, que suelto el cabello, lloraba ausencias de su Pastor.

XV.

Ondea el oro en hebras proceloso:
 Corre el humor en perlas hilo á hilo:
 Juntó la pena al Tajo con el Nilo,
 Este creciente, quando aquel precioso.
Tal el cabello, tal el rostro hermoso
 Asiste en Fili al doloroso estilo,
 Quando por las ausencias de Bátilo,
 Uno derrama rico, otro lloroso.
Oyó gemir con músico lamento,
 Y mustia y ronca voz tórtola amante,
 Amancillando querellosa el viento;
Dixo: Si imitas mi dolor constante,
 Eres lisonja dulce de mi acento:
 Si le compites, no es tu mal bastante.

A Lisi, que en su cabello rubio tenia sembrados claveles carmesíes, y por el cuello.

XVI.

Rizas en ondas ricas del Rey Midas,
Lisi, el tacto precioso, quanto avaro:
Arden claveles en su cerco claro,
Flagrante sangre, expléndidas heridas.
Minas ardientes al jardin unidas,
Son milagro de Amor, portento raro,
Quando Hybla matiza el marmol Paro,
Y en su dureza flores vé encendidas.
Esos, que en tu cabeza generosa
Son cruenta hermosura, y son agravio
A la melena rica y virtuosa,
Dan al claustro de perlas en tu labio
Eloqüente rubí, púrpura hermosa,
Ya sonoro clavel, ya coral sabio.

Ausente se lamenta mirando la fuente donde solia mirarse su Pastora.

XVII.

En este sitio, donde Mayo cierra
Quanto con mas fecunda luz florece,
Tan parecido al cielo, que parece
Parte que de su globo cayó en tierra:
Testigos son las peñas de esta sierra,
Hombros que al peso celestial ofrece,
Del duro afan que el corazon padece
En alta esclavitud injusta guerra.
Miré la fuente donde ver solia
A Fílida, que en ella se miraba,
Quando por serla espejo no corria.
Por imitar mi envidia se abrasaba,
Quando en sus aguas mi atencion ardia,
Y en dos incendios Fílida se elaba.

A una Fuente, donde solia llorar los desdenes de Fili.

XVIII.

Esta fuente me habla; mas no entiendo
Su lenguage, ni sé lo que razona:
Sé que habla de amor, y que blasona
De verme á su pesar por Flori ardiendo:
Mi llanto, con que crece, bien le entiendo;
Pues mi dolor, y mi pasion pregona:
Mis lágrimas el prado las corona:
Vase con ellas el cristal riendo.
Poco mi corazon debe á mis ojos,
Pues dan agua al agua y se la niegan
Al fuego, que consume mis despojos.
Si no lo ven, porque llorando ciegan,
Oygan, lo que no vén, á mis enojos:
Déxanme arder, y al agua misma anegan.

Compara á la yedra su amor, que causa parecidos efectos, adornando al árbol por donde sube, y destruyéndole.

XIX.

Esta yedra anudada, que camina,
Y en verde laberinto comprehende
La estatura del álamo que ofende,
Pues quanto le acaricia, le arruina:
Si es abrazo ó prision, no determina
La vista, que al frondoso halago atiende:
El tronco solo si es favor entiende,
O cárcel que le esconde, y que le inclina.
¡Ay Lisi! quien me viere enriquecido
Con alta adoracion de tu hermosura,
Y de tan nobles penas asistido,
Pregunte á mi pasion y á mi ventura,
Y sabrá que es prision de mi sentido
Lo que juzga blason de mi locura.

Dice que el Sol templa la nieve de los Alpes; y los ojos de Lisi no templan el hielo de sus desdenes.

XX.

Miro este monte, que envejece Enero,
Y cana miro caducar con nieve
Su cumbre, que aterido, obscuro y breve
La mira el Sol, que la pintó primero.
Veo que en muchas partes lisonjero,
O regala sus yelos, ó los bebe;
Que agradecido á su piedad se mueve
El músico cristal libre y parlero.
Mas en los Alpes de tu pecho airado
No miro que tus ojos á los mios
Regalen, siendo fuego, el yelo amado.
Mi propia llama multiplica frios,
Y en mis cenizas mesmas ardo helado,
Envidiando la dicha de estos rios,

A una Dama hermosa, y tiradora del vuelo, que mató un Aguila con un tiro.

XXI.

¿Castigas en la Aguila el delito
De los zelos de Juno vengadora,
Porque en velocidad alta y sonora
Llevó á Jove robado el Catamito?
¿O juzgaste su osar por infinito
En atrever sus ojos á tu aurora,
Confiada en la vista vencedora,
Con que miran al Sol de hito en hito?
¿O porque sepa Jove, que en el cielo,
Quando Venus fulminas, de tu rayo
Ni el suyo está seguro, ni su vuelo?
¿O á Cesar amenazas con desmayo,
Derramando su emblema por el suelo,
Honrando los Leones de Pelayo?

A Lisi cortando flores, y rodeada de abejas.

XXII.

Las rosas que no cortas te dan quejas,
Lisis de las que escoges por mejores,
Las que pisas se quedan inferiores
Por guardar la señal que del pie dexas.
Haces hermoso engaño á las abejas,
Que cortejan solícitas tus flores:
Llaman á su codicia tus colores:
Su instinto burlas, y su error festejas.
Ya que de mí tu condicion no quiera
Compadecerse, del enxambre hermoso
Tenga piedad tu eterna primavera.
El será fortunado, yo dichoso,
Si de tu pecho fabricase cera,
Y la miel de tu rostro milagroso.

A Lisi, que cansada de cazar en el Estío, se recostó á la sombra de un laurel.

XXIII.

Lisi, en la sombra no hallarás frescura
  Tú, que con dos ardientes luminares,
  A la sombra la traes caniculares,
  Que dieran á los Alpes calentura.
Del antiguo recato y compostura
  Han olvidado á Dafne estos lugares;
  Pues de dos soles tuyos singulares,
  Quien huyó de uno solo se asegura.
Mas viéndole en tus ojos dividido,
  Para poder estar en tí dos veces,
  Otras tantas le mira en tí vencido.
Y siente que como ella le aborreces,
  Pues á su sombra y tronco has retraído
  Los rayos que le niegas, y le ofreces.

POESIAS AMOROSAS.

En lo penoso de un amante ausente.

XXIV.

Embrabecí llorando la corriente
De aqueste fertil cristalino rio,
Y cantando amansé su curso y brio:
¡Tanto puede el dolor en un ausente!
Miréme en los cristales de esta fuente
Antes que los prendiese el yelo frio;
Y ví que no es tan fiero el rostro mio,
Que no merezca ver tu luz ardiente.
Dexé sus aguas ricas de despojos:
Cubrí (ó mi Isbela) de incienso tus altares:
Coronélos de espigas á manojos.
Sequé y crecí con agua y fuego á Henares;
Y tornando en el agua á ver mis ojos,
En un arroyo pude ver dos mares.

Soneto Amoroso.

XXV.

Si en el loco jamás hubo esperanza,
Ni desesperacion hubo en el cuerdo,
¿De qué accidentes hoy la vida pierdo?
¿Qué sentimiento mi razon alcanza?
¿Quién hace en mi memoria tal mudanza,
Que de aquello que busco no me acuerdo?
Velo soñando, y sin dormir recuerdo:
El mal pesa, y el bien igual balanza.
Escucho sordo, y reconozco ciego:
Descanso trabajando, y hablo mudo:
Humilde aguardo, y con soberbia pido.
Si no es amor mi gran desasosiego,
De conocer lo que me acaba dudo;
Que no hay de sí quien viva mas rendido.

Culpa lo cruel de su Dama.

XXVI.

Hay en Sicilia una famosa fuente.
  Que en piedra torna quanto moja y baña,
  De donde huye la ligera caña
  El vil rigor del natural corriente,
Y desde el pie gallardo hasta la frente
  Anaxârte de dureza extraña
  Convertida fue en piedra; y en España
  Pudiera dar exemplo mas patente:
Mas donde vos estais es escusado
  Buscar exemplo en todas las criaturas,
  Pues mis quejas jamás os ablandaron.
Y al fin estoy á creer determinado,
  Que algun monte os parió de entrañas duras,
  O que en aquesta fuente os bautizaron.

Quéjase de lo esquivo de su Dama.

XXVII.

El amor conyugal de su marido
Su presencia en el pecho le revela:
Texe de dia en la curiosa tela
Lo mismo que de noche ha destexido:
Danle combates interés y olvido,
Y de fé y esperanza se abroquela;
Hasta que dando el viento en popa y vela,
Le restituye el mar á su marido.
Ulyses llega, goza á su querida,
Que por gozarla un dia, dió veinte años
A la misma esperanza de un difunto.
Mas yo sé de una fiera embravecida,
Que veinte mil texiera por mis daños,
Y al fin mis daños son no verme un punto.

Soneto Amoroso.

XXVIII.

Quando á mas sueño el alba me convida,
 Y valedor piloto Palinuro
 A voces rompe al natural seguro,
 Tregua del mal, esfuerzo de la vida:
¿Qué furia armada, ó que legion vestida
 Del miedo, ó manto de la noche escuro,
 Sin armas dexa el esquadron seguro,
 A mí despierto, á mi razon dormida?
Algunos enemigos pensamientos
 Cosarios en el mar, de amor nacidos,
 Mi dormido batel han asaltado.
El alma toca al arma á los sentidos;
 Mas como Amor los halla soñolientos,
 Es cada sombra un enemigo armado.

Soneto Amoroso.

XXIX.

Aguarda, riguroso pensamiento,
No pierdas el respeto á cuyo eres.
Imagen, sol, ó sombra, ¿qué me quieres?
Déxame sosegar en mi aposento.
Divina Tirsis, abrasarme siento:
Sé blanda como hermosa entre mugeres:
Mira que ausente, como estás, me hieres:
Afloxa ya las cuerdas al tormento.
Hablándote á mis solas me anochece:
Contigo anda cansada el alma mia:
Contigo razonando me amanece.
Tú la noche me ocupas, y tú el dia:
Sin tí todo me aflige y entristece;
Y en tí mi mismo mal me dá alegría.

Soneto Amoroso.

XXX.

A fugitivas sombras doy abrazos:
En los sueños se cansa el alma mia:
Paso luchando á solas noche y dia,
Con un trasgo que traigo entre mis brazos.
Quando le quiero mas ceñir con lazos,
Y viendo mi sudor se me desvia,
Vuelvo con nueva fuerza á mi porfia,
Y temas con amor me hacen pedazos.
Voyme á vengar en una imagen vana,
Que no se aparta de los ojos mios:
Búrlame, y de burlarme corre ufana.
Empiézola á seguir : faltanme brios:
Y como de alcanzarla tengo gana,
Hago correr tras ella el llanto en rios.

Soneto Amoroso.

XXXI.

Mas solitario páxaro en quál techo
Se vió jamás que yo, ni fiera en monte ó prado?
Desierto estoy de mí, que me ha dexado
Mi alma propia en lágrimas deshecho.
Lloraré siempre mi mayor provecho:
Penas serán y hiel qualquier bocado:
La noche afan, y la quietud cuidado:
Y duro campo de batalla el lecho.
El sueño, que es imagen de la muerte,
En mí á la muerte vence en aspereza,
Pues que me estorva el sumo bien de verte:
Que es tanto tu donayre, y tu belleza,
Que pues naturaleza pudo hacerte,
Milagro pudo hacer naturaleza.

Soneto Amoroso.

XXXII.

Amor me ocupa todos los sentidos:
Absorto estoy en éxtasi amoroso:
No me concede un rato de reposo
Esta guerra civil de los nacidos.
¡Ay cómo van mis pasos tan perdidos
Tras dueño, si gallardo, riguroso!
Quedaré por exemplo lastimoso
A todos quantos fueren atrevidos.
Mi vida misma es causa de mi muerte,
Y á manos de mi bien mil males paso,
Y quando estoy rendido me hago fuerte.
Quiero encubrir el fuego en que me abraso,
Por ver si puedo mejorar mi suerte;
Y hallo en darme favor al Cielo escaso.

Soneto Amoroso.

XXXIII.

Dexad que á voces diga el bien que pierdo,
Si con mi llanto á lástima os provoco;
Y permitidme hacer cosas de loco,
Que parezco muy mal amante y cuerdo.
La red que rompo , y la prision que muerdo,
Y el tirano rigor que adoro y toco,
Para mostrar mi pena son muy poco,
Si por mi mal de lo que fui me acuerdo.
Oiganme todos : consentid siquiera
Que harto de esperar y de quejarme;
Pues sin premio viví , sin juicio muera.
De gritar solamente quiero hartarme:
Sepa de mí á lo menos esta fiera
Que he podido morir , y no mudarme.

Soneto Amoroso.

XXXIV.

Petrarca celebró su Laura bella
Con ingenio y estilo levantado;
Y hizo al mundo eterno su cuidado,
Y la rara belleza que vió en ella.
Viven hoy envidiosas muchas de ella;
Porque es digno de ser muy envidiado
Un bien tan alto, y tan dichoso estado,
Que nunca pueda el tiempo contra ella.
Yo solo á tí, gallarda Silvia hermosa,
A quien dí el corazon en sacrificio,
Querria dexarte de la misma suerte;
Que esta alma en adorarte venturosa,
Solo te puede hacer este servicio,
Que no te ofenda el tiempo, ni la muerte.

Soneto Amoroso.

XXXV.

Divina muestra del poder divino,
Honra de nuestra edad, por vos dichosa:
Nobleza sin igual maravillosa:
Aviso, ingenio, gusto peregrino:
Milagro de renombre eterno digno,
A pesar de la envidia venenosa:
Rara beldad, cordura milagrosa:
Gloria, que es de gozarla amor indigno:
Angel con mortal velo disfrazado,
Regalo sin medida, que no tiene
Igual en todo el bien del ser humano:
Tesoro celestial incomparado,
Adonde mas el alma se entretiene;
Es Silvia, dueño, y vida de Silvano.

Soneto Amoroso.

XXXVI.

Esa color de rosa y de azucena,
Y ese mirar rabioso, dulce, honesto,
Y ese hermoso cuello, blanco, inhiesto,
Y boca de rubís, y perlas llena.
La mano alabastrina, que encadena
Al que mas contra amor está dispuesto;
Y el mas libre, y tirano presupuesto
Destierra de las almas, y enagena.
Esa rica y hermosa primavera,
Cuyas flores de gracias y hermosura
Ofendellas no puede el tiempo airado,
Son ocasion que viva yo, y que muera;
Y son de mi descanso, y mi ventura
Principio y fin, y alivio del cuidado.

Soneto Amoroso.

XXXVII.

Dexadme resollar, desconfianzas,
Que es de manera vuestro desconsuelo,
Que tiene derribado por el suelo
El fundamento de mis esperanzas,
¿Por qué me asegurais tantas mudanzas
En la fé que sustenta mi consuelo,
Y á mas del temor y del recelo
Quereis hacer morir mis confianzas?
No me canseis con vanas invenciones,
Pues mi mal no le causan desengaños,
Sino deseo de amor cendrado y puro:
Porque dá otras sospechas en mi daño,
Y sé bien por diversas ocasiones,
Que de vosotras pueda estar seguro.

Soneto Amoroso.

XXXVIII.

A fuego y sangre, fiero pensamiento,
Has contra mí la guerra pregonado;
Y con verme rendido y acabado
No quieres hacer treguas de un momento.
¿Qué has de ganar en este vencimiento,
Sino infámia de haberle procurado
Contra quien vive tan desconfiado
Del ageno fávor y propio aliento?
La cuerda del dolor afloxa un poco:
Déxame respirar, duro enemigo,
Y goza del placer de atormentarme:
Multiplica mi daño poco á poco,
Y el airado rigor templa conmigo,
Pues que te has de acabar con acabarme.

Soneto Amoroso.

XXXIX.

Silvia, ¿por qué os dá gusto que padezca
Tan grave mal como por vos padezco?
Si lo causa lo poco que merezco,
Ninguno tiene el mundo que os merezca.
Ni fé tan pura no hay quien os la ofrezca
Como yo con esta alma vuestra ofrezco;
Y nadie agradeció como agradezco
Pena que tanto ofenda y entristezca.
Y aunque en valor estemos desiguales,
A tener compasion de mis dolores
Bien os pueden mover estremos tales:
Pues quantos piden que les deis favores,
En bien amaros no me son iguales,
Ni os han sufrido tantos disfavores.

Soneto Amoroso.

XL.

Cifra de quanta gloria y bien espera
Por medió de su fé y de su tormento
El que para adorar tu pensamiento
De sí se olvidará hasta que muera:
Reforma tu esperanza brava y fiera
A oir lo menos del dolor que siento:
Dale, Señora, al tierno sentimiento:
En ese pecho ya lugar qualquiera.
Pues mi remedio está solo en tu mano,
Antes que del dolor la fuerza fuerte
Del aliento vital prive á Silvano.
Intento muda, porque de otra suerte
Llegará tarde, y procurárseha en vano
A tanto mal remedio sin la muerte.

Soneto Amoroso.

XLI.

Espíritu gentil, rara belleza,
Valor inmenso, afable cortesía,
Discrecion admirable, y gallardia
La mayor que se vió, y de mas firmeza:
Cendrada lengua, angélica presteza,
Desden esquivo, suma bizarría,
Como á vos á ninguna, Silvia mia,
Jamás lo quiso dar naturaleza.
Solo el que no ha sabido conoceros
Podrá vivir, Señora, sin amaros,
Y mayor desventura no es posible.
Mas yo que merecí ganar de veros,
Y hallo tanta gloria en contemplaros,
Dexaros de adorar es imposible.

Soneto Amoroso.

XLII.

Quando con atencion miro y contemplo
La soberana traza y compostura
De esa figura y celestial figura,
Que de su Hacedor es vivo exemplo,
La prima con razon baxo, y contemplo
Del indigno instrumento, que procura
Tocar los puntos de mayor altura,
Que la madre de Amor oyó en su templo.
Pues no es bien ofenderos y agraviaros,
Cortamente alabando la riqueza
De los raros estremos, que en vos veo;
Solo se ocupe el alma en contemplaros,
Y estos ojos en ver esa belleza,
Que es último sugeto del deseo.

Soneto Amoroso.

XLIII.

Deten tu curso, Henares, tan crecido,
De aquesta soledad músico amado,
En tanto que contento mi ganado
Goza del bien que pierde este afligido:
Y entanto que en el ramo mas florido
Endechas canta el Ruiseñor, y el prado
Tiene de sí al Verano enamorado,
Tomando á Mayo su mejor vestido.
No cantes mas, pues ves que nunca afloxo
La rienda al llanto en míseras porfias,
Sin menguárseme parte del enojo:
Que mal parece si tus agua frias
Son lágrimas las mas, que triste arrojo,
Que canten, quando lloro, siendo mias.

Soneto Amoroso.

XLIV.

Por la cumbre de un monte levantado
Mis temerosos pasos guio:
Por norte llevo solo mi alvedrio,
Y por mantenimiento mi cuidado.
Llega la noche, y hállome engañado,
Y solo en la esperanza me confio:
Llego al corriente mar de un hondo rio,
Ni hallo barca, ni puente ni hallo vado.
Por la ribera arriba el paso arrojo:
Dame contento el agua con su ruido;
Mas en verme perdido me congojo,
Hallo pisadas de otro que ha subido:
Párome á verlas; pienso con enojo
Si son de otro, como yo, perdido.

A un retrato de su Dama.

Soneto Amoroso.

XLV.

Tan vivo está el retrato y la belleza,
Que amor tiene en el mundo por escudo,
Que con mirarse tan de cerca, dudo
Quál de los dos formó naturaleza.
Teniéndole por Filis, con presteza,
Mi alma se apartó del cuerpo rudo;
Y viendo que era su retrato mudo,
En mí volví corrido con tristeza.
En el llevar tras sí mi fe y deseo,
Es Filis viva, pues su ser incluye,
Con cuyo disfavor siempre peleo.
Mas su rigor aquesto lo destruye;
Y que no es Filis al momento creo,
Pues que de mí, mirándome, no huye.

Soneto Amoroso.

XLVI.

Embarazada el alma y el sentido
Con un sueño burlon, aunque dichoso,
Aumentando reposo á mi reposo,
Me hallé toda una noche entretenido.
Tu rostro ví en mis llamas encendido,
Que dora lo cruel con lo hermoso,
Enlazando tu cuello presuroso
Con ñudo de los brazos bien texido.
Túvele por verdad el bien pequeño:
Llegué luego á soñar que te gozaba,
Hecho de tanta gentileza dueño.
Y en esto conocí que me engañaba,
Y que todo mi bien fue breve sueño,
Pues yo tan sin ventura le alcanzaba.

Soneto Amoroso.

XLVII.

Soñé que el brazo de rigor armado,
Filis, alzabas contra el alma mia,
Diciendo : Este será el postrero dia,
Que ponga fin á tu vivir cansado:
Y que luego con golpe acelerado
Me dabas muerte en sombra de alegria;
Y yo triste al infierno me partia,
Viéndome ya del cielo desterrado:
Partí sin ver el rostro amado y bello;
Mas despertóme de este sueño un llanto,
Ronca la voz, y crespo mi cabello.
Y lo que mas en esto me dió espanto,
Es ver que fuese sueño algo de aquello
Que me pudiera dar tormento tanto.

Soneto Amoroso.

XLVIII.

Clarinda, vuestra Musa sonorosa
Es célebre por docta y levantada;
Pero mi Musa humilde y desgraciada,
Por celebrar la vuestra es mas famosa.
La vuestra, dulce, alegre y deleytosa,
Es tan perfecta, rica y acabada,
Que única viene á ser por envidiada,
Y es única la mia de envidiosa.
Juntos á Apolo, y á su Dafne veo,
Clarinda, en vuestra noble compostura,
Gozando en vos altísimo trofeo.
Que en vos Dafne de Apolo está segura,
Pues de su amor olvida ya el deseo
Por el nuevo de amar vuestra hermosura.

Soneto Amoroso.

XLIX.

Osar, temer, amar y aborrecerse,
Alegre con la gloria atormentarse,
De olvidar los trabajos olvidarse,
Entre llamas arder sin encenderse:
Con soledad entre las gentes verse,
Y de la soledad acompañarse:
Morir continuamente, no acabarse:
Perderse, por hallar con que perderse:
Ser Fucar de esperanzas sin ventura,
Gastar todo el caudal en sufrimiento,
Con cera conquistar la piedra dura:
Son efectos de Amor en mis tormentos.
Nadie le llame Dios, que es gran locura,
Que mas son de verdugo sus tormentos.

Soneto Amoroso.

L.

Siete años de Pastor Jacob servia
Al padre de Raquel, serrana bella;
Mas no servia á él, servia á ella,
Que á ella solo el premio pretendia.
Los dias en memoria de aquel dia
Pasaba, contentándose con vella;
Mas Labán cauteloso, en lugar de ella,
Ingrato á su lealtad, le diera á Lia.
Viendo el triste Pastor, que con engaños
Le quitan á Raquel; y el bien que espera,
Por tiempo, amor, y fé le merecia.
Volvió á servir de nuevo otros siete años:
Y mil sirviera mas, si no tuviera
Para tan largo amor tan corta vida.

Soneto Amoroso.

LI.

¿Qué imagen de la muerte rigurosa,
Qué sombra del infierno , me maltrata?
¿Qué tirano cruel me sigue y mata
Con vengativa mano licenciosa?
¿Qué fantasma en la noche temerosa
El corazon del sueño me desata?
¿Quién te venga de mí , divina ingrata,
Mas por mi mal que por tu bien hermosa?
¿Quién , quando con dudoso pie y incierto
Pisó la soledad de aquesta arena,
Me puebla de cuidados el desierto?
¿Quién el antiguo son de mi cadena
A mis orejas vuelve , si es tan cierto,
Que aun no te acuerdas tú de darme pena?

Soneto Amoroso.

LII.

Del Sol huyendo, el miesmo Sol buscaba,
Y al fuego ardiente quando el fuego ardia:
Alegria iba siguiendo mi alegria,
Y fatigado mi descanso hallaba.
Fue tras su libertad mi vida esclava,
Y corrió tras tu vida el alma mia:
Buscaron mis tinieblas á su dia,
Que dando luz al mismo Sol andaba.
Fui Salamandra en sustentarme ciego
En las llamas del Sol con mi cuidado,
Y de mi amor en el ardiente fuego;
Pero en Camaleon fui transformado
Por la que tiraniza mi sosiego,
Pues fui con ayre de ella sustentado.

Soneto Amoroso.

LIII.

Artificiosa flor, rica y hermosa,
Que adornas á la misma Primavera,
No temas que el color que tienes muera
Estando en una parte tan dichosa.
Siempre verde serás, siempre olorosa,
Aunque despoje el cielo la ribera:
Triunfarás del Invierno, y de la esfera,
Envidiada de mí por venturosa.
Quando caiste de su frente bella,
No te tuve por flor; que como es cielo,
No esperaba yo de él sino una estrella,
Mas pues quando se cae la flor al suelo,
Muestra que el fruto viene ya tras ella,
Ver que te ví caer me dá consuelo.

Soneto Amoroso.

LIV.

Tras arder siempre, nunca consumirme;
Y tras siempre llorar, nunca acosarme:
Tras tanto caminar, nunca cansarme;
Y tras siempre vivir, jamás morirme;
Despues de tanto mal, no arrepentirme:
Tras tanto engaño, no desengañarme:
Despues de tantas penas, no alegrarme;
Y tras tanto dolor, nunca reirme;
En tantos laberintos no perderme,
Ni haber tras tanto olvido recordado,
¿Qué fin alegre puede prometerme?
Antes muerto estaré, que escarmentado:
Ya no pienso tratar de defenderme,
Sino de ser de veras desdichado.

Soneto Amoroso.

L.V.

Lloro mientras el Sol alumbra ; y quando
Descansan en silencio los mortales
Torno á llorar, renuévanse mis males,
Y así paso mi tiempo sollozando.
En triste humor los ojos voy gastando,
Y el corazon en penas desiguales,
Solo á mí entre los otros animales
No me concede paz de amor el bando.
Desde el un Sol al otro hay fé perdida;
Y de una sombra á otra siempre lloro
En esta muerte que llamamos vida.
Perdí mi libertad y mi tesoro:
Perdióse mi esperanza de atrevida.
¡Triste de mí, que mi verdugo adoro!

Soneto Amoroso.

LVI.

Llevó tras sí los pámpanos Octubre,
Y con las muchas lluvias insolente,
No sufre Ibero márgenes, ni puente;
Mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, como suele, ya descubre
Coronada de nieve la alta frente;
Y al Sol apenas vemos en Oriente,
Quando la dura tierra nos le encubre.
Del monte baxa ya con nueva saña
El Aquilon, y cierra su bramido
Gente en el mar, y gente en la montaña.
Y Fabio en el umbral de Tais tendido
Con vergonzosas lágrimas le baña,
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

Soneto Amoroso.

LVII.

De tantas bien nacidas esperanzas
Del doméstico amor, y dulce vida,
Burlas, ingrata Silvia fementida,
Con desdenes, con zelos, con tardanzas.
No arroje mas tu brazo airadas lanzas
Del pecho á la pirámide escondida;
Que ya no dan lugar á nueva herida
Las que en ella te rinden alabanzas.
Confieso que dí incienso en tus altares
Con sacrílega mano al fuego ardiente
Del no prudente Dios preso con grillo.
Si me castigas dándome esos males,
No me mates, que un muerto no lo siente:
Dame vida, y así podrás sentillo.

Soneto Amoroso.

LVIII.

¡O dulces, frescas aguas transparentes,
Que vuestra claridad á Celia hurtastes,
Quando otra vez mis glorias murmurastes,
Haciéndome dichoso entre las gentes!
Si acaso, rio ufano, acaso sientes
Mi mal; y vos, ó flores, escuchastes
Mis quejas, y algun tiempo acompañastes
Vergonzosas mi fé con las corrientes:
Decid, pues sois testigos, ¿este rio
A mí y Celia, todo en un momento,
No representa con dibuxo raro?
Murmurando decís en favor mio,
Que á ella se parece en movimiento,
Y á mí tan solamente en el ser claro.

Soneto Amoroso.

LIX.

Si Dios eres, Amor, ¿quál es tu Cielo?
Si Señor, ¿de qué renta, y de qué estados?
¿Adónde están tus siervos y criados?
¿Dónde tienes tu asiento en este suelo?
Si te disfraza nuestro mortal velo,
¿Quáles son tus desiertos y apartados?
¿Si rico, dó tus bienes vinculados?
¿Cómo te veo desnudo al Sol, y al yelo?
¿Sabes qué me parece, Amor, de aquesto?
Que el pintarte con alas, y bendado,
Es que de tí el pintor, y el mundo juega:
Y yo tambien, pues solo el rostro honesto
De mi Lisis así te ha acorbadado,
Que pareces, Amor, gallina ciega.

Soneto Amoroso.

LX.

Solo, sin vos, y mi dolor presente,
Mi pecho rompo con mortal suspiro:
Solo vivo aquel tiempo quando os miro;
Mas poco mi destino lo consiente.
Mi mal es propio, el bien es accidente;
Pues quando verme en vos presente aspiro,
No falta causa al mal porque suspiro,
Aunque con vos estoy estando ausente.
Aquí os hablo, aquí os tengo, y aquí suelo
Gozando de este bien en mi memoria,
Mientras que el bien que espero Amor dilata,
Mirad cómo me trata mi deseo;
Que he venido á tener solo por gloria
Vivir contento en lo que mas me mata.

Soneto Amoroso.

Definiendo el Amor.

LXI.

Es yelo abrasador: es fuego helado:
Es herida, que duele y no se siente:
Es un soñado bien: un mal presente:
Es un breve descanso muy cansado:
Es un descuido, que nos dá cuidado:
Un cobarde con nombre de valiente:
Un andar solitario entre la gente:
Un amar solamente ser amado.
Es una libertad encarcelada,
Que dura hasta el postrero parasismo:
Enfermedad, que crece si es curada.
Este es el niño Amor; este es su abismo.
¡Mirad quál amistad tendrá con nada
El que todo es contrario de sí mismo!

OCTAVAS GLOSANDO,

Que todo tiene fin sino es mi pena.

Yo ví todas las galas del Verano,
Y engastadas las perlas del Aurora
En el oro del Sol sobre este llano:
Ví de esmeralda el campo ; mas agora
La blanca nieve del Invierno cano
De todo lo desnuda, y le desdora.
Todo lo acaba el tiempo, y lo enagena;
Que todo tiene fin, sino es mi pena.

Yo ví presa del yelo la corriente,
Que en líquidos cristales derretida
Despide alegre la parlera fuente,
De nubes pardas, y de horror vestida.
Ví la cara del Sol resplandeciente;
La mar, que agora temo embrabecida,
Ví mansa en otro tiempo, ví serena;
Que todo tiene fin, sino es mi pena.

En el oro del Sol sobre este llano
Ví engastadas las perlas del Aurora;
Y las mas ricas joyas del Verano
Ví vestir de esmeralda el campo á Flora.
Mas ya la nieve del Invierno cano
Le desnuda, le roba y le enagena;
Que todo tiene fin, sino es mi pena.

De verdes hojas lenguas ví que hacia
Por murmurar un rato el manso viento
De mi Tirsis cruel la tiranía;
Mas el Invierno enmudeció su acento.
De lazos de oro el Cielo ciñó el dia:
Vino tras él con tardo movimiento
La muda noche de tinieblas llena;
Que todo tiene fin, sino es mi pena.

Mostrando su pasion amorosa.

CANCION.

En estos versos, de mi amor dictados,
Tan bien nacidos quanto mal prémiados,
Es, Señora, mi intento
Mostrar mas voluntad que entendimiento;
Pues mi pasion ordena
Que no iguale mi ingenio con mi pena.
Fue gran ventura veros,
Despues de vista amaros;
Y es ya tân imposible el olvidaros,
Como poder llegar á mereceros.
Y así reconocido,
Piedad, no premio, pido;
Ni laurel, pues por vos le despreciára,
Si en la primera Dafne se tornára.

Sed atenta á los versos lastimeros
Del que desde que os vió lo está á quereros;
Y obligareis á tanto un tierno amante,
Que os deba todo el tiempo que no os cante.
Saliste, Doris bella, y florecieron
Los campos secos, que tus pies pisaron:
Las fuentes y las aves te cantaron,
Que por la blanca Aurora te tuvieron
Quantas cosas miraste se encendieron:
Quantas peñas tocaste se ablandaron:
Las aguas de Pisuerga se pararon,
Y aprendieron á amar quando te vieron.
El Sol dorado, que tus ojos via,
Dudaba si su luz, ó la luz de ellos
Prestaba el resplandor al claro dia.
Venciéronle sus rayos tus cabellos,
Pues con mirarlos solamente ardia,
Y de envidia y de amor muere por vellos.
Aunque qualquier lugar donde estuvieras,
Templó, pues yo te adoro, le tornáras,
Idolo hermoso, en cuyas nobles aras
No fuera justo que otra ofrenda vieras
Templo fue del Señor de las esferas,
Donde sentí las dos primeras jaras
Que afiló Amor en esas luces raras,
Bastantes á que mas valor vencieras.
Volví la adoracion idolatría:

Troqué por alta mar seguro puerto:
Ví en la Iglesia mi muerte en tu hermosura;
Que entonces á los dos nos convenia,
Por retraida á tí, que me habias muerto,
Y como muerto á mí por sepultura.

Muestra el poder del amor.

CANCION.

Quien quisiere nueva arte
Oir, oyga la nueva y docta mia
Nueva Filosofía.
No vaya á Atenas, que en ninguna parte
Enseña Autor ninguno, ni hombre diestro,
Lo que me enseña Amor, que es mi maestro.
No mata, segun siento,
Al fuego el agua blanda, Anarda bella;
Pues sola una centella
De aquel fuego de amor que en mí sustento,
No he muerto, no he deshecho, no he apagado,
Con el diluvio de agua que he llorado.
Al Sol resplandeciente
No se derrite el cristalino yelo;
Ni deshace del Cielo
La nieve blanca y pura el fuego ardiente;
Pues que siéndolo tú, no te han deshecho,
Sol de tus ojos, nieve de mi pecho.

En dos lugares puede,
 Sin dividirse nunca ni apartase,
 Un cuerpo solo hallarse;
 Cuya experiencia á mí se me concede
 En la divina ingrata que yo adoro,
 Pues de ella ausente en mí, en ella moro.
No es verdad que partida
 Del cuerpo vil el alma, el hombre muera;
 Pues ya la mia está fuera,
 Y á Anarda busca, que es su mesma vida:
 Mostrando Amor en mí con brazo altivo,
 Que sin el alma en él muriendo vivo.
No es verdad que apartada
 La causa, no hay efecto en mi sospecha,
 Pues que no me aprovecha
 Que ausente esté de mí mi Diosa airada;
 Y de cerca, ú de lejos en mi ingrata
 La misma causa me persigue y mata.
Entre los animales
 Solo sus semejantes todos aman;
 Y no la muerte aman
 Por su naturaleza los mortales.
 Yo soy humano, y amo por mi suerte
 Una fiera cruel, que me dá muerte.
Bien pueden dos contrarios
 Estar juntos, pues ya en mi pensamiento
 El placer y el tormento,

El mal y el bien están, siendo adversarios;
Y entanto que mi bien y gloria miro,
Riendo lloro, canto si suspiro.

Bien puede en mi cadena
El ser con el no ser á un mismo punto
Estar por mi mal junto,
Pues muerto al gusto estoy, vivo á la pena,
Y ansí es verdad, Anarda, quanto escribo,
Que yo soy, y no soy, y muero, y vivo.

Es doctrina engañosa
Decid ningun mortal de aquí adelante,
Que de sí semejante
Engendra la obra suya qualquier cosa;
Pues Anarda en mi amor y desconsuelo
Fuego produxo, siendo toda yelo.

No ya á Naturaleza
Se vuelve el uso, ó la costumbre amada;
Ni ya la pena usada
Pierde de su rigor y su aspereza;
Pues quanto mas me dura mi tormento,
Mas su dureza, mas su pena siento.

No es ya verdad que el todo
Es mayor que la parte que en sí sella;
Pues por extraño modo
Yo estoy todo en Anarda, y toda ella
Está en mi corazon dandome guerra;
Y ansi en mí cierro á quien en sí me cierra.

Cancion de penas mias,
Huye del hombre bruto que no ama;
Pero si Anarda llama
Tus argumentos son sofisterías,
Dila que el arte, que publicas nueva,
No se puede entender si no se prueba.

Cancion amorosa.

Pues quitas, Primavera, al año el ceño;
Y el Verano risueño
Restituye á la tierra sus colores,
Adonde vimos nieve, vemos flores,
Y las plantas vestidas
Gozan las verdes vidas,
Dando á la voz del páxaro pintado
Las ramas sombras, y silencio el prado:
Sal, Aminta, que quiero
Que viéndote primero,
Agradezca tus frutos este llano,
Mas á tu blando pie que no al Verano.
Sal por verte al espejo de esta fuente;
Pues suelta su corriente
Del cautiverio líquido del frio,
Perdiendo el nombre aumenta el suyo al rio.
Las aguas que han pasado
Oirás por este prado

Llorar no haberte visto con tristeza;
Mas en las que miráre tu belleza,
Verás alegre risa,
Y cómo las dan prisa,
Murmurando la suerte á las primeras
Por poderte gozar las venideras.
Si te detiene el Sol ardiente y puro,
Sal, que yo te aseguro,
Que si te ofende, le has de vencer luego;
Porque él peca con luz, y tú con fuego.
Mas si gustas de sombra,
En esta verde alfombra
Una vid tiene á un olmo muy espeso,
Ni sé si diga que abrazado ó preso;
Y á sombra de sus armas
Pueden dar nuestras llamas,
Ya los digan abrazos ó prisiones,
Envidia al olmo, y á la vid pasiones.
Vén, que te aguardan ya los Ruiseñores;
Y los tonos mejores,
Porque los oygas tú, dulce tirana,
Los dexan de cantar á la mañana:
Tendrémos envidiosas
Las Tórtolas dichosas;
Pues viéndonos de gloria y gusto ricos,
Imitarán los labios con los picos:
Aprenderémos de ellas

Soledad y querellas;
Y en pago aprenderá de nuestros lazos
Su voz requiebros, y su pluma abrazos.
Hallarános aquí la blanca Aurora
Riendo quando llora:
La noche alegres, quando en cielo y tierra
Tantos ojos nos abra como cierra.
Serémos cada instate
Nueva amada y amante;
Y así hallará en firmeza tan crecida
La muerte engaño, y suspension la vida;
Pues verán nuestras bocas
Desde estas altas rocas
Las Tórtolas lascivas y viudas,
Que por sobra de lenguas están mudas.

Cancion amorosa.

Decir puede este rio,
Si hay quien diga en favor de un desdichado,
El tierno llanto mio:
Decirlo puede el prado,
Aminta rigurosa,
Mas por mi mal que por tu bien hermosa.
Oyendo estos cerros
Tu injusto agravio á mis querellas justas,
Dulcísimos destierros,

Pues de mis penas gustas,
Acabaráme olvido,
Y antes muerto estaré que arrepentido.
Dulce imposible adoro,
¡Ay del que sin ventura quiere tanto!
Pierdo el tiempo si lloro,
Las palabras si canto,
Y la vida si quiero:
Piérdome en todo, y por perderme muero.
¡Qué de veces previne
Quejas para decirte; y al instante
Que á ver tu rostro vine,
Propio temor de amante,
Un mover de tus labios
Me truxo olvido á infinidad de agravios!
¡Qué de veces tus ojos,
De tanta voluntad dueños injustos,
Me truxeron enojos,
Y me robaron gustos,
Trayendo con sus rayos
Al alma Julios, y á la orilla Mayos!
Flacas van mis manadas,
Que sienten el dolor que tú no sientes:
Buscando van cansadas:
Buscan agua en las fuentes,
Sin ver que están secretas
Agua en mis ojos, yerba en tus saetas.

Viéronme estas arenas
En otro tiempo, quando Dios queria,
Libre de las cadenas
Que tienen en prision el alma mia.
¡O libertad sagrada!
Quien te perdió no tema perder nada.

Cancion amorosa.

Dulce señora mia,
Norte de mi afligido pensamiento,
Luz de mi fantasia,
Principio, medio, y fin de mi tormento,
Pues es tuya mi vida,
No seas con desdenes su homicida.
Sol, que á mis ciegos ojos
Das la luz que Cupido me ha quitado,
Llevando por despojos
Un vivo corazon enamorado;
Pues me tienes rendido,
No me des por amor eterno olvido.
Helada roca fuerte,
Que en el mar amoroso de mis años,
Para darme la muerte
Te puso el ciego autor de mis engaños;
Mata mi confianza,
O cúmpleme del todo la esperanza.

Si tú que eres mi Diosa,
A quien ofrezco el alma en sacrificio,
Te muestras desdeñosa,
Dándome tal rigor por beneficio;
¿Quién sentirá mi pena,
Si quien es causa de ella me condena?
El eco está cansado
De responder al mal que no merezco:
Con quejas desmayado
A las peñas mas duras enternezco:
De tí sola me espanto
Cómo no te enterneces con mi llanto,
¡Que mayores enojos
Me pudo dar Amor, ó desventura,
Que buscar entre abrojos
El descanso y la vida en sepultura,
Donde con triste llanto
Imito al Cisne, pues muriendo canto!

Cancion amorosa.

Besando mis prisiones,
De alegre soledad dulces despojos,
Te escribo estos renglones,
Amarilis, al tiempo que mis ojos
Para mayor trofeo
Matan la sed con llanto á mi deseo.

Escucha mi tormento,
Si quieres estimar tu alegre estado;
Si no es que tu contento
Temes que le entristezca mi cuidado;
Pues con mis males puedo
A la misma ventura poner miedo.
Oye mis soledades,
Que aun de la soledad me siento solo;
Y las muchas verdades,
Que ha llorado conmigo el Santo Apolo,
De aquella misma suerte
Que el Juez escucha al que condena á muerte.
Mas aunque condenado
A infierno de rigor, Señora mia,
En este despoblado,
Donde ni alumbra el Sol, ni sale el dia,
Jamas con tanta pena
Te maldigo por juez que me condena.
Es agravio notable,
Que siendo tú la parte, me condenes
A muerte miserable;
Aunque por bien perdidos doy mis bienes,
Pues al Amor le plugo,
Siendo mi juez, que fueses mi verdugo.
Y pues te son debidos,
Como á ministro hermoso de mi muerte
Recibe mis vestidos,

Que para mas dolor quiso mi suerte
Que á mi verdugo fiero
En pago de matarme haga heredero.
Y como aquel que espira,
Vecina la mortaja y sepultura,
Tristes visiones mira;
En mi muerte ansi ordena tu hermosura
que vea tu enojo eterno
En vez de las visiones del infierno.
Solo estoy temeroso
De que no he de morir eternamente
Hasta que sea dichoso;
Pues mientras mi dolor esté presente,
Porque en tristeza viva,
Eterno me ha de hacer fortuna esquiva.

Cancion amorosa.

Aunque, Señora, creo
Que insisto en mi esperanza vanamente,
A fuerza del deseo
Se humana mi dolor, y lo consiente;
Y presumo que os veo
Para engañar la soledad presente;
Mas luego echo de ver que ausente os miro,
¿En qué me quejo al fin, y en qué suspiro,
Y dexo de buscaros?

¡Ay qué injusto rigor! ¡qué amor tan justo!
Porque esto no es dexaros,
sino seguir ausente vuestro gusto;
Mas vos por no obligaros
Mirais esta mudanza con disgusto.
Perdonadme, Señora, si os entiendo,
Que ansi por enmendarme no me enmiendo.
Perdon tambien os pido
Del tiempo que he tardado en no entenderos,
Y de haberos querido,
No pudiendo llegar á mereceros;
Que todo error ha sido,
Pues nada en mí dexado de ofenderos;
Y perdonad si holgais que esté culpado,
Que ofenderos jamás he procurado.
Bien puede ser testigo
Este destierro fiero y necesario,
En que soy mi enemigo
Por escusar de ser vuestro contrario,
Que en nada os contradigo;
Y este acto en mí es forzoso y voluntario,
Si enamorado está mi entendimiento,
Y es vuestra voluntad su fundamento.
Pero dadme licencia,
Pues no la ha de querer la suerte mia,
Que si vuestra presencia
Tal vez interrumpiere la porfia

De esta importuna ausencia,
Reciba yo de veros alegria;
Porque de andar tan lejos de alegrarme,
Con la licencia pienso consolarme.
Bien quisiera deciros
Lo que está mi silencio publicando,
Despues que por serviros
Me voy de mal en mal peregrinando;
Mas quieren mis suspiros
Que los refiera solo suspirando.
Y dice mas, si con piedad se mira,
El que dice que calla y que suspira.

Cancion amorosa.

Esento del amor pisé la yerba,
Que retrata el color de mis martirios:
Vestí mis sienes de morados lirios;
Mas ya como la cierva,
Que por la herida sangre y vida pierde,
Busco el remedio por el campo verde.
Hoy ceñí mi cabeza con laureles,
Texiendo á mi placer una guirnalda:
Por calles de jacinto y esmeralda,
Envuelto en pobres pieles,
Sin yugo de dolor, con pasos tardos,
Cortaba flores, y arrancaba cardos:

Y á la sombra sentado de estos pinos,
Que parecen copete de este cerro,
Dexando el cetro del ganado al perro,
Miraba los molinos,
Cómo con fuerzas de artificio raras
Vuelven harina hasta las aguas claras.
Listones de cristal por verdes lazos,
Y calles hermosísimas de vidro,
Entre los campos que pisaba Isidro,
Enturbié con mis brazos;
Mas ya quejoso del amor desnudo,
Doy lenguas con mi voz al valle mudo.
Miraba de los árboles las hojas
Entenderse por señas y meneos:
Escuchaba del ave los deseos,
Y las dulces congojas;
Quejándose del rio en las orillas,
Porque no se paraba para oillas.
En las hojas de yerbas y de flores
Miraba como en salvas ofrecidas
Del Aurora las lágrimas vertidas
Al Sol en sus colores,
Como si todas juntas le dixeran,
Que á tardar mas, en llanto se volvieran.
Tan libre de pasiones enemigas
Pasé mi juventud entre los mozos,
Que me andaba á buscar los calabozos

De las pobres hormigas;
Y viéndolas tan sabias, esperaba
Que me habian de hablar si las hablaba.
Eran todos mis gustos y cuidados
Tirar un canto con ventaja mucha,
Vencer nadando al pez, y al hombre en lucha,
Tener en mis ganados
El mas valiente y animoso perro,
Y el mejor manso con mejor cencerro.
Ansi que, Amor, en esta prision mia
Solo te la agradece, y te la alaba
El temeroso grillo que cazaba,
El ave que cogia
Lavaba con sus voces en el lago,
Y el mudo pez en sus corrientes vago.
Si acaso de las manos me sacáras
La máquina del mundo y su grandeza:
Si dexáras desnuda mi cabeza
De famosas tiaras,
Hazaña fuera de perpetua gloria;
Mas quitarme un cayado no es victoria.
Perdí mi libertad, y hallé razones
De perder los deseos de buscalla:
Perdí la paz, y halléme en la batalla
Con mil obligaciones
De no pesarme de mi mal primero.
¡Triste de aquel que muere como muero!

DECIMAS.

Bien pensará quien me oyere,
viendo que he llorado tanto,
que me alegro agora, y canto
como el Cisne quando muere;
créame quien mal me quiere,
y sepa quien se lastíma
de que el fiero amor me oprima,
que con este mismo són
puede romper la prision,
y disimular la lima.

Que como las esperanzas
me dexaron ya salida,
aunque hermosura lo impida,
rompió por sus acechanzas;
las plantas hacen mudanzas,
como las influye el cielo:
no dan flor en medio el yelo,
y aquella que dan se pierde;
y á la region que está verde
hacen las aves su vuelo.

En dulce correspondencia
crece el amor cada dia;
mas en la descortesía
mengua toda su potencia;

ya se acabó mi paciencia,
ya el tiempo me desengaña,
ya la razon me acompaña;
que siempre un hombre no debe
contemplar un corcho leve,
como pescador de caña.

Negarme lo que no es mio,
señora, no es caso injusto;
que no tiene ley el gusto,
ni es cautivo el alvedrio;
mas teniendo el pecho frio,
dar á entender que se arde,
para que llegando tarde,
trayga el desengaño furia,
venganza pide esta injuria
en el pecho mas cobarde.

Ya de la memoria borro
todas las obligaciones,
porque vuestras sinrazones
me han dado carta de horro;
desengañado me corro
de que tengais prendas mias;
mas por no mover porfias,
en vuestras manos las dexo,
qual la culebra el pellejo
para renovar sus dias.

Muestra lo enamorado en lo ausente.

REDONDILLAS.

Despues del gozar la gloria
de tu amable compañia,
no hay tan dichosa alegria
como estar con tu memoria.
En la mayor soledad
hallo escondido el contento,
pues descubre el pensamiento
un rastro de tu beldad.
No hay tal gloria como amarte;
que quien te ama eternamente,
viviendo ausente y presente,
jamás dexa de gozarte.
Porque no hay lugar ageno
de tu beldad peregrina,
que está, como eres divina,
todo de tu gloria lleno.
¿Pues de qué me quejo agora,
si gozo siempre de tí,
teniendo dentro de mí
todo el bien que mi alma adora?
¿Qué puedo causarme enojos,
si en qualquier parte del suelo

me alumbran desde ese cielo
los dos soles de tus ojos?

Mas en todo se parecen
tus luces á las de Apolo,
que abrasan de lejos solo,
y en su esfèra resplandecen:

Y con sus rayos lucientes
se levantan de la tierra
las nubes que el ayre encierra,
la nieve y rayos ardientes.

Que los sutiles vapores
suben al fuego, y se encienden,
y en rayos vueltos descienden
de las partes superiores.

Pues tu beldad peregrina
si es en presencia gozada,
de gloria el alma adornada
dexa con luz tan divina:

Mas de lejos contemplada,
en el alma enciende luego
vivas centellas de fuego,
que la dexan inflamada.

Y al cuerpo, que es inferior,
vueltas en rayos descienden
las pasiones que se encienden
en la parte superior.

Engéndranse en ella zelos,

memorias de bien perdido,
llamas de amor encendido
de las luces de tus cielos.
Y si tengo en esta ausencia
para tormento tan fuerte
mas favor que esperar verte,
muera sin ver tu presencia.
Que mas quiero por tí pena,
ausencia, zelos, temor,
fuego vivo de tu amor,
que gloria de mano agena.
Y pues estimo el tormento
contemplando en tu memoria,
si está presente tu gloria,
no cabrá en el pensamiento.
Que no hay mayor diferencia
de gozar gloria en el cielo
á contemplalla en el suelo,
que de tu vista á la ausencia.

Muestra lo enamorado.

REDONDILLAS.

Cautivo, y sin rescatarme,
Belisa, y amando firme,
mas hago yo en no morirme,
que tú harás en matarme.
Mas muerto estoy con dolores,

y aqueste ser me condena,
que me muriera de pena
de no haber muerto de amores.

Muerto estoy, no hay que dudar;
que aunque ansi me ven vivir,
es, que el gusto del morir
me vuelve á resucitar.

Pero ya callo contento
de que en todo el mundo veo
para gozarte, deseo,
y en nadie merecimiento.

Mas solo temo, señora,
que no tienes de ser fiel;
que ser hermosa, y cruel,
te profetizan traidora.

Mas sé traidora á mis cosas,
que yo me alegraré ansi,
por ver dos caras en tí,
que serán por fuerza hermosas.

Podrá ser que á mis pasiones
no sean ambas avaras;
que quien te diere dos caras,
te dará dos corazones.

Mas traidora, es cosa rara
que temo lo pueda ser;
porque es imposible haber
otra tan hermosa cara.

En lo penoso de estar enamorado.

REDONDILLAS.

¡Qué verdadero dolor!
¡y qué apurado sufrir!
¡qué mentiroso vivir!
¡qué puro morir de amor!
¡Qué cuidados á millares!
¡qué encuentros de pareceres!
¡qué limitados placeres!
¡y qué colmados pesares!
¡Qué amor, y que desamor!
¡qué ofensas! qué resistir!
¡qué mentiroso vivir!
¡qué puro morir de amor!
¡Qué admitidos devaneos!
¡qué amados desabrimientos!
¡qué atrevidos pensamientos!
¡y qué cobardes deseos!
¡Qué adorado disfavor!
¡qué enmudecido sufrir!
¡qué mentiroso vivir!
¡qué puro morir de amor!
¡Qué negociados engaños!
¡y qué forzosos tormentos!

¡qué aborrecidos alientos!
¡y qué apetecidos daños!

¡Y qué esfuerzo, y qué temor!
¡qué no ver! qué prevenir!
¡qué mentiroso vivir!
¡qué puro morir de amor!

¡Qué enredos, ansias, asaltos!
¡y qué conformes contrarios!
¡qué cuerdos! qué temerarios!
¡qué vida de sobresaltos!

¡Y qué no hay muerte mayor
que el tenella, y no morir!
¡que mentiroso vivir!
¡qué puro morir de amor!

Quejas de un Amante.

ROMANCE.

Dorisa, fiera cruel,
Circe bella, aleve, ingrata,
Diosa de mi pensamiento,
incendio de mis entrañas:

Víbora para mi pecho,
relicario de mi alma,
dragon, que en sola la vista
trae el veneno que mata.

Muger que te quadra el nombre
en seguir tantas mudanzas,
veloz y mudable, al fin,
como la veleta, ó caña:
¿Por qué razon, dí, cruel,
con tal sin razon me tratas?
¿y á un pecho constante y firme
con ingratitud le pagas?
¿Qué tiene tu nuevo amante,
que ansí en extremo te agrada?
¿O qué servicios te ha hecho
á los tuyos, ó tu casa?
Mas eres al fin muger,
que solo el nombre te basta:
la firmeza de vosotras
es como el ayre que pasa.
Aquesto dixo Menandro
por dar alivio á sus ansias,
y por tomar de Dorisa
con el quejarse venganza.

ROMANCE AMOROSO.

Mirando como Pisuerga
con líquido cristal baña
el pie de un álamo negro,
que ufano se vé en sus aguas:

Sentado sobre una peña,
que con sus quejas se ablanda,
Fabio le daba en tributo
deshecha en llantos el alma.
En el agua entrambos ojos,
y en entrambos ojos agua,
soledades de Belisa
ansi las llora y las canta:
¿De qué sirve tener, Belisa amada,
negra ventura, y verdes esperanzas?
Estoy tan tolo sin verte,
divina fiera gallarda,
que aun por estarse contigo
me dexa á solas el alma.
En la soledad desierta,
que á los solos acompaña,
me niega su compañia
medrosa de mis desgracias.
El Sol aguija su curso,
huye la Luna de plata,
el dia me dexa presto,
presto la noche se pasa.
De qué sirve, &c.
No hallo rosas, ni flores
quando no miro tu cara;
que como en ella están todas,
con ella todas me faltan.

Los arroyos de cristal
con sus guijuelas no cantan,
porque las lágrimas mias
hacen que lloren mis ansias.
El Sol se enluta con nubes,
y á mis tristezas dá causa,
negándome en su hermosura
tu belleza retratada.
¿De qué sirve tener, Belisa amada,
negra ventura, y verdes esperanzas?

ROMANCE BURLESCO.

Ya sueltan (Juanilla) presos
las cárceles y las nalgas:
ya están compuestos de puntos
el canto llano y las calzas.
Alguaciles y alfileres
prenden todo quanto agarran:
levántanse solamente
los testimonios y faldas.
Los necios y las cortinas
se corren en nuestra España:
el doblon y los traidores
son los que tienen dos caras.
Los jubones y las cruces,
y las guerras tienen mangas;

y tan solo tienen cielos
los Angeles y las camas.
Tienen cámaras agora
los señores y posadas;
y tienen nueces sin cuento
los nogales y gargantas.
Los melones y estriñidos
suelen siempre estar con calas:
el Lymbo y ojos con niñas,
el hombre y cabron con barbas.
Los árboles y justicia
son los que tienen las varas:
los ricos y los que mueren
son los que en el mundo mandan.
Desdichas y maldiciones
solamente agora alcanzan;
y ya los que quieren solo,
y no los que deben, pagan.
El pan y los pies sustentan,
higos y tiempo se pasan,
corren monedas y rios,
músicos y potras cantan.
El codo y la lezna son
agudos, que es cosa brava;
y las llaves y los Reyes
tienen de continuo guardas.

ROMANCE SAYAGUES BURLESCO.

Al salir los Reyes.

En este tiempo de Felipe Tercero.

Contaba una Labradora
á un Alcalde de su Aldea
de la suerte que vió al Rey,
á las Damas, y á la Reyna.
En mi vida me holgué mas:
señor Alcalde, me crea,
que lo ví con estos ojos,
que ha de comer la tierra.
Iba la del Rey de verde,
como Dios hizo unas yerbas,
mas hermosa que el buen pan,
mas rubia que unas candelas.
Como yo tiene la cara,
y el cabello en la cabeza;
aunque era todo de oro,
como sus dientes de perlas.
Miróme á mí con los ojos
su sagrada reverenca:
yo dixe la confesion,
y besé despues la tierra.

Dígame qué denifica
el mirarme su Excelencia,
porque yo ya me enquillotro
con achaques de Condesa.
Al rededor de su coche,
(volviendo á nuestra materia)
iban muchos rapagones
sin caperuzas tras ella.
Delante, que me olvidaba,
en dos diversas hileras,
con vestidos de axedrez
llenos de giras y vetas.
A modo de viñaderos,
con chuzos y lanzas viejas:
unos de ellos dicen: Plaza;
y otros no hay quien los entienda.
Encomendadores mozos
iban allí como arena;
y unos de unos corderillos,
que sobre el pecho les cuelga.
Los Grandes dicen que son;
y es mentira manifiesta,
que es mayor nuestro Barbero
que todos en mi conciencia.
Detras un coche venia
con tres mocetonas bellas,
y entre ellas una fulana.

del Cabello ó de la Cerda.

Chapada, no hay que decir:
de lindo talle y presencia:
mas celebrada de todos,
que lo son los dias de Fiesta.

Hechos van unos bausanes
solo por ver su belleza
mas de mil; y con razon,
que es como unas azucenas.

En seguimiento de aqueste
otró se llegó con priesa
con seis muchachas garridas,
de galas y cintas llenas.

Es el apellido de una,
que casi no se me acuerda,
Mariça tal de Velasco,
mas linda que la lindeza:

Poca edad, mucha hermosura,
y diz que mayor nobleza,
¡mera el demoño! la sirve
el que han echado á galeras.

Fulana Portocarrero
iba haciendo competencia
al Sol en rayos y luz,
y en gala á la primavera.

Y una, que como conjuro
el nombre que tiene empieza,

Irredre se llama, y relumbra,
mucho mas que las Estrellas.
De estas partes dicen que es,
y que la quiere la Reyna:
merécelo bien su cara:
pardiez no hay quien la merezca.
Una Villena que ví,
quiero decir que ví llena
de gracia y de hermosura,
de galas y de riquezas.
¡O qué lindas que eran todas!
que á no ser ruda mi lengua,
pardiez que durára, Alcalde,
la relacion tres Quaresmas.
Tras todo aqueste rosario,
por cruz y por calavera,
pues lo son para las mozas,
vino un sepulcro de viejas.
Urracas y Domínicas
son por ir blancas y negras,
con roquetes como Obispos,
con manteles como mesas.
El Rey, que á mí me amasaron,
de carne y de hueso era:
debieronme de engañar,
que el Rey dicen que es de seda.
Una rueda de cuchillas

iba tras su indulugencia;
que él, y Santa Catalina
dizque andan en esta rueda.
Detras en un rocin blanco
iba el buen Duque de Lerma:
mas bendiciones le eché
que cabrán en una cesta.
A todos quita el sombrero:
de hablar con todos se alegra:
los pobres le llaman padre,
los soldados su defensa.
Dos calles me fui tras él
con toda mi boca abierta;
y pardiez que es hombre honrado,
sease Duque, ó lo que sea.
Alcalde, de hoy adelante
ved que ha' de haber diferencia
de mí, que he visto á los Reyes,
á los demás de Alcobendas.

ROMANCE BURLESCO.

Bexamen á una Dama.

Pues ya los años caducos,
que texen edades largas,
por adorno de cabeza
me dan cabellos de plata:

Pues al rigor de su invierno
tengo la cumbre nevada;
ó por no tañer en cifra,
pues ya me envejecen canas:
Quiero dar sanos consejos
á cierta Marifulana,
que al son de un amor trompero
me bayla dos mil mudanzas.
Escúcheme la suplico,
que tiene mi pluma gana
de dexar quatro verdades
sobrescritas en su cara:
Y si la supieren mal,
que al fin verdades amargan,
podrá tomar piedra azufre,
y con ella vomitarlas:
Que pues yo sufrí mentiras
envueltas en sus marañas,
bien es que verdades sufra
quien tan sin ellas me trata.
Dígame cari quaresma,
ansi tenga buenas Pasquas,
y tan buenas quarentenas,
que se le tornen quartanas:
Ansi la dé Dios cabellos
mas rubios que lana blanca,
y por prendas de su dicha

treinta berrugas la nazcan:
Ansi la dén en Concejo
sus votos para tarasca
los sotacoles del tiempo,
y los galanes de la ampa:
Ansi coma caperuzas,
si mi bonete la enfada,
y engorde mas que una nutria,
si tiene gusto en ser flaca:
Ansi dos mil servidores
viertan en ella sus ansias,
y en el altar de su olfato
en humo la ofrezcan pastas:
Ansi la despierten pulgas
de la noche á la mañana,
como á mí cuidados necios,
quando por ella lo estaba:
Ansi las niñas de á treinta
en el portal de su casa
la dén silla de costillas,
y la levanten por maya:
Ansi buesos y arlequines.
peranzules y botargas,
á vista de las estrellas
la baylen danzas de espadas:
¿Pensó que era yo Macías,
ó qual que Amadis de Gaula,

amartelado á lo Fenis,
de los que anidan en brasas?
Mintiólo acaso su antojo;
que por verme en su desgracia,
me fuera á la peña pobre
á convertirme en estatua.
Venga acá, paloma duenda,
Catalnica, aunque sin jaula,
en el cumplir ave muda,
y en el prometer urraca:
Hermosa de dos de queso,
sota, y no de mi sotana:
negra dama de axedrez,
si la bautizan por dama:
¿No sabe qué fue ese tiempo
aquel de Mari Castaña,
quando los hombres pacian,
y los jumentos hablaban?
Sepa que los Condes Claros,
que de amor no reposaban,
de los amantes del uso
se han pasado á las guitarras.
Las ternuras Portuguesas
ya se han vuelto Castellanas:
no hay pecantes que se finen
por Anaxârtes ingratas.
Ya no hay ojos azacanes

con oficio de echar agua,
á fuerza de ardientes fuegos,
como nariz de alquitara.
Los Adonis en azucar,
á quien Amor alcorzaba,
derretidos en la boca
con sola la paz de Francia;
Pasaronse á Badajóz,
que es de badajos la patria;
y á caballo en sus babiecas
festejan Celias y Zaidas,
Los de acá, como discretos,
son ginetes de ventajas;
que en pelo corren parejas,
muy cerquita de las ancas.
Despues que han dado en usar
sin Dios nos libre las calzas,
en no jugando al parar,
no hay Filis que gane blanca.
Ya todos son bolsicuerdos;
y estiman tanto sus almas,
que si falta precio de obras,
no le dan al de palabras.
Nadie se paga de letras
sobre el cambio de esperanzas,
que son dineros de duende
los que no están en el arca.

Al juego de daca y toma
se juega ya con las damas;
que á la dama , sin recibo,
nadie le alquila sus casas.
Dígame por vida suya,
injundia de mis entrañas,
¿tanto la miente su espejo,
que aspire á venderse cara?
¿Tan soberbia me la tienen
quatro mudas , y seis pasas
del gran Turco Solimán,
con artificio preñadas?
Quedito , mana fachica:
corte el toldo , que le arrastra:
mire no la nazcan lodos
de esos polvos que levanta.
Hagamos aquí un concierto:
salga á venderse á la plaza,
y si á medio real la dieren,
pespúntenme las espaldas.
No trato de lo jarifo,
que no es la Caba de España,
sino Corral de Medina,
y muy mal corral de vacas.
Y no me culpe , mi Reyna,
porque digo que no es Caba;
pues la caba pide cerca,

y ella para cerca es mala;
Porque tiene las almenas,
que son en otras de nacar,
sobre ser azabachinas,
como soldados , quintadas.
Por eso no mas conmigo
no procure darme caza,
que es Torzuelo de Muley,
pico negro , y uñas blancas.
Por Dios que estaba de temple,
mi furiosa Durindaina
sino llegára un amigo
á tirarme de la capa.
Agradézcaselo á él,
que si no me lo rogára,
no parára hasta ponerla
de las tres efes la marca.

Sátira á los coches.

ROMANCE.

Tocóse á quatro de Enero
la trompeta del juicio
á que parezcan los coches
en el valle del registro.
Treinta dias dan de plazo
para ser vistos y oídos,

para dar premio á los buenos,
como á los malos castigo.
Fueron pareciendo todos
dentro del término dicho
á juicio, aunque final:
tal el sentimiento ha sido.
El primero que llegó
al tribunal contenido,
fue un coche de dos caballos,
uno blanco, otro tordillo.
Acúsome, en alta voz
(dixo), que ha un año que sirvo
de usurpar á las terceras
sus derechos, y su oficio:
Que he sido caballo Griego,
en cuyo vientre se han visto
diversos hombres armados
contra Elenas que han rendido:
Que aunque fembras y varones,
he llevado y he traido
de dia por los jarales,
de noche por los caminos.
Que he visto quitar la pluma
á mil yernos palominos;
y sin que lleguen al sexto,
penallos en tercio y quinto.
Calló este coche, y llegó

otro en extremo afligido,
quejándose de su suerte,
y aquestas razones dixo:
Los que privais con los Reyes,
tomá exemplo en mí, que he sido
coche Excelencia, y agora
soy como esclavo vendido.
Compraráme un pretendiente,
que me trae desvanecido
desde su casa á Palacio,
y de Ministro en Ministro.
Tiéneme en una cochera,
adonde el agua y el frio
se entran á conversacion
todas las noches conmigo:
Tráese destrozado á sí,
y sus cabellos mohinos;
y de ayunar á san Coche
está en los huesos él mismo.
Mas dixera á no atajarle
cinco vizcoches, movidos,
que del susto del pregon,
cocheril aborto han sido.
Que se dispense con ellos
piden; y fue respondido,
que se estén en sus cocheras,
que es condenallos al limbo.

Tras estos se quejó un coche,
de que habia persuadido
á una doncella á casarse
con un viejo de ella indigno.

Era niña, y era hermosa,
y agora pierde el juicio
viendo que el coche le falta,
y que le sobra el marido.

Un coche pidió licencia,
atento que habia servido
todo lo mas de su tiempo
en bodas y en christianísmos.

A este coche interrumpieron
cinco ó seis coches mininos,
que por menores de edad
pretenden ser exîmidos.

A estos les condenaron
por favor, y por ser niños,
á que sirvan de literas,
ó que se estén suspendidos:

Tras aquestos llegó al puesto
un coche verde, que ha sido
el sugeto á quien mas debe
cierta muger y marido.

Desde el alba hasta la noche
le sirve de albergue y nido;
y aunque duermen dentro de él,

ha dicho un contemplativo:
Aqueste es coche imprestable,
porque ambos han prometido
no desampar su popa
por cosa de aqueste siglo.
Fueron llegando otros coches;
pero no fueron oídos,
porque tocaron las once,
y se dió punto al juicio:
Dexando para otro dia
los que aquí no han parecido,
las quejas de los Cocheros,
de las Damas los suspiros.

A la Sarna.

ROMANCE BURLESCO.

Ya que descansan las uñas
de aquel velóz movimiento
con qué á tí, dulce enemiga,
regalaron y sirvieron:
Escriba un poco la pluma,
que tanto escarvó aquel tiempo,
en que de gorda y lozana
reventáste en el pellejo.
No quiera Dios que yo olvide

á quien me dió ratos buenos;
que de desagradecidos
dicen se puebla el infierno.
Quiero, deleytosa sarna,
cantar tu valor inmenso,
si pudieren alcanzar
tanto el arte y el ingenio
Que si algun necio dixere
te reverenció por miedo,
como aquel que á la quartana
hizo altar, y labró templo.
Tú responderás por mí,
y dirás que no te temo,
que soy fuerte como España
por la falta del sustento:
Y que hay tan poco en mi casa,
que saliste de ella huyendo,
por no hallar en que ocupar
tus insaciables alientos.
Oygan tus apasionados,
porque dén gracias al Cielo,
que tanta grandeza junta
en este apacible dueño:
Y tú, que todo lo rindes
y á nadie guardas respeto,
contra quien no hay casa fuerte,
ni cerrado Monasterio:

A quien rinden vasallage
pobres, ricos, mozos, viejos,
Papas, Reyes, Cardenales,
oficiales, y hombres buenos.

Del calor que los infundes
envia un rayo y sea de lejos,
porque de lejos que venga,
bastará á dexarme ardiendo.

Diré de tus muchas partes
las pocas que comprehendo;
y pues todo es empezar,
en tu servicio comienzo.

Quando me nieguen algunas,
no podrán negarme al menos
que eres de sangre de Reyes,
y aun ellos te pagan pecho.

No naciste de pastores
entre lanudos pellejos,
ni de pedreros villanos
en pobres y humildes techos.

Sino en camas regaladas,
entre delicados lienzos,
dó el regalo y la abundancia
tu padre y madre vivieron.

De que con Reyes casaste
testimonio hay verdadero,
contra quien no hay que alegar

el antigüo privilegio.
De que adonde están te dén,
como á su Reyna, aposento,
y no solo media cama,
si no la mitad del cuerpo.
Y aunque eres mal recibida,
si te ves una vez dentro,
no aciertan á despedirse:
tal es tu buen tratamiento.
¿Quién no teme un año caro
si no tú, que á mesmo precio
comes en qualquier lugar
en año abundante y seco?
Si el de benigno en un Rey
es el mas noble epicteto:
¿quién dá al mundo como tú
benignos de ciento en ciento?
Si el bien dicen que ha de ser
deleytable, útil, y honesto,
¿en quién como en tí se junta
todo bien con tanto extremo?
Que deleytas, es muy llano:
que eres útil, es muy cierto;
pues á quien te tiene, escusas
mil achaques y mil duelos.
¿Quién dá, qual tú, honestidad
aun á los mas deshonestos,

haciendo que no descubran
aun las puntas de los dedos?
Si ha de ser comunicable,
¿qué cosa hay en este suelo,
que se comunique mas,
y se ensoberbezca menos?
El hombre que entre animales
es el mas noble y perfecto,
tuviera superfluidad
á no estar tú de por medio.
Pues quando naturaleza,
que nada crió imperfecto,
les dió para defenderse
uñas, pies, conchas y cuernos:
Al hombre, á quien dió por armas
la razon y entendimiento,
aunque despues la malicia
le dió acero, plomo y hierro;
En vano le hubiera dado
las uñas, si ademas de esto
no tuviera que rascar,
y tuviera algo superfluo.
Tú viniste á remediarlo;
y viendo que contra el yelo
nace sin defensa alguna
de plumas, conchas y pelos;
Tú le cubrirás de escamas,

con que en mitad del Invierno
se contraponga, y resista
al mas escabroso cierzo.

Tú dás á los holgazanes
sabroso entretenimiento,
y apacibles alboradas
á los que coges despiertos.

¿Quién jamas corrió parejas
con el hijuelo de Venus,
sino tú, que eres su igual?
y aun que le excedes sospecho:

Que si él vá en cueros, ó en carnes
por uno y otro emisferio
tú corres este y aquel,
y andas entre carne y cuero.

Eres qual la dulce llaga,
eres gustoso veneno,
eres un fuego escondido,
eres aguado contento:

Eres congoja apacible,
sabroso desabrimiento:
eres alegre dolor,
eres quejoso tormento:

Enfermedad regalada,
pena sufrible, mal bueno;
que le aumenta y hace mas
lo que parece remedio.

Eres enferma salud,
eres descanso inquieto,
eres daño provechoso,
eres dañoso provecho.
Eres en fin un retrato
de amor, y de sus defectos,
dó tan presto como el gusto
llega el arrepentimiento.
Bien nacida, noble, ilustre,
Reyna, huesped de aposento;
privilegiada señora,
igualadora de precios.
Bien util y deleytable:
comunicable y honesto:
suple faltas de natura,
retrato del dios flechero.
Dulce, gustosa, escondida,
regalo, alegria, contento,
apacible, regalada,
salud, descanso, provecho.
Otro mas sabio te alabe,
que ya he dicho lo que siento;
aunque de tí es lo mejor
decir mas, y sentir menos.

Al pasarse la Corte á Valladolid.

ROMANCE BURLESCO.

De Valladolid la rica,
arrepentido de verla,
la mas sonada del mundo
por romadizos que engendra:
De aquellas riberas calvas,
adonde corre Pisuerga
entre langarutas plantas
por éticas alamedas:
De aquellas buenas salidas,
que por salir de él son buenas,
dó á ser búcaros los barros,
fuera sin fin la riqueza.
De aquel, que es agora Prado
de la Santa Madalena,
que podia ser desierto
quando hizo penitencia:
Alegre, madre dichosa,
llego á besar tus arenas,
arrojado de la mar,
y de sus olas soberbias.
Traygo arrastrando los grillos
á colgarlos en tus puertas,

donde sirvan de escarmiento
á los demas que navegan.
Tres años há que no miro
estos valles, ni estas cuestas,
enterneciendo con llanto
otros montes; y otras peñas.
Tocas se ha puesto mi alma
viuda de estas riberas;
y mi ventura mulata,
se ha vuelto del todo negra.
Mas despues que ví tu prado
con verde felpa de yerbas,
y ví tus campos con flores,
y tus mugeres sin ellas:
Y despues que á Manzanares
ví correr por sus arenas,
y que aun murmurar no osa
por ver que castigan lenguas:
Considerada tu puente,
cuyos ojos claros muestran
que aun no les basta su rio
para llorar esta ausencia:
Despues que miré tus aves
puestas en manos diversas
alegrar como truanes
con música tu tristeza:
Vista la casa de Campo,

donde es tan buena la tierra,
que aun sin tener esperanza
produce verdes las yerbas:
Consideradas las fuentes,
que el umbroso prado riegan,
y por no salirse de él,
se entretienen con mil vueltas:
Vistos los álamos altos,
que zelosos de sus yerbas,
estorvan al Sol la vista,
juntándose las cabezas:
Bien paseadas tus calles,
donde no han quedado piedras;
que la lástima de verse
las ha convertido en cera:
Mirados los edificios,
en cuya suma belleza
tuvo fianzas el mundo
de hacer su máquina eterna:
Consideradas las torres,
que adornaban tu presencia,
que han parecido de viento,
siendo de mármoles hechas:
Y despues de haber mirado
como en todas tus Iglesias
siempre de la Soledad
halla imagen el que reza:

Visto el insigne Palacio,
cuya magestad inmensa
al tiempo le prometia
por excepcion de sus reglas.
Miradas de tu Armería
las armas de tu defensa,
hechas á prueba de golpes;
mas no de fortuna á prueba.
Despues de consideradas
del Pardo insigne las fieras,
que hacen ventaja á los hombres
en no dexar sus cavernas:
Tantas lágrimas derramo,
que temo, si mas se aumentan,
que ha de acabar con diluvio
lo que la fortuna empieza.
En medio me ví de tí,
y aun no te hallaba á tí mesma,
Jerusalen asolada,
Troya por él suelo puesta.
Babylonia destruida
por confusion de las lenguas,
levantada por humilde,
derribada por soberbia.
Eres lástima del mundo,
desengaño de grandezas,
cadaver sin alma frio,

sombra fugitiva y negra:
Aviso de presunciones,
amenaza de soberbias,
desconfianza de humanos,
eco de tus mismas quejas.
Si algo pudieren mis versos,
puedes estar, Madrid, cierta
que has de vivir en mis plumas,
ya que en las del tiempo mueras.

ROMANCE BURLESCO.

SAlió trocada en menudos
la Luna en su negro coche,
y diónos su luz en quartos,
que parecieron chanflones.
Estrellada como huevo
salió la morena noche:
estaba Pisuerga mudo,
Eco dormida en los montes.
Las hojas no se bullian,
guardando el sueño conformes
á las aves, que en sus nidos
tomaban descanso entonces.
Ya estaba cansado el grillo
de enfadar el Cielo á voces:
ya no soplaban los ayres;

sino solo los soplones.

Quando Dios y enorabuena
por una calle á las once
ví venir unas figuras
desfiguradas de pobres.

Pareciéronme mugeres;
y aunque de gestos feroces,
hice de la hambre salsa,
hablé á la una, y hablóme.

A mi casa me llevé
aquestos dos postillones,
cuyo color era escuro
entre alazan y cerote.

Entrambas eran mas largas
del copete á los talones
que pagas de hombre tramposo,
que esperanzas de la Corte.

En lo delgado y lo flaco
me parecieron punzones,
de medio arriba almaradas,
de medio abaxo garrotes.

Mostráronme unos cabellos
tan ásperos y disformes,
que pudierán ser silicio
del cuerpo de San Onofre.

Quatro mohosos ojuelos
moradores del cogote,

cuyas niñas eran viejas,
y cuyo llanto era arrope.
Sendas narices buidas,
á la manera de estoques,
que habian menester conteras
para no picar los hombres.
Sus dos bocazas por grandes
pudieran entre señores
delante del Rey cubrirse,
que eran de tiros de bronce.
Al aceyte de sus mantos,
que èran hechos de anascote,
vinieron tantas lechuzas,
que estorvaron mis amores.
Sus dos ropas de picadas
parecieron de gigote,
tocadas mas de la peste
que de tocas y listones.
Pareciéronme entremeses
con sus dos bobos de pobres;
y ansí con desden y asco
le dixe, yéndome, á voces:
¿De qué cimenterio
salen tan flacas
Doña Lezna junta
con Doña Jara?

ROMANCE SATIRICO.

Pues me haceis casamentero
Angela de Mondragon,
escuchad de vuestro esposo
las grandezas y el valor.
El es un Médico honrado
por la gracia del Señor,
que tiene muy buenas letras
en el cambio y el bolson.
Quien os lo pintó cobarde,
no lo conoce, y mintió,
que ha muerto mas hombres vivos
que mató el Cid Campeador,
En entrando en una casa,
tiene tal reputacion,
que luego dicen los niños:
Dios perdone al que murió.
Y con ser todos mortales
los Médicos, pienso yo
que son todos veniales
comparados al Dotor.
Al caminante en los pueblos
se le pide informacion,
temiéndole mas que á peste,
de si le conoce, ó no.

De Médicos semejantes
haçe el Rey nuestro Señor
bombardas á sus castillos;
mosquetes á su esquadron.

Si á alguno cura, y no muere,
piensa que resucitó;
y por milagro le ofrece
la mortaja y el cordon.

Si acaso estando en su casa
oye dar algun clamor,
tomando papel y tinta
escribe: ante mí pasó.

No se le ha muerto ninguno
de los que cura hasta hoy,
porque antes que se mueran
los mata sin confesion.

De envidia de los verdugos
maldice al Corregidor
que sobre los ahorcados
no le quiere dar pension.

Piensan que es la muerte algunos,
otros, viendo su rigor,
le llaman el dia del juicio,
pues es total perdicion.

No come por engordar,
ni por el dulce sabor;
sino por matar la hambre,

que es matar su inclinacion.
Por matar mata las luces;
y sino, le alumbra el Sol,
como murciégalo vivo,
á la sombra de un rincon.
Su mula, aunque no está muerta,
no penseis que se escapó;
que está matada de suerte,
que le viene á ser peor.
El que se vé tan famoso,
y en tan buena estimacion,
atento á vuestra belleza,
se ha enamorado de vos.
No pide le deis mas dote
de ver que mateis de amor;
que en matando de algun modo,
para en uno sois los dos.
Casaos con él, y jamas
viuda tendreis pasion;
que nunca la misma muerte
se oyó decir que murió.
Si lo haceis, á Dios le ruego
que os gozeis con bendicion,
pero si no, que nos libre
de conocer al Dotor.

ROMANCE AMOROSO.

Dile, papel, de mi parte
á la hermosa Belisa,
si te atreves á hablar
en su presencia divina:
Que viste llorando á Delio
tan solo en estas orillas,
que hasta su alma le dexa
por hacerla compañia.
Dirás como está mudado
del hombre que ser solia,
mas cano con los trabajos
que con la nieve estas cimas,
Y dile, así te goces, que se admira
que le quiera matar, siendo su vida.
Que le viste suspirar,
dirás; y que no suspira
tanto por ver que se muere,
como por ver que le olvida.
Dí que le viste llorando
dar agua á las fuentes frias,
y negársela á su fuego,
porque en sus entrañas viva.
Que si busca los claveles,

es porque sus labios pintan;
y que si huele las rosas,
es porque su aliento aspiran.
Y dila, así te goces, &c.
Que ha llegado á aborrecer
la clara lumbre del dia;
y que no mirára al Sol,
á no retratar su vista.
Dí que vive entre las peñas,
porque en lo duro la imitan,
y que por eso las besa
mas veces que otros las pisan.
Dirás que todas las noches
al blando sueño las quita,
por imaginar á solas
quién la habla, ó quién la mira.
Y dila, así te goces, &c.
Que se atormenta pensando,
que á otros gustos se aplica,
hablando con otro amante,
y que le hace caricias.
Dirásle que no hay momento,
que con lágrimas no diga:
¡Es posible que otro dueño
ha de gozar mi Belisa!
Dila, papel, quando estés
en su presencia divina,

que vás con mucho temór
ante su hermosa vista.
Y dila, así te goces, que se admira
que le quiera matar siendo su vida.

ROMANCE AMOROSO.

Los espejos fugitivos,
en que se miran soberbias
las murallas, que coronan
la antigua y noble Palencia.
De un forastero Pastor
las lágrimas y las quejas
aumentan y hacen pararse.
Tales son su llanto, y penas.
Cristalinas ondas, dice,
bien podeis correr risueñas,
pues que llevais certidumbre
del descanso que os espera.
No importa os salgan al paso
altos montes, peñas yertas,
por dilataros el dia
de vuestra quietud eterna:
Que una esperanza segura
imposibles atropella,
duros peñascos quebranta,
altas montañas rodea.

Dichoso aquel que trabaja
con infalible certeza
de que quanto mas se cansa,
mas al descanso se acerca!
¡Y triste del que rendido
á unas celestiales prendas,
ausente las idolatra,
y sin esperar desea!
Que el que presente espera,
miente si dice que esperando pena.
¿Qué importa que quatro dias
ansí os haga resistencia
el Invierno, y en sus yelos
os encarcele y detenga,
Si llegará el Sol mañana,
y con paternal clemencia
desbaratará los grillos,
y romperá las cadenas?
¡Ay de aquel por quien jamas
vendrá alegre primavera,
que dé nuevo ser y vida
á sus esperanzas muertas!
¡Cuitado el que si del Sol,
que le ofusca y le calienta,
se ausenta, muere de frio,
y se abrasa, si se llega!
Si una esperanza tardía

desesperacion engendra,
¿qué engendrarán en mi alma
desesperacion y ausencia?
Permita el Cielo piadoso
llegue á ver antes que muera
al forzoso dueño mio,
bello imposible á mis fuerzas,
Adonde considerando
el bien de amar en presencia,
memorias del bien pasado
podrán decir con mas veras:
Que el que presente espera,
miente si dice que esperando pena.

ROMANCE AMOROSO.

Campo inutil de pizarras,
ribera agostada y seca,
que por la falta del rio
descubres islas de arena;
Pues te excedo en mis desdichas,
y á veces mis ojos prueban
á suplir con llanto eterno
las corrientes que deseas:
Yo sé del hombre mas solo,
que tiene el mundo, las quejas;
que pues las paredes oyen,

no es mucho que oygan las piedras.
O claro Tormes, mi dolor te mueva;
y pues vas á mi bien, mi mal le lleva.
Pare tu curso en llegando
á la antigua y noble cerca
de la Ciudad, que en España
es la mas insigne en letras:
Y pues no las llevas mias,
sino lágrimas por ellas,
éstas con sangre te envio,
que en el agua bien se muestra.
O claro Tormes, &c.
Hermosísima Amarilis,
gloria y honor de esta selva,
para quien te mira Diosa,
y á quien te escucha sirena:
Divino imposible mio,
escucha la vez postrera;
que la manda del que muere,
obliga con mucha fuerza;
Y si tus hermosos ojos
piedad tan justa desprecian,
solas las piedras me escuchen;
quizá que me oirás entre ellas.
O claro Tormes, &c.

ROMANCE AMOROSO.

Quien le aborece en el alma,
y olvido quien bien le quiere,
tan solamente en los labios,
porque amor le olvida y vence.
Un Pastorcillo del Tajo,
á quien tienen los desdenes
de su Amarilis ingrata
triste y solo en sus corrientes,
A sus pensamientos dice:
Pensamientos, que otras veces
tan diferentes os visteis
en los tiempos mas alegres:
¡O quién pudiera hacer,
ó quien hiciese,
que en no queriendo amar,
aborreciese!
Si Amarilis Angel era
¿cómo pudo atrás volverse?
y si yo soy hombre, ¿cómo
adoro mis yerros siempre?
Algunos con desengaños
dicen que mirarse suelen;
mas quien con ellos se mira,
poco mal le cupo en suerte.

¿Dónde estais yerbas de olvido?
¿qué valle escondido os tiene?
pero debió de arrancaros
amor, porque os aborrece.
O quién pudiera hacer, &c.
¡Quién me lo dixera un tiempo,
riberas frescas y verdes,
á quien fugitivas hago
semejanza de mis bienes!
¿Es mayorazgo el amor?
¿Es vínculo que no puede
venderle un alma ofendida?
¿Qué Mundo encantado es este?
¡Quién, como al grande Alexandro,
que tanto importó el romperle,
con el acero de agravios
rompiera el mundo rebelde!
O quién pudiese hacer, &c.

ROMANCE AMOROSO.

Tornad á escuchar mis voces,
serenas lumbres del Cielo,
que desde el manto bordado
prestais hermosura al tiempo.
Vosotras, duras paredes,
enseñadas á mis ruegos,

que ahora sois relicarios
guardando mi dulce dueño:
Oidme, que vengo á daros
mil parabienes contento,
pues soleis hacer orejas
las ventanas si me quejo.
Y tú, hermosa Amarilis,
dexa, si duermes, el sueño;
que no es justo que dos almas
le guarden el sueño á un cuerpo.
Si no conoces mis voces,
que ardiendo salen del pecho;
conoce el alma, que sale
á recibirte viviendo.
Levántate para oirme,
y olvida solo un momento,
pues que yo por tí olvido
los gustos de mi deseo.
Si acaso temes el frio,
sal, que en suspiros le templo,
y en el verano de amor
canicular es mi ruego.
Si recelas los testigos,
nadie lo es sino el Cielo,
que alegre de ver tu cara,
viste de oro el manto negro.
Y si las Estrellas temes,

sal con tu Sol, pues que luego
en saliendo huyen todas,
y esconde el rostro el Lucero.
Sal para alegrarlo todo,
que á verte sale corriendo
desde el balcon del Oriente
el hermosísimo Febo.
Mas no salgas, mi señora,
que si te vé el Cielo, temo
tan hermosa le parezcas,
que venga yo á tener zelos.
Goza tú del de la cama
abrazada con el sueño,
entanto que en las Estrellas
tus bellos ojos contemplo.

ROMANCE AMOROSO.

Levantad, amada Musa,
de mi pluma el baxo vuelo
hasta el Cielo, donde vive
mi amoroso pensamiento.
Prestadle del humor sabio
de aquel Caballo soberbio,
porque es soberbio el retrato
de quien es pincél pequeño.
Y si acaso porque estais

en el rigor del invierno,
por no helaros no quereis
dexar vuestro monte excelso:

Pedidles, Musa divina,
aquellos dulces ojuelos,
que son de mis ojos niñas,
pues sin su vista estoy ciego:

Que para que los alabe
me presten gracia, que en ellos
tiene el Amor su tesoro
de mas importancia y precio.

Pero advertid, Musa mia,
que los mireis con respeto;
que los ojos de Belisa,
no todos merecen verlos.

Porque es Amor guarda suya;
y al que tiene atrevimiento
de ver sus cristales puros,
quando menos, rompe el pecho.

Y aunque os parezca que Amor
no os verá, porque está ciego;
sabed que há infinitos dias
que es lince del pensamiento.

Y tiene sobre estos ojos
dos arcos de évano negros
con que dispara mil flechas,
que le prestan sus cabellos.

Aquesto os doy por aviso:
temed algun mal suceso,
que cabellos de Belisa,
aunque dorados, son hierro.
Mas despedid el temor,
llegad ante ella sin miedo,
que mi aficion os dará
ocasion, ventura y tiempo.
Llegad, vereis de hermosura
el mas milagroso estremo,
ó el retrato mas al vivo
de la hermosura del Cielo.
Llegad, y vereis milagros;
que aunque es en el fin de Enero,
podreis coger sobre nieve
rosas y claveles frescos.
Vereis de la niebla obscura
de este Horizonte deshecho
con su resplandor gracioso
el helado y negro velo.
Vereis una boca de oro,
envidia del mismo cielo,
que la boca de Belisa
es Indias de mis deseos,
Y decidle de mi parte,
que como á cruel la temo,
como á mi Diosa la adoro,

y como amante pretendo:
Y que es el Angel hermoso,
despues del Angel que tengo,
que me aguarda, á quien suplico
guarde la fé que la ofrezco.
Que esté alegre, y que esté ufana
con el divino Laurencio,
Santo de su devocion
desde el dia de Año nuevo.
Y que el dársele mi mano
tenga por aviso cierto
de que me abraso en su amor,
como él hizo en el del Cielo.
Decidle, si os escucháre,
que con el Santo que tengo
de su hermosísima mano,
estoy alegre en estremo.
Decidle que á su hermosura
consagro mi pensamiento,
mi gusto á su voluntad,
y á sus pies mi humilde cuello.
A sus favores mi gusto;
y que mi esperanza tengo
en el Abril de su gracia,
cuyos despojos pretendo.
Que pida, que ordene, y mande,
que como el alma le ofrezco,

será de su gusto esclava
la voluntad que poseo:
Y yo seré esclavo suyo
mientras á la muerte llego;
que ser negro de Belisa,
no es poco merecimiento.

ROMANCE AMOROSO.

Con uno y otro desmayo
una Pastora ensayaba
la figura de la muerte,
que quiere representalla.

En la tragedia de zelos,
tragedia desesperada,
dó la memoria atormenta
con impaciencias el alma.

A las orillas de Esgueva,
creciendo sus ojos la agua,
á su mudable Pastor
dice en la arena sentada:

Arena, que se endurece
quanto mas de agua se baña,
tal eres, ingrato mio,
con la que mis ojos manan.

Arenas, tus sin razones,
que no pueden ser contadas,

que las exceden agravios,
deslealtades y mudanzas.
Mar, que en amargor conviertes
dulces aguas tributarias
de los rios de mi fé,
que Amor á tus ondas paga.
Nube, que el Sol de aficion
la engendra, cria y levanta;
y en pago vá á escurecerle,
y su resplandor le tapa.
Yedra, que despues destruye
la amiga obediente planta,
que sirviéndola sostuvo
su verde apariencia falsa.
Salid lágrimas zelosas,
del amor injusta paga:
aunque no salgáis, ahogadme
si el llorar alivio causa.
Mas no me importa, salid,
que ya no sois de agua clara;
sino el vital alimento,
que por los ojos exhala.
Esto dice contemplando
las reliquias, asolada,
del que quiere mas que á sí
y él su fé no la estimaba.

ROMANCE AMOROSO.

De amorosa calentura
en cama de disfavor,
como me muero de amores,
hermosa Filis, por vos:
Y mirando lo que os debo,
quiero, mi señora, hoy
ordenar mi testamento;
y última resolucion.
Y agora, que mis sentidos
están libres del dolor,
mando al Tiempo, mi Escribano,
escriba en este tenor:
Yo el triste Delio afligido
á cuyo nombre faltó
una letra para alegre,
y á triste sobra un millon.
Pues que me faltan los bienes
que la fortuna me dió,
quiero testar de mis males,
aunque tan sin cuenta son.
En el nombre de Cupido,
niño ciego, pobre, y dios,
cuya voluntad divina
me tiene en esta ocasion:

Mando mi cuerpo á las llamas,
y á la tierra no le doy;
que no es mucho que él se abrase,
pues su alma se abrasó.
Y á ella, por ser eterna,
á vuestro cielo la doy,
donde en gloria cara á cara
pueda mirar vuestro sol.
Y mando que mis cenizas
las dén al viento feroz;
que pues tiene mis suspiros,
en él descansaré yo.
Pido que nadie me llore,
ni me tenga compasion;
que pues que por vos me muero,
mas digno de envidia soy.
Ninguno se ponga luto
por ser de triste color;
que fue la negra ventura,
que desventura me dió.
Lo negro de vuestros ojos,
que Dios en ellos pintó,
quiero por luto en mis honras,
pues que ya mi fin llegó.
Y por tener la mortaja
mas rica que otro señor,
la hare de vuestros cabellos,

que de oro precioso son.
  Un censo tengo de zelos,
que me lo paga el Amor
por tercios en cada un año,
conforme se concertó.
  De inumerables deseos
os entreguen juros dos,
que sobre el gusto del mundo
mi esperanza me compró.
  Mándoos un rico tesoro,
que mi gusto me guardó;
que por ser de Amor, que es fuego,
se ha de volver en carbon.
  Dos montes de desventuras,
altos sin comparacion,
que exceden en el alteza
á la torre del Nembrot.
  Iten, de mi llanto un rio
os mando, señora, y doy,
y de lágrimas un valle,
y un campo en guerras de amor.
  Mándoos una colgadura
de seda en yerbas y flor,
que la texió la esperanza,
y el alma se la pintó.
  Mis espadas y armería,
señora, os la mando á vos;

pues las armas del rendido
propias son del vencedor.
Tres docenas de Sonetos,
en que os dixe mi pasion,
mando rasgue vuestra mano,
que mi corazon rasgó.
Un espejo que yo tengo
mando quebrar, porque no,
mirando vos vuestra cara,
os enamoreis de vos.
Y al fin de mis bienes todos
os hago yo donacion,
sin dexar otra memoria
que la vuestra en mi favor.
Solo, señora, os suplico
por las entrañas de Dios,
que no piseis mi sepulcro,
adonde á descansar voy.
Que si vuestro pie le toca,
bien cierto, Filis, estoy
resucitaré por veros,
y de la muerte y su horror.
Y porque me van faltando
los sentidos y la voz,
hoy Martes de mis desdichas,
y Viernes de mi pasion,
Lo firmo yo de mi nombre,

porque tenga mas valor,
y porque mis albaceas
cumplan mi disposicion.
Firmáronlo los testigos,
y el Escribano firmó:
él se llamaba desdicha,
y ellos tristeza y dolor.
Acetó la herencia Filis,
y alegre el triste murió
en las pesadas cadenas
de su prolixa prision.

ENDECHAS.

Estaba Amarilis,
Pastora discreta,
guardando ganado
de su hermana Alexa.
Sentada á la sombra
de una parda peña,
haciendo guirnaldas
para su cabeza.
Cortaba las flores
que topaba cerca:
veníanse á sus manos
las que estaban lejas.
Las que se ceñia

siempre estaban frescas;
mas las que dexaba,
de envidiosas secas;
El ayre jugaba
con sus rubias trenzas
por mostrar al Cielo
soles en la tierra.
El Sol, que la mira
tan hermosa, piensa
que tiene dos caras,
ó que el Sol es ella.
Su ganado ufano
anda por las cuestas,
con tanta hermosura
sin temor de fieras.
Gordo; mas no es mucho
que lo estén ovejas,
que de la sal gozan
solo con el verla.
A mirar se puso
unas ramas tiernas,
que arrojaba el ayre
dentro de Pisuerga.
Mira cómo el tronco
el agravio venga,
azotando el viento
con la verde cresta.

Dióla un sueño blando,
ambos ojos cierra.
dando noche á todos,
en que tristes duerman.
Quedó reclinada
sobre verdes yerbas
á la dulce sombra
de una haya gruesa:
Quando por un lado
ví venir ligeras
á su bello rostro
nueve ó diez abejas,
Que buscando flores,
engañadas piensan
que son sus mexillas,
rosas y azucenas:
Sus labios claveles,
jazmin y violetas,
el aliento dulce,
y ella primavera.
Alegres llegaron
y en su cara mesma
hicieron asiento
quatro ó cinco de ellas.
Las alas pulieron
para hurtar belleza,
y hacer de sus flores

dulce miel y cera.
Yo las daba voces,
y las dixe : Necias,
¿qué quereis de un marmol
sacar cera tierna?
Venís engañadas,
que son flores estas,
que aun no le dan fruto
á quien os las muestra.
Si quereis fiaros
de mis experiencias,
no hagais miel de flores,
que el veneno engendran.
Dulces son sin duda;
mas Amor , que vuela
qual zángano goza
todas sus colmenas.
Ella en este punto,
del sueño despierta,
abrió entrambos ojos
con belleza inmensa:
Y las avecillas
con dos soles ciegas,
por no tener vista
de Aguilas soberbias,
Murmurando huyen,
y cobardes piensan

que luz que ha cegado
sus ojuelos, quema.
La miel que buscaban
en sus bellas prendas;
de solo mirarla
la llevaron hecha.

Sátyra á una Dama.

TERCETOS.

Pues mas me quieres cuervo que no cisne,
Conviértase en graznido el dulce arrullo,
Y mi nevada pluma en sucia tizne.
Ya, mi Belisa, ya rabiando ahullo
Tu ingrata sin razon y mi cuidado,
Y del yugo y maromas me escabullo.
Mas cómo puede ser quien ha cantado
Tu bello rostro, tu nevada frente,
El cuello hermoso de marfil labrado,
¿Qué en tu nombre escribió tan dulcemente
En levantado estilo, en versos graves,
Que le pueda ultrajar eternamente?
La causa yo la sufro, y tu la sabes;
Aunque en callarla pienso ser eterno,
Ora me vituperes ó me alabes.
Escucha, pues, al son altivo ó tierno

Mis quejas, y comienza el noviciado
Que las Damas haceis para el infierno.
¿ Cómo se echa de ver que me he enojado:
La culpa tiene aquesta lengua mia:
Perdóname, que corro desbocado.
Perdóname, mi bien y mi alegria,
Que aquesta mala inclinacion me lleva,
Aunque un agravio sin razon la guia.
No tengas pena, no, que yo me atreva
A cosa que vergüenza pueda darte,
Que no podré yo hacer cosa tan nueva.
Ya parece que empiezas á mudarte,
Que pierdes la color y el movimiento,
Que no acabas todo hoy de persinarte.
¡ O lo que gritarás mi atrevimiento!
Diciendo: Este mordaz (y aquí te entonas)
Se atreve á una muger de mi talento?
Pero volviendo en tí, mi lengua abonas;
Y viendo que no puedes desmentirme,
Por encubrir la caca, me perdonas.
No dexaré, Belisa, de reirme,
Imaginando quántas maldiciones
Arrojarás en mí por destruirme.
Ya me ordenas la muerte en pescozones,
Ya con el solimán de un favor tuyo,
Ya en tu mucho rigor, ya en tus razones;
Diciendo: Yo á este bárbaro destruyo:

Con él enterraré mis liviandades,
Y alegre gozaré mi dulce cuyo.
Tú te dices, Belisa, las verdades,
¿Quién te pregunta si eres, ni si has sido
Liviana por tus dulces mocedades?
Si te has holgado, y te has entretenido,
A mí no se me dá un ardite solo;
Desele, pues es justo, á tu marido.
Ponga en tu vida quien quisiere dolo,
Que yo pienso dexarla eternizada
En estos versos, aunque pese á Apolo.
Pues eres á mis ojos tan probada,
Y no es malicia, en penas y trabajos,
Que estás pura de puro acrisolada.
Rebujada naciste en dos andrajos
De una hija de Adán por gran ventura,
Cuya comadre fueron quatro grajos.
Allí tu cuna fue tu sepultura;
Y qual pequeña planta de la tierra
Te levantaste en tan sublime altura.
Con la belleza hiciste al mundo guerra:
Siempre para vencer fuiste vencida:
Misterio grande, que tu vida encierra.
Amaste la humildad tanto en tu vida,
Que debaxo de todos siempre andabas,
Solamente en dar gusto entretenida.
A Dios eterno tanto amor mostrabas,

Que viendo que es el hombre imagen suya,
Con este zelo á todos los buscabas.
¿ Pues qual sin alma puede haber que arguya
De vil pecado tan devoto zelo,
Y que en su lengua tanto honor destruya?
Un rayo de las bóvedas del Cielo
En ceniza le vuelva lengua y boca,
Si justicia faltáre acá en el suelo.
A lástima y á llanto me provoca
Tan dura suerte, y rigurosa estrella,
Bastante á enternecer un monte ó roca.
Nunca nacieras tan hermosa y bella:
Quizá no fueras perseguida tanto
Con solo aventurarte á ser doncella.
Pero yo, mi Belisa, no me espanto,
Que siempre en este mundo y siglo rudo
Pasan los buenos penas y quebranto.
Pregúntalo al hermano Cogolludo,
Que él declarará el misterio, quando
Verdad desnuda te dirá desnudo.
No te andes encubriendo y recatando
Despues, que no hace el Médico provecho
Al enfermo, que pasa el mal callando.
Y pues te ves agora en tal estrecho,
Un dedo mas á ménos, no seas corta,
Mi Belisa, descúbrele hasta el pecho.
Yo te digo á la fé lo que te importa,

Que soy hombre de bien á las derechas,
Y no amiguito de banquete y torta.
Vosotras las mugeres estais hechas
A oir aduladores: no soy de esos,
Amigo de dulzuras y de endechas.
Nunca mi alma busca esos excesos,
Que es muy de mancebitos de la hoja:
Quaxada tengo la cabeza en sesos.
Paréceme que oirme te congoja
En ver cómo mis tachas disimulo;
De nuevo agora, y sin razon te enoja.
Solo en considerarte me atribulo,
Echando mis simplezas á malicia,
Y por aquesto lo demás regúlo.
Pues así del poder de la justicia
Mis cosas libre Dios, y así me vea
Oficial retornado en tu milicia,
Que soy quien solamente te desea
Servir, aficionado de tu cara,
Que en su servicio tanta gente emplea.
Aficionóme á tí tu fama clara,
Y verte una muger de tomo y lomo,
Que aun de tu cuerpo nunca fuiste avara.
¡O virtud excelente! de quien tomo
Exemplo singular en la largueza:
Mis carnes venzo, mis pasiones domo.
Es tanta de tu vida la estrecheza,

Que siempre andas cayendo y levantando:
De penitencia es grande tu flaqueza.
Contino estás escrúpulos llorando,
Que en tu buena conciencia los testigos
De la culpa venial están ladrando.
No lloras que aborreces enemigos,
Pues es tu mayor culpa, muger santa,
Querernos bien á todos por amigos.
¿Quién de esta vida y hechos no se espanta?
¿Quién á imitar tus pasos no dispone
La dura voluntad, la tarda planta?
¿Quién hay, Belisa, quién, que no pregone
Tu milagrosa vida tan austéra,
Y la suya por tí no perfecione?
Pues de la ley sagrada y verdadera
Tanto amas los preceptos que refieres,
Por alcanzar la gloria venidera,
Que viendo que á los hombres y mugeres
Los manda amar sus enemigos todos,
Hasta los tres del alma bien los quieres.
Yo, pues, que en el infierno hasta los codos
Sumido estoy, y de pecados lleno,
Me voy aniquilando de mil modos.
De fuerza propia y de favor ageno
Mi alma te encomiendo, ya que fieras
Culpas la tienen con mortal veneno.
Mas porque puede ser que no la quieras

Sin cuerpo y todo, todo te lo ofrezco
Con sana voluntad, y eternas veras.
Ampárame, que bien te lo merezco
Por esta voluntad, que en las entrañas
Con nueva obligacion conservo y crezco.
No quieras parecer á las arañas
En convertir las flores en ponzoña,
Ya que simiente engendras para cañas.
Apostaré un ducado que mi roña
Acabas de entender en este verso,
Al fuego condenando mi zampoña.
Quiero, pues ya me tienes por perverso,
Darte, Belisa, una espantosa zurria,
Pues ansí lo permite el hado adverso.
Tomado me ha sin remision la murria:
Ya quiero desnudar mi durindayna:
Ya le ha dado á mi lengua la estangurria.
Amayna, pues, desventurada, amayna,
Que por darte de presto y á lo zayno,
Te quiero dar el golpe con la vayna.
Mas, asco tengo en ver que desenvayno
Contra la Ninfa Bel de una zahurda,
Y del primero pensamiento amayno.
Pero bien me mereces que te aturda,
Y que ninguna falta te la calle,
Que un diluvio de sátiras te urda.
Pues tanto mal has dicho de mi talle,

Y que me fuerzas, esme Dios testigo,
En este tu villete á divulgalle.
No mi disculpa en la pintura sigo;
Pero quiero mostrar de tu locura
El trato infame, el término enemigo.
No es como mi vida tu estatura,
Que por no decir ruin, quise ponello:
Bien larga has menester la sepultura.
Es como tu linage mi cabello,
Escuro y negro; y tanta su limpieza,
Que parece que no has llegado á vello.
Es como tu conciencia mi cabeza,
Ancha, bien repartida, suficiente
Para mostrar por señas mi agudeza.
No es de tu avara condicion mi frente;
Que es larga y blanca, con algunas viejas
Heridas, testimonio de valiente.
Son como tus espaldas mis dos cejas,
En arco, con los pelos algo roxos,
De la colòr de las tostadas tejas.
Son como tu vestido mis dos ojos,
Rasgados, aunque turbios (como dices),
Serenos, aunque tengan mil enojos.
Son como tus mentiras mis narices,
Grandes y gruesas: mira cómo escarbas
Contra tí, mi Belisa, no me atices.
Como tus faldas tengo yo las barbas,

Levantadas, bien puestas: no me apoca
Que digas que hago con la caspa parvas.
Es como tú, para acertar, mi boca,
Salida, aunque no tanto como mientes,
Con brava libertad de necia y loca.
Como son tus pecados son mis dientes,
Espesos, duros, fuertes al remate,
En el morder de todo diligentes.
Es como tu marido mi gaznate,
Estirado, mayor que tres cohombros;
Que el llamarle gloton es disparate.
Como son los soberbios son mis hombros,
Derribados, robustos á pedazos,
Que causa el verme al mas valiente asombro.
Como tus apetitos son mis brazos,
Flacos, aunque bien hechos y galanos,
Pues han servido de amorosos lazos.
Traygo como tus piernas yo las manos.
Abiertas, largas, negras, satisfecho
Que dan envidia á muchos Cortesanos.
Como tu pesamiento tengo el pecho,
Alto, y en generosa compostura,
Donde puede caber honra y provecho.
Como es tu vida tengo la cintura,
Estrecha, sin barranco, ni caverna,
Que parezco costal en la figura.
Como tu alma tengo la una pierna,

Mala y dañada : mas , Belisa ingrata,
Tengo otra buena , que mi ser gobierna.
Como tu voluntad tengo una pata,
Torcida para el mal ; y he prevenido
que la sirva á la otra de reata.
Como tu casamiento es mi vestido,
Mal hecho y acabado; que un Poeta
Jura de no ser limpio , ni pulido.
Es como tu conciencia mi bayeta,
Raida , y esto basta ; aunque imagino
Que aguardas , por si pinto , alguna treta.
Mas yo quedarme quiero en el camino;
Que aunque trato de tí , tengo recato:
No digan que á la cólera me inclino.
Ésta mi imagen es , y mi retrato,
Adonde estoy pintado tan al vivo,
Que se conoce bien mi garavato.
Aquestos versos solo los escribo
Para desengañar al que creyere,
Que soy (como tú dices) bruto y chivo.
Pues quien este retrato propio viere,
Sacará por mi cara tus costumbres,
Y te conocerá si lo creyere.
Paréceme que á puras pesadumbres,
Si mas versos escribo , haré que viertas
Las destiladas lágrimas á azumbres.
Paréceme , Belisa , que despiertas

De noche con soñarme tan medrosa,
Que le das al vecino francas puertas.
Dirás : Si yo no fuera rigurosa
Con esta mala lengua , pues sabia
Su condicion , viviera venturosa.
¡Ojalá quando yo te lo decia
Ablandáras el ser con que enamoras,
No vieras en tu casa aqueste dia!
Mas ya que aquestas libertades lloras
Arrepentida del vivir primero,
Buscaré tu amistad en todas horas.
No pedire mas cartas á Lutero
De favor para tí , ó al vil Pelagio;
Y harás por ellos la amistad que espero,
Sucederá bonanza á tu naufragio.

ENTREMES DEL NIÑO, Y PERALVILLO de Madrid.

Salen la Madre y el Niño.

Mad. Angelito , mis ojos,
no vayas á la Corte , así yo viva,
y te daré confites. *Niñ.* No cheriva.
Mad. ¡Que gracia, y qué cheriva, y qué menuras!
á Madrid quieres irte solo agora,
y dexar á tu madre! *Niñ.* Sí tenora;
y ya que de ir estoy determinado,

mama, no vaya el nene descuidado.
El rodete, que llevo
en la cabeza puesto
por no descalabrarme, si cayere,
póngasele á mi bolsa y mi dinero;
que en la Corte de obra y de palabra
el dinero es quien mas se descalabra,

Mad. Y aunque Madrid es llano,
la moneda, Perico, como corre,
tropieza hasta en la palma de la mano;
y es lugar tan enfermo de talego,
que bolsa, que parece que vendía
salud, de lindo talle, y de jarrete,
la he visto yo morirse de un piquete.
Y porque el mal de ojo
tu hermosura, Perico, no persiga,
un perro muerto llevarás por higa.

Niñ. Porque algun melindrico no me empache,
llevaré dos, no quiero, de azabache.

Mad. De la Cartilla no te digo nada,
porque allá hay gentecilla
que leerá á los diablos la Cartilla:
solo quiero advertirte,
que si á rondar alguna niña fueres,
y algun valiente amigo,
como sucede á todos, se te ofrece
para ir á guardarte las espaldas,

le digas : Caballero,
dexe la espalda , y guárdeme el dinero.
Niñ. Sí mama , que ya he oido
que en visita de tocas y de faldas
peligran faltriqueras , y no espaldas.
¿ Mas para qué chero yo esta campanilla?
Mad. El dixe que llevas tú mas importante
es , si se considera,
que en la Corte , Perico , de qualquiera
gustan de tocar algo las mugeres.
Niñ. Y ya que han de tocar hechas lagartos,
toquen mi campanilla , y no mis quartos:
deme su bendicion. *Mad.* Dios te bendiga;
y mira , mi Perico,
que quando te pidieren
las doncellas de uña,
como sortija gente de la carda,
que te acuerdes del Angel de tu guarda.
Niñ. Nene chiquito , y solo
contra niñas harpías,
por devoto tendré Abar y Matias.

Vase la Madre , y queda el Niño , y sale Juan Francés de Amolador con su carreton.

Juan. Amolar tixeras y cuchillos. Vive Christo

que ha hecho Juan Francés mas daño á España
con este carreton y ruedecilla,
que la Caba, y los Moros en Castilla.
Niñ. Cheriva yo saber cómo has podido
destruir la Corte con aquesas ruedas
que hueles á gabacho.
Juan. Válate los demonios por muchacho.
Vive Dios, niño, que con este carro,
que como babador traygo vestido,
he hecho yo mas daños, que hizo el dia
que amolando tixeras á los Sastres,
amolando cuchillos de Escribanías,
con que tajan las plumas
los Escribanos; pues en este tajo
todo hombre se condena,
cerca del Tajo en soledad amena:
yo gano de comer como sobrina,
con tia, y con aguela,
chorrillo, y vueltas, rueda, y una muela.
Niñ. Las muelas de unas viejas hechiceras,
todas son muelas de amolar tixeras;
que amolar niñas contra los chiquillos,
es amolar navajas y cuchillos.
Juan. Lástima me dá el verte
ir á Madrid, muchacho, de esa suerte:
mas para que escarmientes,
quiero enseñarte dónde está primero,

porque te sirva al navegar de norte,
el triste Peralvillo de la Corte.
No hacen quartos aquí al justiciado;
que el deshacelle quartos
al mozo de mas linda cara y talle,
eso es ajusticialle.
Niñ. Y de ese Peralvillo, que ahora lloras,
los quadrilleros son estas señoras,
que con dacas buidos,
y tomas penetrantes,
si no los asaetean,
los ajoyan, ya piden, ya tiendean.

Sale atravesado de varas de medir, medidas de sastre, y tixeras, Alonso.

Juan. Este que vareteado,
diciendo está tixeretas,
pasado de parte á parte
de varas y de tixeras.
Alons. Lanzada de sastre izquierdo
el corazon me atraviesa.
Juan. Mercader enarbolado
le ha pasado á puras sesmas:
en las agujas el sastre
puso á sus retazos yerba.
Niñ. Cebones son de las bolsas

los Mercaderitos , nenas,
pues varean el dinero,
y nos hozan la moneda.
Alons. De un pujamiento de enaguas,
de un fluxo de saya entera,
yo Alonso Alvillo he quedado
en Peralvilo de cuenta.
Niñ. Las que privais con los sastres,
mirad bien por vuestra seda.

Aparécese rodeado de ollas y pucheros y asadores , Diego.

Juan. Este pobre Diego Alvillo,
que atenaceado se muestra
de ollas y de pucheros,
y de comidas y cenas,
ha sido Marqués del gasto
de unas tarascas morenas:
hoy es Conde de sin arcas,
de sin blancas , de sin negras.
Dieg. Las ollas de cada dia
me sorbieron la hacienda.
Niñ. Nene , no gasten sus ollas
con sus propias coberteras.

Aparécese lleno de procesos, escribanías, y plumas en el cabello y las manos, Cosme.

Juan. Este pobre Cosme Alvillo,
que ajusticiado se muestra,
vertiendo tinta por sangre,
pasado de pluma y sepan,
los que le hicieron la causa,
le deshicieron la venta:
la letra le entendió á él;
mas él no entendió la letra.
Cos. La desdicha de mi pluma,
no hay demonio que la entienda,
Escribanos me la ponen,
y mugeres me la pelan.
Niñ. El tragar las plumas dá
muermo de todas maneras,
si es de Escribano á las bolsas,
si es de gallina á las bestias.
Sean las niñas bien prendidas,
mas no los que las sustentan;
que el soplillo de los mantos
se ha pasado á las Audiencias.

Aparécese lleno de Carteles de Comedias, y papelones de confitura, Antonio.

Juan. El pobre de Antonio Alvillo
fue galan de extraña tema,
asaeteado de dulces,
de aposentos y Comedias:
la nunca vista le saja:
hastillas le hace la nueva:
si escribe mira de mosca,
si escribe Lope de Vergas.
Ant. Si vuelan los Antechristos,
con mi dinero se vuelan:
si baxa Luisa de Robles,
mis pobres quartos me cuesta.
No quiere subir Vallejo;
y por ver cómo se queda
de miedo de las tramoyas
antechristá barbinegra,
pago aposento y confites,
si la silvan por las fiestas:
si hay hedor, pago el hedor,
que aun no aprovecha que hiedan.
Niñ. Eso es andar el dinero
del pobrete que os celebra,
qual de Herodes á Pilatos,

de Arrendadores á puertas;
pero ya dicen que agora
los Valencianos se sueltan
con todo el juicio final,
resurreccion , y trompeta;
pues para los dos hermanos
dos juicios habrá por fuerza,
y los juicios parecidos
se llamará la Comedia.

Descúbrense dos palos vacíos.

Juan. Estos dos palos que miras
sin algun gastado acuestas,
estaban para los hombres,
que dan aguinaldo y ferias.
Há seis años que se vieron,
sin que de ellos haya nuevas;
ni Mercaderes la saben,
ni Joyeros la sospechan.
Tras ellos han despachado
dos muchachas ojinegras,
que con cuidado los busquen;
y si los topan , los prendan.
Niñ. Para dueñas y escuderos
aun no les valdrá la Iglesia:
suelten tias por el ayre,
suelten madres por la tierra.

Descúbrese una bolsa bacía encima de dos huesos de muerto.

Juan. Esta que miras al cabo
triste bolsicalavera,
notomía de las lindas,
esqueleto de las feas,
es la bolsa condenada,
que cercada de culebras
está en los eternos dacas
ardiendo en uñas eternas.
Niñ. Nenes, mirad lo que somos:
quien bien guarda, solo médra:
veis allí las sepulturas
que la dexaron tan seca.
Esos gusanos con moño,
ataudes con guedejas,
la comieron lo de dentro,
la rayeron lo de fuera.
En esto habeis de parar
las mas ricas faltriqueras:
miradla, mirad con miedo
á quien chuparon con fuerzas.
A voces está diciendo
con aquella boca abierta,
desdentada de doblones,

al talegon que está cerca:
Tú que me miras á mí
tan triste, mortal y feo,
mira, talegon, á tí,
que como te ves me ví,
y veraste qual me veo.

Salen Manuela, Ana, y Maria.

Man. ¡Ay que linda criatura! ¡Ay cómo llora!
los dientes deben de salirle agora:
dame la bolsa, y quitaréte el moco.
Niñ. ¿Dame la bolsa? coco, coco, coco.
Man. Mil sales tienes: eres lindo: daca.
Niñ. ¿Daca tras lindo? caca, caca, caca.
Man. ¡O qué mal niño eres!
no veo que á darme nada te acomodes:
lástima fue no dar contigo Herodes.
Niñ. Yo soy, aves diabólicas con manto,
el niño de la Guarda sin ser santo;
y seré si porfian,
y anda el enredo listo,
el niño de la piedra, vive Christo.
An. Cantemos al muchacho.
Niñ. Si me canten, darélas.
Mar. ¿Qué darás?
Niñ. Atencion á las vihuelas

Cant. Pues que dá en no darnos
este muchacho,
bien será que le demos
todas al diablo.
Niño de mis ojos,
haz quando lloras
para tí pucheros,
para mí ollas.
Dar en vuesastedes
yo vengo en ello;
pero dar á vustedes,
yo lo condeno.
Todos dén, y nadie amague:
quien tal hace que tal pague.

ENTREMES DE LA ROPAVEGERA.

Sale Rastrojo, y la Ropavegera.

Rast. ¡Válgame Dios, qué extraordinaria cosa!
¿Qué oficio dice vuesarced que tiene?
Rop. Muy presto se le olvida:
yo soy Ropavegera de la vida.
Rast. De solamente oillo pierdo el seso.
¿Y tiene tienda? *Rop.* Tengo.
Rost. ¿Y vende? *Róp.* Y vendo.
Rast. Estoyme entre mí propio consumiendo.

Rop. Soy calcetera yo del mundo junto;
pues los cuerpos humanos son de punto,
como calza de aguja.
Quando se sueltan en algunas barbas
puntos de canas, porque estén secretas,
le echo de fustán unas soletas.
¿Veis aquella cazuela? *Rast.* Muy bien.
Rop. ¿Y á mano izquierda veis una mozuela?
pues ayer me compró todo aquel lado:
y á aquella aguela, que habla con muletas,
vendí antenoche aquellas manos nietas.
Yo vendo retacillos de personas,
yo vendo tarazones de mugeres,
yo trastejo cabezas y copetes,
yo guiso con almibar los bigotes.
Desde aquí veo una muger y un hombre,
nadie tema que nombre,
que no há catorce dias que estuvieron
en mi percha colgados,
y están por doce partes remendados.

Sale Doña Sancha tapada con manto.

D. Sanch. Oye vusted una palabra aparte.
Rast. Vive el señor, que llegan por recado.
Rop. En conciencia que pierdo,
y que me cuesta mas de lo que pido.

Rast. Yo temo que he de ser aquí vendido.
D. Sanch. Una y tres muelas dexaré pagadas.
Rop. Eso es descabalar una quixada.
Rast. Quixada, vive Dios! quixada dixo.
Rop. Está la dentadura como nueva,
que no ha servido sino en una boda:
déxese gobernar, llévela toda.
D. Sanch. Esto es señal. *Dale dineros, y vase.*
Rop. Mas há de quatro dias
que calza usted en casa las encías.
Rast. Mancebitos, creed en bocas falsas,
con dientes de alquiler como las mulas.
El dinero, y el gusto me atribulas.

Asómase D. Chrysóstomo calado el sombrero.

D. Chrys. ¿Qué digo, Reyna, hay gambas?
Rop. ¿Quántas ha menester vuesarced? *D. Chrys.* Ambas.
Rop. De casa son aquesas.
D. Chrys. Hanme salido aviesas.
Hay mogili? *Rop.* Ya entiendo: *Vase D. Chrys.*
una caldera estoy embarneciendo.
Estas barbas de leche por las canas
vienen á casa en hábito de ovejas
á ordenarse de pelo y de guedejas.

Entra Godinez de dueña con manto de anascote, y vense las tocas por debaxo.

God. Ce, ce. *Rop.* Ya entiendo la seña.
Rast. Que me quemen á mí si esta no es dueña.
God. Yo estoy un tris agora de casarme,
y tiénenme disgustos arrugada.
Rop. Los años no tendrán culpa de nada.
Rast. De cáscara de nuez tiene el pellejo,
y la boca de concha con trenales,
los labios y los dientes desiguales.
Rop. Yo la daré niñez por ocho dias;
mas ha de hervir la cara en dos legias.
God. Herviré por ser moza un dia entero
en la caldera de Pero Botero. *Vase Godinez.*
Rast. Y habrá parabieneros tan picaños,
que digan que se gocen muchos años.

Sale Ortega arrebozado.

Ort. Señora, habrá recado?
Rop. Ya conozco la voz sin criadillas.
Ort. Habrá un clavillo negro de melindez,
y dos dedos de bozo,
con que mi cara rasa
pueda engañar de hombre en una casa?

Rop. Yo mandaré buscallos:
éntrese al vestuário de los gallos. *Vase Ortega.*

Sale Doña Ana tapada, con abanico.

D. An. ¿Conóceme vusted? *Rop.* De ningun
D. An. Señora, yo quisierá (modo.
que ninguna persona nos oyera.
Rast. ¡Hase visto en el mundo tal despacho!
Rop. Diga vusted sus culpas sin empacho.
D. An. Digo, señora mia,
que así me salve Dios, que no he cumplido
veinte y dos años.
Rop. Muéstreme el semblante.

Descúbrese Doña Ana.

Veinte y dos años: no pase adelante.
D. Ana. Y de melancolías
tengo ya mordiscadas las faciones,
y mazco con raygones.
Rop. Y es de melancolías, no de años,
desmuelo semejante? (adelante.
D. An. Años no háy que tratar. *Rop.* Pase
D. An. Tambien me ha perseguido un corri-
y me tienen sumidos los carrillos (miento,
unas ciertas cosillas como arrugas.
Rop. ¿Pero no son arrugas? *D. An.* Soy muy
para tener desdicha semejante.. (moza

Rop. Corrimientos al fin : pase adelante.
Tiene mas que decir? *D. An.* Tenia las manos
mas blancas que los ampos de la nieve:
téngolas rancias ya con algun paño;
que me las aojaron habrá un año,
teniendo veinte y dos aun no cumplidos,
y secáronse entrambas al instante.
Rop. Y aun se son veinte y dos: pase adelante.
En las mugeres siempre son los años
buenos, justos, y santos inocentes;
pues en cana, ni arruga, ni quixada
no tuvieron jamas culpa de nada.
¿Y que se ofrece ahora?
D. An. Quisiera que vusted me remediára.
Rop. Yo la daré como remude cara. *Vase D. An.*
Ya en el mundo no hay años;
pues aunque el tiempo á averiguallos venga,
no hallará en todo el mundo quien los tenga.
Rast. Las Damas de la Corte
siempre se están, y aquesto me enloquece,
en porfias y en años en sus trece.

Suenan guitarras.

Guitarras vienen, músicos espero,
para que te alboroces,
ó remiendes los tonos y las voces;

que las guitarras no serán tan lerdas,
que en casa de las locas busquen cuerdas.

Salen Músicos.

Músic. Adoba cuerpos como adoba sillas,
botica de ojos, bocas, pantorrillas:
nuestro bayle del Rastro está tan viejo,
que no le queda ya sino el pellejo:
queremos, si es posible, remendalle
con los bayles pasados.
Rop. Remendaréle por entrambos lados,
que no se le conozcan las puntadas.
Las baylas aquí están todas guardadas.

Descubre las mugeres y los baylarines, cada uno con su instrumento.

Zarabanda, Pironda, la Chacona,
Corruja, y Baquería;
y los bayles aquí carretería,
Ay Ay, Rastrojo, Escarraman, Santurde.
Rast. Este remiendo es lo que mas me aturde:
zampado estoy en medio del remiendo.
Rop. Vaya de bayles un aloque horrendo.
Mús. ¡Qué acciones tan extrañas!
estaban ya con polvo y telarañas.

Vá limpiando con un paño las caras á todos, como á retablos, y cantan y baylan lo siguiente.

Cant. Una fiesta de toros
es mi morena,
pícaros y ventana,
ruido y merienda,
Usanse unas tias
de mala data,
que echan las sobrinas
mas que las habas.
Trátannos los hombres
como al ganado,
pues á puros perros
guardan el hato.
Quéxase que le pido
quien no me ha dado:
deme, y quéxese luego,
pese al bellaco.

Entremes del Marido Pantasma.

Figuras que se introducen.

Muñoz.	*Doña Oromasia.*
Mendoza.	*Tres Mugeres.*
Lobon.	*Los Músicos.*

Salen Muñoz y Mendoza : Muñoz de novio galan.

Mend. Sea el señor Muñoz muy bien venido.
Muñ. Sea el señor Mendoza bien hallado.
Mend. ¿ Qué intento le ha traido
con tan bien guarnecido frontispicio?
Muñ. Vengo á ponerme á oficio.
Vengo (Señor Mendoza)
á ponerme á marido en una moza.
Mend. Señor Muñoz, poniéndolo por obra,
el Mu le basta, y todo el ñoz le sobra.
Tiene lindas facciones de casado.
Muñ. Yo estoy enmaridado;
mas la muger que quiero
no ha de tener linages ni parientes:
quiero muger sin madres y sin tias,
sin amigas y espías,
sin viejas, sin vecinas,

sin visitas, sin coches, y sin prado,
y sin lugarteniente de casado;
que hay doncella que vende de su esposo
(á raiz de las propias bendiciones)
á pares las futuras sucesiones.
Mend. Muger sin madre dónde podrá hallarse?
Muñ. Ella es invencion nueva.
Mend. Vusted perdió linda ocasion en Eva;
mas ya que no tenia madre, suegra,
ni tia, tuvo culebra.
Muñ. Tenga norabuena
quantas cosas enebras:
no tenga madre, y llueva Dios culebras;
que una mama de estrado
es chupa y sorbe, y mazca de un casado.
A sí propia se arrastra la culebra,
mas la madre, mirad si es diferente.
arrastra al que la tiene yernalmente.
Iten mas, la culebra se hace roscas;
mas de qualquiera moscatel que asome,
la madre se las pide, y se las come.
Iten mas, la culebra dá manzana;
la madre pide toda fruta humana.
Iten mas, que dá silvos la culebra;
y la madre (me corro de decillo)
hace silvar al triste yernecillo.
Muda el pellejo propio la culebra;

y la madraza llena de veneno,
si arrugó el propio, desolló el ageno.
Iten mas, la culebra sabe mucho;
y las madres y viejas que celebras,
dicen que saben mas que las culebras.
¿No ha de haber una huérfana en el mundo?
¿Para mí se acabaron las expósitas?
La muger del gran Turco tenga madre,
y la expósita mia
tenga culebra, y sierpes, y no tia.
No me tenga parientas, ni allegadas,
amigas y criadas;
y tenga tiña y sarna y sabañones,
y corcovas y peste y tabardillos,
que estos son males que se tiene ella;
y el parentesco es peste en quarto grado,
que le padece el mísero casado.

Mend. Con el discurso mi tristeza alegras.
¡Qué conjuren langostas, y no suegras!
Como hay *flagellum dæmonum*, quisiera
que un *flagellum suegrorum* se imprimiera;
y como hay abernuncio, no habria
haber madre, haber suegra, y haber tia!

Muñ. Eso no puede ser, Mendoza amigo:
la cabeza te quiebras:
no quiero madre, y llueva Dios culebras.

Mend. Aquí hay una muger, que no se sabe

quién es, ni se conoce
padre, ni madre, ni pariente suyo;
que no trata con nadie, y tiene hacienda,
y no hay en este pueblo quien la entienda,
y todo lo trabuca.

Muñ. Eso me ha dado en medio de la nuca.

Mend. Pues no hay sino al momento
efectuar, Muñoz, el casamiento.

Muñ. No me puedo casar súbitamente;
porque yo y otro amigo,
que nos vamos casando por el mundo,
nos dimos la palabra, que primero
se habia de casar él, y al momento
me avisaría de todo
lo que padece y pasa
el hombre que se casa;
y así será forzoso
el cumplir mi palabra y aguardallo.

Mend. Yo por mi cuenta hallo,
segun está vusted endurecido,
que ha de madurar tarde de marido.
Muger que tuvo madre, y habrá año
que murió, será buena.

Muñ. Un año es poco.

Mend. Pues no hallarémos cosa que le quadre. (*Vase.*

Muñ. Diez años dura el tufo de una madre.

¡Señor! tú que libraste
á Susana inocente de los viejos,
pues escuchas mis quejas,
líbrame de las madres, suegras, tias,
que es chilindron legítimo de viejas;
y como defendiste
del lago de los leones el Profeta,
en las miserias mias
defiéndeme del lago de las tias.

Echase á dormir.

Sueño me ha dado. ¡Válganme los Cielos!
No puedo resistirme,
fuerza será dormirme;
que al entremes ninguna ley le quita
lo de sueño me ha dado, y visioncita.

Dentro á voces Lobon.

Lob. Muñoz, Muñoz, Muñoz, contigo hablo,
cachimarido, como cachidiablo.
Muñ. ¿Quién eres, que me llamas
con voz triste, y temblando?
ó estás en penas, ó te estás casando:
á pantasma le suenas al oido.
Lob. Poco es pantasma: soy hombre marido.
¿A Lobon no conoces?
Muñ. Suegras tienes las voces.

¿Luego ya te casaste?
Lob. Caséme (¡ay Dios, ay dote,
ay, ay casamentero!)
con muger tan ardiente y abrasada,
que en medio del invierno está templada.
Engañóme la entrada del invierno.
Muñ. Encalabrinas con hedor de yerno.
Lob. Mírame arder agora

Aparécese á su lado Suegro, y Suegra, y Casamentero, y una Dueña.

aquí entre mi señor y mi señora.
Este, que está á mi oreja,
es el casamentero,
que por darme muger pide dinero.
Ella, que nunca calla,
dice no merecísteis descalzalla.
El dice cada instante:
Pude casar mi hija
con un hombre que ha estado
para un juego de cañas convidado,
y en el tiempo de calzas atacadas
entró en encamisadas.
Atravesada tengo en las entrañas
esta dueña que miras:
las varandillas son flechas y viras;
y por tormento sumo,

me dan dueña á narices , como humo.
Muñ. Muera rabiando el ánima bellaca,
que vió una vieja , y no tomó triaca.
Lob. Este es dote al diablo,
dado en expectativas,
y me piden , Muñoz , las naguas vivas;
y de dia y de noche
oye cómo me están pidiendo coche.
Dent. Coche marido. *Otr.* Yerno coche.
Lob. Y para que conozcas
lo que padece quien se casa al uso:
muger ; suegra , criadas,
¿qual quereis mas , perdices y conejos,
galas , joyas , dineros,
ó que duren diez años fiesta y bodas?
Dent. A coche y agua ayunarémos todas.
Lob. Muñoz , en los maridos de este talle
el gasto principal es coche y calle.
Si hallares cuenta de perdon de yernos,
pues has sido mi amigo:::
Muñ. De oirte me enternezco.
Lob. Sácame de la suegra que padezco.
Muñ. Haré lo que me ordenas,
Lob. Sacar de suegras es sacar de penas.

Desaparecese Lobon , y levántase Muñoz.

Muñ. Tras el sueño y la vision

se sigue el há de mi guarda.
¿Dónde vás, sombra enemiga?
¿Adónde, amigo Pantasma?
A casamiento, á suegro, á suegra, á rabia,
tenedla, Cielos, que me yerna el alma.

Entra una muger tapada, que se llama Doña Oromasia.

Orom. ¿Es vuesasced Muñoz?
Muñ. ¿Quién lo pregunta?
Orom. Yo soy Doña Oromasia de Brimbronques.
Muñ. Merece el apellido una alabarda.
Brimbronques suena á cosa de la guarda.
Orom. No es eso á lo que vengo.
Yo me quiero casar sin resistencia,
y tengo hambre canina de marido;
y me casaré luego
con una sarta de ellos, si los hallo.
Yo soy una muger mocha de tias:
yo soy muy ahusada de linage:
yo soy calva de amigas y parientas:
no tengo madre, ni conozco padre,
ni en mi vida he tenido mal de madre;
y sé que el buen Muñoz me vá buscando,
y en mí tiene la esposa que desea:
soy echada en la piedra, ¿que mas quiere?
y no soy melindrosa

como algunas mirladas:
dos ratones traeré por arracadas:
no grito, ni porfio;
siempre trato de entierros;
tengo arañas de estrado como perros;
y soy tan recogida,
que no ando por la Villa; y antes quiero
que ande por mí la Villa al retortero.

Muñ. ¡Extrañas propiedades me repites!

Orom. En mi vida pedí para confites.
Mas quiero oro potable que una polla.

Muñ. Y es mejor dar á censo que á la olla.
¿Eres doncella, ó eres ya viuda?

Saca Doña Oromasia muchos memoriales.

Orom. Todo lo soy, y en todo tengo duda.

Muñ. ¿Son recetas?

Orom. Son maridos en letra que he tenido:
cédulas son de casamiento todas.
A las Comedias puedo prestar bodas:
diez y siete maridos he amagado;
pero ningun marido he madurado.

Muñ. Doña Oromasia, tú llegaste tarde;
que estoy desengañado de mollera,
y he visto la vision descasadera.
Soy cofadre del gusto y del contento:
no soy capaz de tanto sacramento.

Yo me casára de prestado un poco,
si como hay Redentores de cautivos,
fundáran los que están escarmentados
orden de redimir malos casados.
Cásese el rico, el virtuoso, el bueno,
que yo no quiero entrar en matrimonio;
que si bien lo construye quien lo alaba,
empieza en matri, y en el monio acaba.

Dentro Lobon.

Lob. Detén el paso, soltero:

Aparécese lleno de luto.

aguarda, amigo Muñoz,
verás en negro descanso
á tu querido Lobon:
el dulcísimo capuz,
el bendito sombreron,
la bien venida bayeta,
el bien fingido dolor.
En siendo un hombre viudo,
(á los mas los oyga Dios!)
tiene el clamor armonía,
y el responso linda voz.
Unas pocas de tercianas
con ayuda de un Dotor
me quitaron á navaja

la esposa persecucion.
Cásate, Muñoz amigo,
cásate luego de choz;
que todo puede pasarse
por ver ir en procesion
kiriada de los niños
la muger que nos cansó.

Muñ. Tomar quiero tu consejo.

Orom. Pues tomémosle los dos,
que mas tocas que capuces
salen á tomar el Sol.

Muñ. Aun no durará esta esposa
un año, segun yo soy.

Orom. Para un mes tiene marido
en éste mi condicion.

Lob. A mi salida y entrada
mis músicos hagan són;
que pésame y castañeta
solo la sé templar yo.

Sale Mendoza con otras mugeres, y cantan y baylan.

Mús. Señoras, alto á casar:
alto á casar, Caballeros:
tercianas hay para todos,
para todas hay entierros.
Capuz tengo prevenido,

guardadas las tocas tengo:
heredera pienso ser;
sin duda seré heredero;
del gusto del enviudar
¿quién es, Lobon, el testigo?

Lob. Yo, que lo sé, que lo ví, que lo digo:
yo que lo ví, que lo digo, y lo sé.

Mús. ¿Al fin, el desmugerar
aseguras que es quitar
al apetito el castigo?

Lob. Sí, que lo sé, que lo ví, que lo digo:
sí, que lo ví, que lo digo, y lo sé.

Mús. ¿Quién sabe que es mejor vella
con los despojos de ella,
que con enaguas en pie?

Lob. Yo, que lo sé, que lo ví, que lo digo:
yo que lo ví, que lo digo, y lo sé.

ENTREMES DE LA VENTA.

Sale Corneja, Vejete, con un rosario, y canta dentro Grajal.

Corn. Mas libranos de mal,
Amen Jesus.

Canta Grajal.

¿Es Ventero Corneja?
Todos se guarden,
que hasta el nombre le tiene
de malas aves.
¿Qué harán las ollas,
adonde las lechuzas
pasan por pollas?
Corn. Linda letra me canta mi criada.
¡No sé cómo la sufro, vive Christo!
Ella se bayla toda cada dia,
y siempre está cantando estos motetes;
y sisa, y es traviesa y habladora.
Moza de venta no ha de ser canora,
Grajal. *Dent. Graj.* Señor. *Corn.* El tono
con que chilla.

Sale Grajal cantando.

Quien teme ratones
venga á esta casa,
donde el huesped los guisa
como los caza.
Zape aquí, zape allí, zape allá,
que en la venta está,
que en la venta está.

Corn. ¡Válgate los demonios por cantora!
Ya que cantas de chanza,
es bueno el villancico en mi alabanza?

Graj. Capítulo segundo, en que se trata
en cómo se responde en esta Venta.

Corn. ¿Coronista te haces? *Graj.* Tenga cuenta.
Canta. Dicen, señor huesped,
responde el gato;
y en diciéndole zape,
se vá mi amo.

Corn. ¡Jesus! qué cosa tan extraña!
bueno es para mi punto lo que dice.
¿Has compuesto las camas?
¿Has echado en la olla lo que sabes?

Graj. Y lo que sabe mal á quien lo come.

Corn. No te pregunto nada:
vé á barrer y regar.

Graj. Ya lo he entendido:
tú mandas de continuo
barrer las bolsas, y regar el vino.
Corn. Grajal. *Graj.* Temple la cholla,
que oyó Grajal, y respondió la olla.
Cant. Ventero murió mi padre:
Satanás se le llevó,
porque no piense el infierno
que hubo solo un mal ladron.

Vase Grajàl.

Corn. En malos potros de verdugo cantes.

Vuelve á salir Grajal.

A tí te lo digo, padre,
óyelo tú, mi señor,
que á pura paja y cebada
piensas tu condenacion.

Vase Grajal y sale un Estudiante.

Estud. Sea bendito
quien echó á cada cuba un taponcito.
Corn. El señor Bachiller no peca en berro.
Estud. Ni el señor Licenciado zape en perro.
Corn. Oye, señor brivon? Menos parola:
coma y calle que yo así lo hago,

que le costará caro. *Estud.* Si lo pago.

Corn. ¿Qué hay que contar de nuevo en el camino?

Estud. De nuevo solo cuentan vuestro vino.

Corn. ¡Qué mal fundada queja!
¿Habia de dar á amigos cosa vieja?

Estud. ¿Cómo está la veleta del guisado?

Corn. ¿Qué diablo, ó que veleta?

Estud. Veleta llamo á aquesa monterilla;
y en su postura solo
conozco luego qué avechucho corre.
Estando encasquetada corre oveja:
en estando de lado corre cabra:
en estando abollada corre gato:
en coronilla como agora, corre
picaza, ó grago para el medio dia,
en borrasca de col, ó nabería.

Corn. ¡O plegue á Dios que otro discurso hagas
puesto en tierra de Moros! *Estud.* Eso pasa?
Yo vendré á discurrir á aquesta casa.

Corn. Grajal. *Sale Graj.* Señor. *Corn.* Tanto ojo
con el tal Licenciado;
porque hay estudiantillo
que se lleva un colchon en un bolsillo.

Graj. No hay que temer, Corneja,
que hay en casa colchon, que en dos instantes
pasa á chinche una esquadra de estudiantes.

Corn. Diste á los arrieros, y á los carros
de cenar? *Graj.* Ya encajé toda la historia:
comiendo entán á tiento sabandijas.
Cor. Cuéntame aquesa lucha.
Graj. Oye la comezon.
Corn. Empieza. *Graj.* Escucha.
Luego que por manteles
les puse con perdon los arambeles
y la sal en un plato,
un cuchillo sin cabo, un pan mulato:
un jarro desbocado,
tan sucio y sin adorno,
que pudo tener vino de retorno,
y en el vidrio volvióse
vinagre de la esponja;
es bueno? preguntaron. Yo á lo Monja
respondí muy fruncida de apariencia:
Por bueno se lo dán en mi conciencia.
Sentáronse en harpon en un banquillo:
tocaron á colmillo:
arremangaron todos los bigotes
por no los enrramar con almodrotes:
Metiles la vianda:
templaron las quixadas los cuitados
para hacer consonancia á los bocados:
la mesa parecia matadura,
con tanta urraca, y tanta desventura.

Hubo unos mazcadores de montante,
que tirando á dos manos de un pedazo,
debanaban las tripas en oveja.
Hay comedor con pujo, que se queja;
y los puños cerrados,
oye crugir los dientes;
otro mascuxador contemplativo,
con dedos clericales,
del cabritillo de diez y seis años,
harto de hacer las barbas en el hato,
á puros estirones se hizo chato.
Mas nada se compara con aquellos,
á quien les cupo en suerte la morcilla;
pues quando vieron entre el pan y el vino
por morcilla una bota de camino,
todos con un Deo Gracias se abaxaron
á olerla, y con los dedos la tocaron.
¿Esta es tripa, ó maleta?
dixo un mozo bermejo:
mas parece baul que no pellejo.
Metiéronle el cuchillo, aquí fue Troya,
que se dividió en ruedas,
con algunas colores sospechosas.
No entiendo esta morcilla, dixo el uno.
Otro santiguador de los mondongos,
decia: A cieno sabe, si es de estanque;
y dixo otro, con boca derrengada:

Busquen su descendencia á la morcilla,
y darán con un mulo de reata.
¿Qué es menester saber de quien deciende?
De rocin, ó de oveja,
bástale ser morcilla de Corneja;
y yo, como criada muy severa,
pluguiera á Dios que de sus tripas fuera.
Corn. Cosas de gentecilla del camino,
y palabras ociosas,
de que hemos de dar cuenta.

Sale un mozo de mulas con un jarro.

Mozo. Há señor Prebendado de la venta,
eche un azumbre. *Corn.* De dos mil amores. *Vase.*
Mozo. ¡Qué lindo torbellino de mozona!
Tempestad de hermosura es esa cara.
No hay que aguardar los rayos que acredita,
sin decir santa Bárbara bendita.
Voto al Cielo, que son arma vedada
tus ojos, y que miras
buido y penetrante;
y en esta pobre vida que despachas,
me has llevado la vista hasta las cachas.
Graj. Poca hazaña me cuenta
para destrozo de hermosura andante.
Tarde llegó el pobrete:

no cabe un alma mas en mi cabello
de un mocito de mulas,
que es gentil hombre al trote.
No es cosa competente
para este campanario de la gola,
y para este tallazo de lo caro,
que con dos miraduras delinqüentes
pasó á pestaña infinidad de gentes;
y no hay para alfileres
en quatro eternidades de alquileres.
Mozo. Las mulas la daré por matadores
á tus ojos, que en eso son Dotores.
Muerto estoy. *Graj.* Pues no sepa
el huesped que estás muerto; porque al punto,
si acaso nos escucha,
os venderá á los huéspedes por trucha.

Sale Corneja con el jarro.

Corn. Ahí lleva una azumbre bien medida.
Mozo. Muy de profundis veo
el zabuzo del jarro y el meneo.

Vase el Mozo, y sale el Estudiante.

Estud. En esta santa casa (Deo gracias)
Las azumbres que bebo,
son siempre azumbres sobre su palabra.
Corn. No son. *Estud.* Si son.

Corn. No son. *Est.* Si son, y acorte de razones,
que no ha de restañarme los sisones.
¿Por quatro albondiguillas como nueces
me pide veinte quartos,
y ayer hizo ocho dias
por quatro albondigones como el puño
me llevo tres quartillos? *Graj.* Si haria;
mas no se muere un asno cada dia.
Estud. No se disimulaban,
que despues de comidas rebuznaban.
Dentro. Pára, rucia rodada.
¿Qué aun no quieres llegar á la posada?
Dent Descuelga las guitarras,
el verdugado, y caxa de valonas.

Sale Guevara, y toda su compañia.

Corn. ¡Qué linda bocanada de personas!
¡O mi señor Guevara! *Guev.* ¡O señor huesped!
Corn. ¿Dónde lleva vusted la compañia?
Guev. A representar vamos á Granada.
Corn. Fiesta hemos de tener aquesta noche.
Graj. Todos hemos de andar de venta en monte:
aguce vuesasted los baylarines.
Guev. En cenando mi Reyna, *Graj.* Seor Corneja,
al seor Guevara démosle la cena;
y será calidad, si se repara,
pues seremos ládrones de Guevara.

Estud. En esta pobre choza
todos somos hurtados sin Mendoza.
Corn. Miente el picaño. *Estud.* Ladron, pro-
archiladrillo, y tátara Pilatos, (toladron,
casamentero infame
de estómagos y gatos.
Corn. Infame, espera, calla, calla;
que quien no mata con morcilla rabo,
menos me matará con una bala.
Guev. Sean amigos. *Graj.* Acábese este ruido.
Estud. ¿Sabe vuesasted lo que he comido?
Guev. Toquen esas guitarras.
Graj. Acompañen cantando,
que yo lo quietaré solo baylando.
Guev. ¿Sólo? aquí estamos todos.
Graj. Cuenta con los chapines y los codos.

Aquí cantan y baylan.

Músicos. Todo se sabe, Lampuga,
que ha dado en chismoso el diablo,
y entre jayanes y marcas
nunca ha habido Secretarios.

POEMA HEROYCO

DE LAS NECEDADES Y LOCURAS de Orlando el enamorado.

Dirigido al hombre mas maldito del mundo.

CANTO PRIMERO.

Canto los disparates, las locuras,
Los furores de Orlando enamorado,
Quando el seso y razon le dexó á escuras
El Dios engerto en diablo y en pecado:
Y las desventuradas aventuras
De Ferragut, guerrero endemoniado:
Los embustes de Angélica y su amante,
Niña buscona, y doncellita andante:

Hembra por quien pasó tanta borrasca
El Rey Grandonio, de testuz arisco,
A quien llamaba Angélica la Chasca,
Andando á trochimochi y abarrisco.
Tambien diré las ansias y la basca
De aquel maldito infame basilisco
Galalon de Maganza, Par de Judas,
Mas traidor que las tocas de las viudas.

Diré de aquel cabron desventurado,

Que llamaron Medoro los Poetas,
Que á la hermosa consorte de su lado
Siempre la tuvo hirviendo de alcahuetas:
Por quien tanto Gabacho abigarrado
Vende peynes, rosarios, agujetas,
Y amoladores de tixeras, juntos
Andubieron á caza de difuntos.
Vosotras, nueve hermanas de Helicona,
Virgos monteses, Musas sempiternas,
Texed á mi cabeza una corona
Toda de verdes ramos de Tabernas.
Inspirad Tarariras y Chaconas:
Dexad las liras, y tomad linternas.
No me infundais que no soy almohadas:
Envocadas os quiero, no invocadas,
A tí, postema de la humana vida,
Afrenta de la infamia y de la afrenta,
Peste de la verdad introducida,
Conciencia desechada de una venta:
Anima condenada, entretenida
En dar á Satanás almas de renta:
Judísimo malsin Escariote,
Honra entre bofetones y garrote:
Doctor, á quien por borla dió cencerro
Boceguillas, y el grado de marrano:
Tú, que qualquiera padre sacas perro,
Tocándole á tu padre con tu mano:

Casado (por comer) con un entierro,
Con que pudiste ser vieja Christiano;
Que por faltarte en Christiandad anexo,
Fuiste Christiano vieja, mas no viejo.
El alma renegada de tu abuelo
Salga de los infiernos con un grillo,
Con la descomulgada greña y pelo
Que cubrió tan cornudo colodrillo:
Y, pues que por herege contra el Cielo
Fue en el brasero chicharron cuchillo,
Venga agora el cabron mas afrentado
De ser tu abuelo, que de ser quemado.
Derrama aquí con unas salvaderas,
Pues está en polvos todo tu linage:
Salgan progenitores vendesteras,
Y aquel Rabí, con fondo Abencerrage:
Los boxes; los cerotes, las tixeras,
De quien Bufon deciendes y bardage,
Pues eres el plus ultra desvaríos,
El non plus ultra perros y Judios.
Atiende, que no es Misa la que digo,
Y son todos enredos y invenciones,
Y vuelve á mi cantar falso testigo
En tus dos ojos quatro mil sayones.
Perro, con no decir verdad te obligo:
Recibe estas maldades y traiciones
Con la benignidad que urdirlas sueles.

Al bueno, que á sesenta leguas hueles.
Cuenta Turpin (¡maldiga Dios sus huesos,
Pues tan escura nos dexó la historia!)
Que es menester buscar con dos sabuesos,
Una cabeza en tanta pepitoria.
Digo que cuenta ovillos de sucesos,
Con que nos dió confusa la memoria,
Que en las Ochas, que veis, desarrebujo
Con verso suelto, y con estilo brujo.
En la barriga de la blanca Aurora,
En el solar antiguo de los dias,
Donde hace pucheros, donde llora
El alba aljofaradas perlesias:
En la parte del Cielo mas pintora,
Donde bebe la luz sus niñerías:
En el nido del Sol, adonde el suelo
Entre si es no es le vé en mal pelo:
Un poderoso Príncipe reynaba,
De grande tarazon del mundo dueño,
Donde la India empieza, y donde acaba
La murria el Sol, y la Tricara el ceño.
Gradaso el Rey que digo se llamaba:
Rey, que tiene mas cara que un barreño,
Y juega (¡ved que fueza tan ignota!)
Con peñascos de plomo á la pelota.
Dábase á los demonios cada instante
(Que era mas presuroso que vigardo)

Por adquirir el duro Rey gigante
La fuerte Durindana, y á Bayardo.
Ciñe la espada el mas feroz vergante,
Y el caballo por fuerte y por gallardo
Le tiene otro brivon, que hará tajadas
A quien los pide, á coces y estocadas.

Recobrar el rocion juró Gradaso,
Y á Durindana en un escuerzo de oro;
Y así mandó venir paso entre paso
Al Indio cisco, tapetado y loro.
Por adquirirlas dexará el Ocaso
Manchado en sangre, y anegado en lloro:
A Francia marcha con cien mil Legiones,
Y mas de la mitad con lamparones.

Mas lleva de ochocientos mil guerreros,
Escogidos á mocos de mandiles:
Por el calor los mas vienen en cueros,
Tapados de medio ojo con candiles:
Mas de los treinta mil son viñaderos,
Con ondas en lugar de cenogiles:
Seis mil con porras, nueve mil con trancas,
Los demas con trapajos y palancas.

Solo para vencer á Carlo Magno
Con tal matracalada á París baxa:
Todo el pueblo Católico Christiano
Ha propuesto rapársele á navaja.
Pero dexemos este Rey Pagano,

Que el mar para venir de naves quaxa,
Y volvamos á Cárlos el torrente,
Que en París ha juntado mucha gente.

Para Pasqua de Flores determina
Hacer una gran justa, y ha llamado
La gente mas remota y mas vecina,
Mucho del Rey potente y coronado.
Vino tambien inmensa bahorrina,
Y mucho picaron desarrapado;
Que como era la fiesta en Picardía,
Ningun picaronazo se excluía.

No quedó Paladin que no viniese,
A puto el postre, á celebrar el dia;
Ni moro que ambicion no le truxese
De mostrar con valor su valentía.
Fue cosa extraña que en París cupiese
Tanta canalla, y tanta picardía!
Que todo andante vino asegurado,
Sino fuese traidor, ó Renegado.

De España vienen hombres y deidades,
Pródigos de la vida; de tal suerte,
Que cuentan por afrenta las edades,
Y el no morir sin aguardar la muerte:
Hombres, que quantas hace habilidades
El yelo inmenso, y el calor mas fuerte,
Las desprecian con rábanos y queso,
Preciados de llevar la Corte en peso.

Vinieron con sus migas los Manchegos,
Que á puros torniscones de guijarros
Tienen los Turcos y los Moros ciegos,
Sin suelo y vino, cántaros y jarros.
Con barapalos vienen los Gallegos,
Mal espulgados, llenos de catarros,
Matándose á docenas y á palmadas,
Moscas en las pernazas afelpadas,
Vinieron Estremeños en quadrillas,
Bien cerrados de barba y de mollera:
Los unos van diciendo Algarrovillas,
Los otros apellidan á la Vera:
En los sombreros llevan por toquillas
Cordones de chorizo; que es cimera
De mas pompa y sabor que los penachos
Para quien se relame los mostachos.
Portugueses, hirviendo de guitarras,
Arrastrando capuces, vienen listos,
Compitiendo la solfa á las chicharras,
Y todos con las botas muy bien quistos.
Vinieron muy preciados de sus garras
Los Castellanos con sus voto á Christos:
Los Andaluces, de valientes feos,
Cargados de patatas y ceceos.
Vinieron Italianos como hormigas,
Mas preciados de Eneas que Posones:
Llenas de macarrones las barrigas,

Iban jurando á fé de macarrones.
Los Alemanes, rubios como espigas,
Haciendo de sus barbas sus xergones,
Y haciendo cabeceras los capotes,
Mullen para acostarse sus bigotes.
El Rey Grandonio, cara de serpiente,
Barba de mal ladron, cruel y pia;
El primero Rey zurdo que en Poniente
Se ha visto, por honrar la zurdería;
Ferragut el soberbio, el insolente,
El de superlativa valentía,
El de los ojos fieros por lo vizco,
Pues se afeytaba con cerote y cisco.
Vino el Rey Balugante poderoso,
De Cárlos ilustrísimo pariente,
Recien convalecido de sarnoso,
Hediendo al alcrebite y al ungüente:
Serpentin, mas preciado de pecoso,
Que un tabardillo: y Soler valiente;
Y otros muchos Gentiles y Christianos,
Que son en los etceteras Fulanos.
Sorda París á pura trompa estaban,
Y todas trompas de París serian:
Aquí el tambor en cueros atronaban,
Allí las gaytas rígidas gruñian:
A bofetadas, por sonar, ladraban
El pandero: las calles parecian

Hablar en varias lenguas: cada esquina
Era pandorga de Don Juan de Espina.
Pintado está Palacio de libreas:
La Ciudad es jardin con las colores:
Ruedan los bocacies y las creas,
Y en oropel chillados resplandores.
Sobre vestes de frisa y cariseas,
Con muchos culcusidos y labores:
De Enanos y de Pages hubo parvas,
Cocheros y Lacayos como barbas.
Llegóse, pues, el señalado dia
De la justa de Cárlos; y á su mesa
Inmensa se embutió caballería
Con sumo gasto, y abundante expensa;
Fueron los mascadores á porfia,
(Segun Turpin en su verdad confiesa)
Mas de quarenta mil en una sala,
Que llegó de París hasta Bengala.
Los hilos Portugueses le gastaron
En solamente tablas de manteles;
Y de tocas de dueñas fabricaron
Tohallas con ayuda de arambeles.
Siete mil Reposteros se ocuparon
En colgar los caminos de doseles:
Hubo escaños, banquetas, bancos, sillas,
Posones, y silletas de costillas.
Siete leguas de Montes Pirineos

Para las cantiploras arrancaron,
Que con sus remolinos y meneos
A zorra, como á fiesta, repicaron:
En los aparadores los trofeos
De la sed y la hambre colocaron;
Y quatro mil vendimias repartidas
Temblando estaban ya de ser bebidas.

Hubo sin cuenta cangilones de oro,
Tinajas de cristal, y balsopetos
De vidrio, en que bebiese el vando Moro:
Jarros de grande corpanchon discretos:
De talegas de plata gran tesoro,
Que á las tazas penadas echan retos:
Simas de preciosísimos metales
Para beber saludes Imperiales.

Aparadores hubo femeninos
Para todas las Damas convidadas,
Salpicados de búcaros muy finos,
Y dedales de vidrio y arracadas:
Brincos de sorbo, y medio cristalinos,
Que las mugeres siempre son aguadas;
Y los gustos, que al alma nos despachan,
Y con ser tan aguados emborrachan.

Como Corito en piernas el tocino,
Azuza todo honrado tragadero,
Cocos le hace desde el plato al vino
El pernil en figura de romero:

Y aquel ante, vilísimo melqueño
De las pasas y almendras, que primero
Se usó con martingalas y con gorras,
Junto á los orejones hechos zorras.
De natas mil barreños y artesones,
Tan hondos, que las sacan con calderos
Con sogas de texidos salchichones:
Los brindis con el parte de los cueros
Llevan, con su corneta y postillones,
Correos diligentes y ligeros:
Resuenan juntos en París mezclados
Los chasquidos del sorbo, y los bocados.
Las Damas á pellizcos repelaban,
Y resquicio de bocas solo abrian:
Los barbados las getas desgarraban
Y á cachetes los antes embutian:
Los Moros las narices se tapaban
De miedo del tocino, y engullian
En higo y pasa y en almendra tiesa
Solamente los tantos de la mesa.
Dábanse muy aprisa en los broqueles
Los torreznos y jarros: tan espesos
Fueron estos combates y crueles,
Que el tocino dexaron en los huesos.
Ochocientas hornadas de pasteles
Soltaron de pechugas de sabuesos;
Tan colmados de moscas, que fue llano

Que no dexaron moscas al verano.
Reynaldos, que por falta de botones
Prende con alfileres la ropilla,
Cerniendo el cuerpo en puros desgarrones,
El sombrero con mugre sin toquilla;
A quien por entre piernas los calzones
Permiten descubrir muslo y rodilla,
Dexándola lugar por donde salga
(Requiebro de los putos) á la nalga.
Viéndose entre los otros hecho añicos,
Y debanado en pringue y telaraña,
Mirando está los Maganceses ricos,
Y al Conde Galalon ardiendo en saña.
Guiñaba el Magancés con los hocicos:
Advirtiéronlo bien Francia y España:
El Paladin, que es gloria de las Lises,
Se estaba rezumando de mentises.
Dos manadas de suegras no gruñeran
Tanto como él con la pasion gruñía.
Si tantas Magestades no lo vieran,
(Hecho un Bermejo el Paladin decia)
Presto los convidados todos vieran
Mi valor, y tu infame cobardía:
Comiera Magancesas carnes crudas,
Porque me dieran cámaras de Judas.
A las espaldas de Reynaldo estaba,
Mas infame que azote de verdugo,

Un Maestro de esgrima , que enseñaba
Nueva destreza á huevo y á mendrugo:
Don Hez por su vileza se llamaba,
Descendiente de carda y de tarugo;
A quien por lo casado y por lo vario
Llamó el Emperador : Cuco Canario,
Era Embelecador de Geometría,
Y estaba pobre aunque le daban todos
Ser Maestro de Carlos pretendia;
Pero por ser cornudo hasta los codos,
Su testa ángulos corvos esgrimía,
Teniendo las vacadas por apodos.
Este, oyendo á Reynaldos , al instante
Lo dixo al Rey famoso Balugante.
Díxole Balugante al Maestrillo
(Pasándole la mano por la cara)
Dile al Señor de Montalvan (Cuquillo)
Que mi grandeza su inquietud repara:
Que pretendo saber para decillo,
Si en esta mesa soberana y clara
Se sientan por valor ó por dinero,
Por dar su honor á todo caballero?
Reynaldos respondió : Perro Judio,
Dirás al Rey , que en esta ilustre mesa
El grande Emperador ; glorioso y pio ,
Honrar todos los huéspedes profesa:
Que despues la batalla y desafio

Quién es el Caballero lo confiesa;
Que á no tener respeto, las cazuelas
Y platos le rompiera yo en las muelas.

Hasta aquí el Autor.

Prosigue el Autor.

El falso Esgrimidor, que le escuchaba
En Galalon su natural vileza,
De mala gana la respuesta daba,
Viendo que en su maldad misma tropieza:
Galalon, que los chismes acechaba,
No levanta del plato la cabeza;
Y el desdichado plato se retira,
Y á los diablos se dá de que le mira.
Echaban las conteras al banquete
Los platos de aceytunas y los quesos:
Los tragos se asomaban al gollete:
Las Damas á los jarros piden besos.
Muchos están heridos del luquete:
El sorbo al retortero tras los sesos:
La comida que huye del buchorno,
En los vómitos vuelve de retorno.
Ferraguto agarrado de una cuba,
Que tiene una vendimia en la barriga,
Mirando á Galalon hecho una uba,

Le hizo un brindis dándole una higa.
No tengais miedo (dixo) que se suba
A cabeza tan falsa y enemiga
El vino , que sin duda estará quedo
Por no mezclarse allá con tanto enredo.
Bebe , Conde traidor , ú de un cubazo
Desgalalonaré los Paladines;
Y si Roldan no le detiene el brazo,
Acaba en él la casta á los malsines.
A todos tiene ya cagado el bazo;
Y si no suenan caxas y clarines,
Y rumores de guerra no esperados,
Allí quedan sus huesos derramados.
El son alborotó la gurullada:
En pie se ponen micos, lobos, zorros:
Unos con la cabeza trastornada:
Otros desviñan la cabeza á chorros.
En los alegres anda carcaxada:
En los furiosos árdense los morros:
La voz bebida , las palabras erres,
Y hasta los Moros se volvieron Pierres.
Galalon , que en su casa come poco,
Y á costa agena el corpanchon ahita,
Por vomitar haciendo estaba el coco,
Las agujetas y pretina quita:
En la nariz se le columpia un moco:
La boca en las horruras tiene frita,

Hablando con las bragas infelices
En muy sucio lenguage á las narices.
Danle los doce Pares de cachetes:
Tambien las Damas en lugar de motes;
Mas él dispara ya contra pebetes,
Y los hace adargar con los cogotes:
Quando por entre sillas y bufetes
Se vió venir un bosque de bigotes,
Tan grandes y tan largos, que se via
La pelamela, y no quien la traía.
Y luego se asomaron quatro patas,
Que dexan legua y media los zancajos,
Y quatro picos de narices chatas,
A quien los altos techos vienen baxos.
Despues por no caber entran á gatas,
Haciendo las portadas mil andrajos,
Quatro Gigantes, que aunque estaba abierta,
Sin calzador, no caben por la puerta.
Levantáronse en pie quatro montañas,
Y en cueros vivos quatro humanos cerros:
No se les ven las fieras guadramañas,
Que las traen embutidas en cencerros.
En los sobacos crian telarañas:
Entre las piernas espadaña y berros:
Por ojos en las caras carcabuezos,
Y simas tenebrosas por bostezos.
Puédense hacer de cada pantorrilla

Nalgas á quatrocientos Pasteleros,
Y dar moños de negra rabadilla
A novecientos magros escuderos.
Cubren en vez de vello la tetilla
Escaramujos, zarzas y tinteros;
Y en tiros de maromas embreadas
Cuelgan postes de marmol por espadas.
Rascábanse de lobos y de osos,
Como de piojos los demas humanos;
Pues criaban por liendres de bellosos,
Erizos, y lagartos, y marranos.
Embutióse la sala de Colosos,
Con un olor á cieno de pantanos;
Quando detras inmensa luz se via,
Tal al nacer le apunta el bozo al dia.
Empezó á chorrear amaneceres,
Y prólogos de luz, que al Cielo dora:
En Doñalda ajustó los alfileres
Ver un fluxo de Sol tan á deshora.
Las que tienen mejores pareceres,
A cintarazos de la nueva Aurora,
Con arrepentimiento de tocados,
Parecieron un coro de letrados.
Clárice enderezó con prisa el moño:
Rizó los aladares Galerana,
Afilóse Armelina de madroño
Contra el rubí, que teme la mañana:

Púsose en arma en ellas el Otoño
Contra la Primavera soberana:
Acicalan las manos y los labios,
Temblando los bellísimos agravios.
Y ya que su venida dispusieron
Tantos caniculares y buchornos,
Almas y corazones previnieron
Para ser mariposas en sus tornos:
En ascuas todos juntos se volvieron
Antes que los mirasen los dos hornos:
Que en las propias estrellas hacen riza,
Y chamuscan las nieves en ceniza.
Entraron las dos Indias en su cara,
Y el ahito de Midas en su pelo;
Pues Tibar por vellon se confesára
Con el que cubre doctamente el velo.
Con premio por su plata se trocára
La mas cendrada, que copela el Cielo;
Y por venirles corto el nombre de ellos,
Esta se llamó téz', aquel cabellos.
Relámpagos de perlas fulmìnaba,
Quando el clavel donde la guarda abria,
Y á los que con la risa aprisionaba,
Con la propia prision enriquecia:
Su vìsta por sus manos là pasaba,
Porque llegue templada, sino fria:
Dexa con solo su mirar travieso

A Carlos sin vasallos y sin seso.
Incendio son las canas Imperiales:
La sala y el Palacio son hogueras:
Los ojos dos Monarcas celestiales,
A quien viene muy corto ser esferas.
Pasa con movimientos desiguales,
Ya mirando de burlas, ya de veras;
Ahorrando tal vez para abrasarlos,
Con dexar que la miren, el mirarlos.
Con triste y estudiada hipocresía
De sus dos llamas esprimió rocío,
Que en los asomos lágrimas mentía:
Tal es de invencionero su alvedrío.
Por otra parte el llanto se reía,
Obediente al hermoso desvarío:
Dulce veneno lleva de rebozo,
Disculpa al viejo, y ocasion al mozo.
Por todos se reparte sediciosa,
Con turbacion aleve y hazañera:
Vá quanto mas humilde belicosa:
Huye la furia, y el temor espera;
Y con simplicidad facinerosa,
Usurpando vergüenza forastera,
Mezclando reverencias con desmayos,
En la tierra postró cielos y rayos.
Rechina Ferragut por los ijares:
Humo y ceniza escupe el Conde Orlando:

Oliveros la quiere hacer altares:
Reynaldos de robarla está trazando;
Y en tanto que se están los doce Pares,
Y Christianos y Moros chicharrando,
El Conde Galalon solo se mete,
Por venderla, en servirla de alcahuete.

Detras de la doncella de rodillas
Se mostró bien armado un Caballero,
De buen semblante para entrambas sillas,
Con promesas de fuerte y de ligero.
Los Reyes se levantan de las sillas:
Suspenso está el Palacio todo entero;
Quando apartando de rubí dos venas,
Estas Circes habló, y estas Sirenas:

El grito que la trompa de tu fama
Pronuncia por el Orbe de la tierra,
Sagrado Emperador, á verte llama
Quantos anhelan premios de la guerra:
La que trocó ser Ninfa por ser rama,
Y en siempre verde tronco el cuerpo cierra,
Los abrazos guardó para tu frente,
Que negó descortés al Sol ardiente.

No despreció tu nombre los retiros
Donde nací (á llantos destinada):
Con él se consolaron mis suspiros;
Y mi temor se prometió tu espada:
Dexé ricos Palacios de zafiros:

Destiné mi remedio en mi jornada:
Pongo á tus pies las lágrimas que lloro,
Y calzarélos con melenas de oro.

Uberto de Leon, mi pobre hermano,
Es este que me sigue sin ventura:
El Reyno le quitó duro tirano,
Que darnos muerte sin piedad procura.
Su castigo, y su bien está en tu mano:
Dame Remedio, ú dame sepultura;
Que tambien es remedio, si se advierte,
Hacer que el desdichado alcance muerte.

Mas allá de la Tana diez jornadas
Oí decir las fiestas que previenes,
Adonde juntas miro, y convocadas
Tantas excelsas coronadas sienes:
Donde tantas vitorias como espadas,
Y tantos triunfos como lanzas tienes;
Asegurando el premio al que venciere,
De qualquiera nacion y ley que fuere.

Mi hermano, á quien enciende ardor glorioso
De dar á conocer su valentía,
Viene á tu Corte, Emperador famoso,
A tomar buena parte de este dia.
Al Moro, y al Christiano belicoso,
Que de justar con él tendrá osadía,
Señala campo en el Padron del Pino,
Junto al sepulcro de Merlin divino.

Mas ha de ser con tales condiciones,
Aprobadas por todos una á una,
Que en perdiendo la silla y los arzones,
Quien los perdió no pruebe mas fortuná.
El que cayere quedará en prisiones,
Sin poder alegar escusa alguna;
Y el que á mi hermano derribáre en tierra,
Me ganará por premio de la guerra.

Hacer podrá mi hermano libremente
Su camino, si alguno le venciere,
Con sus quatro Gigantes, y la gente
Que en su quartel y pavellon tuviere.
Yo, escándalo y fatiga del Oriente,
Pagaré la vitoria que perdiere;
Y Angélica será por Carlo Mano
Premio del enemigo de su hermano.

Premio seré, Señor, de mi enemigo,
No serás (dixo Ferragut rabiando)
Sino de aqueste brazo: yo lo digo;
Y sobra y basta, y mienten aun callando.
No se me dá de Satanás un higo:
A tu hermano estoy ya despedazando;
Y vamos al Padron desafiados,
Que aun á Merlin me comeré á bocados.

Uberto dixo: En el Padron te espero,
Que no temo amenazas arrogantes.
Ya estoy allá, responde, darte quiero,

Mancebo, de barato tus Gigantes.
Orlando dixo: Yo saldré primero;
Y Galalon, quitándose los guantes,
No ha de ser esto, dixo, zacapella:
Yo quiero responder por la doncella.

No es este tu lugar, dixo Reynaldos:
La cocina te toca, y no la sala,
Pues es tu inclinacion revolver caldos.
Vete, Conde embustero, noramala:
Y pues los chismes son tus aguinaldos,
Tu medra enredos, la traicion tu gala,
Ponte en aquesa boca dos corchetes,
U haré tu sacamuelas mis cachetes.

Carlos, que vió la grita y tabaola,
Y que Oliveros agarró una tranca,
Revestida la cara en amapola,
Y estendiendo una mano y una zanca,
Mandó escurrir á Galalon la bola,
Que á toda furia por la puerta arranca:
Manda que nadie chiste, y con severa
Voz á todos habló de esta manera:

Quando la compasion y la hermosura
Tienen audiencia de tan altas gentes,
El furor descompuesto y la locura,
Infama, no acredita los valientes;
La suerte ha de ordenar esta ventura,
Y no los desatinos insolentes:

Quéjese de las suertes el postrero,
Y no me lo agradezca á mí el primero,
Merecida ha de ser no arrebatada,
Angélica en mi tierra , Paladines;
Y no es del todo báculo mi espada,
Ni olvida la batalla en los festines.
Tambien tienen mi sangre alborotada
Las sospechas del pie por los chapines;
Y no es esto envidiar vuestros trofeos,
Que aun caben en mi edad verdes deseos.
Y tú , motin de Francia soberano:
Tú , disension hermosa de mi Imperio,
Puedes estar segura con tu hermano;
No yo de tu divino captiverio.
Y olvidando los años y lo cano
En quien es el requiebro vituperio,
En lo que está diciendo á la doncella,
Se detiene por solo detenella.
Ella con hermosura divertida,
Y con una humildad ocasionada,
En cada paso arrastra alguna vida,
En cada hebra embota alguna espada.
Si mira , cada vista es una herida,
Y cada herida muerte si es mirada:
Entró en la sala á lágrimas y ruego,
Y salió de la sala á sangre y fuego.
Uberto dixo : En el Padron aguardo,

Con lanza enristre de mi arnés cubierto.
Responde Ferragut: Nunca me tardo:
Date por calavera ya, y por muerto.
Si ha de salir primero el mas gallardo,
El primero seré: yo te lo advierto;
Y guárdese la suerte de burlarme,
Que abrasaré la suerte por vengarme.
Quedaron atronados de belleza:
Quedó lleno de noche escura el dia:
De esclavitud adoleció la alteza:
De yermo y soledad la compañía:
Vasalla fue de un ceño la grandeza:
Vencióla de un mirar la valentía:
Conformáronse Moros y Christianos
A idolatrar la nieve de dos manos.
Naimo, aunque tenia quebrantada
Del largo paso de la edad la vida,
Sintió la sangre anciana recordada
De la ferviente juventud perdida.
Fue á requerir con la pasion la espada:
no se acordó que no la trae ceñida;
Y en el primero impulso de travieso
Echó menos la espada con el seso.
No bien la Reyna del Catay famosa
Habia dexado el gran Palacio, quando
Malgesí con la lengua venenosa
Todo el infierno está claviculando:

Todo Demonichucho y Diabliposa
En tono de su libro está volando:
Hasta los Cachidiablos llamó á gritos,
Con todo el arrabal de los precitos.

Hasta aquí el Autor.

Prosigue el Autor.

De ver tan prodigioso desconcierto.
En su librillo, á cántaros lloraba:
A Carlos vió despedazado y muerto,
La Corte sola, y á París esclava.
Fuele por los demonios descubierto,
Que la falsa doncella, que lloraba,
Es del Rey Galafron hija heredera,
Como el padre maldita y embustera.

Que por su gusto y su consejo viene
A repartir zizaña en Picardía:
Que á su hermano nombró (maldad solene!)
Uberto de Leon, siendo Argalía:
Que el padre Galafron, que tras él viene,
Le dió el mejor caballo que tenia,
Llamado Rabican, no por el brio,
Mas por ser de un Rabí perro Judío.

Una endrina parece con guedejas:

Tiene por pies y manos volatines:
De barba de letrado las cernejas,
De cola de Canónigo las clines:
Pico de gorrion son las orejas,
Los relinchos se meten á clarines,
Breve de cuello, el ojo alegre y negro,
Mas revuelto que yerno con su suegro.

Dióle un arnés forjado de manera,
Que está mas conjurado que las habas,
Y todo por de dentro, y por defuera
Se enlaza con demonios por aldabas:
Y porque á todos venza en la carrera,
Aunque se amarren al arzon con travas,
Una lanza le dió, que quando choca
Derriba las montañas, si las toca.

Galafron le envió de aquesta suerte,
Porque en todo lugar fuese invencible:
Dióle un anillo de virtud tan fuerte,
Que le hace valiente y invisible:
A tú por tú se pone con la muerte;
Y no hay encantamento tan terrible,
Que si le vé, no haga que le sueñe,
Y que se desendiable, y desendueñe.

Y para que provoque la aventura,
Con él envia á Angélica su hermana,
Que ofreciendo por premio su hermosura,
La justa es cierta, la victoria llana.

Enseñandola hechizos la asegura,
Y toda la Arte Mágica profana,
Con orden que en venciendo los guerreros,
Se los remita todos prisioneros.

Visto el engaño, Malgesí tenia
Urdida su venganza extrañamente;
Mas dexémosle, y vamos á Argalía,
Que ya está en el Padron junto á la fuente.
En el gran llano un pabellon se via,
Defensa á la estacion del Sol ardiente:
Por defuera á las lluvias muestra ceño,
Y por de dentro primavera al sueño.

Hácese fuerte Mayo en estos llanos,
Levántase el verano con la tierra,
Repártense los árboles lozanos
En copete y guedejas de la sierra.
No se vieron jamas con nieve canos,
Vejez que á los verdores hace guerra;
Y en tan bien ordenada pradería,
Siempre está mozo el año, y niño el dia.

Con lágrimas sonoras Filomena,
Cítara de dolor, á los sentidos
Derrama el epitafio de su pena
En trage de cancion por los oidos.
Narciso, con el agua entre la arena,
A tierna flor los miembros reducidos,
Muestra el favor del Cielo, que recibe,

pues con lo que murió florece y vive.
Corvo el peral, su fruta está temiendo
Blason pyramidal para el verano;
Y en su pomo el limon contrahaciendo
Los pechos virginales en el llano.
Está el nogal robusto produciendo
Aradas nueces; y el granado ufano
Desabrochado, su familia tiende,
Y á la avarienta piña reprehende.
En tronco de esmeralda ramos bellos
Con fruto de oro, con la flor de plata,
Al Sol el rostro, á Dafne los cabellos,
Siempre verde el naranjo los retrata:
Nevados y encendidos puedes vellos,
Que la fruta y la flor, al Cielo ingrata,
Es á su juventud flagrante nieve,
En que Favonio sus perfumes bebe.
Aquí la vid al olmo agradecido
Zelosa esconde en pámpanos y lazos;
Y el tronco, ya galan, y ya marido,
Con las hojas requiebra sus abrazos.
De su corteza Amor está vestido:
Los sarmientos dan flechas á sus brazos;
Y los racimos, llenos y pendientes,
Dan á la sed desprecio de las fuentes.
En pie se alza en medio de los llanos
Grande jayan de bronce vedejudo,

De espigas coronado, en cuyas manos
Se muestra corvo arado cortezudo.
El Semicapro Pan entre villanos,
Le nombra religioso pueblo rudo,
De cuya boca negra se deriva
Un arroyuelo de agua por saliva.

Deciende por el pecho murmurando
Lengua de plata artificiosamente;
Y las duras vedijas remojando,
Desperdicia en aljofar el corriente.
Llega los pies de cabra resbalando,
Con ronco són de cítara doliente,
Y líquido pintor de blanca plata,
En los pies la cabeza le retrata.

Razona la agua entre las guijas bellas:
Con zéfiro conversan ramos bellos:
Cantan los paxarillos sus querellas:
Las hojas callan quando cantan ellos:
Ellos y el agua quando cantan ellas;
Y el páxaro parece al respondellos
Músico, que fiado en su garganta,
Con tres diversos instrumentos canta.

Con atrevida espalda un monte suena
Herido de las ondas; y fiado
En la ley que está escrita con arena,
Canas iras desprecia al mar turbado.
Al nacimiento de alta y fertil vena,

Dura cuna le dá por el un lado;
Tan vecino del mar, que un propio acento
Llora su muerte, y rie su nacimiento.
A la tumba sonora de los rios,
Líquido monumento de las fuentes,
Lleva con ronco són sus vados frios,
Y agonizando en perlas sus corrientes:
Descanso de la sed de los estíos,
Que descienden con polvo las crecientes,
Donde por atender á su lamento,
Le hizo orilla grande alojamiento,
Magnífico domína la llanura,
Arbitro de los mares y la tierra;
Y con mas fortaleza que hermosura,
Menos previene el ocio que la guerra:
Docta igualmente y rica arquitectura,
Le corona de almenas, y le cierra:
Con él descuida todo el valle el sueño,
Sin recatar de algun collado el ceño.
Es crédito comun, que dentro habita
De este Palacio, ó fuente, ó monumento,
La Mente de Merlin, á quien prescrita
Carcel fabrica eterno encantamento:
Para quien la pregunta resucita,
Y vive en las cenizas un acento,
Que siendo lengua del sepulcro obscuro,
Pronuncia las perezas del futuro.

Tal es el sitio, tal la gran llanura,
Donde su pabellon puso Argalía,
Y tanta de su bosque la espesura,
Que el Sol distila en él pálido el dia.
Descolorido con la sombra obscura,
Escasas señas vé de luna fria.
Parece lo demas que el campo cierra,
Parte del Cielo, que cayó en la tierra.
Angélica enseñaba á ser hermosas
A las plantas mas raras y mas bellas:
De sus ojos las flores y las rosas
Aprenden en el suelo á ser estrellas;
Y con las trenzas de oro victoriosas,
Que libró Jove, no se atreve á vellas.
El Sol esfuerza el tiro de su coche,
Y se puebla de Sol la propia noche.
Al sueño blando se entregó Argalía:
Durmiendo estaba Angélica en el prado:
A hurto de sus ojos campa el dia,
Que abiertos le tuvieron congoxado:
Los Gigantes la guardan á porfia,
Que los tiene la justa con cuidado:
Arden amantes peñas y corrientes,
Y son requiebros de cristal las fuentes.
Tiene en el dedo el encantado anillo,
Donde ligado está todo Planeta,
Quando con su nefando quadernillo,

Sobre un demonio vayo á la gineta,
Con las clines de cabo de cuchillo,
Malgesí con barbaza de cometa
Apareció, mirando desde el viento
Al Sol dormido, al fuego soñoliento.
Vió sobre un tronco á Angélica dormida,
Y que en su guarda están quatro Gigantes;
Y díxoles: Canalla mal nacida,
Vosotros morireis como vergantes;
Y esta embustera de la humana vida,
Carcel, delito, y juez de los amantes,
Acabará en los filos de esta espada
El intento fatal de su jornada:
Dixo; y entre pentágonos y cercos
Murmuró invocaciones y conjuros,
Con la misma tonada que los puercos
Sofaldan cieno en muladares duros.
A los Demogorgones, y á los Guercos
De los retiramientos mas escuros
Truxo, para que el sueño le socorra,
Y á los quatro Gigantes dé modorra.
El hermanillo de la muerte luego
Se apoderó de todos sus sentidos;
Y soñoliento y plácido sosiego
Los dexó sepultados y tendidos.
No de otra suerte el embustero Griego,
A poder de los brindis repetidos,

Acostó la estatura del Ciclope
En las estratagemas del arrope.
Vase para triunfar de sus despojos
Malgesí con la espada, á la doncella;
Mas en llegando á tiro de sus ojos,
Se le cae de la mano, y se le mella.
En suspiros se vuelven los enojos:
Todo su encanto se aturdió con vella
Con su hermosura enamorado habla;
Y al fin no sabe ya lo que se diabla.
Encantados se quedan los encantos:
Hechizados se quedan los hechizos:
Son los tesoros que contempla tantos
Como las minas crespas de sus rizos:
Están unos sobre otros los espantos,
Y los rayos del Sol parecen tizos:
Los demonios se daban á si mismos,
Viendo de la belleza los abysmos.
Ni alzar los ojos, ni baxar la espada
En éxtasi de amor Malgesí pudo.
La lengua á su pasion tiene amarrada:
Mas parece que está muerto que mudo;
Prueba dexarla en sueños encantada;
Mas el anillo le sirvió de escudo.
Revocóle el infierno los poderes,
Y todo se encendió de arremeteres.
La espada arroja en tierra por cobarde:

Por inutil con ella el libro arroja:
Viendo que no hay Gigante que la guarde,
El no embestir con ella le congoxa;
Y porque el luego le parece tarde,
Del manto que le cubre se-despoja;
Y sediento de estrellas y de luces,
Se arrojó sobre Angélica de bruces.

Engarrafóse de ella, que del sueño
Despierta con el golpe dando voces.
Argalía á los gritos con un leño
Salió, y á Malgesí machacó á coces.
Ella le araña, y él la llama dueño;
Mas andan los trancazos tan atroces,
Y le muelen el bulto de manera,
Que le vuelven los huesos en cibera.

Luego que le vió Angélica en el llano
Despatarrado, cônôció quién era.
Este es el Nigromante, y el tirano
Malgesí, dixo: no es razon que muera;
Sino que atado por mi propia mano,
Por la mejor hazaña, y la primera,
A poder de mi padre vaya preso,
Donde le quemarán hueso por hueso.

Para poder echarle las prisiones,
A los Gigantes por sus nombres llama;
Mas ellos á manera de lirones,
Roncando están tendidos en la grama,

Tanta fuerza tuvieron las razones,
Tal sueño por sus miembros se derrama,
Que viendo como están vivos, apenas
Los dos le debanaron en cadenas.

Liado está de pies y colodrillo,
Sin poder rebullirse, ni quejarse,
Al pie de un robre columbró el cuchillo
Angélica, tomóle por vengarse;
Y viendo al otro lado el quadernillo,
(En que solo pudiera restaurarse)
Le tomó; y en abriéndole, al momento
Se granizó de diablos todo el viento.

En demonios la tierra se escondia,
El propio mar en diablos se anegaba,
Y demonios á cántaros llovia,
Y demonios el ayre resollaba.
Uno brama, otro chilla, y otro pia;
Y en medio del rumor que se mezclaba,
Dixo una voz, que andaba entre los ramos:
A tu obediencia quantos ves estamos.

Escoge, pues que puedes, como en peras,
Diablos, y manda. Lo que mando y quiero
(respondió con palabras muy severas)
Es, que con vuelo altísimo y ligero,
Y en volandas, cortando las esferas,
Lleveis este nefando prisionero;
Y por mas que afligido gruña y ladre,

Se le entregueis á Galafron mi padre.
Llevaremosle así como lo mandas
(Un diablísimo dixo) en dos vayvenes,
Y, como tú lo ordenas, en volandas,
Para el fin y el efecto que previenes.
Colas y garras han de ser sus andas.
Perdona que no vá en dos santiamenes,
Porque como son cabos de oraciones,
No admiten semejantes postillones.
En este encantador, direis, le envió
Juntos los embelecos de la Corte:
Que preso el endiablado Mago impio,
No hay espada, ni fuerza que me importe:
Que en el anillo, que me dió, confio,
Y en mi hermano y su lanza, que es mi norte:
Que todos doce Pares he de atarlos,
Y á cargas remitirselos con Carlos:
Dixo; y dando crugidos al instante,
Malgesí por el ayre desparece.
Llegó al Catay; y viéndole delante
Galafron, le recibe y agradece.
Con el librillo Angélica al Gigante,
Que mas dormido está desadormece:
Ya deshecho el encanto, ya despiertos,
Se desperezan con los cuellos tuertos.

Fin del Canto primero.

CANTO SEGUNDO.

Sobre el echar las suertes en Palacio
Andan los Paladines á la morra:
En cédulas se gasta un cartapacio
Con los nombres, y dentro de una gorra
Se mezclan; y en un cofre de topacio,
Que bien labrada plancha de oro aforra,
Los derramó, revueltos con su mano,
La excelsa Magestad de Carlo Mano.

Añusga Ferragut, atisva Orlando,
Estáse haciendo trizas Oliveros,
Montesinos se está desgañitando,
Y todos juntos quieren ser primeros:
A la fortuna están amenazando,
Si los saca segundos, ó terceros;
Quando un niño inocente de mantillas
A sacar empezó las cedulillas,

El primer nombre, que el muchacho aferra,
Astolfo fue, el Inglés magro y enjuto.
Yo soy Astolfo, y soy de Inglaterra,
Dixo, dándose al diablo Ferraguto.
Miente la cedulilla si lo yerra:
Este muchacho es hijo de algun puto,
Que yo he de ser Astolfo en todo el mundo;
Mas el muchacho le sacó el segundo.

Ser él primero, y yo segundo, ha sido,
Dixo, ser yo primero; que el cuitado
Es un cabillo de hombre bien vestido,
Y es un chisgaravis pintiparado,
Perfeto embestidor, nunca embestido,
Grande persona de pedir prestado;
Y en llegando dará de colodrillo,
Porque no es el justar ser maridillo,
Tercero fue Reynaldo el mendicante:
El quarto fue Dudon, noble guerrero:
Tras él Brandonio, desigual Gigante;
A quien siguen Oton, y Berlinglero:
Luego el invicto Emperador triunfante:
Despues de treinta, Orlando fue postrero;
El qual de rabia de tan mal despacho,
Quiso comerse el cofre y el muchacho.
Ya el Madrugon del Cielo amodorrido
Daba en el Occidente cabezadas;
Y pide el tocador medio dormido
A Thetis, y un xergon, y dos frazadas.
El Mundo está Mandinga anochecido,
De medio ojo las cumbres atapadas,
Quando acabaron de sacar las suertes
Los Paladines regoldando muertes.
Era Astolfo soror por lo monjoso.
Poco jayan, y mucho tiquemique,

Y mas cotorrerito que hazañoso,
Con menos de varon que de alfeñique.
Vistióse blanco arnés, fuerte y precioso,
Que no habrá cañaheja que le achique,
Por ser el pobrecito tan delgado,
Que parecia un alfiler armado.

En las nalgas llevaba por empresa
Una muerte pintada en campo roxo.
El mote su mortal cerote expresa,
Y dice así: La muerte llevo al ojo.
En el yelmo, que quatro libras pesa,
Lleva en vez de penacho un trampantojo,
Un basilisco, un Médico, y un trueno,
Como quien dice: Aténgome á Galeno.

Y como si supiera gobernallos,
U tenerse en alguna de las sillas,
Siempre tuvo la flor de los caballos,
Que Betis apacienta en sus orillas;
Y ni sabe correllos, ni parallos,
Agora juegue cañas, ó canillas.
Al fin con voz de títere indispuesta
El caballo mejor que tiene apresta:

Era morcillo, que á la vista ofrece
Con lumbre de los ojos noche negra;
Que igualmente le adorna y lobreguece;
Cuyos relinchos son truenos en Flegra:

Blanca estrella la frente le amanece,
Que torbas iras de su ceño alegra,
Prolija clin, y ondosa, de tal arte,
Que la introduce el viento en estandarte.
Anhela fuego, quando nieve vierte
En copos de la espuma, y generoso
Solicita los plazos de la muerte,
Igualmente galan y belicoso.
Tan recio sienta el pie, hiere tan fuerte
El campo, que parece que animoso
Rubríca en las arenas el castigo,
O que cava el sepulcro al enemigo.
Como en torre muy alta y descollada
Se columbra un cernícalo y un tordo,
O sobre alto cypres la cogujada,
O lobanillo en cholla de hombre gordo;
Así se divisaba la nonada
Bazucada en los troncos del bohordo:
Corre el caballo; el Garavis se enrosca,
Y parece que corre con la mosca.
Triste se parte el justador melquino,
Si bien la mancebita le provoca,
Y en su copete el Colcos Vellocino,
Pues atropella al Sol, si con él choca.
Por otra parte en el Padron del Pino
La calavera de Merlin le coca:

En cruces vá su cuerpo devanando.
Y tales cosas entre sí pensando.
Yo soy tamarrizquito, y hombre astilla:
Valdréme contra Uberto de la chanza;
Y entre los arzones de la silla
No ha de saber hallarme su pujanza.
Sin duda ha de causarle maravilla
El ver solo el caballo con la lanza;
Y ha de pensar de cosa tan extraña,
Que es un caballo pescador de caña.
Yo, entanto que se admira, presuroso
Daré con él en tierra en un instante:
La mozuela verá mi rostro hermoso,
Y me querrá por dueño, y por amante.
De qualquier suerte yo seré dichoso
Solamente poniéndome delante:
Del encuentro no tengo que guardarme,
Pues hará mas en verme que en matarme.
De monte en monte vá, de llano en llano,
En estos pensamientos divertido.
Dexa la sierra á la siniestra mano,
Y sigue el bosque en robres escondido.
Maligna luz del Astro soberano
Mas espanta que alumbra, y el ruido
Que confunde en rumor el Horizonte
Con los cristales que despeña un monte.
Cansadas de caminos retorcidos

Del rió sonoroso las corrientes,
En pacíficos lagos extendidos
Descansan las jornadas de sus fuentes.
Coronados están, como ceñidos
De sauces y de hayas eminentes:
Tienen por baño y por espejo el lago,
La Luna errante, el Sol errante y vago.
Nada enjuta la luz del Firmamento,
El ocioso cristal de la laguna
Arde en trémulo y vario movimiento,
Y en el fondo se vé mas oportuna:
Riza espumoso el lago fresco viento,
Que en los golfos pudiera ser fortuna:
Tiemblan las ondas, y en doblez de plata
La Luna ya se encoge, y se dilata.
Mas él, que fia en sola su hermosura,
Y antes quiere afilarla que la espada,
Se paró para verse la figura,
Y si vá la guedeja bien rizada:
Mas no lo consintió la noche escura,
Y así con presuncion desconsolada
Prosiguió en los golpes y los trotes,
Amoldándose á tiento los bigotes.
Yá las chafarrinadas de la Aurora
Burrajeaban nubes y collados,
Y el Platero del mundo, que los dora,
Asomaba buriles esmaltados;

Quando Astolfo que todo lo enamora,
Llegó al Padron, y puestos señalados:
Los Gigantes que viéron que venia,
A cornadas llamaron á Argalía.
Sale y por verle cierra los dos ojos,
Puesto encima la mano en tejadillo;
Como quien mira moscas ó gorgojos,
U desde lejos cucaracha ú grillo:
Y valiéndose al fin de los antojos
De un cascabel, armado vió un bultillo:
Enfadóse de velle, y á encontrallo
A media rienda enderezó el caballo.
Astolfo hecho invisible se dispara;
Mas diciendo: Ox aquí, de un garrotazo
Despatarrado en tierra dió de cara
Con él, que á toda Francia cagó el bazo.
Los Gigantes, que ven que no declara
Si vive, ni con pierna, ni con brazo,
Para cogerle andaban por los llanos,
Como quien busca pulga con las manos.
Lleváronle á la tienda de Argalía,
Donde en prision Angélica le encaja,
Miraba sus lindezas, y decia:
¿De qué puede servir lindo en migaja?
Pizca, y hermoso es todo fruslería:
Mi fuego no se atiza bien con paja;
Quando de Ferragut oyó en el cuerno

Todas las carrasperas del infierno.
Espeluznóse el monte encina á encina:
El Sol dicen que dió diente con diente;
Y al duro retumbar de la bocina,
Angélica las manos en la frente,
Apuntaló la máquina divina:
Demudóse el Gigante mas valiente;
Afirmóse Argalía en los estrivos,
Y apercibió los trastos vengativos.
Quando sobre un Caballo, mas manchado
Que viznieto de Moros y Judios,
Rucio, á quien no consienten ser rodado
Los brazos de su dueño, ni sus brios,
Se mostró Ferragut escollo armado,
Bufando en torbellinos desafios;
Y con ladrido de mastin prolijo
Estas palabras renegando dixo:
Daca tu hermana, ú daca la asadura:
Escoge el que mas quieres de estos dacas:
Tu cuñado he de ser, ó sepultura,
Y los Gigantes he de hacer piltracas.
Uberto respondió: Mi lanza dura
Castigará tus brutas alharacas.
Pues bien te puedes dar por alma en pena,
Replicó Ferragut, y alzó una entena.
Muy poco es lo de un toro contra un toro
Para comparacion de aquesta guerra.

Mas no bien le tocó la lanza de oro
A Ferragut, quando cayó por tierra.
No le quitó la fuerza su decoro,
Sino el encanto que la lanza cierra.
Qual pelota de viento dió crecida,
Para saltar con fuerza mas caida.

Un salto dió, que vió la coronilla
Del promontorio del mayor Gigante;
Y desnudas diez varas de cuchilla,
Para Argalía parte fulminante:
El qual viendo su cólera amarilla,
Le dixo: Diablo, ó Caballero andante,
Segun capituló Carlos severo,
Pues que caiste; quedas prisionero.

¿Qué es prisionero? pícaro alcahuete?
Carlo Magno es mi mano y hojarasca.
Cumpla el Emperador lo que promete,
Y tú prevén tu vida á mi borrasca;
Y á los quatro Gigantes arremete,
Como á las caperuzas de Tarasca,
Diciendo: Malandrines, y protervos
Yo os haré albondiguillas de los cuervos.

Mas los Gigantes dieron tal ahullido,
Viéndose condenar á albondiguillas,
Que dexaron el campo ensordecido,
Alzando mazas, troncos y cuchillas.
Angélica, el Abril descolorido,

Y pálido el jardin de sus mexillas,
Dice: ¿Cómo ha de atarse de algun modo,
Este que es diablo desatado en todo?
Argesto, el mas robusto, y mas membrudo,
El primero le embiste denodado:
Luego Lamprado, Giganton belludo,
Todo de cerdas negras afelpado:
Despues Urgano, el narigon tetudo:
El último Turlon desmesurado,
Mas grueso y abultado que un coloso,
Y mas largo que paga de tramposo.
Lampordo le arrojó primero un dardo;
Y á no ser encantado Ferraguto,
Le saca el unto, y le derrama el caldo.
Mas él, que es tan valiente como astuto,
Tal brinco dió con ánimo gallardo,
Y tal revés en el Gigante bruto,
Que le achicó, dexándole en el llano,
Sin piernas, de Gigante, medio enano.
Sin parar, ni decir oxte ni moste,
Tal cuchillada dió en la panza á Urgano,
Que aunque la reparó con todo un poste,
Todo el mondongo le vertió en el llano.
No hay lobo que en la carne se regoste
De las ovejas que perdió el villano,
Como el sangriento Ferragut se hincha
En los Gigantes, que descose y trincha.

Mas en tanto que á Urgano despachurra,
Con un nogal entero enarbolado,
Lampordo sobre el yelmo le dá zurra,
Tal, que á no ser de cascos encantado,
Allí le desmenuza y le chuchurra.
Saltó el yelmo dos leguas destrizado,
Quedó con la cabeza descubierta;
Y un bosque apareció de greña yerta.

La boca, como olla que se sale
Hirviendo, espumas derramó rabiosas,
Y como el rayo de la nube sale
En culebras de fuego sinuosas,
Embiste fiero con Lampordo, y dale
Por medio de las sienes espaciosas
Tal golpe, que partiéndole la geta,
Quedó el medio testuz hecho naveta.

Turlon, que vé los suyos en carnaza,
Hechos tantos, fiado en ser forzudo,
Por las espaldas á traicion le abraza.
Mas Ferragut, que siente fuerte el ñudo,
Su cuerpo de un tizon desembaraza:
Saca baston herrado el monstruo crudo,
Y le enarbola en ángulo mazada;
Mas Ferragut le opone recta espada.

Turlon, que sabe poco de destreza,
Con descomunal golpe se abalanza
A romperle la espada y la cabeza;

Mas Ferragut, que en sueños vió á Carranza,
La espada le libró con ligereza,
Y los perfiles de un compás le avanza,
Dándole una estocada por los pechos,
Que los livianos le dexó deshechos.

Si tienes mas Gigantes (le decia)
Vengan, ú resucita, infame, aquestos:
Vorlverlosha á matar mi valentía,
Que mis brazos á mas están dispuestos.
Contra toda razon, dixo Argalía,
Quebrantas los capítulos honestos:
Date á prision pues el concierto á sido
Qué quede prisionero el que ha caido.

¿Qué prision, qué concierto, ni que nada?
(Replicó Ferragut con voz de gallo)
Cúmplalo Carlo Magno si le agrada,
Que yo solo del Cielo soy vasallo.
Astolfo, á quien la grita alborotada
Pudo del sueño en su razon tornallo,
Por ver si puede componerlos, sale;
Mas poco en esto, como en todo, vale.

Dame (le dixo Ferragut) tu hermana,
Que la quiero sorber con miraduras,
Y ha de ser mi muger, ú esta mañana
Te desabrocharé las coyunturas.
No me gastes harenga cortesana,
Ni me hagas medallas y figuras:

Tu muerte en mis palabras te lo avisa:
No quiero dote, dácala en camisa.
Argalía, que vé que le desprecia,
Y que su honor y su corazon ofende:
Que le pide la cosa que mas precia,
Que monstro del templo del Amor pretende;
Con cuerpo formidable, y alma necia
En tal corage el corazon enciende,
Que olvidando la lanza de mohino,
Junto al Padron se la dexó en el Pino.
Y viendo su cabeza desarmada,
Le dixo: toma un yelmo, que no quiero,
Ni he menester llevar ventaja en nada,
Que sé guardar la ley de Caballero.
A casco raso aguardaré tu espada,
Dixo el descomunal Aventurero:
No quiero yelmo, casco ni casquillo;
Por yelmo traygo yo mi colodrillo.
Si tuviera lugar me chamorrára
Este pelo que traigo jacerino;
Y si fuera posible me calvára,
Y te aguardára como perro Chino.
¿Yelmo me ofreces? mírame á la cara,
Caballerito del Padron del Pino,
Que imagino tan muelle tu braveza,
Que aun estoy por quitarme la cabeza;
Y diciendo y haciendo, y en volandas

Salta sobre el caballo, y arremete
Con acciones furiosas y nefandas,
Y como espiritado mata siete.
Yo quiero concederme mis demandas:
Remítome á mi puño y mi cachete:
Tu hermana, á quien yo miro, y que me mira,
Enciende los volcanes de mi ira.
Ni demonios que van con espigones
Huyendo de reliquias conjurados;
Ni en la sopa revueltos los brivones;
Ni cañones de bronce disparados:
Ni pleyto en procesion por los pendones;
Ni pelamesa de los mal casados;
Ni Gallegos en bulla, ni calderas
En choque de basares y espeteras,
Se pueden comprar con el estruendo
Que resonó del choque y cuchilladas,
Con que los dos se estaban deshaciendo
A puro torniscon de las espadas.
Las armas con el Sol están ardiendo,
Y arrojando centellas fulminadas:
A poder de los tajos y reveses,
En fraguas se volvieron los arneses.
Se majan, se machucan, se martillan,
Se acriban, y se punzan, y se sajan,
Se desmigajan, muelen y acrebillan,
Se despizcan, se hunden, y se rajan,

Se carduzan, se abruman, y se trillan,
Se hienden, y se parten, y desgajan:
Tan cabal, y tan justamente obran;
Que las mismas heridas que dán, cobran.
Nube de polvo los esconde ciega,
Que acortando nublosa el Sol y el dia,
Hace crecer el suelo con la brega,
Que ardor de los caballos esparcia:
Cólera los ahoga, y los anega
Sudor humoso, blanca espuma fria:
Son ardiendo en los golpes de sus manos
Dos ethnas, que martillan dos Vulcanos.
Argalía le asienta en la mollera,
Golpe descomunal, pero la espada
Del pelo resurtió, como pudiera
Resurtir de una peña adiamantada:
Vióla sin sangre, y vió la cabellera,
No solo sana, sino mas rizada,
Y dixo con espanto alzando el hierro:
Este por coronilla trae un cerro:
Quando con las dos manos, levantado
Sobre los dos estrivos Ferraguto,
Para acabar de un lance lo empezado,
Con intento dañado y resoluto,
Sobre el yelmo descarga tal nublado,
Que Angélica previno llanto y luto;
Mas viendo que no dexa en él rasguño,

Un gesto hizo al Sol, al cielo un zuño.
Apártase Argalía con espanto;
Y Ferragut, confuso en su fiereza:
Dixo Argalía: Si es de cal y canto
Tu greña, hago saber á tu braveza,
Que estas armas que ves templó el encanto;
Tambien templó mi cuerpo y mi cabeza,
Respondió Ferragut: Y solo un lado
Encomendó el encanto á mi cuidado.
Tu hermana me darás, y sahumada,
Por si el temor ha hecho de las suyas;
Que no respeta encantos esta espada,
Ni te valdrá que charles ni que huyas.
Dártela (dixo) por muger me agrada;
Mas debes conocer que han de ser suyas
Estas resoluciones, si ella gusta,
Por mí tu boda acabará la justa.
Pues vé respaylando, y á tu hermana
Dirás que yo la quiero por esposa,
Y que tengo razon, y tengo gana,
Y dirás que tambien tengo otra cosa.
Argalía con maña cortesana
Dice al Pagano: Mientras voy reposa,
Que presto volveré con la respuesta,
Y partió como jara de vallesta.
En un daca las pajas á la tienda
Llegó, dixo á su hermana lo que pasa:

Ella, que vé la catadura horrenda
De aquel vestiglo, testa de argamasa,
La figura rabiosa y estupenda,
Un demonio con gestos de Ganasa;
Que la dán por marido en cuerpo broma
Anima zancarron por lo Mahoma;
Hilo á hilo con llanto costurero
Lloraba maldiciéndose, y decia:
¿Cómo siendo mi hermano, y Caballero?
¿Siendo Angélica yo? ¿siendo Argalía?
Una fantasma, fondos en tintero,
Por marido me ofreces este dia?
Un hombre tentacion, carantamaula,
Que no puede enseñarse sino en jaula?
¿No vés aquellas manos, cuyos dedos
Manojos son de abutagados sapos?
¿Aquellos ojos enguizgando niegos?
¿Los miembros ganapanes y guiñapos?
Blancos los labios son, negros y acedos
Los dientes, entoldados con harapos
De pan mascado; y la color, que espanta,
Con sombras de estantigua y marimanta.
¿Este habia de emboscar en mis cabellos
El javalí, que miras herizado?
¿Este con sus ronquidos y resuellos
Mi sueño bramará puesto á mi lado?
¿Han de pringarse aquestos brazos bellos

En la cochambre de ese endemoniado?
¿ Este postema de soberbia y saña
En mí descansará su guadramaña?
Antes con alto rayo, sacudido
De la diestra de Júpiter Tonante,
En las voraces llamas encendido,
Cayga el cuerpo en incendios relumbrante:
Y el espíritu eterno desceñido
Descienda puro y castamente amante:
Descienda; y enemigo siempre á Febo,
Palpe las sombras del noturno Herebó.
Las sombras palpe, pues arder clavado
Constelacion amante no merece;
Ni ser familia al Sol, que el estrellado
Pueblo con hacha esplendida enriquece.
Solamente me niega mi cuidado
La muerte que mi pena le merece,
Porque pueda mejor sentir mi suerte;
Mas en tanto dolor no falta muerte.
No falta muerte, no, que esta ventura
Tengo, y en esta fé de morir vivo.
¡O qué recibimiento, muerte dura,
Si bienes presurosa, te apercibo!
Ven cerrarás en honda sepultura
El fuego mas discreto y mas altivo,
Que ardió humanas medulas: ven y cierra
Mucho imperio de amor en poca tierra.

Cúbrame poca tierra si espirare,
Pues me será mas leve, si muriere,
La que de esta desdicha me apartáre,
Que la que en esta arena me cubriere.
Tú, cielo, contarás al que pasáre
El grave caso que tus astros hiere:
Oblígueos el dolor en que me hallo,
A tí á decillo, al huesped á llorallo.
La risa de la Aurora en sus dos ojos
En mas preciosas perlas era llanto.
Mas sintiendo Argalía sus enojos,
Y viendo su dolor, la dixo: Entanto
Que yo viere del Sol los rayos roxos,
No temas fuerza ni poder de encanto:
Yo moriré, yo, Angélica, primero
Que el oro de tus trenzas dé á su acero.
Restituyóse al alma la afligida
Doncella, y dixo: Lo que puede el arte
Dispóner con prudencia prevenida,
No es bien dexarlo al ímpetu de Marte.
Si mueres, ¿qué mas muerte que mi vida?
¿Sola, y muger, y en tan remota parte?
Mejor es defenderos con la maña,
Que con promesas de dudosa hazaña.
Vuelve, y dirás al bárbaro tirano,
Que antes quiero la muerte que admitillo:
Yo en tanto que combates al Pagano,

En su furor, usando de mi anillo,
Me desapareceré, dexando el llano:
De Malgesi me llevo el quadernillo,
Y á la selva de Ardeña conducida,
Aguardaré segura tu venida.

Presto podrás perderte de su vista,
Si al caballo que riges le dás rienda:
Iremos al Catay, adonde alista
Sus gentes nuestro padre, porque entienda
Quánta dificultad en su conquista
Pone esta casta contumáz y horrenda:
Dixo; y viendo la traza bien dispuesta,
Argalía volvió con la respuesta.

Llega, y daca tu hermana lo primero,
Le dixo Ferragut, todo casado.
No quiere, respondió. Pues yo la quiero,
Que ya la tengo un hijo aparejado.
En quanto dices mientes todo entero.
Tú serás muerto: y yo seré cuñado:
Su marido he de ser, quiera, ó no quiera,
Y su dote será tu calavera.

Tal tirria le tomó: que se abalanza
Para despedazarle á toda furia.
Argalía se opone á su pujanza,
Por defenderse y por vengar su injuria.
Angélica se vale de su chanza,
Dexando á buenas noches su luxuria.

Vuélvele las espaldas Argalía,
Y volando le dexa, y se desvía.
Si huyes, gozaré de la chicota,
Ferragut dixo; y al volver la cara,
No vió de ella ni rastro, ni chichota,
Que vá embolsada en una nube clara.
Hornos ardientes por los ojos brota:
Furioso á todas partes se dispara:
Brama, gime, rechina, ladra, ahulla,
Y en estallidos su congoxa arrulla.
Si al Cielo con Mahoma te has subido,
Dixo, yo baxaré á la tierra el Cielo:
Si acaso en los infiernos te has sumido,
No se le cubrirá al infierno pelo:
Si en el profundo mar te has zabullido,
Con el fuego que exhalo enjugarélo:
Si los diablos te llevan en cadena,
Tras ellos andaré marido en pena.
Marido en pena, y boda perdurable
Te seguiré sin admitir reposo,
Hasta que en tu persona desendiable
Berriondo los ímpetus de esposo.
Si en la guerra parezco formidable,
Debaxo de las mantas soy donoso:
Si vas volando por los campos verdes,
Buenos diez pares de preñados pierdes.
Tales cosas, corriendo por los cerros,

Iba gritando, y de uno en otro prado:
Tras él en varias tropas corren perros:
Iba de todas suertes emperrado;
Y con són de pandorga de cencerros
Bate al caballo, el uno y otro lado
Le pica; y le atolondra á mogicones,
Y el pescuezo le masca á mordiscones.
Montes, por donde corre ese alcahuete,
Dixo, (que no es posible sean hermanos)
Sed coroza á su testa y su copete,
Y á los pies de ella os estended en llanos.
Ninguna seña de ellos me promete
La tierra, ni los Cielos soberanos.
Pues no puedo alcanzarle en este lance,
Mi maldicion, y la de Dios le alcance,
Déxasme en paz, y métesme la guerra
Dentro del corazon con tus tramoyas:
Ningun paso que das el golpe yerra
En mis entrañas, nuevamente Troyas.
Pues los engaños de Sinon encierra,
Como el Paladion, tu rostro en joyas,
Tras tí revolveré con fé prolixa
El mundo polvo á polvo, y guija á guija.
Y allá vá con los diablos sin camino;
Y pues él vá dexado de la mano
De Dios, siga su loco desatino,
Y volvamos á Astolfo, que en el llano,

Viéndose solo en el Padron del Pino,
Arrastrando á manera de gusano,
Saca el hocico, y todo el campo espía,
Ni á Ferragut atisva, ni á Argalía.
Hállase solo, y sale como zorra,
Que hambrienta á husmo de los grillos anda:
Aquí tuerce la oreja, allí la morra,
Por si rumor alguno se desmanda:
Mas viendo su persona libre y horra
De prision y batalla tan nefanda,
Su yelmo enlaza, saca de la estala
Su caballo, y le ensilla y le regala.
Y viendo acaso que la lanza de oro
De cierto al Pino se quedó arrimada,
Sin saber el encanto, por decoro,
Por compañera se la dá á su espada.
Mírala, y dice: Aquí llevo un tesoro:
De molde me vendrá para empeñada:
No la pienso probar en los Guerreros;
Antes pienso romperla en los Plateros.
Monta á caballo; mas tan poco monta,
Que le tiene el caballo, y no le siente,
Y con temor del bosque se remonta
Por la campaña á paso diligente:
Lo que ha pasado, y lo que vió le atonta,
Quando al pasar los vados de un corriente,
Un Caballero armado se aparece,

Que todo le espeluzna, y le estremece.
Era el señor de Montalvan Reynaldo,
Que como era tercero á Ferraguto,
Tras él desde París sudando caldo
Se vino con intento disoluto:
„Que Amor no estudia á Bartulo, ni á Baldo,
„Por ser Monarca eterno y absoluto;
„Ni escucha textos, ni obedece leyes,
„Ni respeta las almas de los Reyes."
A Astolfo reconoce en la estatura:
De Ferragut pregunta los sucesos:
Cuéntale del Pagano la aventura,
Y el molimiento de sus pobres huesos:
Como Angelica puso su hermosura
En cobro; y que temiendo los excesos
De Ferragut, huyendo vá Argalía,
Y Ferragut siguiéndole á porfia.
Oyele, y sin hacer de Astolfo caso,
Ni responder, la rienda dió á Bayardo,
Diciendo: Para el fuego en que me abraso,
Poco es correr, pues aun volando taldo.
Matalote juzgára, yo á Pegaso
Para seguir al justador gallardo.
Si yo la alcanzo al paso que la sigo,
A Montalvan la llevaré conmigo.
Como con la nariz bebe el sabueso
Aliento de las huellas del venado,

Y desvolviendo el monte mas espeso,
Las matas solicíta y el sembrado;
Así Reynaldo con mirar travieso
Registra el campo de uno y otro lado,
Angélica sospecha que es qualquiera
Engañoso rumor de la ribera.
Ya llamado de sombra que está lejos,
Se precipita con ardientes sañas:
Déxase persuadir de los reflexos
Del Sol, porque retratan sus pestañas:
La desesperacion le dá consejos:
Exâmina lo opaco á las montañas;
No hay tronco, ni caverna que no inquiera;
Y entre fieras la busca como fiera.
Dexémosle siguiendo su deseo,
Y volvamos á Astolfo, que camina,
Y que á París (aunque por gran rodeo)
Hecho un títere armado se avecina.
En la Ciudad entró con el trofeo
De la lanza de oro peregrina.
Encontró con Orlando, que á la puerta
Aguarda del suceso nueva cierta.
Contó como Argalía, y la doncella,
Sin saber dónde y cómo, van huyendo;
Y como Ferraguto vá tras ella,
Y que á los tres Reynaldos vá siguiendo.
Maldice rayo á rayo, estrella á estrella

Al Sol y al Cielo con suspiro horrendo
Orlando, dixo en cólera encendido:
Dónde estoy yo, si Angélica se ha ido?
Quítateme, muñeco, de delante,
Que te haré baturrillo de un cachete.
El mal hadado Caballero andante,
Sin replicar partió como un cohete.
A Durindana empuña fulminante,
Y con el viento líquido arremete,
Diciendo: Si yo gozo sus despojos,
Por Durindana ceñiré sus ojos.
Cayó muda la noche sobre el suelo,
Sobrada de ojos, y de lenguas falta:
Sin voz estaba el mar, sin voz el Cielo,
La Luna con azules ruedas alta:
Hiere con mustio rayo el negro velo
Maligna luz que la campaña esmalta:
Yace dormido entre la yerba el viento,
Preso con grillos de ocio soñoliento;
Quando para aguardar á que se ria
De sus locuras, ú con él la Aurora,
Con su cuidado por dormir porfia;
Mas no se lo consiente el bien que adora.
El seso desde Angélica á Argalía
Desconcertado, no reposa un hora;
Porque en ansias y penas semejantes
No sabe el sueño hallar ojos amantes.

Mas lucha que descansa con el lecho:
Vuélvele duro campo de batalla:
Con el desvelo ardiente de su pecho
A sí mismo se busca y no se halla;
Y dice: El Sol y el dia qué se han hecho?
Quieren dexar al mundo de la agalla?
Háseles desherrado algun caballo,
Que no relinchan á la voz del gallo?
Mas viendo que la téz de la mañana
Ensancha los resquicios diligente,
La cruz besa devoto en Durindana:
Luego del lado la dexó pendiente.
Las armas viste, y de color de grana
Banda en púrpura y oro y plata ardiente:
La sobreseña del escudo quita,
Y el no ser conocido solicita.
Monta á caballo, y ajustado el freno,
Dixo mirando al Cielo: Claustro santo,
De misterios de luz escrito y lleno,
Argos de oro y estrellado manto,
Favorece las ansias en que peno,
Que yo te ofrezco, si consigo tanto,
Humos preciosos, que de mí recibas,
Y en voces muertas intenciones vivas:
Dixo, y á todo caminar se arroja
A buscar el camino sin camino,
Adestrado de sola su congoxa,

Y arrastrado de amante desatino.
Registra yerba á yerba, y hoja á hoja
El campo, obedeciendo á su destino,
Y sigue á persuasion de sus cuidados
Los otros dos que van descaminados.

CANTO TERCERO.

Llegóse el plazo que á la justa habia
Señalado el gran Carlos, y á su gente:
El Indo le lavó la cara al dia,
Y en perlas nevó el oro de su frente.
Con mas joyas el Cielo se reía:
Ardió en Pyropos el balcon de Oriente:
Por verle las Estrellas embobadas,
Detuvieron al sueño las jornadas.

Hasta aquí el Autor.

Cármina CALLIOPE libris heroica mandat.



D. Luis Paret la dibuxó. J. Moreno Tejada la grabó.

CALIOPE.

MUSA VIII.

Juicio moral de los Cometas.

QUINTILLAS.

Ningun cometa es culpado,
ni hay signo de mala ley,
pues para morir penado,
la envidia basta al Privado,
y el cuidado sobra al Rey.
De las cosas inferiores
siempre poco caso hicieron
los celestes resplandores;
y mueren porque nacieron
todos los Emperadores.
Sin prodigios, ni Planetas
he visto muchos desastres,
y sin Estrellas profetas:
mueren Reyes sin cometas,
y mueren con ellas Sastres.
De tierra se creen extraños
los Príncipes de este suelo;
sin mirar que los mas años

aborta tambien el Cielo
cometas por los picaños.
El cometa que mas brava
muestra crinada cabeza:
Rey, para tu vida esclava
es la desorden que empieza
el mal que el Médico acaba.

LETRILLA BURLESCA.

Despues que me ví en Madrí,
yo os diré lo que ví.
Ví una alameda excelente,
que á Madrid el tiempo ayrado
de sus bienes le ha dexado
las raíces solamente:
ví los ojos de una puente
ciegos á puro llorar:
los páxaros ví cantar,
las gentes llorar oí:
yo os diré lo que ví.
Médicos ví en el lugar,
que sus desdichas rematan,
y la hambre no la matan
por no haber ya que matar:
ví á los Barberos jurar
que en sus casas en seis dias,

por sobrar tantas vacías,
no entraba maravedí:
yo os diré lo que ví.
Ví de pobres tal enxambre,
y una hambre tan cruel,
que la propia sarna en él
se está muriendo de hambre:
ví por conservar la estambre
pedir hidalgos honrados,
al relox quartos prestados,
y aun quizá yo los pedí:
yo os diré lo que ví.
Ví mil fuentes celebradas,
que son, aunque agua les sobre,
fuentes en cuerpo de pobre,
que dan lástima miradas;
ví muchas puertas cerradas,
y un pueblo echado por puertas:
de sed ví lámparas muertas
en los templos que corrí:
yo os diré lo que ví.
Ví un lugar, á quien su norte
arrojó de las estrellas,
que aunque ahora está con mellas,
yo le conoci con Corte.
No hay quien sus males soporte;
pues por no le ver su rio,

huyendo corre con brio,
y es arroyo valadí:
yo os diré lo que ví
despues que me ví en Madrí.

LETRILLA BURLESCA.

Hemos venido á llegar
á tiempo que en Damas claras
son de solimán las caras,
las almas de rejalgar:
piénsanse ya remozar,
y volver al color nuevo,
haciendo Jordan un huevo,
que le remoce los años:
quiero callar desengaños;
y pues á todos les toca,
punto en boca.

Hónranse de tantos modos
las mugeres por la fama,
que casta muger se llama
la que la hace con todos:
los dineros son los Godos,
y vencen deudos presentes,
que son sangre los parientes;
y el dinero del galán
es sangre, es carne, y es pan,

es Alaejos y Coca,
punto en boca.
Persigue al pobre ladron
el Alguacil con testigos,
que siempre son enemigos
los que de un oficio son:
los dos van contra el bolson:
húrtale el ladron sutil,
y al ladron el Alguacil,
y ansí gana los perdones,
siendo ladron de ladrones
que los castiga y convoca:
punto en boca.
En la casa del Tribuno
tanta justicia se halla,
que aun su muger por guardalla
dá lo suyo á cada uno:
no le enfada el importuno,
á quien en fiera cadena
su marido dá la pena,
pues ella le dá la gloria,
y para darle vitoria
el primer auto revoca:
punto en boca.

LETRA SATYRICA.

Que no tenga por molesto
en Doña Luisa Don Juan,
ver que á puro solimán
traiga medio Turco el gesto,
porque piensa que con esto
ha de agradar á la gente,
mal haya quien lo consiente.

Que adore á Belisa un bruto,
y que ella olvide sus leyes,
sino es qual la de los Reyes
adoracion con tributo:
que á todos les venda el fruto,
cuya flor llevó el ausente,
mal haya quien lo consiente.

Que el Mercader dé en robar
con avaricia crecida:
que hurte con la medida
sin tenerla en el hurtar:
que pudiendo mahullar,
prender al ladron intente,
mal haya quien lo consiente.

Que su limpieza exâgere,
porque anda el mundo al revés,
quien de puro limpio que es,

comer el puerco no quiere;
y que aventajar se espere
al Conde de Benavente,
mal haya quien lo consiente.
Que el Letrado venga á ser
rico por su muger bella,
mas por su parecer de ella,
que por su buen parecer;
y que no pueda creer
que esto su casa alimente,
mal haya quien lo consiente.
Que de rico tenga fama
él Médico desdichado;
y piense que no le ha dado
mas su muger en la cama,
curando de amor la llama,
que no en la cama el doliente,
mal haya quien lo consiente.
Y que la viuda enlutada
les jure á todos por cierto,
que de miedo de su muerto
siempre duerme acompañada:
que de noche esté abrazada
por esto de algun valiente,
mal haya quien lo consiente.
Que pida una y otra vez,
fingiendo virgen el alma,

la tierna doncella palma,
si es datil su doncelléz;
y que dexándola en Fez,
la haga siempre presente,
mal haya quien lo consiente.
Que el Escribano en las salas
quiera encubrirnos su tiña,
siendo ave de rapiña
con las plumas de sus alas:
que echen sus cañones balas
á la bolsa del potente,
mal haya quien lo consiente.
Que el que escribe sus razones
algo de razon se aleje;
y que escribiendo se dexe
la verdad entre renglones:
que por un par de doblones
canonice al delinqüente,
mal haya quien lo consiente.

LETRILLA SATYRICA
á la Fortuna.

Es tu firmeza tan poca,
que juzgo de tu rigor,
que de andar al rededor
te has vuelto, Fortuna, loca;

mas si mi bien te provoca,
párate por mi consuelo;
si no diréIo.

Llamarte virgen condeno,
y así por cierto concluyo,
que mal guardará lo suyo
quien hurta todo lo ageno;
pues ves el mal en que peno,
pára, Fortuna, en el suelo;
si no diréIo.

En tu rueda arrebatada
andas siempre de pelea:
muger que á tantos voltea,
mas querrá ser volteada:
dexa á mi vida cansada
gozar un poco de Cielo;
si no diréIo.

Para puta, segun veo,
vales muy larga moneda;
pues por no estar nunca queda,
tendrás ligero meneo:
cúmpleme aqueste deseo,
quítale á mi bien el velo;
si no diréIo.

Mas harásme cargo estrecho,
diciendo con artificio,

que has rodado en mi servicio,
y ese es el mal que me has hecho;
párate, porque deshecho
me ves en tormento y duelo;
si no dirélo.
Ya no tengo que perder,
que soy Poeta en efeto;
y por decir un conceto
deshonraré una muger:
si te páras, podrá ser
que calle aqueste libelo;
si no dirélo.

LETRILLA SATIRICA.

Que le preste el Ginovés
al casado su hacienda:
que al dar su muger por prenda,
preste él paciencia despues:
que la cabeza y los pies
le vista el dinero ageno,
bueno.
Mas que venga á suceder,
que sus reales y ducados
se los vuelvan en cornados
los quartos de su muger:

que se venga rico á ver
con semejante regalo,
malo.
Que el mancebo principal
aplique por la pobreza
á ser ladron su nobleza,
por ser arte liberal:
que sea podenco del real
mas escondido en el seno,
bueno.
Mas que en tales desatinos
venga el pobre desdichado,
de puro descaminado
á parar por los caminos:
que conozca los Teatinos
por intercesion de un palo,
malo.
Que el hidalgo por grandeza
muestre quando riñe á solas
en la multitud de olas
tormentas en la cabeza:
que disfrace su pobreza
con rostro grave y sereno,
bueno.
Mas que haciendo tanta estima
de sus deudos principales,
coma las ollas navales,

como batalla marina:
que la haga cristalina
á su capa el pelo ralo,
malo.

LETRILLA SATIRICA

Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.
Los casos dificultosos
tan justamente envidiados,
empréndenlos los honrados,
y acábanlos los dichosos;
y aunque no están envidiosos
en lo que me ha sucedido,
Yo he hecho, &c.
Yo no condeno quejosos,
ni quiero ensalzar sufridos:
de bienes no merecidos
no sé cómo hay envidiosos:
si no soy de los dichosos
por haberlo merecido,
Yo he hecho, &c.
Lísida, siempre acontece,
y es firme ley sin mudanza,
que el bien es del que le alcanza,
y no del que le merece;

y en vano me desvanece
ver que en quanto se ha ofrecido
Yo he hecho, &c.

Mas honra al que es desdichado
que no se sepa razon,
que puede dar presuncion
gran lugar mal empleado:
no me culpa mi cuidado:
porque en quanto yo he vivido
Yo he hecho, &c.

Méritos son desperdicios,
que ofenden todas orejas:
para realzar las quejas
son buenos ya los servicios;
y aunque el sembrar beneficios
produzga agravios y olvido,
Yo he hecho, &c.

De mi desdicha me fio,
de Fortuna nada espero,
sino es algun mal postrero,
que será el primer bien mio:
no corra mas tras desvio;
y por no quedar corrido,
Yo he hecho lo que he podido,
Fortuna lo que ha querido.

SILVA PRIMERA.

La Soberbia.

Esta que veis delante,
Fulminada de Dios y fulminante,
Que en precipicios crece y se adelanta,
Y para derribarse se levanta.
Esta que con desprecio el mundo mira,
Blason de la ignorancia y la mentira,
Es la Soberbia, que en eternas vidas
Inventó en la privanza las caidas.
Las plumas de sus galas
Mas sirven de traspies que no de alas:
Con la presencia esclarecida engaña,
Pues su lumbre enemiga
Es de fuego, que ardiente la castiga;
No de luz, que gloriosa la acompaña;
Es un cielo mentido
A las inadvertencias del sentido;
Y aunque de estrellas coronada viene,
Las que ella derribó son las que tiene.
Esta en el Reyno de la paz eterno,
Con máquinas de viento, con escalas,
Fue el primer tropezon de plumas y alas,
Primera fundadora del infierno.

En ella resbalaron
Los que por mas dolor mejor volaron,
Y á fuerza de traiciones
De los rayos del Sol hizo carbones.
Es tan aleve y dura esta señora
Con los mas confiados,
Que quien por dominar grandes estados
Una vez la creyó, siempre la llora.
Quantos subió á la cumbre
Ciegos, y no guiados de su lumbre,
Cayendo conocieron,
Que á padecer, y no á gozar subieron.
Suben favorecidos y engañados,
Y vuelven á baxar ajusticiados.
Delante sube amiga mal segura
Con cautelosas plantas,
Y en llegando sus brazos al altura,
Son lazo, y son cuchillo á las gargantas.
Y con tanta desdicha, y tanta afrenta,
Donde se disfamó tanto tirano,
No sin mengua, y dolor del seso humano,
Escandaliza, pero no escarmienta.
Está en los presumidos chapiteles,
Menos ricos que vanos, con doseles;
Y en los montes osados,
De pinos y altas hayas coronados,
Sale, por ostentar su desatino,

A recibir los rayos al camino.
Tan alta piensa que es, tan ancha y grave,
Que ella se alaba de que en Dios no cabe.
Vosotros, ambiciosos pretensores,
Vulgo de la ignorancia y del engaño,
Sedientos de la muerte todo el año,
Polvo, ruido y afan de los señores,
¿Con qué esperanza ciega y porfiada
No dais crédito á tantos escarmientos?
¿Por qué no recatais los pensamientos
De fiera hasta en los Angeles cebada?
Disponed medios á mejores fines,
Dad crédito á tan altos testimonios,
Que quien hizo de Arcángeles demonios,
Mal hará de demonios Serafines.

SILVA SEGUNDA.

El Sueño.

¿Con qué culpa tan grave,
Sueño blando y suave,
Puede en largo destierro merecerte
Que se aparte de mí tu olvido manso?
Pues no te busco yo por ser descanso,
Sino por muda imagen de la muerte.
Cuidados veladores

Hacen inobedientes mis dos ojos
A la ley de las horas.
No han podido vencer á mis dolores
Las noches, ni dar paz á mis enojos.
Madrugan mas en mí que en las Auroras
Lágrimas á este llano,
Que amanece á mi mal siempre temprano;
Y tanto que persuade la tristeza
A mis dos ojos, que nacieron antes
Para llorar que para verte, Sueño.
De sosiego los tienes ignorantes,
De tal manera, que al morir el dia
Con luz enferma, ví que permitia
El Sol que le mirasen en Poniente.
Con pies torpes al punto ciega y fria
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las pardas sombras mudas,
Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados
Estas laderas, y sus peñas solas:
Duermen ya entre sus montes recostados
Los mares y las olas.
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es, que entre sueños dan al Cielo quejas
Del yerto lecho, y duro acogimiento,
Que blandos hallan en los cerros duros.

Los arroyuelos puros
Se adormecen al són del llanto mio,
Y á su modo tambien se duerme el rio.
Con sosiego agradable
Se dexan poseer de tí las flores.
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas, y voz á los dolores,
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido.
Tan solo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo.
Yo tu quietud molesto con mi llanto,
Y te desacredito
El nombre de callado con mi grito.
Dame, cortés mancebo, algun reposo:
No seas digno del nombre de avariento
En el mas desdichado y firme amante,
Que lo merece ser por dueño hermoso.
Débate alguna pausa mi tormento.
Gózante en las cabañas,
Y debaxo del Cielo
Los ásperos villanos:
Hállate en el rigor de los pantanos,
Y encuéntrate en las nieves y en el yelo
El soldado valiente;
Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,

Entre mi pensamiento y mi deseo.
Ya, pues, con dolor creo
Que eres mas riguroso que la tierra,
Mas duro que la roca,
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,
Y en ella mi alma
Por jamas te toca.
Mira que es gran rigor: dame siquiera
Lo que de tí desprecia tanto avaro,
Por el oro en que alegre considera,
Hasta que dá la vuelta el tiempo claro.
Lo que habia de dormir en blando lecho,
Y dá el enamorado á su señora,
Y á tí se te debia de derecho.
Dame lo que desprecia de tí agora
Por robar el ladron; lo que desecha
El que invidiosos zelos tuvo y llora.
Quede en parte mi queja satisfecha:
Tócame con el cuento de tu vara,
Oirán siquiera el ruido de tus plumas
Mis desventuras sumas;
Que yo no quiero verte cara á cara,
Ni que hagas mas caso
De mí, que hasta pasar por mi de paso;
O que á tu sombra negra por lo menos,
Si fueres á otra parte peregrino,
Se le haga camino

Por estos ojos de sosiego agenos.
Quítame, blando sueño, este desvelo,
O de él alguna parte,
Y te prometo, mientras viere el Cielo,
De desvelarme solo en celebrarte.

SILVA TERCERA.

La mina de oro contra la codicia.

Diste crédito á un pino,
A quien del ocio rudo avara mano
Truxo del monte al agua peregrino,
O Loiba ciego, de tu paz tirano.
Viste, amigo, tu vida
Por la codicia á tanto mar vendida:
Arrojóte violento
Adonde quiso el alvedrio del viento.
¿Qué condicion del Euro y Noto ignoras?
¿Qué mudanzas no sabes de las horas?
Vives, y no sé bien si despreciado
Del agua, ó perdonado.
¿Quántas veces los monstruos que el mar
Y tuviste en la tierra (cierra,
Por sustento, en la nave mal segura
Los llegaste á temer por sepultura?
¿Qué tierra tan extraña

No te forzó á besar del mar la saña?
¿Quál Alarbe, quál Scita, Turco, ó Moro,
Quando al agua y al viento obedecias,
Por señor no temias?
Mucho te debe el oro,
Si despues que saliste
Pobre reliquia de naufragio triste,
En vez de descansar del mar seguro,
A tu codicia hydrópica obediente,
Con villano hazadon en cerro duro
Sangras las venas al metal luciente.
¿Por qué permites que trabajo infame
Sudor tuyo derrame?
Dexa oficio bestial, que inclina al suelo
Ojos nacidos para ver el Cielo.
¿Qué fatigas la tierra?
Dexa en paz los secretos de esta sierra.
¿Qué te han hecho, mortal de estas montañas
Las escondidas y ásperas entrañas,
A quien defiende apenas negra hondura?
Mira que á un tiempo mismo estás abriendo
Al metal puerta, á tí la sepultura.
Piensa, y es un engaño vergonzoso,
Que le hurtas riqueza al duro suelo:
Oro le llamas, y es dulce desvelo:
Es peligro precioso,
Rubia tierra, pobreza acreditada.

Y ponzoña dorada.
¡Ay! no lleves contigo
Metal de la quietud siempre enemigo;
Pues la naturaleza, viendo que era
Tan contrario á la santa paz primera,
Por dañoso y contrario á quien le estima,
Y por mas escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima,
Sus caminos borró con altos mares.
Doy que á tu patria vuelvas al instante
Que el Occidente dexas saqueado,
Y que el mar sosegado
Con amigo semblante
Debaxo del precioso peso gima,
Quando sus fuerzas líquidas oprima
La soberbia, y el peso del dinero.
Doy que te sirva el viento lisonjero,
Si su furor recelas.
Doy que respeta el cáñamo á tus velas;
Y si temes del mar el desconcierto,
(Bien que imposible sea)
Doy que te sale á recibir al puerto.
Si pobre casa tienes que te vea,
Rico, ¿díme si acaso
En tus montones de oro
Tropezará la muerte, ó tendrá el paso,
O añadirá á tu vida tu tesoro

Un año, un mes, un dia, un hora, un punto?
No lo podrá hacer, ni el mundo junto.
Esto, pues, sino puede, á qué esperanza
Truecas segura paz en tal tardanza?
Dexa no caves mas el metal fiero:
Vé que sacas consuelo á tu heredero,
Y que juntas tesoro, si se adviette,
Para comprar deseos de tu muerte.
En cada grano sacas dos millones
De envidiosos, cuidados, y ladrones:
Sacas, ¡ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que despues será tu dueño.
Déxale, ó Loiba, si es que te aconsejas
Con la santa verdad sincéra y pura;
Pues él te ha de dexar, si no le dexas;
O te le ha de quitar la muerte dura.

SILVA QUARTA.

Roma antigua y moderna.

Esta que miras grande Roma agora,
Huesped, fue yerba un tiempo, fue collado:
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves Reyna y Señora.
Fueron en estos Atrios Lamia y Flora
De unos admiracion, de otros cuidado;

Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
Deidad excelsa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña,
Donde se vén subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano.
Lo que primero fue, rica desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Dá ley al mundo, y peso al Oceano.
Quando nació la dieron
Muro un arado, Reyes una loba,
Y no desconocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses, que traxo hurtados
Del Danao fuego la piedad Troyana,
Fueron aquí hospedados
Con facil pompa en devocion villana.
Fue templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazon, los Dioses varas;
Y pobre y comun fuego en estos llanos
Los grandes Reynos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tybre santo
Sirvió: despues los Cónsules, los Reyes,
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los Reynos que un tiempo aprisionaron.
Fue triunfo suyo, y viólos en cadena

El Danubio y el Rheno,
Los dos Ebros, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma, y roxo con la arena;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin envidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad, que no pudiera armada;
El que por siete bocas derramado,
Y de plata y cristal hydra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante,
Sirviendo en el invierno y el estío
A Egypto ya de nube, ya de rio.
Quando en fertil licencia
Le trae disimulada competencia,
Añudaron al Tibre cuello y frente
Puentes en lazos de alabastro puros
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campo de esmeralda
Las puentes Argos, y Pavon la espalda;
Donde muestran las fábricas, que lloras,
La fuerza que en los pies llevan las horas;
Pues vencidos del tiempo, y mal seguros,
Peligros son los que antes fueron muros,
Que en siete montes círculo formaron,

Donde á la libertad de las Naciones
Carcel dura cerraron.
Trofeos y blasones,
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,
O Roma generosa!
Sepultados se ven, donde se vieron
Como en espejo, los arcos
En la corriente ondosa.
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fue espejo á su hermosura,
Los dá en sus ondas llanto y sepultura;
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que ó sobraron al tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay yerba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto tirano.
Donde antes hubo oráculos hay fieras;
Y descansadas de los áltos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas:
Los que fueron Palacios son exemplos:
Las peñas que vivieron

Dura vida con almas imitadas,
Que parece que fueron
Por Deucalion tiradas,
No de ingeniosa mano adelgazadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los auriosos.
Solo en el Capitolio perdonaste
Las estatuas y bultos que hallaste;
Y fue en tu condicion gran cortesía,
Bien que á tal magestad se le debia.
Allí del arte ví el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado,
El laurel en las sienes añudado,
Osa pisar el viento,
Y en delgado camino y sendas puras
Hallan donde afirmar sus herraduras.
De Mario ví y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida:
Ví en las piedras guardados
Los Reyes y los Cónsules pasados:
Ví los Emperadores,
Dueños del poco espacio que ocupaban,
Donde solo por señas acordaban
Que donde sirven hoy fueron Señores.
¡O Coronas, ó Cetros Imperiales,
Que fuisteis en Monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,

Y rica adulacion de los metales!
¿ Dónde dexasteis ir los que os creyeron?
¿ Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la Fama:
¿ Dónde se fue lo que sobró á la llama?
El fuego exâminó sus Monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frias;
Y visten (¡ved la edad quánto ha podido!)
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte
Te dexas poseer, Roma gloriosa,
De la envidiosa mano de la muerte.
Escalóte feroz gente animosa,
Quando del ánsar de oro las parleras
Alas, y los proféticos graznidos,
Siendo mas admirados que creidos,
Advirtieron de Francia las banderas;
Y en la guerra civil, en donde fuiste
De tí misma teatro lastimoso,
Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
Pródiga tú, y el Tybre caudaloso;
Entonces disfamando tus hazañas,
A tus propias entrañas
Volviste el hierro, que vengar pudiera
La grande alma de Craso, que indignada
Fue en tu desprecio triunfo á gente fiera:
Y ni está satisfecha, ni llorada.

Despues, quando envidiando tu sosiego,
Duro Neron dió música á tu fuego,
Y tu dolor fue tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto;
Abrasadas del fuego sobre el rio,
Torres llovió en cenizas viento frio;
Pero de las cenizas que derramas,
Fenix renaces, parto de las llamas;
Haciendo tu fortuna
Tu muerte vida, y tu sepulcro cuna.
Mientras con negras manos atrevidas
Osó desañudar de sacras frentes
Desdeñoso laurel, palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes,
Hurtó el Imperio, que nació contigo,
Y dióle al enemigo;
Mas tú, ó fuese estrella enamorada,
O Deidad celestial apasionada,
O en tu principio fuerza de la hora,
Naciste para ser Reyna y Señora
De todas las Ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rústico Senado:
Luego con justos y piadosos Reyes
Dueño del mundo dar á todos leyes.
Y quando pareció que habia acabado
Tan grande Monarquía,

Con los Sumos Pontífices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un dia
Reyna del mundo, del Cielo, y del infierno:
Las Aguilas trocaste por la Llave,
Y el nombre de Ciudad por el de Nave:
Los que fueron Nerones insolentes,
Son Pios y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena.
De esotra parte de la muerte alcanza:
Lo que el gran Succesor de Pedro ordena.
Tú das aliento y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa Corte de la Fé en la tierra.

SILVA QUINTA.

Exhortacion á una Nave nueva al entrar en el agua.

¿Dónde vás, ignorante navecilla,
Que olvidando qué fuiste un tiempo haya,
Aborreces la arena de esta orilla,
Donde te vió con ramos esta playa?
Y el mar tambien, que amenazar la osa,
Si no mas rica, menos peligrosa?
Si fiada en el ayre, con él vuelas,
Y á las iras del Piélago te arrojas,

Temo que desconozca por las velas,
Que fuiste tú la que movió con hojas;
Que es diferente ser estorbo al viento,
De servirle en la selva de instrumento.
¿Qué codicia te dá Reyno inconstante,
Siendo mejor ser arbol que madero,
Y dar sombra en el monte al caminante,
Que escarmiento en el agua al marinero?
Mira que á quantas olas hoy te entregas,
Les das sobre tí imperio; si navegas.
¡No ves lo que te dicen esos leños,
Vistiendo de escarmientos las arenas,
Y aun en ellas, los huesos de sus dueños,
Que muertos alcanzaron tierra apenas?
¿Por qué truecas las aves en pilotos,
Y el canto de ellas en sus roncos votos?
¡O qué de miedos te apareja ayrado
Con su espada Orion! y en sus centellas
Mas veces te dará el Cielo nublado
Temores, que no luz con las estrellas.
Aprenderás á arrepentirte en vano,
Hecha juego del mar furioso y cano.
¡Qué pesos te previene tan extraños
La codicia del bárbaro avariento!
Quánto sudor te queda en largos años!
Quánto que obedecer al agua y viento!
Y al fin te verá tal la tierra luego,

Que te desprecie por sustento el fuego.
Tú, quando mucho, á robos de un milano,
En tiernos pollos hecha peregrina,
Y esclava de un pirata ó de un tirano,
Te harás del rayo de Sicilia dina;
Y mas presto que piensas, si te alejas,
El puerto buscarás, que agora dexas.
¡O qué de veces rota en las honduras
Del alto mar, agena de firmeza,
Has de echar menos tus raices duras,
Y del monte la rústica aspereza,
Y con la lluvia te verás de suerte,
Que en lo que te dió vida temas muerte!
No invidies á los peces sus moradas:
Mira el seno del mar enriquecido
De tesoros y joyas heredadas
Del codicioso mercader perdido.
Mas vale ser sagáz de temerosa,
Que verte arrepentida de animosa.
Agradécele á Dios con retirarte,
Que aprisionó los golfos y el tridente,
Para que no saliesen á buscarte.
No seas quien le obligue inobediente
A que nos encarcele en sus extremos,
Porque, pues, no nos buscan, los dexemos.
No aguardes que naufragios acrediten
A costa de tus xarcias, mis razones.

Dexa que en paz sus campos los habiten
Los nadadores mudos, los Tritones;
Mas si de navegar estás resuelta,
Ya le prevengo llantos á tu vuelta.

SILVA SEXTA.

Farmaceutria, ó Medicamentos enamorados.

Es imitacion de Theócrito, y de Virgilio.

Qué de robos han visto del invierno?
Qué de restituciones del verano
Este torcido roble y myrto tierno?
Y qué de veces, Galafron hermano,
De duro yelo en este claro rio
Cristal artificioso fabró el frio?
Embargó con carámbanos invierno
Su tributo á Pisuerga en varias fuentes:
Salió de entre las nubes Abril tierno,
Dándoles libertad á las corrientes:
Pasáronse las breves horas frias,
Y truxeron la sed los largos dias.
Quiero á mis solas, Galafron amigo,
Pues es sujeta á amor la primavera,
Usar de mis conjuros: sea testigo
El monte, el valle, el llano y la ribera.

Aprovecharme quiero del encanto,
Pues no aprovecha con Aminta el llanto.
Aquella fuente clara te avecina;
Y saludando el genio sacro de ella,
Lávate en su corriente cristalina,
Mirando siempre á Venus en su estrella.
Que no turbes las aguas te aconsejo:
Respétale á la Luna el blanco espejo.
Traeme de aquellos myrtos verdes ramas:
Arranca á Dafne sin piedad los brazos;
Que al pedernal, que es carcel de las llamas,
Ya con duro eslabon hago pedazos:
Ansí de Aminta ingrata el amor ciego,
Como yo de esta piedra, saque fuego.
Ansí como en el fuego esta verbena,
Y esta raiz, donde escupió la Luna,
Por resistirse al duro fuego, suena
Vencida del calor, sin fuerza alguna:
Ansí se queje ardiendo mi señora,
Hasta que adore al triste que la adora.
Y ansí como derramo al fresco viento
Estas cenizas pálidas y frias,
Ansí se esparza luego mi tormento,
Ansí las penas y las ansias mias,
Y del modo que inclino á mí esta oliva,
Ansí se incline á mí mi fugitiva.
Con tres coronas de jazmin y rosa

Tus aras, santo simulacro, adorno,
Y tres veces con mano licenciosa
Cerco tu templo de verbena en torno.
Tres veces con afecto, y zelo pio
A tus narices humo sacro envio.
¿Ves qué de inciense y árabes olores
Preciosa nube esconde tu figura?
¿Ves ante tí esparcidas estas flores,
Que ojos fueron del prado y su hermosura?
¿No ves estos pavones, cuyas galas
Desdoblan un verano en las dos alas?
Poco me favoreces: llamar quiero
A Ecate del pueblo de las sombras;
Y si no viene, al pálido Barquero,
De quien negra deidad tu Reyno nombras.
Pienso dexar la barca en sucia arena,
Beber el Lethe, y olvidar mi pena.
Mas no quiero llamarla: á tí señora
Venus, á tí me vuelvo: vuelve, y mira
Tan ciego de pasion al que te adora,
Que se arma contra tí de enojo y ira.
Vuelvo, risa del Cielo: advierte blanda,
Que obedezco á tu hijo, que me manda.
Recibe, pues, no sea mi ruego vano,
Honra del mar, al claro sol vecina,
Este farro, este humilde dón villano,
Y nadando en la leche blanda harina.

Recibe el alma de este toro blanco,
Que á su pesar del corazon arranco.
No me pesa de dártele, aunque veo
Que es el mejor de toda mi manada:
Mira con las guirnaldas que rodeo
Su frente, de iras y de ceño armada:
Amante le herí; que no zeloso;
No sé si de devoto, ó de envidioso.
Doyte estas golondrinas, tiernas aves,
Estas simples palomas voladoras,
Que contando los vientos ya suaves,
Que al pintado verano dan las horas,
Con sus brazos y cuellos variados
Vistieron estos ayres de mil prados.
Esta viuda tórtola doliente,
Que perdió sus arrullos con su amante,
Cogíla haciendo ultrages á una fuente,
Por no ver sin su dueño su semblante:
Siempre vivió sin él en arbol seco,
Y nunca alegre voz la volvió el eco.
Mira la vid, que á Baco soberano
La boca regaló, y honró las sienes,
Cómo sirve de grillos en el llano
A los pies de los olmos que mantienes:
Ay cómo los enlaza! Ay si hiciese
Amor, que ansí mi Aminta me ciñese!
Toma, pues, Galafron, estas guirnaldas

De Adelfa y Valerianas olorosas,
Y vueltas al arroyo las espaldas,
Dáselas á las aguas presurosas.
No vuelvas á mirarlas : mira, amigo,
Que estorbarás los versos que las digo.
Id en paz (las dirás) ó prendas caras,
Quando en la orilla con la izquierda mano
Las encomiendas á las aguas claras.
Id en paz, caminando al Oceano;
Y estas urnas de plata darás luego
Al alma de la fuente por mi ruego.
Y yo entanto, por hacer que me responda
Ecate, sorda siempre á mis gemidos,
Quiero traer el rombo á la redonda.
Varios lazos en él tengo texidos;
Y con flores de Aproxo, yerba fuerte,
Me quiero hurtar yo mismo de la muerte.
Quiero con esta yerba derribar del Cielo
Entre espumas nevadas á la Luna,
Que forastera habite nuestro suelo,
Y que encante sus plantas una á una;
Que ya quantas Tesalia ha producido,
Circunscribe en un cerco mi gemido.
Ven á mis ruegos facil, Reyna dura,
Pues sabes lo que pido en este punto.
Si ayer antes de darle sepultura,
Mordiéndole los labios á un difunto,

Antes que el postrer yelo le cubriese,
Le murmuré un recado que te diese;
No son indignos de Pluton mis ruegos,
Ni de aquel que el infierno tiene encima,
A cuyo nombre en los Palacios ciegos
No hay collado, ni monte que no gima:
Bastantemente con nefanda boca
Mi corazon sus Furias las invoca.
No estoy ayuno, no, de sangre humana,
Que este cuchillo negro en este vaso
La llora, ó por mejor decir, la mana.
Dudoso y mal seguro traigo el paso;
Que Baco, del celebro dulce peso,
Quanto la vista aumenta, mengua el seso.
Dá fuerza, ó Luna, á las ofrendas mias,
Ansí te ayude el són de las calderas
En negras noches, y en los blancos dias:
Rebelde á los conjuros de hechiceras,
Sin nube pases por el Cielo errante:
Dicha buena te alcance siendo amante.
Mas ay! que en el silencio alto y profundo
Por ciegas nubes en el carro helado,
Te veo pasar el sueño al otro mundo,
Y el Ruiseñor al canto ha despertado.
Ninguna voz doliente me ha ofendido:
Dichoso agüero, y no esperado ha sido.
¡Quién consultará en Límira los Peces!

Pues puede tanto el yerro de un amante,
Que les dá autoridad de ser jueces
En caso al que yo lloro semejante.
¡Quién los sagrados licios revolviera,
Y con ellos profeta un plato hiciera!
Mas visto he, Galáfron, una paloma,
Cierta señal que Citherea ayuda:
A la derecha mano el vuelo toma:
Aminta se ablandó, quiere sin duda.
¡O poderosa fuerza del encanto,
Que tanto puedes; que has podido tanto!
Vámonos, Galáfron, á nuestra Aldea,
Que ya las blancas horas traen al dia.
Ya lo que nos dió miedo, nos recrea,
Y el Sol se vé nadar en agua fria:
Las plantas con retratos aparentes
A sí mismas se engendran en las fuentes:
Libre Pisuerga vá del sueño fiero,
Tan tardo, que parece que le pesa
De llegar á perder su nombre á Duero.
Ya el silencio mortal en todos cesa.
Vámonos á la Aldea, á ver si acaso
Por mí se enciende el fuego en que me abraso.

SILVA SEPTIMA.

El Relox de arena.

¿Qué tienes que contar, Relox molesto,
En un soplo de vida desdichada,
Que se pasa tan presto?
En un camino, que es una jornada
Breve y estrecha de este al otro Polo,
Siendo jornada que es un paso solo?
Que si son mis trabajos y mis penas,
No alcanzarás allá, si capaz vaso
Fueses de las arenas,
En donde el alto mar detiene el paso.
Dexa pasar las horas sin sentirlas,
Que no quiero medirlas,
Ni que me notifiques de esa suerte
Los términos forzosos de la muerte:
No me hagas mas guerra;
Déxame, y nombre de piadoso cobra;
Que harto tiempo me sobra
Para dormir debaxo de la tierra.
Pero si acaso por oficio tienes
El contarme la vida,
Presto descansarás, que los cuidados
Mal acondicionados,

Que alimenta lloroso
El corazon cuitado y lastimoso
Y la llama atrevida,
Que Amor, ¡triste de mí! arde en mis venas,
(Menos de sangre que de fuego llenas)
No solo me apresura
La muerte, pero abréviame el camino.
Pues con pie doloroso,
Mísero peregrino,
Doy cercos á la negra sepultura,
Bien sé que soy aliento fugitivo:
Ya sé, ya temo, ya tambien espero
Que he de ser polvo, como tú, si muero,
Y que soy vidrio, como tú, si vivo.

SILVA OCTAVA.

Relox de Campanilla.

El metal animado,
A quien mano atrevida é industriosa
Secretamente ha dado
Vida aparente en máquina preciosa,
Organizando atento
Sonora voz á docto movimiento:
En quien desconocido
Espíritu secreto; brevemente

En un orbe ceñido,
Muestra el camino de la luz ardiente;
Y con rueda importuna
Los trabajos del Sol y de la Luna;
Y entre ocasos y auroras
Las peregrinaciones de las horas;
Máquina en que el artífice, que pudo
Contar pasos al Sol, horas al dia,
Mostró mas providencia que osadía,
Fabricando en metal disimuladas
Advertencias sonoras repetidas,
Pocas veces creídas,
Muchas veces contadas.
Tú, que estás muy preciado
De tener el mas cierto, el mas limado,
Con diferente oído
Atiende á su intencion y á su sonido.
La hora irrevocable, que dió, llora:
Preven la que ha de dar; y la que cuentas,
Lógrala bien, que en una misma hora
Te creces y te ausentas.
Si le llevas curioso,
Atiéndele prudente,
Que los blasones de la edad desmiente.
Y en trage de Relox llevas contigo
Del mayor enemigo
Espía desvelada y elegante,

A tí tan semejante,
Que presumiendo de abreviar ligera
La vida al Sol, al Cielo la carrera,
Fundas toda esta máquina admirada
En una cuerda enferma y delicada;
Que como la salud en el mas sano,
Se gasta con sus ruedas y su mano.
Estima sus recuerdos,
Teme sus desengaños,
Pues executa plazos de los años;
Y en él te dá secreto,
A cada Sol que pasa, á cada rayo,
La muerte un contador, el tiempo un ayo.

SILVA IX.

Al polvo de un amante, que en un Relox de vidrio servia de arena á Floris, que le abrasó.

Este polvo sin sosiego,
á quien tal fatiga dan
vivo y muerto amor y fuego;
hoy derramado, ayer ciego,
y siempre en eterno afan:
Este fue Fabio algun dia,
quando el incendio queria,

que en polvo le desató,
y en el vidrio amortajó
la ceniza nunca fria.
A tal tormento tu amante
destinas, Floris, traidora:
pues ya polvo caminante,
corre el dia cada hora,
y la hora cada instante.
Quitóle tu crueldad,
dándole ansí monumento,
mal desmentida en piedad,
con vidrio y con movimiento
quietud y seguridad.
Relox es el que yo ví
idolatrar tus Auroras,
Floris, quando me perdí,
no cuentes por él las horas,
sino sus penas por tí.
¡O horrible beldad á quien
te mira, si arde tambien!
pues su penar eternizas,
y despues de las cenizas
vive aun, Floris, tu desden.

SILVA X.

El Relox de Sol.

¿Ves, Floro, que prestando la Arismética
Números á la docta Geometría,
Los pasos de la luz le cuenta al dia?
Ves por aquella linea bien fixada
A su Meridiano y á su altura,
Del Sol la velocísima hermosura
Con certeza espiada?
¿Agradeces curioso
El saber quánto vives,
Y la luz y las horas que recibes?
Empero si olvidares estudioso,
Con pensamiento ocioso,
El saber quánto mueres,
Ingrato á tu vivir y morir eres;
Pues tu vida, si atiendes su doctrina,
Camina al paso que su luz camina.
No cuentes por sus lineas solamente
Las horas, sino lógrelas tu mente;
Pues en él recordada,
Ves tu muerte en tu vida retratada,
Quando tú, que eres sombra,
Pues la santa verdad ansí te nombra,

Como la sombra suya, peregrino,
Desde un número en otro tu camino
Corres, y pasagero
Te aguarda sombra el número postrero.

SILVA XII.

Exêcracion contra el inventor de la Artillería.

En carcel de metal, ¡ó atrevimiento!
Que al Cielo, si es posible, dá cuidado,
¿Quiéres encarcelar libre elemento,
Aun en las nubes nunca bien atado?
¿Al fuego, que no sabe
Obedecer, ni perdonar, te atreves?
¿Al que en la mano sola de Dios cabe,
Cerrar pretendes en clausuras breves?
¿Cómo, dí, de los rayos de verano
No aprendiste, Tyrano?
Antes quieres solícito imitarle,
Sin ver que presumiendo de hacerle,
Solo podrás llegar á merecerle.
¿No te son escarmiento lastimoso
Tantas cenizas, que Ciudades fueron?
¿Tantas torres, que el viento derramó impetuoso,
Quando el Troyano muro, y Roma ardieron?

De la diestra de Dios Omnipotente
Dexa solo tratarse el fuego ardiente.
Ministro de sus iras vá delante
De su faz radiante,
Llevando sus castigos
A todos los que son sus enemigos.
¿ No ves que es su grandeza
Tal, que naturaleza
Le dió como á Monarca de elementos
Los últimos asientos;
Y que en su llama, entonces justiciera,
El dia postrero espera ?
Dexa, pues, las prisiones que le trazas:
No le desprecies ignorante y ciego
Tan duras amenazas.
Jamas se conversó con hombre el fuego:
En él ninguno vive,
Y de él quanto hay acá vida recibe.
Peregrina la tierra
Con la perpetua servidumbre, ufana
De quanto el mundo encierra,
Que ella la planta humana
Respeta por el peso mas honroso;
Al alto mar furioso,
Enséñale á sufrir selvas enteras
Su paciencia exercitan las galeras:
Y en las horas ardientes,

En venganza del Sol bebe las fuentes:
Y el pueblo de los rios
Imita en resbalar sus campos frios:
Y por sendas extrañas,
Servicial á tu vida,
Líquida medicina á tus entrañas,
Con succesiva diligencia el viento,
La parte mas oculta y escondida
Visite nuevo alivio al calor lento.
Estos corteses elementos trata,
Blando ayre, tierra humilde, mar de plata:
Las soberbias del fuego reverencia,
Y teme su inclemencia.
De hierro fue el primero
Que violentó la llama
En cóncavo metal, máquina inmensa.
Fue mas que todos fiero,
Indigno de las voces de la fama.
Este burló á los muros su defensa:
Este á la muerte negra lisongero,
La gloria del valiente dió al certero:
Quitó el precio á la diestra y á la espada,
Y á la vista segura dió la gloria,
Que antes ganó la sangre aventurada.
La pólvora se alzó con la victoria:
De ella los Reyes son y los tiranos:
Ya matan mas los ojos que las manos;

Y con ser quantas vidas goza el suelo
Merced del fuego, corazon del cielo,
Despues que á su pesar el bronce habita,
Mas vidas que dá, quita.
Dexa, no solicites
Las impaciencias de la llama ardiente;
Y al potro inobediente,
Que el ardor disimula, no le incites.
Derribará la torre y la muralla,
Vencerá la batalla,
Y dexará burladas
Mil confianzas de armas bien templadas.
Será la gloria suya:
Suya será tambien la valentía;
Y solo la osadía
Y la malicia quedará por tuya.

SILVA XII.

A los huesos de un Rey, que se hallaron en un sepulcro, ignorándose, y se conoció por los pedazos de una Corona.

Estas que veis aquí pobres y escuras
Ruinas desconocidas,
Pues aun no dan señal de lo que fueron:
Estas piadosas piedras mas que duras,

Pues del tiempo vencidas,
Borradas de la edad enmudecieron;
Letras en donde el caminante junto
Leyó y pisó soberbias del difunto:
Estos huesos, sin órden derramados,
Que en polvo hazañas de la muerte escriben,
Ellos fueron un tiempo venerados
En todo el cerco que los hombres viven.
Tuvo Cetro temido
La mano, que aun no muestra haberlo sido:
Sentidos y potencias habitaron
La cabidad que vés sola y desierta:
Su seso altos negocios fatigaron,
Y verla agora abierta,
Palacio, quando mucho ciego y vano,
Para la ociosidad de vil gusano:
Y si tan baxo huesped no tuviere,
Horror tendrá que dar al que la viere.
¡O muerte, quánto mengua en tu medida
La gloria mentirosa de la vida!
Quien no cupo en la tierra al habitalla,
Se busca en siete pies, y no se halla:
Hoy al que pisó el oro por perderle,
Mal agüero es pisarle, miedo verle.
Tú confiesas severa solamente
Quánto los Reyes son, y quánto la gente.
No hay grandeza, hermosura, fuerza, ó arte,

Que se atreva á engañarte.
Mira esta Magestad, que persuadida
Tuvo á la eternidad la breve vida,
Cómo aquí en tu presencia
Hace en su confesion la penitencia.
Muere en tí todo quanto se recibe,
Y solamente en tí la beldad vive;
Que el oro lisonjero siempre engaña,
Alevoso tyrano, al que acompaña.
¡Quántos que en este mundo dieron leyes,
Perdidos de sus altos monumentos,
Entre surcos arados de los bueyes
Se ven! y aquellas púrpuras que fueron,
Mirad aquí el terror, á quien sirvieron.
Respetó el mundo necio
Lo que cubre la tierra con desprecio.
Ved el rincon estrecho que vivia
La alma en prision obscura, y de muerte
La piedad, si se advierte;
Pues es merced la libertad que envia.
Id, pues, hombres mortales:
Id, y dexaos llevar de la grandeza;
Y émulos á los Tronos celestiales,
Vuestra naturaleza
Desconoced, dad crédito al tesoro,
Fundad vuestras soberbias en el oro:
Cuéstele vuestra gula desbocada

Su pueblo al mar, su habitacion al viento.
Para vuestro contento
No crie el Cielo cosa reservada,
Y las armas continuas, por hacerlas
Famosas, y por gloria de vestirlas,
Os maten mas soldados con sufrirlas,
Que enemigos despues con padecerlas.
Solicitad los mares
Para que no os escondan los lugares,
En donde procelosos
Amparan la inocencia
De vuestra peregrina diligencia,
En parte religiosos.
Tierra, que oro posea,
Sin mas razon vuestra enemiga sea.
No sepan los dos polos playa alguna,
Que no os parle por ruegos la Fortuna.
Sirva la libertad de las naciones
Al título ambicioso en los blasones,
Que la muerte advertida y veladora,
Y recordada en el mayor olvido,
Traida de la hora,
Presto vendrá con paso enmudecido;
Y herencia de gusanos
Hará la posesion de los tiranos.
Vivo en muerte lo muestra
Este que frenó el mundo con la diestra:

Acuérdase de todos su memoria;
Ni por respeto dexará la gloria
De los Reyes tiranos,
Ni menos por desprecio á los villanos.
¿Qué no está predicando
Aquel, que tanto fue, y agora apenas
Defiende la memoria de haber sido,
Y en nuevas formas va peregrinando,
Del alta Magestad que tuvo agenas?
Reyna en tí propio, tú que reynar quieres,
Pues Provincia mayor que el mundo eres.

SILVA XIII.

A un ramo, que se desgarró con el peso de su fruta.

De tu peso vencido,
Verde honor del verano,
Yaces en este llano,
Del tronco antiguo y noble desasido.
Dando venganza estás de tí á los vientos,
Cuyas líquidas iras despreciabas,
Quando de ellos con ellas murmurabas,
Imitando á mis quejas los acentos.
Humilde agora entre las yerbas suenas,
Cosa que de tu altura

Nunca temer pudieron las arenas;
Y ofendida del tiempo tu hermosura,
Ocupa en la ribera
El lugar que ocupó tu propia sombra.
Menos gastos tendrá la Primavera
En vestir este valle
Despues que faltas á su verde alfombra.
¿Qué hará el xilguero dulce quando halle
Su patria con tus hojas en el suelo?
Y la parlera fuente,
¿Que aun ignorante de prision de yelo,
Esenta de la sed del Sol corria?
Sin duda llorará con su corriente
La licencia que has dado en ella al dia:
Tendrá un retrato menos
Pisuerga que al mostrar al caminante
En sus cristales puros:
Qualquier páxaro amante
Desiertos dexará tus brazos duros;
Y vengo á poner duda,
Si para que te habite en llanto tierno,
A la Tórtola basta el ser viuda:
Y porque tengo miedo que el Invierno
Pondrá necesidad á algun villano,
Tal que se atreva con ingrata mano
A encomendarte al fuego;
Yo te quiero llevar á mi cabaña,

Por lo que mi cansancio, estando ciego,
A tu sombra lo debe:
Descansarás el báculo de caña
Con que mi vida tristes años mueve;
Y oxalá que yo fuera
Rey como soy pastor de la ribera,
Que cetro antes que báculo cansado,
No canas sustentáras, sino estado.

SILVA XIV.

Amante que vuelve á ver la fuente de donde se ausentó.

Aquí la vez postrera,
Ví, fuente clara y pura, á mi señora,
De esta verde ribera
Reverenciada por Diana y Flora.
Aquí dió á mi partida
Lágrimas de piedad en largo llanto:
Aquí al dexarla mi dolor fue tanto,
Que mostró el corazon dudosa vida:
Aquí me aparté de ella
Con paso divertido y pies inciertos.
Heme hurtado á mi estrella:
Vuelvo á la soledad de estos desiertos:
Todos los veo mudados;

Y los troncos, que un tiempo llamé mios,
De sus tiernas niñeces olvidados,
Huyendo de mirarse en estos rios,
Que los figuran viejos,
En el agua aborrecen los espejos.
No ya, como solia,
Halla en las ramas al baxar al llano
Verdes estorvos el calor del dia:
Muy de paso visita aquí el verano
Los troncos ya desnudos:
Sepultados en ocio yacen mudos
De este monte á los ecos,
Y á las deidades santas
La araña sucedió en los robles huecos.
Rocas pisadas de mortales plantas
Fatigan esta arena:
Mucho le debes, fuente, á la verbena,
Que sola te acompaña,
¡Qué pobre de agua tu corriente baña
La tierra que dió flores, y dá abrojos!
¡Cómo se echa de ver en tus cristales
La falta del tributo de mis ojos,
Que los hizo crecer en rios caudales!
¡En qué de partes de tu margen veo
Polvo, donde mi sed halló recreo!
Ya no te queda, fuente, otra esperanza
Tras prolixa tardanza,

De cobrar tu corriente y su grandeza,
Sino la que te doy con mi tristeza
De aumentarte llorando,
Por no saber de Aminta mi enemigo.
Dímelo, fuente amiga,
Pues lo vas con tus guijas murmurando;
Que si interes de lágrimas te obliga,
No excusaré el verterlas por hallarla.
Ya me viste gozarla,
Y en medio del amor con mil temores
Llorar mas que la Aurora en estas flores.
No me tengas secreto
Esto que te pregunto; y te prometo
De hurtarte al Sol á fuerza de arboleda,
Y de hacer que te ignore
Sed, que no fuere de divinos labios;
Y de que bruto y torpe pie no pueda,
Mientras el Sol la seca margen dora,
Hacer á tu cristal turbios agravios,
Darte he por nacimiento,
No qual naturaleza dura roca;
Mas en marfil de un Sátyro la boca,
Que muestre estar de tí siempre sediento.
Escribiré en tu frente
Tal ley al caminante:
No llores, si estás triste: vé adelante:
Que de los desdichados solamente

Glauro puede llorar en esta fuente:
Y si sed del camino
Te obligáre á beber, ó peregrino!
Mira que estas corrientes
Despues que fueron dignas de los dientes
De Aminta, han despreciado
Qualquier labio mortal. No seas osado
A obligarlas á huir. Ay! no lo creas
Quando otro nuevo Tántalo te veas.
Tras esto le daré verdes guirnaldas
Al Sátyro del robo de estas faldas;
Y á tí mil joyas del tesoro mio,
Con que grangees las Ninfas de tu rio:
De suerte, que en mis dádivas y votos
Conozcan mares grandes,
Quando escondida entre sus senos andes,
Que tiene tu Deidad acá devotos.

SILVA XV.

Hymno á las Estrellas.

A vosotras, Estrellas,
Alza el vuelo mi pluma temerosa,
Del piélago de luz ricas centellas:
Lumbres, que enciende triste y dolorosa
A las exêquias del difunto dia,

Huérfana de su luz, la noche fria:
Exército de oro,
Que por campañas de zafir marchando,
Guardais el trono del eterno Coro,
Con diversas esquadras militando:
Argos divino de cristal y fuego,
Por cuyos ojos vela el mundo ciego:
Señas esclarecidas,
Que con llama parlera y eloqüente,
Por el mudo silencio repartidas,
A la sombra servís de voz ardiente:
Pompa, que dá la noche á sus vestidos:
Letras de luz, misterios encendidos:
De la tiniebla triste
Preciosas joyas; y del sueño helado
Galas, que en competencia del Sol viste:
Espías del amante recatado:
Fuentes de luz para animar el suelo:
Flores lucientes del jardin del Cielo.
Vosotras de la Luna
Familia relumbrante, Ninfas claras,
Cuyos pasos arrastran la Fortuna,
Con cuyos movimientos muda caras,
Arbitros de la paz y de la guerra,
Que en ausencia del Sol regís la tierra.
Vosotras de la suerte
Dispensadoras luces tutelares,

Que dais la vida, que acercais la muerte,
Mudando de semblante y de lugares:
Llamas, que hablais con doctos movimientos,
Cuyos trémulos rayos son acentos.
Vosotras, que enojadas,
Á la sed de los surcos y sembrados
La bebida negais; ó ya abrasadas
Dais en ceniza el pasto á los ganados;
Y si mirais benignas y clementes,
El Cielo es labrador para las gentes.
Vosotras, cuyas leyes
Guarda observante el tiempo en toda parte,
Amenazas de Príncipes y Reyes,
Si os aborta Saturno, Jove, ó Marte;
Ya fixas vais, ó ya lleveis delante
Por lúbricos caminos greña errante:
Si amasteis en la vida,
Y ya en el Firmamento estais clavadas,
Pues la pena de amor nunca se olvida,
Y aun suspirais en Signos transformadas,
Con Amarilis, Ninfa la mas bella,
Estrellas, ordenad que tenga estrella.
Si entre vosotras una
Miró sobre su parto y nacimiento,
Y de ella se encargó desde la cuna,
Dispensando su accion, su movimiento;
Pedidla, Estrellas, á qualquier que sea,

Que la incline siquiera á que me vea.
Yo entanto, desatado
En humo rico, aliento de Pancaya,
Haré que peregrino y abrasado
En busca vuestra por los ayres vaya:
Recataré del Sol la lyra mia,
Y empezaré á cantar muriendo el dia.
Las tenebrosas aves,
Que el silencio embarazan con gemido,
Volando torpes, y cantando graves
Mas agüeros que tonos al oido,
Para adular mis ansias y mis penas,
Ya mis Musas serán, ya mis Sirenas.

SILVA XVI.

El Yelmo de Segura de la Sierra, monte muy alto al Austro

O sea que olvidado,
O incrédulo del caso sucedido,
O mal escarmentado,
O peñasco atrevido,
Llevas á las estrellas frente osada,
De ceño y de carámbanos armada.
Debaxo de tí truena,

Que respeta tus cumbres el verano;
Y allá en tus faldas suena
Llovioso invierno cano;
Y donde eres al Cielo cama dura,
Dás á Guadalquivir cuna en Segura.
Por de mas alto vuelo
Te codiciára el Aguila gloriosa,
Que arrimado al Cielo,
Lo que no pudo él osa.
Sobre Olympo, nos muestras por momentos
Las determinaciones de los vientos.
Escóndes á la vista
El yelmo con que Júpiter Tonante,
Armado en la conquista,
Si no te vió triunfante,
Te vió valiente y animoso; y vemos
Que hoy le arriman escalas tus extremos.
Coronado de pinos
El cerco blanco de la Luna enramas;
Y en los Astros divinos,
Que son etéreas llamas,
Te enciendes, perturbando antiguas paces,
Y al Cielo vecindad medrosa haces.
Son parto de tus peñas
Mundo y Guadalquivir, famosos rios;
Y luego los despeñas
Por altos montes frios,

De tan soberbios y ásperos lugares,
Que parece que llueves los que pares.
Baxa recien nacido
Guadalquivir, y llega tan cansado,
Que le vé encanecido
En su niñez el prado,
Con la espuma que hace, y con la nieve,
Por duros cerros resbalando leve.
Ceñido en breve orilla
Llega á tomar el cetro de los rios;
Y en cercando á Sevilla,
Le coronan navios,
Por ser tan noble su primera fuente,
Que es de los Cielos alto descendiente.
Con pasos perezosos
Al mar camina, como vá á la muerte;
Y en senos procelosos
Por tributo se vierte,
Donde yace del golfo respetado
Por lo que en él Belisa se ha mirado.

SILVA XVII.

El Escarmiento.

CANCION.

O tú, que inadvertido peregrinas
De osados montes cumbres desdeñosas,
Que igualmente vecinas
Tienen á las estrellas sospechosas:
O ya confuso vayas
Buscando el Cielo, que robustas hayas
Te esconde entre las hojas;
O la alma aprisionada de congojas
Alivies y consueles;
O con el vario pensamiento vueles
Delante de esta peña tosca y dura,
Que de naturaleza aborrecida
Envidia de aquel prado la hermosura;
Deten el paso, y tu camino olvida,
Y el nuevo intento, que te arrastra, dexa,
Mientras vivo escarmiento te aconseja.
En la que escura ves cueva espantosa,
Sepulcro de los tiempos que han pasado,
Mi espíritu reposa,
Dentro en mi propio cuerpo sepultado:

Pues mis bienes perdidos,
Solo han dexado en mí fuego y gemidos:
Vitorias de aquel ceño,
Que con la muerte me libró del sueño
De bienes de la tierra;
Y gozo blanda paz tras dura guerra.
Hurtado para siempre á la grandeza,
Al envidioso polvo cortesano,
Al iniquo poder de la riqueza,
Al lisonjero adulador tirano,
¡Dichoso yo, que fuera de este abismo,
Vivo me soy sepulcro de mi mismo!
Estas mojadas nunca enjutas ropas:
Estas no escarmentadas y deshechas
Velas, proas, y popas:
Estos hierros molestos: estas flechas:
Estos lazos y redes,
Que me visten de miedo las paredes,
Lamentables despojos,
Desprecio del naufragio de mis ojos,
Recuerdos despreciados,
Son para mas dolor bienes pasados.
Fue tiempo, que me vió quien hoy me llora
Burlar de la verdad y el escarmiento;
Y ya, quiérelo Dios, llegó la hora
Que debo mi discurso á mi tormento.
Ved cómo y quán en breve el gusto acaba,

Pues suspira por mí quien me envidiaba.
Aun á la muerte vine por rodeos;
Que se hace de rogar, ó dá sus veces
A mis propios deseos.
Mas ya que son mis desengaños jueces,
Aquí solo conmigo
La angosta senda de los sabios sigo,
Donde gloriosamente
Desprecio la ambicion de lo presente.
No lloro lo pasado,
Ni lo que ha de venir me dá cuidado;
Y mi loca esperanza, siempre verde,
Que sobre el pensamiento voló ufana,
De puro vieja aquí su color pierde,
Y blanca puede estar de puro cana.
Aquí, del primer hombre despojado,
Descanso ya de andar de mí cargado.
Estos que han de beber fresnos hojosos
La roxa sangre de la dura guerra:
Estos olmos hermosos,
A quien esposa vid abraza y cierra,
De la sed de los dias
Guardan con sombras las corrientes frias;
Y en esta dura Sierra
Los agradecimientos de la tierra
Con mi labor cansada
Me entretienen la vida fatigada.

Orfeo del ayre el Ruiseñor parece,
Y ramillete músico el Xilguero:
Consuelo aquel en su dolor me ofrece;
Este animal se muestra lisonjero:
Duermo por cama en este suelo duro,
Si menos blando sueño, mas seguro.
No solicíto el mar con remo y vela,
Ni temo al Turco la ambicion armada.
No en larga centinela
Al sueño inobediente con pagada
Sangre, y salud vendida,
Soy por un pobre sueldo mi homicida;
Ni á fortuna me entrego
Con la codicia y la esperanza ciego,
Por cavar diligente
Los peligros preciosos del Oriente.
No de mi gula amenazada vive
La Fenix en Arabia temerosa;
Ni á ultrage de mis leños apercibe
El mar su inobediencia peligrosa.
Vivo como hombre, que viviendo muero,
Por desembarazar el dia postrero.
Llenos de paz serena mis sentidos,
Y la corte del alma sosegada,
Sujetos y vencidos
Apetitos de ley desordenada,
Por límite á mis penas

Aguardo que desate de mis venas
La muerte prevenida.
La alma que anudada está en la vida;
Disimulando horrores
A esta prision de miedos y dolores,
A este polvo soberbio y presumido,
Ambiciosa ceniza, sepultura
Portatil, que conmigo la he traido,
Sin dexarme contar hora segura.
Nací muriendo, y he vivido ciego,
Y nunca al cabo de mi muerte llego.
Tú, pues, ó caminante, que me escuchas,
Si pretendes salir con la vitoria
Del monstro con quien luchas,
Harás que se adelante tu memoria
A recibir la muerte,
Que obscura y muda viene á deshacerte.
No hagas de otro caso,
Pues se huye la vida paso á paso,
Y en mentidos placeres
Muriendo naces, y viviendo mueres.
Cánsate ya, ó mortal, de fatigarte
En adquirir riquezas y tesoro,
Que ultimamente el tiempo ha de heredarte,
Y al fin te dexarán la plata y oro:
Vive para tí solo, si pudieres,
Pues solo para tí, si mueres, mueres.

SILVA XVIII.

Muere infeliz y ausente Zoylo.

Voyme por altos montes paso á paso
Llorando mis verdades,
Que el fuego ardiente y dulce en que me abraso
Solo le fio de estas soledades:
De donde nace á cada pie que muevo
De antiguo amor un pensamiento nuevo.
Dexa de mormurar, ¡ ó clara fuente!
Y tú, famoso rio,
Castiga la soberbia de Mimante:
Tú, Etna, que en incendios desatado
Das magnífico túmulo al Gigante:
Todos con tantas llamas como penas,
Mirad vuestros volcanes en mis venas.
¡ O vosotros, que en puntas desiguales
Ceño del mundo sois, Alpes sombríos,
Que amenazáis soberbios los umbrales
De la corte del fuego, siempre frios!
¡ O Caucaso, vestido de cristales,
Y Pirineos, padres de los rios!
Todos con vuestra nieve y estatura
Medid mi mal, su yelo y desventura.
Tú, que del agua yaces desdeñado, I

Con ser burlado, en fuente sumergido:
Tú, que á solo baxar subes cargado,
Y tú por los peñascos extendido
Para eterno alimento condenado
Del hambriento martirio cebo y nido:
Todos venid, ó pueblos macilentos,
Vereisme remedar vuestros tormentos.

SILVA XIX.

Ansia de amante porfiado.

¡O Floris! ¡quién pudiera
Mudar su pena, trasladar su llanto,
Del sacro Guadalen á la ribera!
Donde una vez los ojos, otra el canto,
Pararon y crecieron ese rio,
Menos de las montañas que no mio.
El arroyo mas blando,
De mi justo dolor reprehendido,
Dexa de murmurar, y vá llorando,
Y aprende entre las guijas mi gemido;
Y el zéfiro jugando entre las hojas,
Contrahace mis quejas y congojas.
El clarin de la Aurora,
Lyra de las florestas y armonía,
La voz de Abril y Mayo mas sonora,

El contrapunto de la luz del dia,
Oyendo las desdichas que pregono,
Muda la letra, y entristece el tono.
La habla de los huecos,
Y la palabra amante sincopada,
Que responden corteses en los ecos
Estos benignos montes, porfiada,
Viendo la sinrazon que me desvela,
De parte de los montes me consuela.
Aquí vivo amarrado
A la memoria de mi bien perdido,
A esperanza sin sueldo condenado,
Y al duro remo del temor asido;
Y en estado tan mísero me veo
Por solo un sacrilegio del deseo.
Las mentiras del sueño
Aun tiene acobardada mi ventura,
Pues por hacer lisonjas á mi dueño,
No se atreve á mentirme su hermosura;
Y por decreto de uno y otro Cielo,
Duermo amenazas, y desdichas velo.
Sedienta y desvelada
Tengo la vista, sin poder hartarse
Del llanto mismo en que se vé anegada:
Ni puede arrepentirse, ni quejarse,
Ni yo puedo vivir en mal tan fuerte,
Ni acabo de morir en tanta muerte.

La primer moradora
Del mundo, sombra ciega, noche avara,
Del miedo y la traicion madre y autora,
La que al abysmo arrebozó la cara,
Cumple extendida por el alma mia
Destierro negro de la luz del dia.
Aquel hijo bastardo,
De prudencia cobarde y mentirosa,
Consejero de amor caduco y tardo,
Miedo, que ni remedia, ni reposa,
Tiene sin libertad puesto en cadenas
Mi pobre corazon deshecho en penas.
Creí que no debiera
Señas quanto divinas, engañosas,
Halagos venenosos de una fiera,
Y en ondas de oro Circes mentirosas.
¿ Mas qué bárbaro habrá de ley tan fea,
Que á quien por Dios adora, no le crea?
¿ Quándo, á pesar del hado,
Perezosa traerás, ó muerte fria,
Lo que te ruego mas, hoy desdichado,
Y venturoso lo que mas temia;
Y tu brazo, que siempre es riguroso,
Dará á mi padecer blando reposo?

SILVA XX.

Al javalí, á quien dió muerte con una bala la Serenísima Infanta Doña María, despues Reyna de Ungría, y Emperatriz de Alemania.

Tú, blason de los bosques,
Herizada amenaza de los cerros,
Temeroso escarmiento de los perros,
Que con las medias lunas espumosas
De marfil belicoso y delinqüente,
Mas corto sí, mas no menos valiente,
Su latir porfiado despreciabas,
Quando las diligencias del olfato,
Que no pudiste desmentir, burlabas;
Pues nunca del venablo y del sabüeso
El yerro calentaste,
El ladrillo mojaste,
Ni fue al lebrel aplauso tu suceso,
Y en el cerco de telas
Al cáñamo burlaste las cautelas;
Guardando desvelado,
Si no con providencia, con cuidado,
Tu corazon por víctima del fuego,
Que al Sol tiene envidioso, pobre y ciego;

Que con desden abrasará la esfera,
Cuya lumbre desprecia
Para ceniza á Jove soberano,
Para centella el rayo de su mano.
Fue ocupacion tu muerte
De todos los desvelos
De la fortuna, y de la buena suerte;
Pues que se embarazaron tantos cielos
En acabar tu vida,
Que nació de la bala y de la herida.
No blasonó Pithon, monstruo Primero,
De suerte predicado,
Tan gran Autor; ni tanto
Precio fue en Erimanto
El trabajo de Alcides,
Igual á las colunas y á las lides.
Osó un tiempo Atlanta
Herir el javalí que en Calidonia
La venerable antigüedad de aquella
Selva tan religiosa, como santa,
Desacreditó fiero;
Mas el golpe primero
Hizo con Meleagro
Lo que en tí la belleza y el milagro.
Ya que le fue negada
A tu alma la gloria, le fue dada
A tu muerte, pues yaces, antes gozas

En tu fin mas honor y mas ventura,
Que á Cesar supo dar su sepultura.
Las niñeces del año
Fabricaron el túmulo de flores:
Encendiéronte luces los amores:
De Tajo te clamaron las crecientes,
Y murmuró tus dichas con sus fuentes;
Y á falta de otra lumbre mas hermosa,
La alteza soberana,
Que te logró la vida,
Llamaré Sol, pues todo el Sol del Cielo
Mendiga luz, si quiere introducirse
A ser en su cabeza solo un pelo.
Llegaste á merecer que te mirase
Con suspension la Magestad mas bella,
Que aun no merece el Mundo por señora,
Y que solicitase,
Acierto para tí, que divertido
En mirar el peligro mas hermoso,
Atendiendo cortés y generoso,
Que la bala venia
Encaminada por aquellos ojos,
Que pueden alargar la vida al dia,
Y alzarse con los términos del sueño,
Y amanecer á la tiniebla el ceño,
Desmintiendo tu nombre y tu fiereza,
Juzgaste que la gracia y la belleza,

Que apuntaba la bala, prevenida
A tu glorioso ultrage,
Solo comunicándola de paso,
Pudiera convertir la muerte en vida.
Y con morir no padeciste engaño;
Pues siendo de las fieras
La mas torpe y mas bruta,
Escandalo de todas las riberas,
La mano que desata
Tu vida de las venas,
Te dá razon para morir ufana,
Y con envidia de la muerte humana,
Eternidad sin penas,
Aunque viste turbado
El gozo de tu muerte,
Pues al poner la mira para verte,
Cerrado el un incendio de su cara,
Asegurando el tiro,
Empobreció los Cielos, y la tierra,
Y los últimos trances de esta guerra
Te culpó en el morir de perezoso;
Pues espirar del gozo de apuntada,
Era copiar la muerte á los amores;
Y morir de acertada
Fue tardanza grosera,
Pues infama tal muerte quien la espera:
Que morir del amago de la vista,

Fuera, aunque no es de brutos animales,
Morir como las almas racionales;
Desperdiciára tal error, tal vida,
Si la bala advertida
Que un corazon hallaba solamente
En tu pecho valiente,
Para poder cumplir con las dos luces,
Que en tu fin por tu bien se embarazaron,
No le partiera en dos, hallando hechas
Sus alas con las plumas de sus flechas.
Y el Toro, que con piel y frente de oro
Rumia en el campo azul pasto luciente,
Gastando en remolinos un tesoro,
Quando Mayo es corona de su frente,
Te dió lugar en el eterno Coro,
Donde clavado, imagen siempre ardiente
Se vea; ni ofendida, ni adulada
La Luna en tus colmillos duplicada,
Y Venus despreciada y ofendida,
Mas de quien te mató que de tu herida.
Y en tu recordacion y tu memoria,
Mayo, cediendo al hecho peregrino,
De Abril adoptará nombre latino,
Que pronuncie tu gloria;
Y el vulgo de Pastores,
Y el lucido esquadron de cazadores,
Que Pan gobierna rústico: y Diana

Ordena soberana
Al tronco, en que fixáda
Tu testa fuerte, honor de monte y prado,
Dignidad á la puerta del cercado,
Tal letra escribirán al caminante:
No pases adelante:
Invidia tal fiereza:
Los méritos, mejor diré, la dicha
De inclinar á su muerte tanta Alteza,
Pues dió atencion benigna la belleza
Mayor que fabricaron las esferas
A sus ansias postreras;
Y vete, pues que debes á tus ojos,
Tanto como á fortuna, sus despojos.

SILVA XXI.

Describe una recreacion, y Casa de Campo de un Valído de los Señores Reyes Católicos Don Fernando, y Doña Isabel.

Este de los demas sitios Narciso,
Que de sí enamorado
Substituye á la vista el Paraiso;
Adonde dotó el año culto el prado,
Quanto elegante el Sol produce y cierra
Parte del cielo que cayó en la tierra:

Adonde con viviente Astrología
Los ojos de la noche pinta el dia:
En quien las flores y las rosas bellas
Dan retrato y envidia á las estrellas,
Pues cada hoja resplandece rayo,
Y cada tronco por Abril es Mayo:
Donde para vestir de verde obscuro
Quatro álamos de Alcides,
Fecundo matrimonio de las vides;
El gasto de esmeralda es de manera,
Que se empeña en vestirlos Primavera:
Aquí encendido en hermosura el suelo,
Se pisa valles, y le goza cielo,
En quien reyna el verano,
De las horas tirano,
Y alterando á los tiempos el gobierno,
De trage y condicion mudó el invierno,
Pues sus jardines en su cumbre breve
De mosqueta los nieva, no de nieve:
Sus calles, que encanecen azucenas,
De fragante vejez se muestran llenas;
Y el jazmin, que de leche perfumado
Es estrella olorosa,
Y en la huerta espaciosa
El ruido de sus hojas en el suelo
La via lactea contrahace al Cielo;
Que á ser mayor sin duda en los vergeles

Despreciára el pyropo á los claveles:
Allí se vé el Jacinto presumido
Reynar enternecido,
Libro escrito con sangre enamorada,
Que razona con hojas
En hojas de las hojas,
Que canceló el Amor con sus harpones,
Adonde los colores son razones.
Aquí la fuente corre bien hallada:
Tal vez canta en las guijas, tal suspira,
Y en trage de corriente suena lyra.
Músico ramillete
Es el Xilguero en una flor cantora:
Es el clarin de pluma de la Aurora,
Que por oir al Ruiseñor que canta,
Madruga y se desvela;
Y el Orfeo que vuela,
Y cierra en breve espacio de garganta
Cítaras y vihuelas y Sirenas.
Oyese mucho, y se discierne apenas;
Pues átomo volante,
Pluma con voz, y silva vigilante,
Es órgano de plumas adornado,
Una pluma canora, un canto alado,
El consuelo que sus voces dexa.
A Floris se convida como abeja;
Que la caza en lo ameno de estas faldas

Se alimenta de flores y guirnaldas:
Desprecia por vulgares los tomillos,
Dexando los olores que presumen
Por pomos, que los vientos los sahumen;
Y la perdiz, que ensangrentando el ayre
Con el purpúreo vuelo,
De sabroso coral matiza el suelo,
Ya páxaro rubí con el reclamo;
Lisonja del ribazo;
Múrice volador esmalta el lazo;
Y tal vez por el plomo que la alcanza,
Con nombre de sus hijos disfrazado
En globos enemigos,
Ya golosina ofrece sus castigos,
Y en la mesa es trofeo
Quien fue llanto en la mesa de Tereo;
Y lisonjero á Venus por hermoso,
Y á la muerte de Adonis religioso,
No admite por memoria de su vida
El bosque al javalí por homicida;
Que sabe este distrito
Ser fertil como hermoso sin delito.
Consejo tan honesto
Se le dió aquel Castillo,
Que batido de bárbaros guerreros,
Es proceso de infames Comuneros,
En quien las faltas de su fé traidora

Se cuentan y se exâltan
En las piedras y almenas que le faltan.
Aquí, reconocido,
Don Gonzalo Chacon esclarecido,
Palacio fabricó sublime y claro,
Donde aquel maridage, al mundo raro;
De Isabel y Fernando descansase.
Fernando, aquel Monarca, cuyo seso
Burló los esquadrones,
Y á todas las Naciones
Fue lazo alguna vez, alguna peso.
Isabel, Reyna, en quien se vieron todos
Heredar y exceder los Reyes Godos.
Este Palacio eterno padron sea,
Que ameno y rico fin del mundo vea,
A pesar de mudanzas y diluvios;
Y blason del Señor de Casarrubios
Haberle edificado,
Y haber sido Privado,
Con tan grande alabanza,
De Rey, cuya privanza
La alma califica,
Y hace la vida afortunada y rica;
Pues es cosa constante
Que busca la aficion su semejante:
Verdad en que á su Rey y á Don Gonzalo
Con gloria y con respeto los igualo.

SILVA XXII.

Quéjase del rigor de una hermosura, que no le miró por mirar á un hombre muerto, y que tenian en pública para que le reconociesen.

Está escrita con estilo facil y sencillo, á instancia de un gran Señor, á quien habia sucedido. Escribió esta Silva, aunque la dexó no como aquí se lee.

Muere porque le mires,
Aminta, un pobre vivo;
Y tú, sordo peñasco, esento, altivo,
En donde la piedad nunca halló puerto,
Miras un pobre muerto;
Pero el Dios, que venganzas
Contra el rigor conjura,
Los milagros le niega á tu hermosura,
Y todo su poder desacredita,
Pues ni el favor al muerto resucita,
Ni tus desdenes dán la muerte al vivo.
Poco pudo lo esquivo:
Menos pudo el agrado,
Pues vemos han quedado,

A pesar de piedad tan homicida,
Uno en la sepultura, otro en la vida.
Si el muerto, Aminta, no murió de verte,
No mereció tus ojos en su muerte;
Y el vivo, que no muere despreciado,
Y no compra con muerte el ser mirado,
Pues solo al muerto das el rostro hermoso,
No merece morir aun de envidioso.
Y sin justicia tu beldad prefiere
El muerto al que se muere,
Si no tiene por gloria tu trofeo
Los muertos del dolor, no del deseo.
Con que está averiguado
De tu condicion dura,
Que para ser lisonja tu hermosura,
Ha de ser uno muerto y condenado.
Mal reparten tu vista tus enojos,
Pues siendo muchos cielos tus dos ojos,
Inclinados á guerra,
Dan al cuerpo en la tierra
Lo que en triunfos y palmas
La predestinacion guarda á las almas;
Si ya no quieres, rica de presagios,
Introducir tus ojos en sufragios;
Y ojos que con la gloria andan en puntos,
Bien presumen premiar á los difuntos.
Pero aunque seas avara de tus bienes,

Disculpa, Aminta, tienes,
Quando con belicosas luces miras,
Y todo el firmamento en flechas tiras;
Gastando en combatir los corazones
El sol y el cielo en hierros y en harpones.
Y aunque la envidia enfurecerme pudo,
Que miras lo que haces, no lo dudo;
Pues si con el mirar vidas deshaces,
Y yo de amor lo estaba,
Quando mirar al otro te miraba,
Imaginar podia
Que ya de mi vitoria
Ninguna gloria tu desden crecia;
Y era mayor hazaña,
Que repetir heridas en un muerto,
Reducir á piedad tu exquiva saña.

SILVA XXIII.

Al tiempo enamorado, invocando su valentía contra el rigor de su mal.

Tiempo, que todo lo mudas,
tú, que con las horas breves,
lo que nos distes nos quitas,
lo que llevaste nos vuelves:
Tú, que con los mismos pasos,

que cielos y estrellas mueves:
en la casa de la vida
pisas umbral de la muerte:
Tú, que de vengar agravios
te precias como valiente,
pues castigas hermosuras
por satisfacer desdenes:
Tú, lastimoso alquimista,
pues del évano que tuerces,
haciendo plata las hebras,
á sus dueños empobreces:
Tú, que con pies desiguales
pisas del mundo las leyes,
cuya sed bebe los rios,
que su arena no los siente:
Tú, que de Monarcas grandes
llevas en los pies las frentes:
tú, que dás muerte, y dás vida
á la vida y á la muerte:
Si quieres que yo idolatre
en tu guadaña insolente,
en tus dolorosas canas,
en tus alas y tu sierpe:
Si quieres que te conozcan,
si gustas que te confiesen
con devocion temerosa
por tirano omnipotente:

Dá fin á mis desventuras,
pues á presumir se atreven
que á tus dias y á tus años
pueden ser inobedientes.

Serán ceniza en tus manos,
quando en ellas los aprietes,
los montes y la soberbia,
que los corona las sienes;

Y será bien que un cuidado
tan porfiado, quan fuerte,
se ria de tus hazañas,
y vitorioso se quede.

¿Por qué dos ojos avaros
de la riqueza que pierden,
han de tener á los mios
sin que el sueño los encuentre?

¿Y por qué mi libertad
aprisionada ha de verse
donde el ladron es la carcel,
y su juez el delinqüente?

Enmendar la obstinacion
de un espíritu inclemente:
entretener los ardores
de un corazon que arde siempre:

Descansar unos deseos,
que viven enteramente
hecho martirio del alma,

donde están porque los tiene:
Reprehender á la memoria,
que con los pasados bienes,
como traidora á mi gusto,
á espaldas vueltas me hiere:
Castigar mi entendimiento,
que en discursos diferentes,
siendo su patria mi alma,
la quiere abrasar aleve:
Estas sí que son hazañas
debidas á tus laureles,
y no estar pintando flores,
y madurando las mieses.
Poca hazaña es deshojar
los árboles por Noviembre,
pues con desprecio los vientos
llevarse los troncos suelen.
Descúidate de las rosas,
que en su parto se envejecen,
y la fuerza de tus horas
en mayor cosa se muestre.
Tiempo venerable y cano,
pues tu edad no lo consiente,
déxate de niñerías;
á grandes hechos atiende.

SILVA XXIV.

El Pincel.

Tú, si en cuerpo pequeño,
Eres, Pincel, competidor valiente
De la naturaleza,
Hácete la arte dueño
De quanto vive y siente:
Tuya es la gala, el precio y la belleza:
Tú enmiendas de la muerte
La envidia, y restituyes ingenioso
Quanto borra cruel: eres tan fuerte,
Eres tan poderoso,
Que en desprecio del tiempo y de sus leyes,
Y de la antigüedad ciega y obscura,
Del seno de la edad mas apartada
Restituyes los Principes y Reyes,
Y la alta Magestad, y la hermosura
Que huyó de la memoria sepultada.
Por tí, por tus conciertos,
Comunican los vivos con los muertos;
Y á lo que fue en el dia,
A quien para volver niega la hora
Camino y pasos, eres pies y guia,
Con que la ley del mundo se mejora.

Por tí el breve presente,
Que apenas vé la espalda del pasado,
Que huye de la vida arrebatado,
Le comunica, y trata frente á frente.
Los Cesares se fueron
A no volver: los Reyes y Monarcas
El postrer paso irrevocable dieron;
Y siendo ya desprecio de las Parcas,
En manos de Protógenes y Apeles,
En nuevo parto de ingeniosa vida,
Su postrer padre fuisteis los pinceles.
¿ Qué Ciudad tan remota y escondida
Dividen altos mares,
Que por merced cortés de sus colores
No la paseen los ojos,
Gozando su hermosura y sus despojos?
Y en todos los lugares
Son, con solo mirar, habitadores;
Y los golfos temidos,
Que hacen oir al Cielo sus gemidos,
Sin estrella navegan,
Y á todas partes sin tormenta llegan.
Tú dispensas las leyes y jornadas,
Pues todas las Provincias apartadas
Con blando movimiento,
En sus círculos breves
Las camina la vista en un momento;

Y tú solo te atreves,
A engañar los mortales de manera,
Que de lienzo, y la tabla lisonjera,
Aguardan los sentidos que les quitas,
Quando hermosas cautelas acreditas.
Vióse mas de una vez naturaleza
De animar lo pintado codiciosa:
Confesóse invidiosa
De tí, docto Pincel, que la enseñaste
En sutíl lienzo estrecho
Cómo hiciera mejor lo que habia hecho.
Tú solo despreciaste
Los conciertos del año, y el gobierno,
Y las leyes del dia;
Pues las flores de Abril dás el invierno,
Y en Mayo con la nieve blanca y fria
Los montes encaneces.
Ya se vió muchas veces,
¡ O Pincel poderoso ! en docta mano
Mentir almas los lienzos de Ticiano.
Entre sus dedos vimos
Nacer segunda vez, y mas hermosa,
Sultana muger de un Gran Turco.
Aquella sin igual lozana rosa,
Que tantas veces á la Fama oimos,
Dos le hizo de una,
Doblando lisonjero su cuidado

Al que fiado en sola su fortuna
Trae por diadema blanca media luna:
Del Cielo, á quien ofende coronado.
Contigo Urbino y Angel tales fueron,
Que hasta sus pensamientos los criaron;
Pues quando los pintaron,
Vida y alma les dieron:
Y el famoso Español, que no hablaba
Por dar su voz al lienzo que pintaba;
Y por tí el gran Velazquez ha podido,
Diestro, quanto ingenioso,
Ansí animar lo hermoso
Ansí dar á lo mórbido sentido,
Con las manchas distantes,
Que son verdad en él, no semejantes,
Si los afectos pinta:
Y de la tabla leve
Huye bulto la tinta, desmentido
De la mano el relieve.
Y si en copia aparente
Retrata algun semblante, y ya viviente
No le puede dexâr lo colorido,
Que tanto quedó parecido,
Que se niega pintado, y al reflexo
Te atribuye que imita en el espejo:
En un naype tambien te ví atrevido,
O Pincel, criar en los cabellos

De Lísida oro fino,
Y luego estrellas en sus ojos bellos,
En sus mexillas flores,
Primavera y jardin de los amores,
Y en su boca las perlas
Riendo de quien piensa merecerlas.
Ansí que fue contigo docta mano
En trenzas, ojos, dientes y mexillas;
Indias, cielo y verano,
Escondiendo mas altas maravillas,
U de invidioso de ellas,
U de piedad del que llegase á vellas.
Por tí el lienzo suspira,
Y sin sentidos mira, habla, escucha,
Y por vencerlos lucha.
Tú sabes sacar lágrimas y llanto
De la ruda madera; y puedes tanto,
Que cercas de ira negra las entrañas
De Aquiles, y amenazas con sus manos
De nuevo á los Troyanos,
Que sin peligro, y con ingenio engañas.
Vemos por tí en Lucrecia
La desesperacion, que el honor precia,
Y de sangre cubierto
El pecho, sin dolor alguno abierto.
Por tí el que ausente de su amor se aleja,
Lleva (¡ ó piedad inmensa!) lo que dexa.

En tí se deposita
Lo que la ausencia, y lo que el tiempo quita.
Ya fue tiempo que hablaste,
Y fuiste á los Egypcios lengua muda.
Tú tambien enseñaste
En la primera edad, sencilla y ruda,
Alta Filosofia
En doctos geroglíficos obscuros;
Y los que retiró misterios puros,
De tí la religion ciega aprendia.
Y tanto osaste (bien que fue dichoso
Atrevimiento el tuyo, y religioso)
Que de aquel Sér, que sin principio empieza
Todas las cosas á que presta vida,
Siendo solo capaz de su grandeza,
Sin que fuera de sí tenga medida:
De aquel que siendo padre
De único parto con fecundamente,
Sin que en substancia division le quadre,
Espirando igualmente
De amor correspondido
El Espíritu ardiente procedido.
De este, pues, te atreviste
A exâminar hurtada semejanza,
Que de la devocion santa aprendiste,
Tú anímas la esperanza,
Y con sombra la alientas,

Quando lo que ella busca representas,
Y á la Fé lisonjera,
Que ciega mueve las veloces plantas,
La vista la adelantas
De lo que cree y espera.
Con imágenes santas
La caridad sus actos exercita
En la deidad que tu artificio imita.
A tí deben los ojos
Poder gozar mezclados
Los que presentes son, y los pasados.
Tuya la gloria es y los despojos,
Pues breve punta crias,
Quanto el Sol en el suelo,
Y quanto en él los dias,
Y quanto en ellos trae y lleva el Cielo.

SILVA XXV.

En alabanza de la Pintura de algunos Pintores Españoles.

Y el famoso Español, que no hablaba,
Por dar su voz al lienzo que pintaba,
Por tí, Juan de la Cruz, docto ha podido,
Por engañar mis males ingenioso,
Docto quanto eminente,

En el rostro de Lísida hermoso,
En un naype nacido,
Criar en sus cabellos
Oro y estrellas en sus ojos bellos:
En sus mexillas flores,
Primavera y jardin de los amores;
Y en su boca las perlas,
Huyendo de quien piensa merecerlas.
Así que fue su mano
Con trenzas, ojos, dientes, y mexillas,
Indias, Cielo, y Verano,
Escondiendo mas altas maravillas,
O de invidioso de ellas,
O de piedad del que llegase á vellas.
Imitándote pudo
El único Morante,
Con pluma sola en él vivificante,
Animar quantas cosas
En la tierra produce el Cielo hermosas,
Reduciendo á dibuxo parecido
Los rasgos y los lazos,
Que en otros son borrones y embarazos;
Formando en confusion de laberintos
Los semblantes distintos,
Con atencion tan rara,
Que quando en las dos manos se dispara,
Tan veloz obra con los dos extremos,

Que vemos hecho lo que hacer no vemos.
Y aquel noble Español, aquel mancebo,
Pablo de Villafañe,
Que de los dones de Minerva y Febo
No hay virtud que la suya no acompañe:
Aquel que con los puntos de una pluma
Invisibles visiblemente excede
Quanto en dibuxo puede,
Fecundando de tinta los semblantes,
Que socorridos de colores varios,
No igualáran Apeles, ni Timantes,
Quando en corta vitela,
Que sus lineas recibe,
Nuestra vista percibe
Leguas que peregrina con los lejos,
Sin sombra, ni reflexos,
En quien el ayre tan sutil se apura,
Que los ojos le ven por conjetura.
Adonde no llegaron los sutiles
Biex, Paser, ni Galo, ni Durero
Con plumas, ó buriles;
Pues aun el pensamiento
Muestra quando le alcanza desaliento.
Por tí, honor de Sevilla,
El docto, el erudito, el virtuoso
Pacheco, con el lapis ingenioso
Guarda aquellos borrones,

Que honraron las naciones,
Sin que la semejanza
A los colores deba su alabanza,
Que del carbon y plomo parecida
Reciben semejanza y alma y vida.
Segundo padre de Escritores claros;
Pues sus dibuxos raros
Los dan segundo sér tan verdadero,
Que no teme la muerte del primero.
Por tí el lienzo suspira,
Y sin sentidos mira:
Tú sabes sacar lágrimas y llanto
De la ruda madera; y puedes tanto,
Que cercas de ira negra las entrañas
De Aquiles, y amenazas con sus manos
De nuevo á los Troyanos,
Que sin peligro, y con ingenio engañas.
Vemos por tí en Lucrecia
La desesperacion, que el honor precia,
Y de sangre cubierto
El pecho, sin dolor alguno abierto.
Por tí el que ausente de su amor se aleja,
Lleva, ó piedad inmensa! lo que dexa:
En tí se deposita
Lo que la ausencia, y lo que el tiempo quita.
Ya fue tiempo que hablaste,
Y fuiste á los Egypcios lengua muda.

Tú tambien enseñaste
En la primera edad sencilla y ruda,
Alta Filosofia
En doctos geroglíficos escuros;
Y los misterios puros
De tí la religion ciega aprendia:
Y tanto osaste, bien que fue dichoso
Atrevimiento el tuyo, y religioso,
Que de aquel Sér, que sin principio empieza
Todas las cosas á que presta vida,
Siendo solo capaz de su grandeza,
Sin que fuera de sí tenga medida,
De que antes de criar Cielo y Abysmo,
Fue huesped y hospedage de sí mismo:
De aquel que siendo padre
De único parto con fecundamente,
Sin que en sustancia division le quadre:
Espirando igualmente,
De amor correspondido,
El Espíritu ardiente procedido:
De éste, pues, te atreviste
A exâminar hurtada semejanza,
Que de la devocion sacra aprendiste:
Tú anímas la esperanza,
Y con sombra la alientas,
Quando lo que allá buscas representas;
Y á la Fé lisonjera,

Que ciega mueve las veloces plantas,
La vista como puedes la adelantas
De lo que cree y espera.
Con imágenes santas
La caridad sus actos exercita
En la deidad que tu artificio imita.
A tí deben los ojos
Poder gozar mezclados
Los que presentes son, y los pasados.
Tuya la gloria es, y los despojos,
Pues breve punta en los colores crias,
Quanto el Sol en el suelo,
Y quanto en él los dias,
Y quanto en ellos trae, y lleva el Cielo.

SILVA XXVI.

A Don Gerónymo de Mata, en el libro de las Tristezas de Amarilis.

STROPHE.

Sigue la disposicion de las Odas de Píndaro.

El instrumento artífice de muros,
Que con acentos puros
Sonoro fabricó con cuerdas nuevas

El miedo al mundo, y la muralla á Tebas:
El que del ancho mar en los confines
Primero domador fue de Delfines,
Ginete de los golfos, y el primero
Que introduxo en el mar caballería,
Domándo escamas en el Ponto fiero:
Tanto pudo la voz y la armonía
Del Mancebo de Tracia,
Que tanto á las corrientes cayó en gracia,
Que el cristal diligente emperezaron,
Y su curso en su lyra aprisionaron.
A quien los montes fueron auditorio,
Y séquito y aplauso el territorio;
Cuya lyra en el Cielo,
Querellosa del suelo,
Sonora resplandece,
Resplandeciente suena, y aparece
Con ardiente armonía,
De canoras estrellas fabricada,
Divirtiendo en las sombras regalada
Con acentos de luz la ausencia al dia.

ANTISTROPHE.

Menos que vos hicieron
Señas de vuestra mano al mundo dieron:
Si en vuestra lyra, Mata generoso,
Halla el amor reposo,
Y sueño los cuidados,
Siempre en ojos amantes desvelados,
Olvido los dolores,
Tregua los envidiosos amadores,
Y mágico sonoro bien seguro,
Con fuerza de conjuro
Las almas, que suspende en los vivientes,
Traslada á los peñascos y á las fuentes,
Y con cuerdas Sirenas
Adormece las penas:
Bien con voz dolorosa pudo Orfeo,
Por divertir su ausencia y su deseo,
Músico suspender, y regalar tierno
Las penas del Infierno.
Mas vos en Amarilis desdichada,
Con voz mas dulce, y cuerda mas templada
Suspendeis (tanto el Cielo honraros quiso)
El Infierno en el propio Paraiso.

EPODOS.

El Rey de Rios, líquido Monarca,
De sus arenas Midas cristalino:
Muro cortés, que la Ciudad abarca,
Y no la ciñe por dexar camino:
Tajo, que nace fuente,
De pinos coronada cuna y frente,
Para morir glorioso,
Ya remedando el piélago espantoso,
Dentro del monumento de los rios,
Mar dulce coronada de navios;
Bien al Ebro imitára,
Y á escucharos volviera, y se pasára;
Mas de las aguas suyas generosas,
Por volveros á oir las que pasaron,
Dan priesa á las que vienen codiciosas;
Y estas á las primeras que llegaron,
Y ellas á las que os oyen, de manera,
Que á sí misma se estorba la ribera.
¡Dichosa tú, que fuiste desdichada,
Para ser tan dichosa,
Ya escrita, ya cantada
En verso culta, y elegante en prosa!
Pues pudiera, Amarilis, tu belleza
(Tan feliz desventura padeciste)

De no haber sido triste,
Tener mayor tristeza;
Y así debes, señora,
De tu tristeza estar alegre agora.

SILVA XXVII.

Cabellos de Aminta, que mandó un Médico que se los cortasen en un tabardillo; y ella no le obedeció. Es agradecimiento á Aminta, y reprehension al Dotor.

¿Cómo pudiera ser hecho piadoso
Dar licencia, villana, al duro acero
Para ofender cabello tan hermoso?
¿Y quién á tu salud tan lisonjero
Quiso que el arte suyo se mostrase,
Que por aseguralla la agraviase?
Que si ayudar pretende solamente,
Quando en peligro está Naturaleza,
El experto Filósofo y prudente,
Como quien su tesoro y su belleza
Texido en esas trenzas le cortaba,
Bien que lo prometiese, la ayudaba.
Mal pudo ser remedio de tu vida
Cortar todo el honor y precio de ella,
Si se pudiera hallar mano atrevida,

Y sin piedad en cosa que es tan bella;
Pues cortará en los lazos que hoy celebras,
Tantas vidas en ellos como hebras.
El bárbaro deseo del Romano,
Que las vidas de todos sobre un cuello
Quiso ver, por cortarlas con su mano
De un golpe, quien cortára tu cabello
Le cumpliera cruel, pues de mil modos
Tienen las vidas de él colgando todos.
Estratagema fue, y ardid secreto
El persuadir la muerte se cortase
Cabello á quien por lástima y respeto
Era fuerza que aun ella perdonase;
Que ofender tal belleza quien la viera,
Hasta en la muerte atrevimiento fuera.
A tu propia salud antepusiste,
Cuerda temeridad, el conservarle:
Todo lo que merece conociste,
Que fuera no lo hacer, desestimarle;
Que aun por no te obligar á tal locura,
A sí se corrigió la calentura.
Y quando medicina tan severa
A mal tan riguroso no se hallára,
La enfermedad de lástima se fuera,
Y la salud de envidia se tornára;
Pues estaba sin duda ya zelosa

De ver en tí la enfermedad hermosa.
Si en Absalon fue muerte su cabello;
Bien que Gentil, tambien dexar cortalle
Lo fue para Sanson; y en tí el perdello
Viniera en los sucesos á imitalle,
Pues murieron en él quantos le vieron,
Como con el jayan los que estuvieron.
Reyne honor de la edad, desordenado
Tu cabello sin ley, dándola al Cielo:
No le mire ninguno sin cuidado,
Ni libertad esenta goze el suelo:
Invidia sea del Sol, desprecio al oro,
Prision al alma, y al amor tesoro:
La muerte, que la humana gloria ultraja,
Le venere hasta tanto que le vea,
Blanco ya de color de la mortaja;
Y quando edad antigua le posea,
Y de la postrer nieve le corone,
Por lo mucho que ha sido le perdone.

SILVA XXVIII.

Abomina el uso de la gala en los Disciplinantes, con que alguno ha quedado ya persuadido, y se azota retirado; y se podria esperar el mismo efecto en muchos que lean esta.

Dexa la procesion, súbete al Paso:
Iñigo, toma puesto en la coluna;
Pues vá azotando á Dios tu propio paso.
Las galas que se quitan Sol y Luna
Te vistes; y vilísimo gusano,
Afrentas las Estrellas una á una.
El hábito sacrílego y profano
En el rostro de Christo juntar quieres
Con la infame saliva y con la mano.
Con tu sangre le escupes y le hieres:
Con el beso de Judas haces liga,
Y por escarnecer su muerte mueres.
No es accion de piedad, sino enemiga,
A sangre y fuego perseguir á Christo;
Y quieres que tu pompa se lo diga.
No fue de los demonios tan bien quisto
El que le desnudó para azotalle,

Como en tu cuerpo el trage que hemos visto;
Pues menos de Christiano que dé talle,
Preciado con tu sangre malhechora,
La suya azotas hoy de calle en calle.
El sayon que de púrpura colora
Sus miembros soberanos, te dexára
El vil oficio si te viera agora.
El, mas no Jesu-Christo, descansára,
Pues mudára verdugo solamente,
Que mas festivamente le azotára.
El bulto del sayon es mas clemente:
Él amaga el azote levantado,
Tú le executas, y el Señor le siente.
Menos vienes galán que condenado,
Pues de la Cruz gracejas con desprecio,
Baylarin y Narciso del pecado.
En tu espalda le hieres tú mas recio
Que el ministro en las suyas; y contigo
Comparado, se muestra menos necio.
El es de Dios, mas no de sí enemigo;
Tú de Dios y de tí, pues te maltratas,
Teniendo todo el Cielo por castigo.
Vestido de ademanes y bravatas,
Nueva afrenta te añades á la historia
De la Pasion de Christo, que dilatas.
No ves que solamente la memoria

De aquella sangre, en que la Virgen pura
Hospedó los imperios de la gloria,
El cerco de la Cruz en sombra obscura
Desmaya la viveza de su llama,
Y apaga de la Luna la hermosura?
La noche por los Cielos se derrama,
Vistiendo largo luto al Firmamento:
El fuego llora, el Oceano brama,
Gime y suspira racional el viento;
Y á falta de afligidos corazones,
Los duros montes hacen sentimiento.
Y tú, cuyos delitos y traiciones
Causan este dolor, das parabienes
De su misma maldad á los sayones.
Recelo que á pedir albricias vienes
De esta fiereza al pueblo endurecido,
Preciado de visages y vayvenes.
Mas te valiera nunca haber nacido,
Que aplaudir los tormentos del Cordero,
De quien te vemos Lobo, no valído.
La habilidad del diablo considero
En hacer que requiebre con la llaga,
Y por bien azotado, un Caballero;
Y en ver que el alma entera aquel le paga,
Que capirote y túnica le aprueba,
Mientras viene quien mas cadera haga.

Y es invencion de condenarse nueva,
Llevar la penitencia del delito
Al mismo infierno, que el delito lleva.
Desaliñado llaman al contrito,
Pícaro al penitente y al devoto;
Y solo tiene séquito el maldito.
Dieron crédito al ruido y terremoto
Los muertos, y salieron lastimados;
Y quando el Templo vé su velo roto,
El velo en que nos muestras tus pecados,
Transparente se borda y atavía,
De la insolencia pública preciados.
Considera que llega el postrer dia,
En que de ese cadaver, que engalanas,
Con asco y miedo la alma se desvía;
Y que de las cenizas que profanas,
Subes al Tribunal, que no recibe
En cuenta calidad, y excusas vanas.
Allí verás como tu sangre escribe
Proceso criminal contra tu vida,
Donde es fiscal verdad, que siempre vive.
Hallarás tu conciencia prevenida
Del grito á que cerraste las orejas,
Quando en tu pecho predicó escondida.
Los suspiros, las ansias, y las quejas
Abrirán contra tí la negra boca

Por el llanto de Christo que festejas.
¿ Con qué podrá tu frente loca
Invocar los azotes del Cordero,
Si de ellos grande número te toca?
A los que Christo recibió primero,
Juntos verás los que despues le diste
En competencia del Ministro fiero.
A su Madre Santísima añadiste
El octavo dolor, y en sus entrañas
Cuchillo cada abrojo tuyo hiciste.
Acusaránte abiertas las montañas,
Las piedras rotas, y á tan gran porfia
Atenderán las furias mas extrañas.
Y presto sobre tí verás el dia
de Dios, y en tu castigo el desengaño
De tan facinerosa hyprocresía.
La justicia de Dios reynará un año,
Y en dos casas verás tus disparates
Llorar su pena, ó padecer su daño.
Christiano y malo, irás á los Orates:
Al Santo Oficio irás, si no lo fueres,
Porque si no te enmiendas, te recates.
Y cruenta oblacion de las mugeres,
Vivirás sacrificio de unos ojos,
Que te estiman al paso que te hieres,
Y te llevan el alma por despojos.

SILVA XXIX.

Alaba la calamidad.

O Tú del Cielo para mi venida,
Dura, mas ingeniosa,
Calamidad, á Dios agradecida,
Sola, desengañada y religiosa
Merced, con este nombre disfamada,
De mí serás cantada,
Por el conocimiento que te debo;
Y si no fuere docto, será nuevo
Por lo menos mi canto
Para tí, que naciste al luto y llanto,
A quien dá la ignorancia injustas quejas.
Tú, que quando te vas á logro dexas
En ageno dolor acreditado
El escarmiento facil heredado:
De nadie deseada,
Y á su pesar de muchos padecida,
De pocos conocida,
De menos estimada.
Tú, pues, desconsolada
Calamidad, de inadvertidos llantos,
Flacamente mojados,

Risueña solo en ojos de los Santos.
Tú, hermosamente fea,
Averiguaste lo que á Dios debia
En cautiverio la Nacion Hebrea.
Por tí la vara tuvo valentía,
Que armó contra el tirano
De maravillas á Moysen la mano,
Al pie que peregrino y doloroso
El desierto pisaba temeroso.
La columna que ardia,
Que contrahizo al Sol, que fingió al dia,
Las piedras hizo desatar en fuentes,
Y vestirse de venas las corrientes:
Halagó con las nubes los ardores,
Disimuló con sombra los calores:
Llovió mantenimiento
Con maravilla y novedad del viento.

SILVA XXX.

El Arroyo.

¡Qué alegre que recibes
Con toda tu corriente
Al Sol, en cuya luz bulles y vives,
Hija de antiguo bosque, sacra fuente!

¡Ay cómo de sus rubios rayos fias
Tu secreto caudal, tus aguas frias!
Blasonas confiada en el verano,
Y haces bravatas al imbierno cano.
No te maltrates, porque en tal camino
Ha de volver, aunque se vá, enojado;
Y mira que tu nuevo Sol dorado
Tambien se ha de volver como se vino.
De paso vá por tí la Primavera
Y el imbierno, ley es de la alta esfera:
Huéspedes son: no son habitadores
En tí los meses que revuelve el Cielo.
Seca con el calor á mas el yelo,
Y presa con el yelo los calores,
Confieso que su lumbre te desata
De cárcel transparente,
Que es cristal suelto, y pareció de plata;
Pero temo que ardiente
Viene mas á beberte que á librarte;
Y mas debes quejarte
Del que empobrece tu corriente clara,
Que no del yelo, que piadoso, viendo
Que te fatigas de ir siempre corriendo,
Porque descanses te congela y pára.

ROMANCE.

El Cid acredita su valor contra la envidia de cobardes. En lenguage antiguo.

Estando en cuita y en duelo,
denostado de zofrir,
el Cid al Rey Don Alfonso
fabló en esta guisa; oid:

Si como atendeis los chismes
de los que fablan de mí,
atendierades mis quejas,
mi sandéz tuviera fin.

No supe vencer la invidia,
sí supe vencer la lid;
pues hoy desfacen mis fechos
los dichos de algun malsin.

Mil banderas vos he dado,
esclavos mas de cien mil;
y esos que de mí mormuran,
solo á vos dan que reir.

Yo, que supe daros Reynos,
yago desterrado aquí,
y con vosco yanta al lado
quien los sabe destroir.

Menguas ponen en mi honra,
que las estodian en sí:
traidor me llaman á voces,
á vos os toca el mentir.
Quando fuían de Tizona,
por ser canalla tan vil,
todo saldrá en la colada;
de Colada no hay fuir.
En mataros tantos Moros
cuido que los ofendí,
dexando huérfanos todos
los que caboñan al Cid.
Faced que jozgue mi causa
el vallente, no el sotil;
que entre plumas y tinteros
aun Christo vino á morir.

URANIE *Cœli motus scrutatur; et Astra.*



Paret inv. et del. *Moreno Texada sc.*

URANIA.

MUSA IX.

Canta Poesías Sagradas.

SONETOS SACROS.

A Jesu-Christo, nuestro Señor, espirando en la Cruz.

I.

La profecía en su verdad quejarse,
La muerte en el desprecio enriquecerse,
El mar sobre sí propio enfurecerse,
Y una tormenta en otra despeñarse.
Pronunciar su dolor, y lamentarse
El viento entre las peñas al romperse:
Desmayarse la luz, y anochecerse,
Es nombrar vuestro Padre, y declararse.
Mas veros en un leño mal pulido,
Rey en sangrienta púrpura bañado,
Sirviendo de martirio á vuestra Madre,
Dexado de un ladron, de otro seguido,
Tan solo, y pobre, á no le haber nombrado,
Dudaron, gran Señor, si tenis Padre.

Refiere quán diferentes fueron las acciones de Christo nuestro Señor, y de Adán.

II

Adan en Paraíso, Vos en Huerto:
 Él puesto en honra, Vos en agonía,
 Él duerme y vela mal su compañia:
 La vuestra duerme; Vos orais despierto.
Él cometió el primero desconcierto;
 Vos concertastes nuestro primer dia:
 Caliz bebeis, que vuestro Padre envia;
 El come inobediencia, y vive muerto.
El sudor de su rostro le sustenta;
 El del vuestro mantiene nuestra gloria:
 Suya la culpa fue, vuestra la afrenta.
Él dexó horror, y Vos dexais memoria:
 Aquel fue engaño ciego, y ésta venta,
 ¡Quán diferente nos dexais la historia!

En la muerte de Christo, contra la dureza del corazon del hombre.

III.

Pues hoy derrama noche el sentimiento
Por todo el cerco de la lumbre pura,
Y amortecido el Sol en sombra obscura,
Dá lágrimas al fuego, y voz al viento:
Pues de la muerte el negro encerramiento
Descubre con temblor la sepultura,
Y el monte, que embaraza la llanura,
Del mar cercano se divide atento:
De piedra es, hombre duro, de diamante,
Tu corazon, pues muerte tan severa
No anega con tus ojos tu semblante.
Mas no es de piedra, no; que si lo fuera,
De lástima de ver á Dios amante,
Entre las otras piedras se rompiera.

Las piedras hablan con Christo, y dan la razon que tuvieron para romperse.

IV.

Si dádivas quebrantan peñas duras,
La de tu sangre nos quebranta y mueve;
Que en larga copia de tus venas llueve
Fecundo amor en tus entrañas puras.
Aunque sin alma, somos criaturas,
A quien por alma tu dolor se debe,
Viendo que el dia pasa escuro y breve,
Y quel Sol mira en él horas escuras.
Sobre piedra tu Iglesia fabricaste:
Tanto el linage nuestro ennobleciste,
Que Dios y Hombre piedra te llamaste.
Pretension de ser Pan nos diferiste;
Y si á la tentacion se lo negaste,
Al Sacramento en tí lo concediste.

Dice que se quebraron las piedras de invidia de la Cruz, y acuerda quando le quisieron apedrear los Judios, y se desapareció.

V.

Con sacrílega mano el insolente
Pueblo, de los milagros convencido,
Alza las piedras, mas endurecido,
Quanto el Señor atiende mas clemente.
Muera quien el vivir eternamente,
Que se negó á Jacob, nos ha ofrecido:
Murieron los Profetas, y escondido
Yace Moysen, Caudillo el mas valiente.
Burló las piedras Christo, que miraron
Despues la Cruz del mismo Dios vestida,
Y de noche vestidas las Estrellas:
Donde todas de invidia se quebraron
De que para instrumento de la vida
Por un Madero las dexase á ellas.

Las piedras á Dios, con el lugar quando Moysen quebró las piedras en que estaba escrita la Ley.

VI.

Quando escribiste en el sagrado cerro,
Con tu dedo, la ley en la dureza
Que nos comunicó naturaleza,
Y enternece piedad de tu destierro,
Baxó Moysen, y viendo en el Becerro
La adoracion debida á tu grandeza,
Zeloso nos rompió, y en su fiereza
Con los castigos advirtió su yerro.
Dividiónos en piezas enojado;
Mas como desde entonces ley tenemos,
Contigo nos preciamos de tenella:
Y así nosotras mismas nos rompemos,
Sin el Profeta; que es dolor doblado
Ver despreciar la ley, y al dador de ella.

Por qué habiendo muchas madres muerto de lástima de ver muertos sus hijos, amando nuestra Señora mas á su Hijo que todas, no murió de lástima.

VII.

El ver correr de Dios la sangre clara
En abundante vena por el suelo,
Que borró el sentimiento todo el Cielo,
Y al Sol desaliñó cabello y cara:
Ver la generacion dura y avara
Hartarse de venganza en su consuelo:
Oir la grande voz que rompió el velo,
Amaneciendo sombras, que declara;
No fue bastante con afan tan fuerte
A desatar un alma combatida,
Que por los ojos en raudal se vierte:
Pues aunque fue mortal la despedida,
Aun no pudo de lástima dar muerte,
Muerte que solo fue para dar vida.

A la Concepcion de nuestra Señora, con la comparacion del Mar Bermejo.

VIII.

Hoy por el Mar Bermejo del pecado,
Que en los vados cerúleos espumosos
Sepultó sin piedad los poderosos
Exércitos del Príncipe obstinado,
Pasa, Virgen, exênto y respetado
Vuestro sér de los golfos procelosos:
Así por los decretos misteriosos
En vuestra Concepcion fue decretado.
Quien puede y quiere, con razon colijo
Hará quanto á su mano se concede,
Y mas que hizo el Sol con lo que dixo:
Y pues naciendo en vos, de vos procede,
¿Quién dirá que no quiere, siendo Hijo?
¿Quién negará que siendo Dios, no puede?

A LA SOBERBIA Y LA HUMILDAD.

Refiérese lo que Dios hizo con entrambas en lo menos y lo mas, y en sí como Hombre y Dios. Efectos de la humildad y de la soberbia, verificados en la vida de nuestro Redentor.

IX.

Tus decretos, Señor, altos y eternos,
Supieron fabricar enamorados
De nada tantos Cielos, y enojados
Hicieron de los Angeles infiernos.
El polvo de que tú quisiste hacernos,
Advertidos nos tiene y castigados;
Y tus años viviste despreciados,
Mas solos y mas pobres los mas tiernos.
Quando naciste humilde, te llevaron
Myrra los Reyes: mueres Rey, y luego
El tributo te vuelven en bebida.
Para morir, Señor, te coronaron:
Hallas muerte en Palacio, guerra y fuego,
Y en el pesebre Reyes, paz y vida.

Reprehende la insolencia de los que se atreven á preguntar á Dios las causas por qué obra y dexa de obrar, con estas palabras de S. Pablo: Numquid figmentum dicit ei, qui se finxit, quid me fecisti sic, an non habes potestatem figulus luti, ex eadem massa facere aliud quidem vas in honorem, aliud in contumeliam?

X.

Si nunca descortés preguntó vano
El polvo, vuelto en barro peligroso,
¿Por qué me obraste vil, ó generoso?
Al Autor, á la rueda, y á la mano:
El todo presumido de tirano,
A nueve lunas peso congoxoso,
Que llamarle gusano temeroso,
Es mortificacion para el gusano,
¿De dónde ha derivado la osadía
De pedir la razon de su destino
Al que con su palabra encendió el dia?
O humo, ó llama, sigue buen camino,
Que el secreto de Dios no admite espía,
Ni mérito desnudo le previno.

A LA SOBERBIA, CON EL EXEMPLO de la estatua de Nabuco.

Muestra que estando derecha fue peligrosa; y y vuelta de arriba abaxo, es segura.

XI.

Es la soberbia artífice engañoso:
Dá su fábrica pompa, no provecho:
Vé, Nabuco, la estatua que te ha hecho:
Advierte el edificio cauteloso.
Hizo la frente del metal precioso:
Armó de plata y bronce cuello y pecho;
Y por trocar con el cimiento el techo,
Los pies obró de barro temeroso.
No alcanzó el oro á ver desde la altura
La guija que rompió con ligereza
El barro que olvidó rica locura.
El que pusiere el barro en la cabeza,
Y á los pies, del metal la masa dura,
Tendrá, con hermosura, fortaleza.

A UN HERMOSISIMO PEDAZO de cristal, de que el Duque de Lerma con grande gusto hizo una Custodia para el Santísimo Sacramento, y dió al Convento de San Pablo de Valladolid.

Dice poeticamente las opiniones que hay cerca de la naturaleza del cristal.

XII.

Sea que descansando la corriente
Torcida, y libre de espumoso rio,
Labró artífice, duro hierro frio,
Este puro milagro transparente:
Sea que aprisionando libre fuente,
Encarceló con yelo su alvedrio;
O endureció en las lluvias y el rocío
Bebida al Sol, y lágrimas á Oriente;
O ya monstro diáfano naciese
Hijo de las montañas, parto hermoso,
Al Sol y al agua inobediente yelo;
Fue bien que el Cielo tal compuesto hiciese,
Porque podais decir, Duque glorioso,
Que, aunque imitado y breve, le dais Cielo.

RETRATO AL DEMONIO.

Perifraseando en el rigor que cabe en el Soneto las palabras de Job, con que le retrata cap. 11. Ecce Behemoth.

XIII.

¿No ves á Behemoth, cuyas costillas
Son láminas finísimas de acero;
Cuya boca al Jordan presume entero
Con un sorbo enxugar fondo y orillas?
¿Por dientes no le ves blandir cuchillas,
Morder hambriento, y quebrantar guerrero:
Que tiene por garganta y tragadero
Del infierno las puertas amarillas?
¿No ves arder la tierra que pasea,
Y que como á caduco tiene en menos
El abysmo que en torno le rodea?
Sus fuerzas sobre todos son venenos:
El es el Rey que contra Dios pelea,
Rey de los hijos de soberbia llenos.

Pondera con el suceso de Balan, quanto antes es Dios obedecido de una mala bestia, que de un mal Ministro.

XIV.

A maldecir el pueblo en un jumento
Parte Balan, Profeta acelerado,
Que á maldecir qualquiera vá alentado:
Tal es el natural nuestro violento.
Dios, que mira del pueblo el detrimento,
Rey en guardar su pueblo desvelado,
Clemente opone á su camino armado,
De su milicia expléndido portento.
Obedece el jumento, no el Profeta;
Y quando mereció premio y regalo,
Mas obstinado á caminar le aprieta.
Teme la asnilla al Angel: sufre el palo;
Y halló el Cielo obediencia mas perfecta
En mala bestia que en Ministro malo.

POR LOS REYES BUENOS, de quien murmuran malos vasallos.

Muestra quán antiguo es tapar á los Reyes los ojos, con el texto de San Marcos, cap. 14. Et coeperunt quidam conspuere eum, & velare faciem ejus, & colaphis eum cædere, & dicere ei : Prophetiza.

X V.

Señor, si es el reynar ser escupido,
Y en tu cara lo muestran los Escribas,
¿Qué Rey se librará de las salibas,
Si las padece el Hombre y Dios ungido?
Tan coronado estás como herido,
Pues que tu frente suda venas vivas:
Golpes y afrentas quieren que recibas,
Y que dés gloria al pueblo endurecido.
Llámante Rey, y véndante los ojos:
Hieren tu faz, y dicen que adivines;
Y en tu sangre descansan sus enojos.
Si tal hacen con Dios vasallos ruines,
¿En quál Corona faltarán abrojos?
¿Qué Cetro habrá seguro de estos fines?

Sobre las propias palabras de San Marcos, aconsejando á los Reyes imiten en esta accion á Christo.

XVI.

Llámanle Rey, y véndanle los ojos,
Y quieren que adivine, y que no vea:
Cetro le dan, que el viento le menea:
La corona de juncos y de abrojos.
Con tales ceremonias y despojos
Quiere su Rey el Reyno de Judea,
Que mande en caña, que dolor posea,
Y que ciego padezca sus enojos.
Mas el Señor, que en vara bien armada
De hierro, su gobierno justo cierra,
Muestra en su amor clemencia coronada:
La paz compra á su pueblo con su guerra:
En sí gasta las puntas y la espada.
Aprended de él los que regís la tierra.

Pide á Dios le dé lo que le conviene, con sospecha de sus propios deseos.

XVII.

Un nuevo corazon, un hombre nuevo
Ha menester, Señor, la ánima mia:
Desnúdame de mí, que ser podria
Que á tu piedad pagáse lo que debo.
Dudosos pies por ciega noche llevo,
Que yá he llegado á aborrecer el dia;
Y temo que hallaré la muerte fria
Envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.
Tu hacienda soy: tu imagen, Padre, he sido;
Y si no es tu interes, en mí no creo
Que otra cosa defiende mi partido.
Haz lo que pide verme qual me veo;
No lo que pido yo, pues de perdido
Recato mi salud de mi deseo.

Al Rey Baltasar, quando profanó en el Convite los Vasos sagrados del Templo, y vió una mano, comiendo, que escribia en la pared estas palabras: Manè Thecel Phares.

XVIII.

De los misterios á los brindis llevas
¡O Baltasar! los vasos mas divinos,
Y de los sacrificios á los vinos,
En que injurias de Dios profano bebas.
¡Que á disfamar los Cálices te atrevas,
Que vinieron del Templo peregrinos,
Juntando á ceremonias desatinos
En la vaxilla de blasfemias nuevas!
Despues de haber sacrílego bebido
Toda la edad á Baco en urna santa,
Mojado el seso, y humedo el sentido,
Ver una mano en la pared te espanta,
Habiendo tu garganta merecido
(No que escriba) que corte tu garganta.

A CAIN Y ABEL.

San Pedro Chrysólogo : *Ut esset solum cœli libor faceret, quem primum fecerat lex naturæ.* Acuerda aquellas palabras del Génesis: *Respexit ad Abel.*

XIX.

Caín, por mas bien visto, tu fiereza
Quitó la vida á Abel, porque ofrecia
A Dios el mejor fruto que tenia,
Como tú lo peor de tu riqueza.
A quien hizo mayor naturaleza,
Hizo la envidia solo alevosía;
¿Que á la sangre dió voz, y llanto al dia,
A tí condenacion, miedo y tristeza.
Temblando vives, y el temblor advierte,
Que aunque mereces muerte por tirano,
Que tiene en despreciarte honra la muerte.
La quixada de fiera, que en tu mano
Sangre inocente de tu padre vierte,
La tuya chupará sobre tu hermano.

Lamentacion sobre la persecucion que padece la Christiandad, de los Hereges del Aquilon, conducidos por el Rey de Suecia.

Jerem. cap. 1. *Et factum est verbum Domini secundo ad me, dicens: Quid tu vides? Et dixit: Ollam succensam ego video, & faciem ejus à facie Aquilonis. Et dixit Dominus ad me: Ab Aquilone pandetur malum super omnes habitatores terræ. Quia ecce ego convocabo omnes cognaciones Regnorum Aquilonis, ait Dominus.*

Sophonías cap. 2. *ad finem: Et extendet manum suam super Aquilonem, & perdet Assur.*

XX.

Los ojos, Jeremías, con que leo
Tus altas y sagradas profecías,
El llanto me los vuelve Jeremías,
Pues hoy la olla, que miraste, veo.
Hierve la llama, y en volumen feo
El humo que consume nuestros dias
Ciega, y del Aquilon las heregías
Nos acerca por áspero rodeo.
Del Aquilon á todos se reparte
El mal, díxolo Dios, así sucede:
No vale contra el Cielo fuerza ó arte;

No vale contra el Cielo fuerza ó arte ;
Y si á Dios por nosotros no intercede
Su clemencia , en el llanto acompañarte
Sobre sí propio, nuestro siglo puede.

A la Oracion del Huerto , sobre estas palabras de Christo nuestro Señor : Transeat à me calix iste.

XXI.

Si de Vos pasa el caliz de amargura ,
¿ Quién le podrá endulzar , para que sea
Bebida alegre , que salud posea ,
Contra la enfermedad antigua y dura ?
Bebed el caliz Vos , pues os apura
Amor del alma por la culpa fea ,
Que en Vos le beberá (despues que os vea
Líquido Dios en sangre) la criatura.
Pase por Vos , y así será triaca ;
Mas no pase de Vos , pues ofendido ,
Mi culpa sus castigos os achaca.
Bebiendo sanareis lo que he comido :
Bebed caliz , que tanta sed aplaca ,
De ser en caliz inmortal bebido.

A estas palabras : Nescitis quid petatis , *que dixo Christo á San Jacobo , y á San Juan , quando pidieron las sillas á su lado.*

XXII.

Si mereciendo sillas Juan y Diego,
Dice Christo que erraron en pedillas ;
Al que sin merecellas pide sillas ,
Mas le valiera ser mudo que ciego.
En la atencion de Dios humano ruego
No puede por sí solo conseguillas :
Hanse de conquistar con maravillas
De amor nacido de divino fuego.
Solo se sienta quien el caliz bebe :
La Cruz el Trono en la pasion dispensa :
El descanso al tormento se le debe.
Y en la bondad espléndida y inmensa ,
La culpa, gracia como sangre llueve;
Y la satisfacion está en la ofensa.

ADVERTENCIA PARA LOS QUE reciben el Santísimo Sacramento.

Con las palabras que dixo Judas: Ipse est, tenete eum, *dice que no se ha de recibir á Christo, y tenerle por venta, sino por gracia.*

XXIII.

Tened á Christo, son palabras vivas,
Que suenan glorias de temor desnudas;
Mas las propias palabras dixo Judas
Para que le prendiesen los Escribas.
Por la mano de Judas no recibas,
Licino, á Christo, que á prenderle ayudas:
Prudente quiero que al intento acudas
Del que la luz previno en las alturas.
El sacrílego hipócrita pretende
Que le tengas así Sacramentado;
Porque le tengas tú quando le vende.
Quien le tiene, y comulga con pecado,
Si diez veces comulga, diez le ofende,
Y es con la comunion descomulgado.

A lo propio, con aquellas palabras del mismo Judas: Quid vultis mihi dare, & ego eum tradam vobis?

XXIV.

No, alma, no, ni la conciencia fies
Del que te ofrece á Christo, si le vende:
Quien te pide interés, por él pretende
Que del Señor que compres te desvies.
Para que tus tesoros, Fabio, guies
A Christo, que tu bien sólo pretende,
Dásele al pobre; en quien desnudo atiende
Que por su mano humilde se le envies.
Darle por lo que dan es mercancía.
Judas dice, ¿qué quieres darme? Christo
Dice: Quiere, y tendrás la gloria mia.
No todo beso es paz, como lo has visto;
Y advierte que en la propia Compañia
De Jesus hay discípulo mal quisto.

A Simon Cirineo, considerando que en ayudar á llevar la Cruz á Christo, se ayudaba á sí.

XXV.

Atlante, que en la Cruz sustentas Cielo,
Hércules que descansas sumo Atlante,
Alivia con tu fuerza el tierno amante,
Que humilde mide con la boca el suelo.
Mas no le dés ayuda, que recelo
Que das priesa á su muerte vigilante;
Mas dásela, Simon, que es importante
Para la Redencion de todo el suelo.
Pero si con tus brazos se aligera
La carga, con tu culpa del manzano
Tambien añades peso á su madera.
Llevar parte del leño soberano,
Es á la redencion, que las espera,
Llevarte tus pecados con tu mano.

Reconocimiento propio, y ruego piadoso antes de comulgar.

XXVI.

Pues hoy pretendo ser tu monumento,
Porque me resucites del pecado,
Habítame de gracia renovado
El hombre antiguo en ciego perdimiento.
Sino retratarás tu nacimiento
En la nieve de un ánimo obstinado,
Y en corazon pesebre acompañado
De brutos apetitos, que en mi siento.
Hoy te entierras en mí, siervo villano,
Sepulcro á tanto huesped vil y estrecho,
Indigno de tu Cuerpo soberano.
Tierra te cubre en mí de tierra hecho:
La conciencia me sirve de gusano:
Marmol para cubrirte dá mi pecho.

Modo y estilo con que la justicia de Dios procede contra los Reyes, considerando en las palabras que en la pared leyó el Rey Baltasar. Daniel 5. Manè Thecel Phares *segun su interpretacion.*

XXVII.

Contó tu Reyno Dios; hale cumplido:
Su Reyno sobre el tuyo se ha llegado:
Cumplirá su justicia en tu pecado:
Contará su castigo tu gemido.
Ya fuiste en sus balanzas suspendido,
Y lo que menos tienes ha pesado:
Por lo que falta te será quitado
Lo poco que en horror has detenido.
Tu Reyno es dividido, y á los Medos
Y Persas se dá, porque en violenta
Mesa bebas sacrílego tus miedos.
Dios para castigar primero cuenta:
Pesa despues su mano; y con los dedos
Escribe division, muerte y afrenta.

Sobre esta palabra, que dixo Jesu-Christo nuestro Señor en la. Cruz.: Sitio; *Tengo sed.*

XXVIII.

Dice que tiene sed siendo bebida,
A voz de amor, y de misterios llena:
Ayer bebida se ofreció en la Cena,
Hoy tiene sed de muerte quien es vida.
La mano á su dolor descomedida,
No solo esponja con vinagre ordena;
Antes con hiel la esponja le envenena
En caña ya en el cetro escarnecida.
La Paloma sin hiel, que le acompaña,
A su hijo en la boca vió con ella,
Y sangre y llanto al uno y otro baña.
Perlas que llora en una y otra estrella,
Le ofrece en recompensa de la caña,
Quando gustó la hiel que bebió ella.

A las palabras que en el Huerto dixo Christo Jesus á Judas, quando le entregó: Ad quid vinisti amice? *¿A qué veniste amigo?*

XXIX.

Dice á Judas el Pastor Cordero,
Quando le vende: ¿A qué veniste amigo?
¿Del regalo de hijo á mi castigo?
¿De oveja humilde y siemple á lobo fiero?
¿De Apostol de mi Ley á carnicero?
¿De rico de mis bienes á mendigo?
¿Del cayado á la horca sin mi abrigo?
¿De Discípulo á ingrato despensero?
Véndeme, y no te vendas, y mi muerte
Sea rescate tambien á tus traiciones:
No siento mi prision, sino perderte.
El cordel que á tu cuello le dispones,
Judas, ponle á mis pies con lazo fuerte;
Perdónate, y á mí no me perdones.

Consideracion de la palabra : Ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt : Perdónalos, que no saben lo que hacen, *una de las que dixo Jesu-Christo en la Cruz.*

XXX.

Vinagre y hiel para sus labios pide,
Y perdon para el pueblo que le hiere;
Que como solo porque viva muere,
Con su inmensa piedad sus culpas mide.
Señor que al que le dexa no despide,
Que al siervo vil que le aborrece quiere:
Que porque su traidor no desespere,
A llamarle su amigo se comide;
Ya no dexa ignorancia al pueblo Hebreo
De que es hijo de Dios, si agonizando
Hace de amor por su dureza empleo.
Quien por sus enemigos espirando
Pide perdon, mejor en tal deseo
Mostró ser Dios, que el Sol, y el mar bramando.

A LA LIMOSNA, Y SU EFECTO, y su poder con Dios.

Sobre estas palabras de San Pedro Chrysólogo, sermon 42. Da ergo panem, da potum, da vestimentum, da tectum, si Deum debitorem, non judicem vis habere.

XXXI.

¿Ves que se precia Dios de Juez severo,
Que no admite personas ni semblantes,
Que iguala los tiranos fulminantes
Con la pobreza vil del jornalero?
¿Ves que desprecia el oro y el dinero,
Y el centellar metido en los diamantes?
Pues como tiene hijos mendicantes
Se dexa cohechar del limosnero.
Si al Juez que la soberbia del Oriente
Desprecia, los rigores lisongeas
Con migajas que admire en el doliente;
Dá al pobre un jarro de agua, si deseas
Que Dios te sea deudor, no Juez ardiente,
Pues por tan poco precio le grangeas.

A una Iglesia muy pobre y obscura con una lámpara de barro.

XXXII.

Pura, sedienta, y mal alimentada,
Medrosa luz, que en trémulos ardores
Hace apenas visibles los horrores
En religiosa noche derramada:
Arde ante tí, que un tiempo de la nada
Encendiste á la Aurora resplandores,
Y pobre y Dios en Templo de Pastores,
Barata y facil devocion te agrada.
Piadosas almas, no ruego logrero
Aprecia tu justicia con metales,
Que falta aliento contra tí al dinero.
Crezcan en tu pobreza los raudales
Que den alegre luz á Dios severo,
Y se verá en tu afecto quánto vales.

Sobre estas palabras que dixo Jesu-Christo en la Cruz: Mulier ecce filius tuus: ecce mater tua. Joan. 19.

XXXIII.

Muger llama á su Madre quando espira,
Porque el nombre de Madre regalado
No la añada un puñal, viendo clavado
A su Hijo y de Dios por quien suspira.
Crucificado en sus tormentos mira
Su Primo, á quien llamó siempre el Amado;
Y el nombre de su Madre, que ha guardado,
Se le dice con voz que el Cielo admira.
Eva, siendo muger, que no habia sido
Madre, su muerte ocasionó en pecado;
Y en el arbol el leño á que está asido;
Y porque la muger ha restaurado
Lo que solo muger habia perdido,
Muger la llama, y Madre la ha prestado,

A San Lorenzo, glorioso Martir Español, que murió asado en parrillas, considerando las palabras que dixo al Tirano, convidándole á comer de la parte de su cuerpo, que ya estaba asada; y sobre las palabras de San Pedro Chrysólogo, sermon 135. Plus ardebat, quam urebat.

XXXIV.

Arde Lorenzo, y goza en las parrillas:
El Tirano en Lorenzo arde y padece,
Viendo que su valor constante crece,
Quando crecen las llamas amarillas.
Las brasas multiplica en maravillas,
Y Sol entre carbones amanece,
Y en alimento á su verdugo ofrece
Guisadas del martirio sus costillas.
A Christo imita en darse en alimento
A su enemigo: esfuerzo soberano,
Y ardiente imitacion del Sacramento.
Mírale el Cielo eternizar lo humano;
Y viendo vitorioso el vencimiento,
Menos abrasa que arde vil tirano.

Declarando escolásticamente las palabras del Apostol 1. Tim. 2. Deus vult omnes homines salvos fieri.

Con la ocasion de la muerte violenta de un gran Caballero, de veinte y seis años.

XXXV.

La voluntad de Dios quiere eminente
  Que nos salvemos todos, ¡ó Licino!
  No asista sola á tu fatal camino
  De Dios la voluntad antecedente.
Merezca á su piedad la subseqüente:
  Tu virtud con su auxîlio, y el divino,
  Rayo proceda siempre matutino
  A la noche invidiosa y delinqüente.
¿Viste á Bellio caer precipitado
  En las verdes promesas de la vida,
  Y en horror de suceso desdichado?
Prevenga tu conciencia tu partida,
  Que madruga la muerte en el pecado,
  Y antes será pasada que creída.

Reprende la ceguedad de los Judios en guardar á Christo muerto en las clausuras de las piedras, habiendo visto que se quebraron en su muerte.

XXXVI.

Si visteis á las piedras quebrantarse
En la muerte de Christo con violencia,
En su sepulcro ¿cómo á su obediencia
Dudais que dexarán de levantarse?
Si supieron las piedras animarse
Con su muerte en piadosa diligencia,
En su Resurreccion y en su presencia
Con mas razon podrán vivificarse.
La piedra que le guarda lo procura:
Aquella le acompaña, esta le entierra:
Aquella de sus triunfos se asegura.
Esta, igualmente racional y dura,
Será destrozo de gloriosa guerra:
Aquella será trono y sepultura.

Al certamen en la Canonizacion de San Raymundo, donde se mandó se alabase la castidad del Santo en dexar al Rey porque no dexaba su Dama, quando para huir echó la capa en el mar, y navegó sobre ella.

Mandóse que el Soneto fuese en Portugués, y que comparase la castidad del Santo con alguno de los Patriarcas del Testamento viejo.

XXXVII.

Se casto ao bom Joseph nomea a fama,
Sò porque no meio da sua idade
Unico exemplo foi de castidade,
De cujo nome o santo Autor o chama.
Se mais naõ fizo que fugir da Dama,
Lançando a capa com suma honestidade
Nas taõ enemigas maõs, que a sua vontade
Lhe quisseraõ forçar na branda cama:
Melhor Raimundo a fama casta he vossa
Pois que naõ sò fugis do que vos segue,
Mais tamben da que segue ao Rey furiosa.
Ele lançou a capa á que o persegue;
Vos pela naõ olhar luxuríosa,
A lançais no mar onde navegue.

Amenaza á los tiranos, que fiados de los metales preciosos en que crecen, pretenden prevalecer contra la piedra, sobre que fundó Christo su Iglesia.

Similitud de la Estatua de Nabuco.

XXXVIII.

Las puertas del Infierno siempre abiertas
No prevalecerán contra la Nave
Y Piedra; y quieres tú contra su llave
Que prevalezcan tus nefandas puertas.
Tan condenadas, aunque no tan muertas,
Almas tu seno como el suyo cabe;
Y como en él no hay voz que á Dios alabe,
La tuya á blasfemar á Dios despiertas.
Estatua de Nabuco, que tirana,
Tan diversos metales atesoras,
En que estás menos rica que galana,
Advierte que en sus máquinas traidora
La piedra derribó la estatua vana;
No la estatua á la piedra vencedora.

CONSIDERACION DE LO MUCHO que el hombre debe á Dios.

Sobre estas ardientes palabras de S. Bernardo: Si totum me debeo pro me facto, quid addam tam pro me refecto hoc modo: non enim tam facilè refectus quam factus: in primo opere me mihi dedit, in secundo & mihi, & mihi se dedit datus: ergo & redditus, me pro me debeo, sed quid Domino pro se retribuam. *A esto postrero responde el Autor con el Santísimo Sacramento de la Eucaristia.*

XXXIX.

Si á Dios me debo todo, porque he sido
A semejanza suya fabricado,
Redimido por el primer pecado,
Que lo podré añadir agradecido:
No fui tan facilmente redimido
Como hecho; que en esto, bien mirado,
A mí me dió á mí propio; y humanado,
A sí, y á mí me dió de amor vencido.
Pues si añadió el morir por darme vida,
En este alcance agotaré el guarismo;
Mas fueme su piedad tan socorrida,
Que porque satisfaga á tanto abismo
De beneficios, se me dió en comida;
Y así por mí fue paga de sí mismo.

Dios nuestro Señor quando truenan las nubes despierta del sueño del pecado al alma adormecida; y con el rayo que hiere los montes, solicita el escarmiento de las culpas, que le merecen mejor que los robres.

XL.

Con la vōz del enojo de Dios suena
Ronca y rota la nube: el viento brama:
Veloz en vengativa luz la llama
Tempestades sonoras desenfrena.
Con los pecados habla quando truena:
La penitencia por su nombre llama,
Quando la debe el agua que derrama
El llanto temeroso de la pena.
Respóndale tronando mi suspiro:
Respóndanle lloviendo mis dos ojos,
Pues escrita en su luz mi noche miro.
Ofensas y no robres son despojos
Del ceño ardiente del mayor zafiro,
Y sabe el Cielo hablar por sus enojos.

AL BUEN LADRON.

Sobre las palabras : Memento mei , *y* Hodie mecum eris in Paradiso ; *acordando lo que dice :* Non rapiam arbitratus.

XLI.

¡O Vista de ladron bien desvelado,
Pues estando en castigo tan severo ,
Vió Reyno en el suplicio y el madero ,
Y Rey en cuerpo herido y justiciado !
Pide que de él se acuerde el coronado
De espinas , luego que Pastor Cordero
Entre en su Reyno ; y dexa el compañero
Por seguir al que robo no ha pensado.
A su memoria se llegó ; que infiere
Con Dios su valimiento , porque via
Que por ella perdona á quien le hiere.
Solo que de él se acuerde le pedia
Quando en su Reyno celestial se viere ;
Y ofreciósele Christo el mismo dia.

Al Nacimiento, mostrando que la Astrología misteriosa admira á la celeste.

XLII.

Hoy no sabe de sí la Astrología,
Que en la Estrella del mar mira en el suelo
Cerrado el Sol, epilogado el Cielo,
Y en alta noche amanecer el dia.
Las tinieblas pobladas de armonía,
Temblando el fuego eterno, ardiendo el yelo,
Alegra la tristeza y el consuelo,
Que á sus lágrimas hace compañia.
Mira hacer el oficio del Oriente
Al pesebre, en que son signos de oro
Una mula y un buey dichosamente.
Vé al Sol en el Cordero, y no en el Toro:
Véle en la Virgen por Diciembre ardiente,
A la Aurora sin risa, al Sol con lloro.

A SAN ESTEVAN QUANDO le apedrearon.

Enseña quán diferente oficio hacen en los Mártires del que piensan, y acuerda del sentimiento de las piedras en la muerte de Christo, y que se le premió en hacerlas reliquias con sangre del Protomartir.

XLIII.

De los Tiranos hace jornaleros
El Dios que de su Cruz hizo bandera,
En los gloriosos Mártires que espera,
Para vestir sus llagas de luceros.
¿ Ves los que sobre Estevan llueven fieros
Piedras, porque cubierto de ellas muera?
Pues trilladores son de aquella hera,
Que colma á Dios de fruto los graneros.
Quando con piedras acabar quisieron
A Christo, las negó ser instrumento
De su muerte, y en ella lo sintieron.
Premia en Estevan hoy su sentimiento,
Pues las dá por la muerte que le dieron,
Para reliquias del blason cruento.

A San Pedro quando negó á Christo Señor nuestro.

OVILLEJO.

¿A Dónde, Pedro, están las valentías,
Que los pasados dias
Dixistes al Señor? ¿Dónde los fuertes
Miembros para sufrir con él mil muertes?
¿Pues sola una muger, una portera
Os hace acobardar de esa manera?
A Dios negastes: luego os cantó el gallo,
Y otro gallo os cantára á no negallo;
Pero que el gallo cante
Por vos, cobarde Pedro, no os espante,
Que no es cosa muy nueva ó peregrina,
Ver el gallo cantar por la gallina.

A Judas Escariote, quando vendió á Christo Señor nuestro.

OVILLEJO.

Viendo el mísero Judas, que vendido
El ungüento que en Christo fue vertido,
Sino se derramára,

A muchos pobres hombres remediára,
Por salir con su tema y su porfia,
Vendió al mismo Señor que le tenia;
Y de aquesta manera
Dió remedio á mas pobres que quisiera.
No entendais que amistad os hace Judas,
Animas fieras, de piedad desnudas;
Pues lo que á él de valde le fue dado
Por el mismo Señor que fue entregado,
Hoy por treinta dineros
Lo vende á vuestros Príncipes severos.
Mas no es razon que la llameis codicia
A la que tuvo Judas, ni avaricía;
Pues antes fue largueza
Dar por poco dinero tal riqueza.

A Cain quando mató á su hermano.

OVILLEJO.

Mas te debe la envidia carcomida,
Cain, que el mismo Dios que te dió vida,
Pues le ofreciste á él de tus labores,
De tus mieses y plantas las peores;
Y á ella le ofreciste con tu mano
La tierna vida de tu propio hermano.

A la Soberbia.

OVILLEJO.

Esta, que á vuestros ojos hoy se ofrece
Haciendo guerra á la divina crisma,
Es la Soberbia, que arrogante crece
Para despeñadero de sí misma:
Ocupa tanto su profano vuelo,
Que cabiendo ella en Angeles sagrados,
Ellos, de ella ocupados,
No pudieron caber en todo el Cielo.
Tan ancha piensa que es, tan loca y grave,
Que ella se alaba de que en Dios no cabe.

A un Pecador.

Gusanos de la tierra
Comen el cuerpo que este marmol cierra;
Mas los de la conciencia en esta calma,
Hartos del cuerpo, comen ya del alma.

POESIAS MORALES.

Lágrimas de un Penitente.

Psalmo 1.

Que llegue á tanto ya la maldad mia
(¡Quién me lo oye decir, que no se espante!)
¡De procurar con los pecados mios
Agora tu piedad, ó tu tormento!
La voz me desampara la gárganta:
Agua á mis ojos falta, á mi voz brios:
Nada me desengaña:
El mundo me ha hechizado.
¿Dónde podré esconderme de tu saña,
Sin que el rastro que dexa mi pecado,
Por donde quiera que mis pasos muevo,
No me descubra á tu rigor de nuevo?

Psalmo 2.

Como sé quán distante
De tí, Señor, me tienen mis delitos,
Porque pueden llegar al claro techo,
Donde estás radiante,
Esfuerzo los sollozos y los gritos,
Y en lágrimas deshecho,

Suspiro de lo hondo de mi pecho.
¡Mas ay! que si he dexado
De ofenderte, Señor, temo que ha sido
Mas de puro cansado
Que no de arrepentido.
¡Terrible confusion, confuso espanto
Del que á tu sufrimiento debe tanto!

Psalmo 3.

¡Que llegue á tanto ya la maldad mia!
Aun tú te espantarás; que bien lo sabes
Eterno Autor del dia,
En cuya voluntad están las llaves
Del Cielo y de la tierra:
Como que porque sé por experiencia,
De la mucha clemencia
Que en tu pecho se encierra,
Que ayudas á qualquier necesitado.
Tan ciego estoy en mi mortal enredo,
Que no te oso llamar, Señor, de miedo
De que quieras sacarme de pecado.
¡O baxa servidumbre!
Que quiero que me queme, y no me alumbre
La luz que la dá á todos.
¡Gran cautiverio es este en que me veo!
Peligrosa batalla
¡Mi voluntad me ofrece de mil modos!

No tengo libertad ni la deseo
De miedo de alcanzalla.
¡Quál infierno, Señor, mi alma espera
Mayor que aquesta sujecion tan fiera!

Psalmo 4.

¿Donde pondré, Señor, mis tristos ojos
Que no vea tu poder divino y santo?
Si al Cielo los levanto,
Del Sol en los ardientes rayos roxos
Te miro hacer asiento:
Si al monte de la noche soñoliento,
Leyes te veo poner á las estrellas:
Si los baxo á las tiernas plantas bellas,
Te veo pintar las flores:
Si los vuelvo á mirar, los pecadores,
Que viven tan sin rienda como vivo,
Con amor excesivo
Allí halló tus brazos ocupados
Mas en sufrir que perdonar pecados.

Psalmo 5.

Dexadme un rato, bárbaros contentos,
Que al Sol de la verdad teneis por sombra
Los arrepentimientos;
Que aun la memoria misma se me asombra
De que pudiesen tanto mis deseos,
Que unos gustos tan feos
Los pudiesen hacer hermosos tanto.
Dexadme que me espanto,
Segun soñé en mi mal adormecido,
Mas de haber despertado que dormido.
Contentaos con la parte de los años,
Que deben vuestros lazos á mi vida,
Que yo la quiero dar por bien perdida,
Ya que abracé los santos desengaños,
Que enturbiaron las aguas del abismo,
Donde me enamoraba de mí mismo.

Psalmo 6.

Trabajos dulces, dulces penas mias,
Pasadas alegrias
Que atormentais ahora mi memoria,
Dulce en un tiempo sí, mas breve gloria,
Que llevaron tras sí mis breves dias.
Mal derramados llantos,

Con vosotros me alegro y me enriquezco,
Porque sé de mí mismo que os merezco,
Y me consuelo mas que me lastimo.
Mas si regalos sois, mas os estimo,
Mirando que en el suelo,
Sin merecerlo, me regala el Cielo.
Perdí mi libertad, mi bien con ella:
No dexó en todo el Cielo alguna estrella,
Que no solicitase
Entre llantos la voz de mi querella.
¡ Tanto sentí el mirar que me dexase !
Mas ya me he consolado
De ver mi bien, ó gran Señor, perdido;
Y en parte de perderle me he holgado
Por interés de haberle conocido.

Psalmo 7.

Quando me vuelvo atras á ver los años
Que han nevado la edad florida mia:
Quando miro las redes, los engaños
Donde me vi algun dia,
Mas me alegro de verme fuera de ellos,
Que un tiempo me pesó de padecellos.
Pasa veloz del mundo la figura,
Y la muerte los pasos apresura:
La vida nunca pára,

Ni el tiempo vuelve atrás la anciana cara:
Nace el hombre sujeto á la fortuna,
Y en naciendo comienza la jornada
Desde la tierna cuna
A la tumba enlutada;
Y las mas veces suele un breve paso
Distar aqueste oriente de su ocaso.
Solo el necio mancebo,
Que corona de flores la cabeza,
Es el que solo empieza
Siempre á vivir de nuevo.
Pues si la vida es tal, si es de esta suerte,
Llamarla vida agravio es de la muerte.

Psalmo 8.

NAcí desnudo, y solos mis dos ojos
Cubiertos los saqué, mas fue de llanto.
Volver como nací quiero á la tierra:
El camino sembrado está de abrojos:
Enmudezca mi lyra, cese el canto:
Suenen solo clarines de mi guerra,
Y sepan todos, que por bienes sigo
Los que no han de poder morir conmigo;
Pues mi mayor tesoro
Es no envidiar la púrpura, ni el oro
Que en mortajas convierte

La trágica guadaña de la muerte.
Rehuso de gozallo,
Por ahorrar la pena que recibe
El hombre que lo tiene mientras vive,
Quando es llegado el tiempo de dexallo;
Que el mayor tropezon de la caída
En el humano sér es la subida.
De nada hace tesosos, Indias hace,
Quien como yo con nada está contento,
Y con fragil sustento
La hambre ayuna y flaca satisface.
Pretenda el que quisiere,
Para vivir, riquezas mientras muere,
Pretendiendo alcanzallas;
Que los mas quando llegan á gozallas
En la cumbre mas alta,
Alegre vida que vivir les falta.

Psalmo 9.

¿Cómo de entre mis manos te resbalas,
O cómo te deslizas, vida mia?
¡Qué mudos pasos trae la muerte fria
Con pisar vanidad soberbia y galas!
Ya cuelgan de mi muro sus escalas,
Y es su fuerza mayor mi cobardía:
Por nueva vida tengo cada dia
Que al cano tiempo nace entre las alas.

¡O mortal condicion de los humanos!
Que no puedo querer ver á mañana,
Sin temor de si quiero ver mi muerte!
Qualquier instante de esta vida humana
Es un nuevo argumento, que me advierte
Quán fragil es, quán mísera, y quán vana.

Psalmo 10.

¿Hasta quándo salud del mundo enfermo
Sordo estarás á los suspiros mios?
¿Quándo mis tristes ojos vueltos rios
A tu mar llegarán desde este yermo?
¿Quándo amanecerá tu hermoso dia
La escuridad que el alma me anochece?
Confieso que mi culpa siempre crece,
Y que es la culpa de que crezca mia:
Su fuerza muestra el rayo en lo mas fuerte,
Y en los Reyes y Príncipes la muerte:
Resplandece el poder inaccesible
En dar facilidad á lo imposible;
Y tu piedad inmensa
Mas se conoce en mi mayor ofensa.

Psalmo 11.

¡Quán fuera voy, Señor, de tu rebaño,
Llevado del antojo y gusto mio!
¡Llévame mi esperanza el tiempo frio,
Y á mí con ella un disfrazado engaño!
¡Un año se me vá tras otro año,
Y yo mas duro y pertinaz porfio,
Por mostrarme mas verde mi alvedrio
La torcida raiz dó está mi daño!
Llámasme, gran Señor: nunca respondo:
Sin duda mi respuesta solo aguardas,
Pues tanto mi remedio solicitas.
Mas ay! que solo temo en mar tan hondo,
Que lo que en castigarme agora aguardas,
Con doblar los castigos lo desquitas!

Psalmo 12.

¿Quién dixera á Cartago,
Que en tan poca ceniza el caminante
Con pies soberbios pisaría sus muros?
¿Qué presagio pudiera ser bastante
A persuadir á Troya el fiero estrago,
Que fue venganza de los Griegos duros?
¿De qué divina y cierta profecía
La gran Jerusalen no se burlaba?
¿A qué verdad no amenazó desprecio?

Roma quando triunfaba,
Segura de llorar el postrer dia
Con tanto Cesar, Marco Bruto y Decio?
Y ya de tantas vanas confianzas
Apenas se defiende la memoria
De las escuras manos del olvido.
¡Qué burladas están las esperanzas,
Que á sí se prometieron tanta gloria!
¡Cómo se ha reducido
Toda su fama á un eco!
Adonde fue Sagunto, es campo seco:
Contenta está con yerba aquella tierra,
Que al Cielo amenazó con ira y guerra.
Descansan Creso y Craso,
Vueltos menudo polvo, en fragil vaso.
De Alexandro y Darío
Duermen los blancos huesos;
Que todo al fin es juego de fortuna
Quanto ven en la tierra Sol y Luna.
Y así abrazando noble desengaño,
Vengo á juzgar que tengo tantas vidas
Como tiene momentos cada un año;
Y con voces del ánimo nacidas,
Viendo acabado tanto Reyno fuerte,
Agradezco á la muerte
Con temor excesivo
Tódas las horas que en el mundo vivo,

Si vive alguna de ellas
Quien las pasa en temores de perdellas.

Psalmo 13.

Un nuevo corazon, un hombre nuevo
Ha menester, Señor, el alma mia:
Desnúdame de mí, que ser podia
A tu piedad pagase lo que debo.
Dudosos pies por ciega noche llevo,
Que ya he llegado á aborrecer el dia,
Y temo que he de hallar la muerte fria
Envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.
Tu imagen soy, tu hacienda propia he sido;
Y si no es tu interes, en mí no creo
Que defiende otra cosa mi partido.
Haz lo que pide verme qual me veo;
No lo que pido yo, pues de perdido
Aun no fio mi salud á mi deseo.

Psalmo 14.

La indignacion de Dios ayrado, tanto
Mi espíritu consume,
Y es su piedad tan grande, que me llama
Para que yo me ampare de su fuerza
Contra su mismo brazo y poder santo.
Advierta el que presume
Ofender á mi fama,

Que si Dios me castiga, que él me esfuerza.
Sus alabanzas canto;
Y en tanto que su nombre acompañáre
Con mis humildes labios,
No temeré los fuertes, ni los sabios,
Que el mundo contra mí de envidia armáre.
Confieso que he ofendido
Al Dios de los Exércitos, de suerte,
Que en otro que él no hallára la venganza
Igual la recompensa con mi muerte.
Pero considerando que he nacido
Su viva semejanza
Espero en su piedad, quando me acuerdo,
Que pierde Dios su parte si me pierdo.

Psalmo 15.

Nególe á la razon el apetito
El debido respeto;
Y es lo peor, que piensa que un delito
Tan grave puede á Dios estar secreto;
Cuya sabiduría
La escuridad del corazon del hombre
Desde el Cielo mayor la lee mas claro.
Yace esclava del cuerpo el alma mia,
Tan olvidada ya del primer nombre,
Que no teme otra cosa,
Sino perder aqueste estado infame,

Que debiera temer tan solamente;
Pues la razon mas viva y mas forzosa,
Que me consuela, y fuerza á que la llame,
Aunque no se arrepiente,
Es que está ya tan fea,
Que se ha de arrepentir quando se vea.
Solo me dá cuidado
Ver que esta conversion tan conocida
Ha de venir á ser agradecida,
Mas que á mi voluntad, á mi pecado;
Pues ella no es tan buena,
Que desprecie por mala tanta pena:
Y aunque él es vil, y de dolor tan lleno,
Que àl infierno le igualo,
Solo tiene de bueno
El dar conocimiento de que es malo.

Recuerdo y consuelo en lo mísero de esta vida.

REDONDILLA.

Si soy pobre en mi vivir,
y de mil males cautivo,
mas pobre nací que vivo,
y mas pobre he de morir.

Psalmo 16.

Bien te veo correr, tiempo ligero,
Qual por mar ancho despalmada nave,
A mas volar, como saeta ó ave,
Que pasa sin dexar rastro ó sendero.
Yo dormido en mis daños persevero
Tinto de manchas y de culpas grave:
Aunque es forzoso que me limpie y lave,
Llanto y dolor aguardo el dia postrero.
Este no sé quando vendrá, confio
Que ha de tardar, y es ya quizá llegado,
Y antes será pasado que creido.
Señor, tu soplo aliente mi alvedrio,
Y limpie el alma, el corazon llagado
Cure y ablande el pecho endurecido.

Psalmo 17.

Amor me tuvo alegre el pensamiento,
Y en el tormento lleno de esperanza,
Cegándome con vana confianza
Los ojos claros del entendimiento.
Ya del error pasado me arrepiento,
Pues quando llegue al puerto con bonanza
De quanta gloria y bienaventuranza
El mundo puede darme, toda es viento.

Corrido estoy de los pasados años,
Que reducir pudiera á mejor uso,
Buscando paz, y no siguiendo engaños.
Y así, mi Dios, á tí vuelvo confuso,
Cierto que has de librarme de estos daños,
Pues conozco mi culpa, y no la excuso.

Lamentándose Job : Pereat dies in qua natus sum.

ROMANCE.

Viéndose Job afligido,
sin hijos, muger, ni hacienda,
en lágrimas de los ojos
dixo estas voces envueltas:
Perezca el primero dia
en que yo nací á la tierra,
y la noche en que se dixo
que Job concebido era.
Vuélvase aquel dia triste
en miserables tiniéblas:
no le alumbre mas la luz,
ni tenga Dios con él cuenta.
Sombras de la muerte escura
en tinieblas le escurezcan:
escuridades le ocupen,

y desventuras le envuelvan.
Tenebroso torbellino
aquella noche posea:
no esté entre los dias del año,
ni entre los meses le tengan.
Indigna sea de alabanza,
solitaria siempre sea:
maldíganla los que el dia
maldicen con voz soberbia.
Espere la clara luz,
y nunca clara luz vea,
ni el nacimiento rosado
de la Aurora envuelta en perlas:
Porque no cerró del vientre,
que á mí me truxo, las puertas;
ni de aquestos ojos mios
quitó los males y penas:
Porque no fui de mi madre
muerto en las entrañas mesmas;
y porque mi sepultura
no fue mi cuna primera:
Y porque fui recibido
en las rodillas maternas:
porque mamé en mi niñez
leche dulce en blandas tetas:
Porque durmiendo mi sueño
descansára de mis quejas,

y en la fatigada boca
callára agora mi lengua.
Con los Consules y Reyes
del circuito de la tierra,
que edifican para sí
tristes soledades yermas;
O con los Príncipes claros,
que tienen el oro y rentas,
y de reluciente plata
sus casas soberbias llenan;
¡ O quál aborto escondido,
ojalá que no viviera !
ó como los que murieron
antes de ver la luz serena.
Allí los malos cesaron
del tumulto y las grandezas:
los cansados de trabajos
allí aliviaron las fuerzas.
Ya todos en algun tiempo,
igualmente con molestia,
no oyeron de su verdugo
la voz rigurosa y fiera.
Los pequeños y los grandes
allí están de una manera,
y el oprimido criado,
libre del amo , se alegra.
Porque le fue dada luz

al mísero y no tinieblas,
y vida á los que del alma
están en largas tristezas.
Los que la muerte, que hiere
contentos llaman y esperan,
son como aquellos que cavan
por tesoros y por prendas.
Alégranse despues mucho,
quando tras muchas tormentas
hallan el dulce sepulcro,
y la sepultura abierta.
A aquel varon, cuya vida
es oculta y es secreta,
y á quien de nieblas escuras
cercó Dios por su clemencia.
Antes de comer suspiro,
y qual aguas que se aumentan
son mis lágrimas y voces,
son mis suspiros y quejas:
Porque el temor que tenia
me sucedió con presteza,
y lo que mas recelaba
me martiriza y molesta.
¿No disimulé por dicha?
¿tambien no callé mis penas?
¿no sufrí quieto? y con todo
la indignacion me atormenta.

A Don Alvaro de Luna.

ROMANCE.

A Los pies de la fortuna
el que pisó su cabeza,
los de un Crucifixo santo
con tristes lágrimas riega.
Comenzólos á besar;
mas viendo por una puerta
entrar su truhan llorando,
amortajado en bayeta,
Detúvose, y afligido
le dixo con voces tiernas
palabras, que se ahogaron
nadando en llanto las medias.
Mas el juglar, que lo mira
mudo de pura tristeza,
le respondió mesurado,
pidiendo al llanto licencia:
Vengo, hermosísima Luna,
á decirte como empiezas
hoy á ser Luna en el mundo,
pues que tu noche se llega.
Quiero tambien despedirme
de tu casa, y tu presencia,

que soy como golondrina,
que en el invierno se ausenta.
Pues siendo mi oficio gracias,
la fortuna, que hoy ordena
desgracias solo á tu casa,
me despide de tu mesa.
¡Quántas veces, Condestable,
entre burlas y entre veras,
te pedí de Dios firmada
la cédula de firmeza!
¡Y quántas te dixe á solas,
que el hombre que en hombre espera,
le hace á Dios su contrario,
Dios á el hombre casi bestia!
Siempre las cosas mas altas
están al rayo sujetas,
porque parecen subir
á recibille ellas mesmas.
Un solo arrepentimiento
mira que caro te cuesta,
porque de quanto tuviste
con él tan solo te quedas.
No en que eres Luna te fies,
quando traidores te cercan,
pues otro Sol de Justicia
no se libró de sus tretas.
Ve de Luzbel la privanza,

que cayó por su soberbia ;
que aun los Angeles peligran
en la privanza y alteza.
Fuiste cohete en el mundo :
subiste á las nubes mesmas :
subiste resplandeciente ;
baxas ya ceniza á tierra.
Porque la pólvora misma
que te subió tan ligera ,
abrasándote te baxa
vuelto carbones en piezas.
Condestable , mi Señor ,
ya de tus glorias inmensas ,
al mundo que te las dió
toma el Señor residencia.
Pues que todo fue prestado ,
la vida , el honor , las prendas ,
no es mucho que agradecido
al que te las dió las vuelvas.
En esta carcel del mundo ,
solo de mí diferencias
en ser mis grillos de hierro,
los tuyos de plata y perlas.
Esto te digo llorando ,
solamente porque entiendas ,
que quien fue truhan en burlas ,
es predicador en veras.

Diciendo aquesto se fue:
llorando al Conde le dexa:
y de ver llorar la Luna
se enlutaron las estrellas.

A nuestra Señora en su Nacimiento.

ROMANCE.

Ya la oscura y negra noche,
llena de tristeza y miedo,
huye por las altas cumbres,
y por los riscos soberbios.
Yo, con ser recien nacida,
de este mundo la destierro,
porque ya en mí reverberan
los rayos del Sol inmenso.
Y aunque me mirais tan niña,
soy mas antigua que el tiempo,
mucho mas que las edades,
y que los quatro elementos.
Del principio fui criada,
que es el Sumo Dios Eterno,
y el primero lugar tuve
despues del Sagrado Verbo.
Infinitos siglos antes
que criára el Firmamento,

ya él á mí me habia criado
en mitad de aquel silencio.
Su primogénita dice
que soy, el Santo y perfecto:
de su propia boca oí
este divino requiebro.
Adornóme de virtudes,
ricos tesoros del Cielo,
y en mí se estarán estables
de este siglo al venidero.
Entonces vendré triunfante,
pues al que es Sol verdadero
le dí mis pechos y entrañas,
y encendió de amor mi pecho.
Servíle con grande amor,
dile el corazon sincéro
en la santa habitacion
del limpio y santo Cordero.
Cubiertos tuve sus rayos;
y aunque los tuve cubiertos,
él mostró su inmensidad,
yo mi limpieza, y buen zelo.
Premió tan bien mis servicios;
que en el santo Monte excelso
con él quiere que descanse
en el Alcazar supremo.
Pisé sus piedras preciosas,

y hollé sus dorados suelos,
y á mí sola dieron silla
como Reyna de aquel Reyno.
Recíbenme con aplauso
cantándome hymnos y versos;
diciendo que por Antigua
merezco el lugar primero.
Por Antigua en la Creacion,
y en ser de virtud exemplo:
por la primera en vencer
al demonio torpe y feo:
Y porque fui la primera
que me vestí el ornamento
de la limpia castidad,
é infinitos me siguieron.
Por mi humildad sacrosanta,
que á los mas humildes venzo;
y por aquesta humildad
fui de Dios custodia y templo.
Porque fui el claustro cerrado
donde Dios tuvo aposento,
para que el Género humano
saliese de cautiverio.
Haced fiesta, mis Cofrades
que el nombre de Antigua quiero:
estimadle y celebradle,
que yo os daré el justo premio.

Y al Templo antiguo y famoso,
que alcanza tál epiteto,
enriquecedle vosotros,
que vaya siempre en aumento.
Perseverad hasta el fin
en ser mis devotos rectos;
que yo prometo de daros
por uno que me deis, ciento.

PADRE NUESTRO.

Padre nuestro te llamo, no de todos,
Pues aunque eres de todos Padre Eterno,
Y cuida tu gobierno
De buenos y de malos,
Ya dispenses castigos ya regalos,
Solo los que tu santa Ley creemos
Llamarnos hijos tuyos merecemos.
Y si por el pecado
Perdemos el ser hijos, tú, sagrado
Padre por tu bondad, que es infinita,
A quien nuestra miseria no limita,
Ni pierdes el ser Padre del gusano,
Que llama Padre al Hijo soberano;
Atrévome á llamarte
Padre, porque tú me lo ordenas
Con entrañas de amor, y piedad llenas.

Oyeme en tus palabra, pues te pido,
De tu boca enseñado y instruido.

Que estás en los Cielos.

Tú, que estás en los Cielos, que criaste,
Y me criaste á mí para poblarlos,
Si yo sé conquistarlos:
Tú, que los despoblaste
De la familia Angélica, que osada
Por la soberbia mereció tu espada;
A mí, que vivo en tierra, y que soy tierra,
Sombra, ceniza, enfermedad y guerra,
Mírame con los ojos que miraron
A Pablo, á quien del suelo
Arrebataron al tercero Cielo,
Y en Vaso le mudaron
De Eleccion, siendo vaso de veneno.
Aquel mesmo relámpago, aquel trueno
Me derribe, me ciegue, y me dé vista,
Quando mas obstinado me resista.

Santificado sea el tu nombre.

Para que renovado el primer hombre
En mí, santificado sea tu nombre
De Padre de las luces,

Que á el mas perdido hijo le reduces.
El nombre de mi Padre,
Que santifico entanto,
Que te se obedecer tres veces Santo,
Que reynas uno y trino,
Porque en las alas de tu amor divino.

Venga á nos el tu reyno.

Venga tu Reyno á los que no podemos
Entrar en él, si tu no nos le envias;
Y á la entrada nos guias.
Grandes son los tesoros
De tu magnificencia Soberana,
Pues que permite á la flaqueza humana,
Esclava del pecado,
Por mas engrandecella,
Que pida que tu Reyno venga á ella.
Pudo el Ladron decir que te acordáras
De él en tu Reyno, quando en él te vieras,
Pues con voces piadosas como claras,
En las ansias postreras
Vió que de tus contrarios
Te acordabas, pidiéndole á tu Padre
El perdon de sus yerros temerarios;
Que quien contigo en cruz como tú muere,
Quando mueres por él crucificado,

Por tu gracia y tu lado
Tal premio alcanza, y tal corona adquiere.

Hágase tu voluntad, asi en la tierra como en el Cielo.

Hágase, pues, Señor, hágase en todo
Tu voluntad; y en mí, ceniza y lodo,
Se haga de la suerte que en el Cielo
Se cumple y obedece, y en el suelo,
Que afirmado en el viento,
Yace firme en el mismo movimiento.
La tierra vivo, tierra al Cielo miro:
Por merecer su habitacion suspiro:
De ellos aprenderé la noche y dia
A hacer tu voluntad, y no la mia.

El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.

Mas porque el Sér humano
En el bocado del primer manzano
Comió desmayo y hambre, que se hereda,
Y la muerte que en vínculo nos queda,
Cuyos efectos en mis obras muestro;
Dadnos hoy el Pan nuestro
De cada dia, pues sin él seria
Muerte y noche del alma cada dia.

No vive solo en Pan el hombre humano;
Mas en tu Pan de vida
Solo puede vivir, pues es comida
En él, siendo verdad, vida y camino,
Quien dá su carne en Pan, su sangre en vino.

Perdónanos nuestras deudas,

Y porque no podemos,
Siendo viles gusanos,
Pagar los beneficios de tus manos,
Como ellas infinitos,
Te pedimos con lágrimas y gritos,
Acreedor eterno,
Qué tu corazon tierno
Nuestras deudas perdone en sus procesos;
Si no, por deudas morirémos presos.

Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

Y por no parecer en la fiereza
(Ingrato á tu piedad y tu grandeza)
Al deudor que pidió le perdonases
Las grandes cantidades que debia,
Y se las perdonó tu mano pia,
Y encontrando al salir en el camino

Un mísero doliente,
Que le debia un dinero solamente,
Porque no le pagaba,
Sin querer esperarle le ahogaba,
Por lo qual tu justicia,
Juntando á su fiereza su avaricia,
Le condenó á prisiones y rigores,
Y le arrojó á tinieblas exteriores:
Nosotros, que pedimos
Que nos perdones lo que á tí debemos,
Porque en su culpa escarmentar queremos,
A los deudores nuestros perdonamos,
Y perdonando el perdón gozamos.

No nos dexes caer en la tentacion.

Y porque es precipicios esta vida,
Y está en despeñaderos repartida,
Y nuestro pie resbala
En la comodidad que le regala,
Y nuestras penas y castigos veo
En concedernos tú nuestro deseo;
No nos dexes, Señor, no nos consientas
Caer en tentaciones tan violentas.

Mas líbranos de mal. Amen.

Y líbranos del mal, no digo solo
De aquellas cosas, que por mal tenemos
Los que pobreza y muerte aborrecemos,
Desprecios y prisiones, que tú á veces
Por bienes nos ofreces;
Si no de las reliquias,
De la prosperidad y las grandezas,
De los puestos y cargos,
Que apetecen por bienes los mortales,
Siendo castigos, siendo nuestros males,
Dulces al apetito, al seso amargos.
Líbranos, pues, de mal, Dios soberano;
Que librarnos de mal tu santa mano
En tan ciegos abismos
Será librarnos de nosotros mismos.

POEMA HEROYCO.

A Christo Resucitado.

Enséñame, Christiana Musa mia,
Si á humana y fragil voz permites tanto,
De Christo la triunfante valentía,
Y del Rey sin piedad el negro llanto:

La magestad con que el Autor del dia
Rescató de prision al Pueblo santo:
Apártense de mí mortales brios,
Que están llenos de Dios los versos mios.

Las setenta semanas cumplió el Cielo
Porque llene la ley el Prometido:
Vistióse el Hijo Eterno marmol velo:
La pequeña Bethlen le vió nacido:
Guarneció de dolencia antigua el suelo:
Lo figurado se adoró cumplido:
Vió la Paloma, Madre del Cordero,
En el sepulcro su Hijo prisionero.

El Sol anocheció sus rayos puros,
Y la noche perdió el respeto al dia:
El mar quiso romper grillos y muros,
Y anegarse en borrascas pretendia:
La tierra, dividiendo montes duros,
Los intratables claustros descubria:
Paróse el tiempo á ver con vista airada
La Suma Eternidad tan mal parada.

Los Cielos con las lenguas que cantaron
Maravillas de Dios, quando le vieron
Muerto, piadosamente se quejaron,
Y con llanto su luz humedecieron:
De los funestos túmulos se alzaron
Los que largo y mortal sueño durmieron:
Viéronse allí mudados sér y nombres,

Los hombres piedras, y las piedras hombres.
Empero si al remedio del pecado
Dispuso Eterno Autor yerto camino,
Y la dolencia del primer bocado
Necesitó de auxîlio peregrino:
Consuélese el delito ensangrentado
Con el precio Real, alto y divino:
Destile Christo de sus venas rios,
Y hártense de su sangre los Judios.
Era la noche, y el comun sosiego
Los cuerpos desataba del cuidado,
Y resbalando en luz dormida el fuego,
Mostraba el Cielo atento y desvelado:
Y en el alto silencio mudo y ciego
Descansaba en los campos el ganado:
Sobre las guardas con nocturno ceño
Las horas negras derramaron sueño.
Temblaron los umbrales y las puertas,
Donde la Magestad negra y oscura
Las frias desangradas sombras muertas
Oprime en ley desesperada y dura:
Las tres gargantas, al ladrido abiertas,
Viendo la nueva luz divina y pura,
Enmudeció Cervero, y de repente
Hondos suspiros dió la negra gente.
Gimió debaxo de los pies el suelo
Desiertos montes de ceniza canos,

Que no merecen ver ojos del Cielo,
Y en nuestra amarillez, ciegan los llanos:
Acrecentaban miedo y desconsuelo
Los roncos perros, que en los Reynos vanos
Molestan el silencio y los oidos,
Confundiendo lamentos y ladridos.
En el primero umbral con ceño airada
La Guerra estaba en armas escondida,
La flaca Enfermedad desamparada
Con la Pobreza vil desconocida:
La hambre perezosa desmayada,
La Vegez corva, cana é impedida:
El Temor amarillo, y los exquivos
Cuidados veladores, vengativos.
Asiste con el rostro ensangrentado
La Discordia furiosa, y el Olvido
Ingrato y necio: el Sueño descuidado
Yace á la Muerte helada parecido:
El Llanto con el luto desgreñado:
El Engaño traidor apetecido:
La Envidia carcomida de su intento,
Que del bien por su mal hace alimento.
Mal persuadida y torpe consejera
La Inobediencia trágica y culpada
Conduce á la señal de su bandera
Gente en su presuncion desesperada:
La Soberbia rebelde y comunera,

De sí propia se teme despeñada,
Pues quanto crece mas su orgullo fiero,
Se previene mayor despeñadero.
El pálido esqueleto, que bañado
De amarilléz, como de horror teñido,
El rostro de sentidos despoblado,
En cóncavas tinieblas dividido:
La guadaña sin filos del pecado,
Lo inexôrable del blason vencido:
Fiera y horrenda en la primera puerta
La formidable Muerte estaba muerta.
Las almas en el Limbo sepultadas,
Que por confusos senos discurrian,
Despues que de los cuerpos desatadas,
En las prestadas sombras se escondian;
Las dulces esperanzas promulgadas
Esforzaban de nuevo, y repetian;
Quando el Angel, que habita fuego y penas,
Ardiendo en los volcanes de sus venas,
Vió de su sangre en púrpura vestido
(De honrosos vituperios coronado)
Venir al Redentor esclarecido,
Que fue en la Cruz para vencer clavado:
Viólo venir; y ciego y afligido,
Al arma, dixo, al arma; y demudado
De sí (viéndose) vió (¡gran desventura!)
Quien (quando quiso Dios) tuvo hermosura.

Dadme (¡ mas qué aprovecha !) dadme fuego:
Cerrad la eterna puerta; ¡quién me escucha!
¿ No me entendeis ? estoy perdido y ciego ;
El mismo viene que os venció en la lucha:
Al arma , guerra , guerra , luego , luego :
Su fuerza es grande, y su grandeza mucha:
El mismo viene que os venció en la tierra ,
Y en los infiernos hace nueva guerra.
Solo viene quien es tres veces Santo : (do?
Si no hay mas que perder, ¿de qué es el mie-
Solò viene ; mas solo puede tanto ,
Que en tantos acobarda lo que puedo :
La desesperacion no admite espanto ,
Quando poder inmenso le concedo :
Intentaré vencerle , persuadido
Que si me vence , vencerá al vencido.
¿ Adónde están , adonde aquellos brios
Que dieron triste fin á nuestro intento ?
¿ En dónde vuestros brazos , y los mios ,
Que el antiguo valor ni veo ni siento ?
Quando los siempre alegres señoríos
Perder podimos , hubo atrevimiento ;
Y agora embota el miedo nuestra espada ,
Quando no se aventura el poder nada.
¿ Para qué nos preciamos de la gloria
De hijos del Olympo generosos ?
¿ Para qué conservamos la memoria

De los principios nuestros valerosos,
Si al pretender defensa, en la vitoria
Estamos tan cobardes y medrosos?
Nadie es hijo del tiempo en este polo:
Hijos de nuestras obras somos solo.
La espada de Miguel, su grave ceño,
Nos venció en la batalla mas violenta:
Bien las heridas en mi rostro enseño,
Quien sin consuelo son, como sin cuenta.
Echónos de su Alcazar, como dueño:
Grande el castigo fue; pero la afrenta
Mayor será, si á nuestra noche pasa,
Y saquear intentáre nuestra casa.
Vivirémos cobardes peregrinos,
Náufragos fugitivos, desterrados.
Baste que de los Cielos cristalinos
Fuimos (á mi pesar) precipitados;
Sin que intente el horror de estos caminos,
Y el veneno que innunda nuestros vados,
Un, íbalo á decir; pero ya junto
Muchas memorias tristes en un punto.
Acabó de tronar, y con la mano
Remesando la barba yerta y cana,
Y exhalando la boca del Tirano
Negro volumen de la niebla insana;
Dexando el trono horrendo é inhumano,
Que ocupa fiero, y pertinaz profana,

Dió licencia á la viva cabellera
Que silve ronca, y que se erice fiera.
Dexó caer el cetro miserable
En ahumados círculos de fuego;
De lágrimas el curso lamentable
Cocito suspendió: paróse luego
Del alto cerro al golpe formidable:
El triste Flegetonte mudo y ciego:
Ladró Cervero ronco, y diligentes
De entre su saña desnudó los dientes.
Pocas les parecieron las culebras,
Y los ardientes pinos á las Furias:
Estas vibraron las vivientes hebras,
Y en vano lamentaron sus injurias:
Quando por ciegos senos y hondas quiebras
Los Ciudadanos de las negras curias
Con triste són tras pálidas banderas
Vinieron en esquadras y en hileras.
La desesperacion los aguijaba,
Y al miedo su paso divertia:
Qual de su compañero se espantaba,
Qual de sí proprio temeroso huía:
La Magestad horrenda los miraba:
O esquadron valeroso, les decia,
Porque á Dios no temimos, padecemos,
¿Y padeciendo agora, le tememos?
No os acordais del alto, del dorado

Zafir, de quien son ojos las estrellas
En la noche despierto y desvelado?
¿Y de las armas del Arcangel bellas?
¡O qué escudo! ¡ó qué arnés tan bien grabado
De minas repartidas en centellas!
Pues todo, si vengais nuestros enojos,
Vuestra vitoria lo verá en despojos.

Guardad los puestos, defended los muros:
La desesperacion vibrará el asta:
Luego cerrojos de diamante duros
A la muralla de inviolable pasta
Pusieron los espíritus obscuros.
Así se pertrechó la infame casta,
Guarneciendo los puestos repartidos,
Y amenazando al Cielo con bramidos.

Uno, de ardientes hydras coronado,
Formaba en sus gargantas ruido horrendo:
Qual de sierpes y víboras armado,
Las estaba á la guerra previniendo:
Otro, en monte de fuego transformado,
En las humosas teas viene ardiendo;
Y qual quita (corriendo á la batalla)
A Sisifo la peña, por tiralla.

Llegó Christo, y al punto que le vieron,
¡O qué grita del pecho desataron!
Los mas del muro altísimo cayeron,

Que los rayos de luz los fulminaron.
Qué de antiguas memorias revolvieron
Quando (un tiempo) la alegre luz miraron;
Y á pesar de blasfema valentía
La eterna noche se llenó de dia.
El miedo les quitaba de las manos
Los pálidos funestos estandartes:
Los pueblos tristes y los Reynos vanos
Resonaron en llanto por mil partes:
Aparecieron claros los tiranos
Muros, y los tremendos baluartes:
Para esconderse pareció al Infierno
Poca tiniebla la del caos eterno.
Qual dixo pronunciando su gemido:
Nunca esperé suceso afortunado;
Otro gritaba: Siempre fui atrevido,
Siempre vencido, nunca escarmentado:
Mas el tirano quanto bien nacido,
Por soberbios motivos derribado,
Dixo: ¿Quién presumiera gloria alguna
Del que nació en pesebre en vez de cuna?
No niego que advirtiendo que venian
A adorarle los Reyes del Oriente,
La Estrella, y los tesoros que traian,
Conjeturé poder omnipotente;
Mas quando ví que de temor huian

Con él sus Padres al Egypto ardiente,
No solo le juzgué (mal engañado)
Hombre, mas juntamente desdichado.
Si yo entregára á Herodes su terneza,
Tuviera, entre otros inocentes,
Cuchillo, antes que pelo, su cabeza:
Padeciera verdugos inclementes.
¿Mas quién juzgára tal de tal baxeza,
Siendo el oprobio y burla de las gentes?
Vile llorar, y ví sus aflicciones,
Y espirar en la Cruz entre ladrones.
Tarda fue mi malicia y mi recato:
Perezosa advertencia fue la mia,
Quando en un sueño hice que á Pilato
Su muger fuese de mi miedo espía.
Foltóme la muger en este trato:
No la creyó quien la maldad creía:
Fié de la muger la postrer prueba,
Viendo que la primera logré en Eva.
¿Véisle que con abierta mano y pecho
Poblar quiere á mi costa los lugares
Que desiertos están, y á mi despecho,
Aumentando pesar á los pesares?
La posesion alego por derecho:
Conténtate, Señor, con tus Altares:
Truena sobre las puertas de tu Cielo,

Y déxame en el llanto sin consuelo,
Dixo; y buscando noche en que envolverse,
Y viendo que aun la noche le faltaba,
Dentro en sí mismo procuró esconderse,
Y aun á sí en sí propio no se hallaba.
Con las dos manos quiso defenderse
De la luz que sus ojos castigaba,
Quando de la voz del Rey Omnipotente
Le derribó las manos de la frente.
¿A vuestro Rey piadoso, á vuestro dueño
(Almas precitas) oponeis cerradas
Las puertas duras del eterno sueño?
¿Las cárceres sin fin desesperadas?
Ya conoceis mi belicoso ceño,
Que milíta con señas bien armadas.
Repitiólo tres veces de manera,
Que se abrió el grande Reyno á la tercera.
Como luz tremolante vuelta leve
Quando el Sol reverbera en agua clara,
Que en veloz fuga se reparte y mueve,
Y en vuelo imperceptible se dispara:
Así la mente en Luzbel aleve
(Herida con el rayo de la cara
De quien apenas todo el Sol es rayo)
Baxaba entre las iras y el desmayo.
Alecto con Thesífone y Meguera,

Furias, su propio oficio padecieron:
En ellas se cebó su cabellera,
Y con sus luces negras se encendieron:
Perdió Cloto turbada la tixera:
Las otras dos ni hilaron, ni texieron:
No osó el viejo Caron con amarilla
Barca, arribar á la contraria orilla.
Eaco el Tribunal dexó desierto,
Las rigurosas leyes despreciadas:
Del temor Radamanto mal despierto,
Se olvidó de las sombras desangradas:
Por un peñasco y otro frio y yerto,
Las almas en olvido sepultadas,
En vano procuraban sin aliento
Dar á sus lenguas voz y movimiento.
Entró Christo glorioso en las señales
De su Pasion, y con invicta mano
De Magestad vistió los Tribunales,
Donde exêcrables leyes dió el Tirano:
Estremeció los Reynos infernales:
Halló al Príncipe de ellos inhumano
Tan fiero con la pena y la luz clara,
Que era su medio Reyno ver su cara.
Hay vecino á Cocito y Flegetonte
Grande Palacio, ciego é ignorante
Del rayo con que enciende el Horizonte

La lúz, peso y honor del viejo Atlante:
La entrada cierra, en vez de puerta un monte.
Con candados de acero y de diamante:
Dentro, en noche y silencio adormecido,
Ociosa está la vista y el oido.
Aquí divinas Almas, sepultadas
En ciega noche, donde el Sol no alcanza,
Están, si bien ociosas, ocupadas
En aguardar del tiempo la tardanza.
Triunfa de las edades ya pasadas,
No ofendida y robusta la esperanza,
Honrándose de nuevo cada dia
Con crédito mayor la profecía.
Tembló el umbral debaxo de la planta
Del vencedor eterno, y al momento
El monte con su peso se levanta
Obediente al divino mandamiento.
Luego la clara luz, la lumbre santa,
Recibió el triste y duro encerramiento;
Y con el nuevo Sol que la heria,
Hasta la niebla densa se reía.
En oro de los rayos del Sol puro
Se enriquecieron redes y prisiones:
Vióse á sí mismo el gran Palacio oscuro:
Vieron los viejos Padres sus facciones;
Y abrazando el larguísimo futuro,

Templando á los suspiros las canciones,
De la puerta salieron todos juntos
Con viva fé en la sombra de difuntos.
En lágrimas los ojos anegados,
Él cabello en los hombros divertido,
La venerable frente y rostro arados,
Con la postrera nieve encanecido:
Con sus hijos, que en él fueron culpados,
Y fueron para Dios pueblo escogido,
Se mostró el Padre Adan, el Ciudadano
Del Reyno verde, que trocó al manzano.
Puso las dos rodillas en el suelo,
Y alzando las dos manos, le decia:
¡O Redentor del Mundo, ó luz del Cielo!
Llegó, Señor, llegó el alegre dia.
Vos nos dais la salud, vos el consuelo:
Grande é inmensa fue la culpa mia:
Grande, empero dichosa, si se advierte
Que costó su disculpa vuestra muerte.
¿Qué llagas son aquellas de las manos,
Que en vuestra desnudéz fueron mi abrigo?
¿Qué golpes son aquellos inhumanos?
¿Quién dió licencia en vos á tal castigo?
Dió licencia el amor á los humanos,
De quien siendo mal padre, fui enemigo:
Todos mis hijos son, y lo confieso,

Que lo parecen en tan fiero exceso.
Acuérdome, Señor, (¡memoria amarga!)
Despues que por mi mal el Lymbo piso,
Que luego que les dí á los hombres carga,
(así mi culpa y vuestra ley lo quiso)
Con espada de fuego á prision larga
Un Angel me arrojó del Paraiso:
Quedó por guarda de la misma puerta,
Porque á ningun mortal le fuese abierta.
Ninguno pudo entrar, que amenazante
Les puso á todos miedo reluciente:
Vos solo, Gran Señor, fuistes bastante
A salir con empresa tan valiente;
Pues con vestido humano, tierno amante,
Os opusisteis á su espada ardiente;
Y se hartó de cortar en vos, de modo,
Que está seguro de sus filos todo.
Osaré pronunciar el nombre de Eva,
Pues vuestra siempre Virgen Madre en Ave
Le califica y muda, y le renueva
Con el *sí* que á Gabriel dixo suave.
No teme que la sierpe se le atreva;
Que viendo en vos el Prometido, sabe
Que el pie de vuestra Madre con pureza
La deshizo la lengua y la cabeza.
Llevadnos, Hombre y Dios, á la morada

Que yo perdí: pasemos á la vida,
Pues satisfecha en vos la ardiente espada,
Nos asegura de mortal herida.
Dixo; y la vista en llantos anegada,
Y en lágrimas la voz humedecida,
Venerable en sus canas, con severa
Voz Noé razonó de esta manera:
Yo, quando con licencia rigurosa
Fue el mar abrazo universal del suelo,
Y quando por la culpa vergonzosa
La tierra con su llanto anegó el Cielo,
(¡Tanto lloró!) fui yo quien la piadosa
Máquina fabricó, donde mi zelo
Las reliquias del mundo hurtó al diluvio
Hasta que vió los montes el Sol rubio.
Yo en República corta y abreviada
Salvé el mundo con arca de madera;
Mas Vos, del Testamento Arca sagrada,
De la que sombra fue, luz verdadera,
Salvais de pena inmensa y heredada
Los que osaba anegar culpa primera.
Yo salvé siete en el baxel primero;
Vos solo, todo el mundo en un Madero.
Yo paloma envié que me truxese
Lengua de lo que en tierra se hallase:
Vos, porque vuestro amor se conociese,

Enviasteis Paloma que llevase
Lenguas de fuego al mundo, y que las diese,
Porque mejor con ellas se enxugase:
Vos sois: mas Abrahan que vé en su seno
A Christo, dixo de misterios lleno:
Ya, grande Dios, ya miro en Vos, ya veo
Lo figurado en mi obediente mano,
Quando el único hijo á mi deseo
Os quise dar en sacrificio humano:
Ya toda mi esperanza en vos poseo:
Ya entiendo el gran misterio soberano:
El Cordero sois vos manso y sencillo,
Que de la zarza vino á mi cuchillo.
Esperé entonces contra mi esperanza;
Pues aguardando que de mí naciese
Generacion sin fin, mi confianza
Quiso que mi unigénito muriese:
Mas á tan grande hazaña solo alcanza
Tu Padre, porque solo en él se viese
Quedar el Hijo, en que él se satisfizo;
Si Abrahan lo intentó, solo Dios lo hizo.
Mas le dixera, si de Isaac el llanto
No atajára su voz diciendo: O Hijo
Del Rey que pisa el bien dorado manto,
Y tiene sobre el Sol asiento fixo!
¿Mi haz en vuestros hombros siempre santo?

¿Vos con mi haz? ¿cargado vos? le dixo,
Y enmudeció; que á fuerza de pasiones,
el llanto le enegaba las razones.
Tras él Jacob de entre el horror salia
Defendiendo los ojos con la mano;
Que la luz clara y nueva le ofendia
La vista, que enfermó Reyno tirano.
Vos sois la Escala, Vos, Señor, decia,
Que yo soñé, y sois el largo llano:
La Cruz es la escalera prometida,
Los clavos escalones y subida.
Camino angosto de la tierra al Cielo,
Yo ascenderé por ella peregrino:
Y yo, dixo Joseph, tenderé el vuelo
Por vuestra escala á Vos, que sois camino.
Yo soy aquel humano, que en el suelo
Representó vuestro valor divino:
Yo soy el que vendieron inhumanos,
Como á vos vuestros hijos, mis hermanos.
Voz tremula, delgada y afligida
Se oyó, diciendo: Yo, Señor, espero
Con vuestra claridad descanso y vida:
Caudillo fui de vuestro Pueblo fiero:
Moyses su vara en vos mira vencida
Con maravillas del Pastor Cordero:
El maná en el desierto fue promesa

Del manjar consagrado en vuestra mesa.
Quando en la zarza os ví fuego anhelante,
Y en pacífica llama repartido,
Detener el incendio relumbrante,
Y á la zarza ostentaros por vestido:
Igualmente por fuego y por amante
Os adoré con gozo repetido:
Allí ví los misterios enzarzados,
Y los miro de zarzas coronados.
La médica serpiente, que en la vara
(Imitada en metal) tan varias gentes
(Con oculta virtud, con fuerza rara)
Mordidas perseveró de otras serpientes,
Hoy simbolo y emblema se declara
De Vos, Señor, que en una Cruz pendientes
Los miembros, dais remedio en forma humana
A los mordidos de la sierpe anciana.
Dixo,, dando lugar al sentimiento
Del grande Josué, que llora y calla
A persuasion del gozo y del contento
Que en las amanecidas nieblas halla.
El Sol obedeció mi mandamiento,
Y dió mas vida al dia en mi batalla.
Qual otro Josué nos ha parado
En Vos el Sol eterno y deseado.
Querer decir el número infinito

De los que rescató de las cadenas,
Fuera medir al Cielo su distrito,
Y contar á los mares las arenas:
La mies, que nube y rio en el Egito
La licencia del Nilo riega apenas:
Las hojas que espumoso y destemplado
Desnuda Otoño á la vejéz del prado.
Solo quisiera voz, solo instrumento,
Que al mérito del canto se igualára,
Para poder decir el sentimiento
Del alma de David ilustre y clara.
Salió juntando al harpa dulce acento,
Y viendo al Redentor la hermosa cara,
En sus cuerdas ufano, al mismo punto
El ocio y el silencio rompió junto.
Desempeñastes mi palabra dada
Tantas veces al mundo en profecía:
Ya se llegó la hora, ya es llegada,
Eterna Reyna en vos mi Monarquía:
El zeloso, que en pública estacada,
Siendo Pastor gimió mi valentía,
No le venció mi piedra, ni mi saña,
Que en vos, piedra angular, logré la hazaña.
¿En dónde habeis estado detenido,
Prolijo plazo, y término tan largo,
Mientras en la garganta del olvido,

De la esperanza nos posee el embargò?
La Fé con dilaciones ha crecido:
Exâminóse en el destierro amargo:
Padre me llama vuestro afecto tierno,
Siendo de Eterno Padre el Hijo Eterno.

Dixo; y en venerable edad nevadas
Mostraron los Profetas sus cabezas.
¡O quán ancianas frentes arrugadas!
¡O quán blandos afectos y ternezas!
Juntas las manos santas levantadas;
Quisieron referirle sus grandezas;
Mas Christo, que los vé llegar con prisa,
Les mostró en el semblante amor y risa.

Llegad á mí, llegad, dulces amigos,
Cuyo saber al tiempo se adelanta:
Llegad á mí, llegad, sereis testigos
De lo que publicó vuestra garganta.
Encarné (por librar mis enemigos)
En Virgen siempre pura, siempre santa:
Parióme sin dolores: nací de ella:
Siempre intacta quedó, siempre doncella.

Con los doce cené: yo fui la cena:
Mi Cuerpo les dí en pan, mi sangre en vino:
Previne mi partida de amor llena,
Y Viatico quedó á su camino.
Que me quede en manjar amor ordena,

Quando á la Cruz me lleva amor divino:
 Encarné por venir, y al despedirme,
 En el Pan me escondí por no partirme.
Cenó conmigo, de venderme hambriento,
 Judas, varon de Carioth, ingrato:
 Mi Cuerpo despreció por alimento,
 Que le alcanzaba de mi mismo plato:
 Amigo le llamé en el prendimiento,
 Porque ya que me daba tan barato,
 Quando se pierde á sí, y en mí su amparo,
 No le costase lo barato caro.
Viví treinta y tres años peregrino,
 Perseguido de todos los humanos:
 Mostrélos mi poder alto y divino
 En obras de mi voz y de mis manos:
 Fui verdad, y fui vida, y fui camino,
 Porque fuesen del Cielo Ciudadanos.
 No digo de la púrpura la afrenta,
 Ni los trabajos que pasé sin cuenta.
Despues que ennoblecí tantos agravios,
 Que atesora mi amor en mi memoria:
 Despues que me escupieron viles labios,
 Ensangrentando en mi Pasion su historia:
 A muerte me entregaron necios sabios,
 Sin saber que en mi pena está su gloria:
 Clavàron me en la Cruz; y aquí fue tanto,

Que suspendió la voz del coro, el llanto.
Entre todos quien mas dolor sentia,
Y quien de mas congojas muestras daba,
Era el gran Padre Adan, que se heria,
Y ni rostro, ni canas perdonaba.
¿No ves, dixo el Señor, que convenia
Para que la alma no muriese esclava?
Dí el cuerpo entre ladrones al Madero,
Y uno me despreció por compañero.
Mi Cuerpo en el Sepulcro está guardado,
De eterna Magestad siempre asistido:
Al Sol tercero está determinado
Que resucite de explendor vestido:
El premio de mi sangre ha rescatado
Vuestra esperanza del oscuro olvido:
Seguidme adonde nunca muere el dia,
Pues vuestra vida está en la muerte mia.
La voz que habló del Verbo en el desierto,
Dulce sonó por la garganta herida:
De tosca y dura piel salió cubierto
El que nació primero que la Vida;
Y el que primero fue por ella muerto,
Con mano al Cielo ingrata y atrevida;
Que como el Sol divino fue Lucero,
Primero vino, y se volvió primero.
Este, cuya cabeza venerada

Fue precio de los pies de una ramera,
A cuya diestra vió el Jordan postrada
La grandeza mayor en su ribera;
Donde con voz suave y regalada
El gran Monarca de la impírea Esfera,
Con palabras de fuego y de amor, dixo:
Este es mi caro y muy amado Hijo;
Viendo de ingratas manos señalado
A quien él con un dedo solamente
Señaló por Cordero sin pecado,
Libertador del pueblo inobediente;
Dixo: Sin serlo, parecí culpado:
Decirlo así tan gran dolor se siente,
Pues sin temer sus dientes y sus robos,
Siendo Cordero, os enseñé á los lobos.
Viendo que yo enseñaba lo que via,
Maliciosos osaron preguntarme
Si era Profeta? y ciega pretendia
Con los Profetas su pasion negarme:
Y mi demostracion en profecía
Quisieron con engaño interpretarme:
Juzgaron por mas facil sus enojos
El negarme la voz que no los ojos.
Yo fui muerto por vos, que coronado
Por todos fuisteis muerto, quando el dia
Vió cadaver la luz del Sol dorado.

Vos fuistes Precusor de mi alegria,
Le dixo Christo á Juan: vos degollado
Del que buscaba la garganta mia:
Tanto mas que Profeta sois al verme,
Quanto excede el mostrarme al prometerme.
Seguidme, y poblareis dichosas sillas,
Que la soberbia me dexó desiertas:
Dexad estas prisiones amarillas,
Eterna habitacion de sombras muertas:
Sed parte de mis altas maravillas,
Y del Cielo estrenad gloriosas puertas:
Dixo; y siguió su voz el Coro atento,
Con aplauso de gozo, y de contento.
Luego que el ciego y mudo caos dexaron,
Y alto camino de la luz siguieron,
Desesperados llantos resonaron
De las esquadras negras que lo vieron:
Las puertas de su Reyno aun no miraron,
Que medrosos de Dios, no se atrevieron;
Pues viéndole partir, aun mal seguros,
Huyeron de los límites obscuros.
Subiéronse á los duros y altos cerros;
Y viendo caminar la esquadra santa,
La invidia les dobló carcel y hierros,
No pudiendo sufrir grandeza tanta;
Reforzóles la pena y los destierros

Ver su frente pisar con mortal planta:
Los ojos les cubrió nube enemiga,
Y el ayre se vistió de noche antigua.
Llegó Christo glorioso en sus banderas,
En tanto que padece el Rey violento,
Del siempre verde sitio á las riberas,
Que abrió con su Pasion y su tormento:
Riyerónse á sus pies las primaveras,
Y en hervores de luz encendió el viento:
Abriéronse las puertas cristalinas,
Y corrió el Paraíso las cortinas.
Hay un lugar en brazos de la Aurora,
Que el Oriente se ciñe por guirnalda:
Sus jardineros son Zéfiro y Flora:
El Sol engarza en oro su esmeralda:
El cielo de sus plantas enamora
Jardin Narciso de la varia falda;
Y el comercio de rosas con estrellas
Enciende en joyas la belleza de ellas.
Por gozar del jardin docta armonía,
Que el páxaro desata en la garganta,
A las tinieblas tiraniza el dia
El tiempo, y con sus horas se levanta:
Su luz, y no su llama el Sol envia;
Y con la sombra de una y otra planta,
Seguro de prision del yelo frio,

Líquidas primaveras tiembla el rio.
El firmamento publicado en flores
Se vé en constelaciones olorosas;
Nì mustias envejecen con calores,
Ni caducan con nieves rigurosas:
Naturaleza admira en las labores:
Con respeto anda el ayre entre las rosas;
Que solo toca en ellas manso el viento
Lo que basta á robarlas el aliento.
Pródiga ya la luz de su tesoro,
Mas claros rayos recibió que daba:
Acrisolaron los semblantes de oro
Las esplendidas luces que miraba
El Redentor, siguió el sagrado Coro
El pie de Christo, y en su Cruz su clava:
Saludó Adan la antigua patria, y todos
Despues la saludaron de mil modos.
Luego que la promesa vió cumplida
Dimas, gozando el Reyno del reposo,
Dixo: Yo con mi muerte hurté mi vida:
Yo soló supe ser ladron famoso:
Fue mi culpa á tu lado ennoblecida:
Mi postrer hurto llamarán glorioso,
Pues espirando con afecto tierno,
Hurté el cuerpo á las penas del Infierno.
Condenóse un Discípulo advertido,

Y sálvóse un Ladron bien condenado.
¡O piélago en misterios escondido!
¡O abismo en tus secretos encerrado!
¡Un Apostol precito y suspendido!
¡Un Ladron en la Cruz predestinado!
Hoy me dixiste que seria contigo
En tu Reyno: hoy le gozo, y hoy te sigo.

Temiendo nueva carga blandamente,
Atlante añadió el hombro, cuello y brazos,
Que aguarda mayor peso que el presente
Despues que Dios cumplió tan largos plazos:
Dexó en el Paraíso refulgente
A los que desató de ciegos lazos
Christo Jesus, y se volvió á la tierra,
Porque su Cuerpo triunfe de la Guerra.

Pasaba el Cielo al otro mundo el sueño,
Y en nueva luz las horas se encendian:
Cedió á la Aurora de la noche el ceño,
Y dudosas las sombras se reían:
El silencio dormido en el beleño
Las Guardas con letargo padecian,
Quando se vistió la Alma soberana
En cuerpo hermoso la porcion humana.

Quando la piedra que el sepulcro cierra,
Quando la piedra que el sepulcro guarda,
Aquella con piedad, esta con guerra

Espantosa en la espada y la alabarda:
Quando esta la razon de esotra encierra,
Quando aquella la olvida, y se acobarda,
En la Resurreccion se les previno
Por la muerte, al vivir facil camino.
Si quando murió Christo se rompieron
Las piedras, que el dolor inmenso advierte,
Mal los duros Hebreos pretendieron
Fabricarle con piedras carcel fuerte:
Como de sí del marmol presumieron
La dureza, sin ver que pues su muerte
Le animó con dolor en su partida,
Mejor le animará con gloria y vida.
Tembló el marmol divino: temerosa
Gimió la sacra tumba y monumento:
Vió burladas sus carceles la losa:
De duplicado Sol se vistió el viento:
Desatóse la guarda rigurosa
Del lazo de la noche soñoliento:
Quiso dar voces; mas la lumbre santa
Le añudó con el susto la garganta.
Es tal la obstinacion pérfida Hebrea,
Que el bien que deseaban y esperaron,
Temen llegado, y temen que suceda:
Buscaron luz, y en viendola cegaron,
Quando con ansia inutil, ciega y fea,

Para sus almas muertas ya guardaron
Solo sepulcro, el que sirvió de cuna
Al que vistiendo el Sol pisa la Luna.
Levantáronse en pie para seguirle;
Mas los pies de su oficio se olvidaron:
Las armas empuñaron para herirle,
Y en su propio temor se embarazaron:
Las manos estendieron para asirle:
Mas viendo vivo al muerto, se quedaron
De vivos tan mortales y difuntos,
Que no osaban mirarle todos juntos.
Apareció la Humanidad sagrada,
Amaneciendo llagas en rubies:
En joya centellante la lanzada,
Los golpes en piropos carmesies:
La corona de espinas, esmaltada
Sobre el coral, mostró Cielos turquíes:
Esplayábase Dios por todo quanto
Se vió del Cuerpo glorioso y santo.
En torno las Seráficas Legiones
Nube ardiente texieron con las alas,
Y para recibirle las Regiones
Líquidas, estudiaron nuevas galas:
El Hosanna glosado en las canciones
Se oyó suave en las eternas salas;
Y el cárdeno Palacio del Oriente

Con esfuerzos de luz se mostró ardiente.
La Cruz lleva en la mano descubierta,
Con los clavos mas rica que rompida:
La Gloria la saluda por su puerta,
A las dichosas Almas prevenida:
Viendo á la Muerte desmayada y muerta,
Con nuevo aliento respiró la Vida:
Pobláronse los cóncavos del Cielo,
Y guareció de su contagio el suelo.

FRAGMENTOS

Que se han podido hallar entre los originales del Autor, de la Traduccion y Paráfrase de los Cantares de la Esposa

SIR HASIRIN LI SELOMO.

CANTAR DE CANTARES de Salomon.

CONTEXTO.

En un valle de mirtos y de alisos,
Que el Cielo es jardinero de sus calles,
Donde todas las yerbas son narcisos,
Y el valle es el narciso de los valles,
En quien el Sol con elegantes rayos
Todos los meses los enmienda en Mayos:
Todo el nombre del año es Primavera,
Todas las horas son Oriente y dia:
Estudio de la luz y de la esfera
Quantas flores y plantas viste y cria;
Y para su abundancia y su belleza

Docta y pródiga fue Naturaleza.
Aquí, pues, cuidadosa y congojada,
Llorosos pasos daba Esposa ausente,
La vista por los ojos derramada;
Y la voz por la púrpura doliente,
Dice su pena, y muestra su semblante
Que puede ser amada, y que es amante.
Incendio fue del ayre con suspiros:
Diluvio fue de perlas con el llanto:
Amarteló del Cielo los zafiros,
Que el sentimiento hermoso pudo tanto;
Y sin ver al que llama y al que espéra,
Con él habló sin él de esta manera.

ESPOSA.

Beseme con el beso de su boca,
Pues de panales dulces está llena:
Quanta mas hiel, y mas acibar toca,
Sus labios son la gloria de mi pena;
Y en tan inmensa multitud de agravios,
Sus besos son la vida de mis labios.
Sus pechos santos, que lagares fueron
Del vino anciano, por edad precioso;
En blanca leche á mis niñeces dieron
Alimento materno generoso;
Que para mi sustento y mi camino

Mejores son sus pechos que no el vino.
Bien pueden los aromas de tu aliento
Aprender á fragrantes, si supieren;
Mas no será capaz algun ungüento
De los olores que de tí salieren:
Tu nombre es un perfume derramado,
Que guardó el olio, y repartió el cuidado.
No de valde te siguen las doncellas,
Que viven del olor que tú derramas.
Como se visten de oro las estrellas,
Que mas de cerca al Sol beben las llamas,
Y como de tu olor ricas salieron,
Por eso enamoradas te siguieron.
Si no me lleva á tí tu propia mano,
Sin tí no acertaré tan gran camino:
Sé Esposo y guia por el monte y llano,
Y correrémos tras tu olor divino:
Llévame á tí por tu camino asida,
Siendo Esposo, y Verdad, Camino, y Vida.
A su mas confidente y retirada
Quadra el Rey me introduxo; y el contento
Despertó la memoria enamorada
De sus pechos, que al alma dán sustento;
Que aquellos solos van á tí derechos,
Que se apartan del vino por tus pechos.
Aunque negra me veis y anochecida,
Hijas de la magnífica y gloriosa

Jerusalen, y en sombras escondida,
Si bien se considera, soy hermosa:
Miradme bien, que no porque esté escura
Pierde el ser hermosura la hermosura.

Negra soy; mas en todo semejante
A las tiendas del Noma de Cedreno,
Que á fuera muestran rústico semblante,
Para que al Sol resista y al sereno;
Y por de dentro, para mas decoro,
Son texido jardin de plata y oro.

Soy semejante á las feroces pieles,
Que á Salomon le sirven de cortinas,
Que en lo grosero guardan los doseles,
Y en lo duro y lo vil las telas finas:
Pase del exterior la vista, y luego
Despues del humo, hermoso verá el fuego.

No hagais caudal de mi color moreno,
Que el Sol tiene la culpa en estos llanos,
Pues me hicieron guardar el pago ageno
A poder de amenazas mis hermanos;
Que si mi Esposo dulce no acudiera,
No guardára mi viña, y la perdiera.

En pago del amor con que te adoro
Enseñame á tu choza y tu cabaña;
Y dime, quando el dia hierve en oro,
Y el Sol está cociendo en la campaña
Las mieses, dónde llevas tu ganado,

¿ Dónde pace, y descansa descuidado ?
Dime tu albergue, antes que engañada
Con pie dudoso, sola y peregrina,
Por esta confusion ciega y turbada,
Que tantos ganaderos descamina,
Pregunte por tu senda á los perdidos,
Que se dexan llevar de sus sentidos.
No dés lugar que viendo una doncella
Preguntar por Pastor entre Pastores,
De poca edad, y entre las otras bella,
Sospechen liviandad en mis amores;
Que yo no busco gustos, ni placeres,
Y ni saben quién soy, ni ven quién eres.

CONTEXTO.

Como atiende al honor de su querida
El Esposo Pastor, y siempre amante,
Su queja tantas veces repetida,
Pronunciada de amor tan elegante,
Halló su corazon hecho de cera,
Y dulce respondió de esta manera:
Si no sabes quien eres, y si ignoras
Que el imperio de toda la hermosura
En solas tus facciones le atesoras;
Que sola tu belleza es casta y pura;
Sal de tí propia, y sigue las pisadas

De mis Pastores , y de tus manadas.
No dexes el camino que te enseño ,
Ni dés crédito á pastos aparentes :
Yo soy Pastor, y Esposo, y Padre, y Dueño;
Esotros siguen sendas diferentes :
Con mis pastores no temerás robos :
Guárdate de pastores que son lobos.
A mi caballería , que lozana
Es presuncion del Nilo , y que en el coche
De Faraon la envidia la mañana ,
Para traer la luz contra la noche ,
Por quien trocára el tiro ardiente el dia ,
Comparo tu belleza , Esposa mia.
Dos tórtolas parecen tus mexillas ,
Que arrullan con las rosas y las flores :
Tu cuello está brillando maravillas ,
Como el collar precioso resplandores ;
Tan bien sacado , tan perfecto y bello ,
Que de sí propio es el collar tu cuello.
Del oro que en Ofir con mejor rayo
Fabríca el Sol , te labraré arracadas :
De ellas aprenderá colores Mayo :
Serán con blanca plata variadas :
Guardaránte de silvos las orejas
De la sierpe , que engaña las ovejas.

ESPOSA.

Mientras el Rey estuvo recostado
  En mi regazo blando, tierno amante,
  El ayre en suavidad dexó bañado
  Mi nardo, que mi Rey hizo fragrante;
  Y el trascender de olor un haz tan breve,
  Al reclinarse el Rey en mí lo debe.
Ramillete de mirra es mi querido,
  Para mí amarga al gusto, y provechosa
  A la verdad del alma y del sentido,
  Austéra y desabrida y olorosa:
  Conozco en su amargor mi medicina:
  Por eso entre mis pechos se reclina.
Paréceme mi Esposo á los racimos
  De los frutos del Cipro, que oloroso
  En las viñas de Engadi están opimos,
  Igualmente fragrantes y preciosos;
  Cuyo fruto, que aroma eterno exhala,
  Mas tiene de remedio que de gala.

CONTEXTO.

Aunque á tan buen Pastor se debe todo,
  Y es interés de quien le quiere amarle,
  Viendo como la Esposa de este modo
  Atiende á obedecerle y obligarle,

Viéndola padecer enamorada,
La acarició con voz tan regalada.

ESPOSO.

Con solo desearme, amiga mia,
¿No ves cómo eres ya blanca y hermosa?
Mas hermosa que el Sol, que alumbra el dia,
Eres, por ser mi amante y ser mi Esposa:
Mas me enamoras quanto mas suspiras,
Porque con ojos de paloma miras.

CONTEXTO.

La Esposa, que se vió favorecida,
Le dixo: (*Esposa*) Tuya es sola la hermosura,
Que á la belleza das la gracia y vida:
En tí solo se vé perfeccion pura;
Y ya que solo remediarme puedes,
Cama florida tengo en que te quedes.
No salgas de mi casa, ni de paso
Vayas, mi bien: alójate en mi pecho,
Ya que en tu puro y santo amor me abraso:
De ciprés son las vigas de mi techo,
De cedro lo demas: entra contento,
Que es todo incorruptible el aposento.

Hasta aquí el original del Autor.

Prosigue el original del Autor.

En los floridos valles de Siona,
Junto con el otero,
Dó el hijo de Jesé, zagal chapado,
Por tirar con la honda muy certero,
La su gentil corona
Ganando fue entre todos señalado:
Allí en un verde prado
Ví debaxo una sombra una Pastora
Graciosa y bella, aunque algo tostadilla.
Paréme por oilla,
Y á ver qué cosa fuese causadora
Del ansia gastadora,
Que dentro en sí tenia;
Porque con los suspiros que enviaba
(Tales, que el ayre ardia)
Encendida en deseo se mostraba.
En su cantar sentí que amor la fuerza,
Y no le dá reposo,
Haciendo al delicado pecho guerra.
Solo por el deseo de un su Esposo,
Al qual llamar se esfuerza,
Tanto que mueve á compasion la tierra.
No mucho se destierra
Su Esposo, porque está tambien herido

De una otra flecha tanto mas pujante,
Y no poder apacentar sus ojos;
Y jamas no pudiendo
Sus ansias refrenar, que no rompiesen
Este cantar diciendo,
Lugar daba á sus quejas que saliesen.

CAPITULO PRIMERO.

ESPOSA.

¿Theolampo mio, qué tardanza es esta?
¡Ay! ¿quién te me detiene?
¿Donde estás? no respondes? qué te has hecho?
¿Cómo no quieres que en tu ausencia pene
Aquella á quien le cuesta
Tu amor el corazon que está en su pecho?
Bien sientes qué despecho
Tendré conmigo misma no te viendo,
Porque tengo temor que no me quieras,
Si tu mi amante fueras,
Vinieras la mi pena no sufriendo.
Yo juro que en te viendo
Seria yo guarida;
Y aunque la muerte ya de mí triunfase,
Tornaría á la vida,
Si un beso de tu boca yo alcanzase.

No hay en el mundo mas sabroso vino,
Que al bebedor contente,
Y quite sus cuidados y dolores,
Y lo haga á gran bien estar presente,
Que aquel dulzor divino
Se pueda comparar, de tus amores;
Pues solos los olores,
Que de tí salen, tanto acá trascienden,
Y en tanto amor encienden,
Como olio, que derrama
Algalia, que en buxetas se reparte;
Así huele tu fama,
Que á todas las doncellas hace amarte.
¡Pluguiese á Dios del Cielo que me asieses,
Theolampo, de la mano,
Y me llevases una vez contigo!
Seguirteïa con correr liviano
Por dó quiera que fueses;
Que sin tí estando, no estaría conmigo.
Este mi Rey, que digo,
Me dará entrada en su Palacio eterno,
Donde verémos todas sus riquezas;
Y si á esto me avezas,
En mí aposentarás un gozo tierno;
Y todo mi gobierno
Será siempre decir
Que no hay vino que iguale con tu amor;

Y tú podrás sentir
Quánto te hace amable este dulzor.
Aunque parezco en mi color morena,
Solimitanas Dueñas,
En todo el resto soy graciosa y bella,
Como los pavellones, que en las breñas,
Y por la ardiente arena
Están tendidos, que el Alarbe huella:
Tan linda como aquella
Cortina, que en su Templo Salomone
Tendió, que dentro gran riqueza muestra,
Y fuera de otra muestra,
Porque el color moreno espantó os pone.
¡Ay! ¡Dios le perdone!
Los hijos de mi madre me forzaron
Que guardando sus viñas me tostase,
Y nunca me dexaron
Que la mi viña propia bien guardase.
Hazme saber, ó amor de la mi alma,
¿Dó el tu ganado pace,
Y hácia dónde hallas tu rebaño;
O quando el Sol en la mañana nace,
O quando el ayre en calma,
Dó lo defiendes de el calor extraño?
Porque si yo me engaño
En te buscar, sin ir dó estás muy cierta,
Andando por los montes y las fuentes,

Amor no parasmientes,
Que andaré fatigada y casi muerta;
Y si por caso acierta
Verme quien no conozca,
Al punto pensará de mí mil males,
Que ando de choza en choza
Buscando sin vergüenza los zagales.
Al dulce lamentar de aqueste amante
Callaba el campo todo,
Movido á compasion de una tal queja;
Y no es tan vano el lastimero modo,
Que el alma no quebrante
A su Esposo, que de ella no se aleja.
Amor ya no le dexa,
Ni su alma tierna puede ya sufrillo,
Atormentar su amada con silencio;
Que le es amargo asencio
Ver el mal de su Esposa, y no guarillo:
Y con un són, que oillo
Bien pueda, le responde
Cantando, porque mas su pecho mueva,
Desde las breñas, donde,
Por gran requiebro su presencia encueva.

ESPOSO.

Eumenia, para mí dulce y graciosa,
Mas que muger de quantas hoy se arrean;
Si tú no sabes, mi querida Esposa,
Hallar las mis ovejas dó sestean,
Aballa tu ganado presurosa,
Y tus cabritos, que pacer desean:
La huella ven siguiendo á los Pastores,
Que entre ellos hallarás á tus amores.
Mas linda, mas ligera, y mas lozana
Eres á los mis ojos, mi querida,
Que la yegua de Egypto muy galana,
Que en el mi carro suele andar uncida:
Tus mexillas, Eumenia, muy de gana
Entre sus joyas tienen mi alma asida:
Dos tórtolas te tengo muy labradas
De oro, en blanca plata rematadas.

ESPOSA.

Quán dulce es tu presencia, Esposo amado:
Mis cosas sienten todas su alegria:
Mira en sentirte donde estás sentado,
Qué olor esparce la buxeta mia:
Un manojo de mirra muy preciado,

Que siendo amargo un suave olor envia,
Manojo es para mí, mi Esposo bello:
Entre mis pechos quiero yo traello.
De cánfora un racimo muy suave,
Donde suele el licor; que siempre dura,
Que junto al mar, que no sustenta nave,
En las viñas de Engadi es su pastura:
Tal es quien de mi pecho tiene llave,
Y solo cierra y abre su clausura;
Y aun poca suavidad es la que digo,
Mayor espira de mi dulce amigo.

ESPOSO.

La beldad toda en tí hace aposento,
En tí, mi amiga, á mí, de la lindeza,
Tus ojos que me dan tan gran contento
En su mirar honesto y su clareza:
Sus rayos, su color, su movimiento,
Su redondéz estraña y su grandeza,
Remedan mucho á los de la paloma
Quando por la mañana el rayo asoma.

ESPOSA.

Tu gracia y tu beldad es la que abrasa
Mi corazon continuo en viva llama:

De flores que cogí , quando mas rasa
El Alba estaba , es hecha nuestra cama :
De cedro es la madera : nuestra casa ,
Que grande suavidad de sí derrama ,
El corredor cipreses lo sustentan ,
Porque del tiempo injuria nunca sientan.

Hasta aquí el original del Autor,

Prosigue el original del Autor.

Beseme con el beso
Mi Esposo de su boca sacrosanta ;
Que sin medida y peso
Al vino se adelanta
El dulzor de su pecho y leche santa.
Tu olor es mas que ungüentos ,
Y tu nombre es aceyte derramado ;
Por tanto con intentos
De gozar sin cuidado
Tal bien , sin fin doncellas te han amado.
Si voluntad faltáre ,
Como sabes , me es fuerza , Esposo mio ,
Que mientras nos duráre
La vida , aliento y brio ,
Correrémos tras tí por fuego y frio.

Metióme en su aposento
El Rey: en tí será nuestra alegria:
Del vino tumulento
La memoria se enfria;
Que en tus pechos la muestra está, y se cria.
Los que copiosamente
Con justa rectitud son ilustrados,
Entre toda la gente,
Con dardos erbolados
(¡O Esposa!) de tu amor están llagados.
Aunque me veis morena,
O hijas de la fuerte y populosa
Jerusalen, soy llena
De belleza espantosa;
En hermosura no me iguala cosa:
Porque soy semejante
A las tiendas del monte Cedueno:
Que el exterior semblante
Está del Sol moreno;
Mas lo interior de mil riquezas lleno:
Y á las pieles ferinas
De Salomon, de fuera mal curadas,
De que son sus cortinas;
Mas dentro están bordadas,
Y de varios colores matizadas.
No esteis considerando
De mi rostro el color bazo y tostado;

Que como estoy guardando
Con el Sol mi ganado,
Sus rayos y calor tal me han parado.
Contra mí pelearon
Los que han del vientre dó nací salido:
Las viñas me encargaron;
Pero ya no he tenido
Cuenta en guardar el cargo recibido.
¡O tú, Esposo Divino!
De cuyo amor forzada el alma mia
Sale fuera de tino,
A tu choza me guia,
Dó apacientas, dó estás al medio dia:
Porque no ande con pena
Tras el rastro que dexas señalado
Impreso en el arena,
Por dó acaso ha pasado
De compañeros tuyos el ganado.
Si aun no te has conocido,
¡O tu de las mugeres mas hermosa!
Sal fuera de tu nido,
Y sigue cuidadosa
A tu ganado, sin torcer en cosa;
Y despues apacienta
Tus tiernos cabritillos regalados,
Y en llevarlos tén cuenta
Adonde estén guardados

De los otros pastores los ganados.
A mi caballería
En los Egipcios carros, comparada
Te tengo amiga mia,
Desde quando anegada
Quedó en el mar de Faraon la armada.
Hermosas son por cierto,
Qual de tórtola casta, tus mexillas:
Tu cuello agudo y yerto,
Qual collar con presillas,
O pendiente joyél con cadenillas.
Harémoste á manera
De lampreitas unas arracadas,
Vistosas por de fuera,
Con pintas plateadas
Sobre el oro, del qual serán labradas.
Quando el Rey poderoso
En su tálamo estaba descansando,
Dió mi Nardo oloroso
Fragrancia, y derramando
Su olor, iba el olfato recreando.
Aquel olor que cabe
Solo en mi Esposa, me es de mas contento
Que la mirra suave
En espigas ó ungüento:
Mi Esposo entre mis pechos tiene asiento.
Mi amado, mi querido,

Es qual racimo de ubas regalado,
Desde Chypre traido;
Qual racimo criado
En las viñas mas fértiles de Engado.
¡Quán apacible y bella
Que eres, amiga mia, y quán graciosa!
¡Quán hermosa doncella!
No hay semejante cosa;
Y son tus ojos de paloma hermosa.
¡O mi dulce querido!
¡O qué hermosura tienes! qué belleza!
Nuestro lecho es florido,
Y en nuestras casas por mayor grandeza,
La madera del techo,
Y él mismo es de ciprés, y cedro hecho.

Hasta aquí el original del Autor.

POESIAS FUNEBRES.

Epitafio á una Señora en su sepulcro.

AQueste es el poniente y el nublado,
Donde el tiempo neron tiene escondido
El claro Sol, que en su carrera ha sido

Por el divino Josué parado,
Estos Leones, cuyo aspecto airado
Se muestran por su dueño enternecido
A una Aguila Real guardan el nido
De un Cordero en el Templo venerado.
Estas las urnas son en piedra dura
De las cenizas, donde nace al vuelo
La Fenix Catalina, hermosa y pura.
Aquestos son los siete pies del suelo,
Que al mundo miden la mayor altura:
Marca, que á nuestras glorias pone el Cielo.

Otro Epitafio á la misma Señora.

Yace debaxo de esta piedra fria
La que la vuelve de piedad en cera:
Cuya belleza fue de tal manera,
Que respetada de la edad vivia.
Aquí yace el valor y gallardía
En quien hermosa fue la muerte fiera,
Y los despojos y la gloria entera
En quien mas se mostró su tiranía.
Yace quien tuvo imperio en ser prudente
Sobre la rueda de Fortuna avara,
La nobleza mayor que marmol cierra:
Que el Cielo, que soberbia no consiente,

Castigó en derribar cosa tan rara ;
La que de hacerla tal tomó la tierra.

El pésame á su marido.

La que de vuestros ojos lumbre ha sido
Convierta en agua el sentimiento agora,
Ilustre Duque, cuyo llanto llora
Todo mortal, que goza de sentido.
Vuestra paloma huyó de vuestro nido,
Y ya le hace en brazos del Aurora :
Estrellas pisa, estrellas enamora
Del nuevo Sol con el galan vestido.
Llorad, que está en llorar vuestro consuelo:
No cesen los suspiros que por ella
Con sacrificios acompaña el suelo.
Llorad, Señor, hasta tornar á vella,
Y ansí, pues la llevó de envidia el Cielo,
Le obligaréis de lástima á volvella.

CANCION FUNEBRE.

Estando solo un dia,
Que los tristes lo están entre la gente,
Por la ventana mia,
Que sale á los balcones del Oriente;

Me pareció que via
Salir de entre unos árboles copados,
Con pies apresurados
Una gallarda y apacible fiera,
A quien perros villanos
La hirieron de manera
Con dientes y con manos,
Que en tiempo muy pequeño
Junto á una peña con infausta suerte
La pusieron en brazos de la muerte,
Y en silencio mortal, y en largo sueño.
Cubrió negra tiniebla su hermosura:
Lloré su mal, lloré su desventura.
Despues miré una nave,
Que con alas de lienzo en presto vuelo,
Por el ayre suave,
Iba segura del rigor del Cielo,
Y de tormenta grave.
La mar hecha un espejo se mostraba
Del Sol que retrataba;
Y ella cargada de riquezas sumas,
Rompiendo sus cristales,
Iba por sus espumas,
Quando en furor iguales
Los vientos de repente la hirieron
Dando en un peñasco

Con la máquina inmensa de su casco,
En menudos pedazos la rompieron,
Escondiéndose al fin riquezas tales
En montes de agua, y campos de cristales.
En un hermoso prado
Estaba un lauro verde florecido,
De páxaros poblado,
Que cantando robaban el sentido.
Del Argos del cuidado
De verse con sus hojas tan galana,
La tierra estaba ufana,
Y yo de ver sus ramas muy contento;
Quando una nube fria
Hurtó en breve momento
A mis ojos el dia;
Y arrojando furiosa un duro rayo,
Hirió la planta bella,
Y juntamente derribó con ella
Toda la gala, Primavera, y Mayo:
Cayó abrasada encima de una roca,
Y en mucha llama fue ceniza poca.
Con clara y fertil vena
De líquido cristal un arroyuelo,
Jugando con la arena,
Enamoraban con su risa el Cielo;
Y á la margen amena,

Una vez murmurando, otra riendo,
Estaba entretenido.
Espejo guarnecido de esmeralda
Me pareció al miralle
El prado su guirnalda;
Mas abrióse en el valle
Una espantosa cueva de repente;
Enmudeció el arroyo:
Creció la escuridad del negro hoyo,
Y en sus tinieblas escondió la fuente:
La fuente y el lugar, con cuya historia
Me atormentan de nuevo la memoria.
Un pintado xilguero,
Mas ramillete que ave parecia,
En vuelo muy ligero:
Hymnos cantando al inventor del dia,
Con pico lisonjero
Su libertad alegre celebraba,
Y la paz que gozaba;
Quando en un verde y apacible ramo,
Sentándose á la sombra,
Que sobre verde alfombra
Le prometió un reclamo,
Manchadas con la liga vió sus galas,
Y de enemigos brazos
En largas redes y en travados lazos

Presa la ligereza de sus alas,
Sin poderse escapar; ¿mas quién se escapa
De estas prisiones, desde el pobre al Papa?
Una Ninfa hermosa
Ví, como el Sol, por entre ramos bellos,
Honesta y vergonzosa:
Vestida estaba de oro en sus cabellos,
Y su vista amorosa
Lo seco florecia; y lo florido
Dexaba enriquecido.
Por Primavera el campo la tenia,
El Sol por clara Aurora,
La tierra por Señora,
Y la noche por dia;
Mas pisando unas yerbas por el prado,
Un aspid fiero y duro
Que en la sombra escondido, y en lo obscuro
Estaba, la picó el pie nevado;
Cayó, que hay poco trecho, si se advierte,
Del bien al mal, y de la vida á muerte.
Cancion, antes imagen, pues tan viva
En tus exemplos muestras la memoria
Del que con frente altiva
Se pasó á mejor vida con mas gloria;
Vé á quien le llora luego,
Y si con la pasion le hallares ciego,

Con alegre semblante, y rostro enxuto,
Dile que arrastre el luto
Por sí, que está en la tierra sin consuelo;
Que el alma de D. Juan ya está en el Cielo.

FIN.

SUMARIOS

De las Poesías contenidas en cada una de las tres últimas Musas.

EUTERPE. MUSA VII.

Canta Poesías amorosas, y morales.

SONETOS.

CANCIONES.

REDONDILLAS.

SONETOS PASTORILES.

OCTAVAS GLOSANDO.

CANCIONES.

DECIMAS.

REDONDILLAS.

ROMANCES.

ENDECHAS.

TERCETOS.

ENTREMESES.

POEMA HEROYCO.

De las necedades, y locuras de Orlando el Enamorado.

CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

CANTO TERCERO.

CALIOPE. MUSA VIII.

QUINTILLAS.

LETRILLAS BURLESCAS.

SILVAS.

ANTISTROFE.

EPODOS.

ROMANCE.

URANIA. MUSA IX.

Canta Poesías sagradas.

SONETOS SACROS.

OVILLEJOS.

POESIAS MORALES.

PSALMOS.

ROMANCES.

PADRE NUESTRO.

POEMA HEROYCO.

A Christo Resucitado.

POESÍAS FÚNEBRES.

CANCION FÚNEBRE

CORRECCIONES.

Pág.	Lin.	Dice	Lease
180	7	Peralvilo	Peralvillo
209	16	grago	grajo
219	24	fueza	fuerza
220	7	rocion	rocin
307	6	auriosos	curiosos
397	20	tenis	teneis
425	9	siemple	simple
445	6	tristos	tristes
483	16	Foltóme	Faltóme

